This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 7090.5.5

Harvard College Library

FROM

Victor M. Cutter

REMINISCENCIAS

SANTAFE Y BOGOTÁ

POR

JOSE MARIA CORDOVEZ MOURE

TOMO I

IMPRENTA DE "EL TELEGRAMA."
Director Joaquín Vargas T.
1893

SA 7090.5.5

HARVARD COLLEGE
Feb 5. 1931
LIBRARY

Victor M. Cutter

A mi benévolo y leal amigo el señor don José Manuel Marroquín, Ricaurte, Moreno y Nariño, en homenaje á la memoria de sus venerados padres y de su benemérito tío y segundo padre, el señor don Juan Antonio Marroquín; patriarcas que honraron á Santafé, y cuyas virtudes fueron el encanto y admiración de los que tuvimos la buena suerte de conocerlos.

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

En cada época existen ancianos ú hombres provectos que tienen perfecto conocimiento de los sucesos que han ocurido, de las costumbres que han reinado y de las personas que de alguna manera se han hecho notables cuando ellos eran niños ó jóvenes. De tales personas, costumbres y sucesos hablan ó escriben accidentálmente cuando lo pide la ocasión; pero rarísimos son los que deliberadamente se proponen recoger y ordenar sus recuerdos y dejarlos consignados para instrucción y recreo de la posteridad. Y no es extraño que sean tan raros, pues cada cual se figura que las noticias que pudiera escribir de lo que ha visto y de lo que les ha oído á sus mayores y á sus contemporáneos, han de ser escritas por

otros de los que las conocen tan bien como él. De ahí resulta que insensiblemente van cayendo en olvido innumerables hechos é innumerables nombres que no merecen tan mala suerte, y que de ésta no se libren por lo común sino los grandes acontecimientos y los personajes que se han distinguido extraordinariamente entre los de la generación á que pertenecen.

Muy errados van los que juzgan que se pierde poco cuando se pierde la memoria de las cosas menudas y comunes de cada época. En el hombre es natural y vehemente el deseo de conocer todo lo pasado. La experiencia es luz y guía que la sociedad necesita lo mismo que cada individuo, y sin conocer lo pasado no pueden adquirirla ni individuos ni sociedades.

Muchas cosas hay que por sobrado menudas é insignificantes parecen poco dignas de ser comunicadas á la posteridad; pero lo cierto es que el conocerlas satisface cierta curiosidad que nos aqueja á todos los hombres y que debe contarse en

tre las necesidades naturales más imperiosas, á lo menos para la gente culta. Entre ésta, apenas hay quien deje de experimentar intenso placer con la satisfacción de esa necesidad.

En los tiempos modernos se le exige á la Historia más que lo que solía exigírsele en los antiguos. No nos satisface hoy la relación de fundaciones de imperios, de conquistas, de guerras, de cambios de Gobierno y de Dinastía, y de sucesión de soberanos, que han solido ser única materia de la Historia. Actualmente queremos saber cómo han sido y cómo han vivido los hombres de quienes hace mención aquella *Emula del tiempo*, y también cómo eran y cómo vivían los que ella no menciona; queremos no ignorar el modo, la forma y los incidentes de cada uno de los acaecimientos que narra; queremos penetrar en los aposentos, no sólo de los palacios, sino de las viviendas comunes; queremos conocer á nuestros antecesores como conocemos aquellos contemporáneos nuéstros con quienes vivimos en íntima familiaridad. De aquí el interés

con que se buscan y se estudian documentos y monumentos que den luz acerca de particularidades de los pueblos antiguos. De más está recordar aquí que las ciencias se aprovechan para fines serios y útiles de lo que tales documentos y monumentos suelen enseñar.

Aquella incuria que deja sumir en el olvido lo que merece recordación, no ha podido dejar de observarse y de producir sus malos efectos aquí en Colombia, donde hay tan pocos estímulos para escribir. Por tanto, en raros países se hará tan recomendable como en el nuestro quien tome sobre sí la tarea de escribir acerca de nuestras antigüedades y de todas aquellas cosas presentes que corren riesgo de quedar olvidadas. Por lo mismo, se ha hecho digno de elogio y de reconocimiento don José María Cordovez, que, escribiendo sus REMINISCENCIAS, ha librado de eterno olvido muchos de los sucesos y costumbres importantes ó curiosas de que no tenemos noticia sino los bogotanos viejos, y los nombres de muchas personas que por diferentes maneras se han hecho notables.

Todo el que lea su precioso libro se penetrará de la verdad de lo que dejo asentado; y, si es buen bogotano, le rendirá, como yo, tributo de agradecimiento.

Pero digo mal: no todos los que lean las REMINISCENCIAS las saborearán como las podemos saborear los viejos. La gente moza hace poco caso de lo pasado: apenas si aprecia el presente como paso inevitable para el porvenir, que es lo único en que acierta á fijar la vista y en que la detiene con complacencia. Los viejos perecemos por contarles á los jóvenes las cosas de *nuestros tiempos*, y los jóvenes, si acaso nos atienden, nos atienden por mera cortesía. Pero la vida les ha de costar el no venir á ser lo que somos los viejos y el no llegar á sentirse, como los viejos nos sentimos, irresistiblemente atraídos por lo pasado, hambrientos de recuerdos y en abierta hostilidad con el porvenir.

Pero, si las REMINISCENCIAS fueren en realidad miradas con indiferencia por los jóvenes, ésta ha de quedar largamente compensada con el deleite que su lectura

producirá en los viejos. Cada lector viejo se recreará doblemente: en primer lugar, se regodeará rumiando los recuerdos del autor, que han de ser también los suyos y que mira como parte de su propio sér; en segundo, se regocijará contemplando que esos recuerdos tan queridos no pueden yá perecer.

Diré de paso que con el señor Cordovez ha sucedido lo que sucedió con otro amigo mío, Bernardo Torrente. Estuvo por largos años dando pruebas de instrucción y de talento, únicamente en la conversación y en la práctica, y al cabo de la vejez ha resultado escritor, y buen escritor. ¿Fue que Cordovez y Torrente, por falta de fe en sus propias fuerzas, no se atrevieron en mucho tiempo á habérselas con el público, ó es que hay ingenios que necesitan madurar y madurar despacio? No seré yo quien se meta á resolver esta cuestión.

A varios coetáneos míos les he oído yá conceptos sobre la obra del señor Cordovez y no han dejado de hacer uno que otro reparo acerca de la exactitud de la pintu-

ra que en ella se hace de algunos hechos y costumbres. A tales reparos da lugar la circunstancia de que el autor, dado el plan á que hubo de ajustarse, no pudo trazar una línea divisoria bien determinada entre época y época. Si hubiese prometido al lector, por ejemplo, la descripción de los bailes que se verificaban en un año determinado, se le podría exigir rigurosa exactitud. Pero él no ha podido hacer otra cosa que apuntar rasgos generales de los que han caracterizado las funciones de esa clase en una época dilatada. A quien escribe una pieza del género de las REMINISCENCIAS, no hay que pedirle la exactitud que se echaría menos en una declaración ó en un auto de proceder.

También se ha hecho el reparo de que el autor da á veces como cosa habitual y frecuente, esto es, como *costumbre*, lo que sólo acaeció una ó muy pocas veces. Pero no creo que puede presentarse como rasgo de la fisonomía de nuestra sociedad, cualquier hecho aislado que, habida consideración al espíritu que en ella domina y al grado de cultura á que había al-

canzado, hubiera podido fácilmente pasar de la categoría de hecho aislado á la categoría de costumbre.

Uno de los atractivos que tiene el libro de que estoy tratando consiste en la espontaneidad é ingenuidad con que ha sido escrito. El autor no usó de artificios para deslumbrar, y bien se echa de ver que no puso su conato sino en comunicar sus recuerdos y en hacer participar al lector de su modo de juzgar las cosas. No obstante, sin quererlo, escribió trozos dignos de ser presentados como modelos, tales como la descripción de la *capilla* de Russi y de sus compañeros.

He escrito estas líneas sin conocer toda la obra á que ellas se refieren. Mientras se ha estado imprimiendo, he ido leyendo los pliegos que van saliendo de la prensa, y no los he visto todos. Por lo mismo no sé si el señor Cordovez habrá omitido la relación de ciertos hechos de que convendría que no dejara de hacer mención, tales como la explosión de la pólvora en la casa de don Domingo Hernández y la muerte de Luisa Armero.

Yo querría que la obra fuese completa; que en ella no se pudiera echar menos nada de lo interesante ó curioso que podámos recordar los bogotanos viejos; y estoy seguro de que este será el deseo de todos aquellos coetáneos míos en cuyas manos caigan las REMINISCENCIAS.

J. MANUEL MARROQUIN.

I

BAILES

EN todos los países del mundo se conservan ciertos usos y costumbres tradicionales, que nada ni nadie puede reformar tal vez, para rendir así, en cierto modo, tributo de piadoso recuerdo á los que nos precedieron en el camino de la vida en este valle, el cual, con ser de lágrimas, no deja de tener momentos de goces más ó menos puros y tranquilos que nos atan al terruño en que nacimos: pero, por causas que no podemos explicarnos satisfactoriamente, esta regla universal ha tenido y tiene aún su excepción, en la que fué Santafé y hoy se llama Bogotá. Es posible que el carácter pacífico y dócil

de los habitantes de esta altiplanicie, haya contribuído en mucho para hacer de ellos una especie de materia plástica como la cera, la cual recibe la impresión de lo último que se le graba borrando la imagen que antes tenía.

Hasta el año de 1849, época en la cual puede decirse que empezó la trasformación política y social de este país, se vivía en plena Colonia: es cierto que no había *Nuevo Reino de Granada, ni Virrey ni Oidores;* pero si hubiera vuelto alguno de los que emigraron el año de 1819 después de la batalla de Boyacá, no habría encontrado otro cambio en la ciudad, sino la destrucción de los escudos de las armas reales, la erección de la estatua del Libertador, la prolongación del atrio de la Catedral y la traslación del *Mono de la pila*, con la pila, de la plaza á la plazuela de San Carlos (hoy San Ignacio), de donde en definitiva lo han confinado al Museo Nacional como objeto arqueológico.

Para llenar el fin que nos hemos propuesto, ensayaremos una comparación sobre alguno de los actos que más interesan á la sociedad cuando se trata de diversiones, como por ejemplo: de un baile.

En Santafé se vivía modesta pero *confortablemente.* Las casas eran de un solo piso, en lo general: todas las piezas estaban esteradas, porque el lujo de la alfombra sólo se conocía en las iglesias, en las cuales aun se conservan vestigios de tapices descoloridos y de *tanto cuerpo,* como dicen los comerciantes, que parecen colchones. El mobiliario de las salas no podía ser más modesto: canapés de dos brazos en forma de S, sin resortes y

forrados en *filipichín de Murcia* (hoy tripe); mesitas de nogal á estilo de Luis XV, sobre las cuales ponían floreros de yeso bronceado, con frutas imitadas de colores naturales; estatuas de lo mismo, que representaban la Noche y el Día, con un candelero en la mano; cajones del Niño Dios, de Nuestra Señora de los Dolores ó de algún santo, llenos de todas las chucherías y baratijas imaginables, taburetes de cuero con el espaldar pintado de colores abigarrados. En los rincones se colocaban pirámides de papayas que embalsamaban la atmósfera con su aroma y ahuyentaban las pulgas; vitelas en las paredes (hoy cuadros ó láminas) que representaban asuntos mitológicos ó historias de Hernán Cortés, descubrimiento del Nuevo Mundo etc. etc. La bomba de cristal suspendida del cielo raso era un lujo que pocos se proporcionaban. Hablamos de la generalidad de las casas, porque en puridad de verdad declaramos que había excepciones, pero esas excepciones cargaban con la responsabilidad, no solidaria, de pagar las consecuencias de la excepción, como más adelante diremos por que.

En la época á la cual nos referimos, todo sarao, baile o tertulia, tenía, lo mismo que las comedias, tres actos que podemos calificar así:

1.° Preparativos,

2.° Ejecución, y

3.° Consecuencias.

El cumpleaños de algún miembro de la fami-, un matrimonio ó el bautizo de un niño lo ce-raba *oficialmente*, cada cual según sus propor-nes, con una fiesta comprendida dentro de al-ıa de las tres clases enunciadas; esto sin con-

tar las constantes reuniones de *confianza*, ó días de recibo que tenían lugar cada semana en las casas de las familias que contaban en su seno con muchachas festivas y espirituales. Entonces no había garitos, ni en las botillerías se vendía brandy ó ajenjo (bebidas que se creían buenas para el gaznate de los ingleses), pero en cambio nuestros jóvenes pasaban las noches en diversiones honestas, gozaban de inalterable salud y contraían los hábitos de cultura y gentileza que hicieron del *cachaco* un tipo encantador.

Fijado el día para la fiesta se enviaba con la vieja sirvienta, un recado concebido poco más ó menos en los términos siguientes:

—Recado manda á *sumercé mi señá* Mercedes y mi amo Pedro: que el día de su santo los espera por la noche con las niñas y los niños, sin falta. Que le mande *sumercé* los canapés, las sillas, los candeleros, los floreros de la sala (á cada familia se le pedía lo que hacía falta, pues por lo común, nadie tenía más de lo extrictamente necesario). Que aquí vendrá mi amo Pedro á convidarlos y que mande las niñas para que les ayuden.

Si el baile tenía mayores proporciones de las ordinarias, la ciudad tomaba el aspecto de un hormiguero cuyo hogar era la casa de la fiesta á donde convergían por distintas direcciones todos los muebles, servicios de loza y vajillas de *plata de piña* de los invitados.

Téngase en cuenta que hasta el año de 1862 la ciudad era un pueblo grande y que la gente acomodada no se aventuraba á vivir fuera del perímetro comprendido dentro de los ex-ríos San Francisco y San Agustín, La Candelaria y el

puente de San Victorino, salvo contadas excepciones.

Las piezas de la casa que daban al frente de la calle, lo mismo que hoy, se arreglaban para bailar: el corredor principal se cubría con percalina para evitar el frío, porque los cristales no estaban al alcance de todos los santafereños. Las alcobas de la casa se preparaban convenientemente, y en las camas, que eran de estilo inglés con colgaduras de damasco, se exhibían los tendidos, que eran colchas de seda de la India, ó bordados por las niñas en la escuela y almohadas adornadas con encajes de bolillos y *tumbadillo*. Sobre una cómoda de caoba lucían el Crucifijo hecho en Quito, acompañado de alguna imagen de la Virgen y de las efigies de los Santos de devoción de la familia.

El comedor era ocupado por una sola mesa en la cual campeaban las exquisitas colaciones y dulces hechos en la casa, *de manibus angelorum*, pues se consideraba como una profanación del hogar, hacer uso de alimentos preparados fuera de él y con mayor razón en esas circunstancias. En materia de flores, preciso es confesarlo, era muy reducido el número de las que se conocían, porque ni aun se sospechaba la inmensa riqueza y variedad de la flora colombiana: las rosas de Castilla que hoy sólo se usan para hacer colirios, los laveles sencillos y las clavellinas, las amapolas, *rpuelas de galán sencillo, pajaritos, flor de raso, va-itas* de San José (parásitas de Guadalupe), azu-enas blancas y algunas pocas especies más, cons-ituían el elemento principal de un adorno que -y alcanza proporciones gigantescas.

Entonces se creía que para calmar la agitación que produce el baile debían tomarse bebidas frescas; consecuentes con esa creencia se ostentaban sobre la mesa del comedor, botellones de vidrio repletos de horchata de ajonjolí (las almendras eran muy caras), agua de moras, naranjada, limonada y *aloja* (especie de cerveza dulce aromatizada con clavo y nuez moscada), todas coronadas de ramilletitos de claveles de diversos colores.

Las muchachas, á la inversa de lo que hoy sucede, se consultaban la manera como irían á la fiesta y las amigas íntimas se consideraban obligadas á vestirse iguales como prueba de recíproco cariño. Los trajes de las señoritas eran de linón, muselina ó lanilla REGULARMENTE ESCOTADOS, siguiendo aquella máxima de *no tan calvo que se vean los sesos;* por toda joya llevaban un par de aretes en las orejas, medalloncito pendiente de una cinta en el cuello, á veces pulseras de oro sin pedrería; en la cabeza alguna flor y, en vez de guantes, mitones de seda bordados sobre el anverso de la mano. Las señoras casadas, quiero decir las *entradas en edad*, iban vestidas con traje oscuro y pañolón de lana prendido en el pecho con grueso broche de oro, la cabeza cubierta con pañuelo de seda, dejando ver sobre las sienes roscas de pelo aprisionadas con peinetas, los dedos de las manos empedrados de sortijas, y pendientes de las orejas, gruesos y pesados zarcillos, los cuales á veces valían un mundo y sólo se sacaban á luz en los días de *pontifical.*

Los jóvenes vestían levita; por corbata un pañuelo de seda envuelto en el cuello formando al frente un enorme lazo sin dejar asomar el de la

camisa; no se usaban guantes de cabritilla sino de seda, pero se consideraba como falta de educación presentar la mano enguantada a una señora: los *taitas* y solterones usaban casaca de *punta de diamante*, y por regla general, esa prenda del vestido servía para tres ó cuatro generaciones. Indistintamente llevaban gruesa cadena de oro ó dos pendientes que terminaban en sellos sostenidos en el bolsillo del chaleco por enorme reloj.

A las siete de la noche empezaban a llegar los invitados. Si entre éstos iba una familia, se componía del siguiente personal: padre, madre, hijos, niños, el perro *calungo* y las sirvientas que conducían el farol, los abrigos y la llave de la puerta de la casa, la cual por sus dimensiones podía servir de arma ofensiva y defensiva llegado el caso. Las *abuelas* (nombre que se daba á las *mamás* de las niñas), se colocaban en los asientos mejor situados en la sala, teniendo estrechamente cerca de sí a las muchachas y celándolas con ojos de Argos: los hombres se quedaban en la puerta de la sala esperando el redoble del redoblante, momento propicio para *buscar pareja* porque era desconocida la costumbre de contraer compromisos anticipados. Las sirvientas se acomodaban en los corredores asechando la hora del ambigu para sacar *vientre de mal año*.

El *valse colombiano* y la *contradanza española* constituian el repertorio de los danzantes. El colombiano era un valse que se componía de dos partes: la primera, muy acompasada, se bailaba tomándose las parejas las puntas de los dedos y haciendo posturas académicas; la segunda o *cajuchina* convertia á los danzantes en verdaderos euer-

gúmenos ó poseídos: toda extravagancia y zapateo en ese acto se consideraba como el *non plus ultra* del buen gusto en el arte de Terpsícore.

La nomenclatura de la música de los valses denotaba alegría, como *El Triquitraque*, *Aquí te espero*, *Viva López*, *El Cachaco*, *El Capotico*; la de las contradanzas era trágica, como *La Puñalada*, *La desesperación*, *La muerte de Mutis* etc.

El arreglo y disposición de una *contradanza* exigía conocimientos estratégicos de primer orden; el General Santander era muy fuerte en este ramo, y probablemente esta sería la razón por la cual á las contradanzas *obligadas*, ó de figuras complicadas, se las llamaba *santandereanas*. Apenas sonaba el *redoblante* se apresuraban los galanes á tomar su pareja, situándola convenientemente, es decir, próximos á *la cabeza*, si eran duchos en la materia, ó *hacia la cola*, si eran chambones, pues se consideraba como falta grave equivocarse al bailar la contradanza.

En toda la extensión de la sala se formaban, de un lado, las señoras y del otro los hombres, frente á su respectiva pareja. El que ponía la contradanza, por lo general persona de respeto, daba á los danzantes las órdenes é instrucciones conducentes á la buena ejecución del plan de operaciones y al grito de *á una*, empezaba el enredo el cual consistía en hacer y deshacer *cadenetas*, *espejos*, *alas arriba*, *alas abajo*, *molinetes* etc.; en una palabra, durante dos ó más horas de tiempo se entretenían tejiendo la tela de Penélope; el pináculo de la contradanza consistía en que, en cierto momento, los hombres de un lado y las señoras al frente, se aproximaban entrelazados formando una

gran ala al grito de *arriba!* Esta clase de baile era muy socorrido porque lo mismo que la *olla podrida* española, admitía en su seno toda clase de comestibles: allí se desquitaban todos y todas del forzado ayuno de baile cuando éste provenía de pavorosa antigüedad en la fé de bautismo.

Hacia la media noche se juntaban los viejos y viejas y calladitos se encaminaban al comedor; de paso llamaban á la falanje de sirvientas y muchachos que habían llevado al baile, y arrellanándose en sus asientos comenzaban tremendo ataque á la mesa y sus adherencias. Lo que entonces pasaba á contentamiento universal, pues era la costumbre, sólo puede compararse á la caída de la langosta en una labranza de maíz ó á los merodeadores de campo de batalla para los que todo es *res nullius*. Previamente, colocábanse el pañuelo extendido sobre el regazo y allí caía todo lo que estaba al alcance de sus manos: las sirvientas y muchachos iban provistos de alforjas á cuyo fondo pasaban intactas las mejores viandas. Asegurada la retaguardia, proseguían comiendo tranquilamente, mientras que los jóvenes arreglaban sus asuntos particulares, aprovechando el momento en que las *abuelas* se solazaban en la mesa sin otro pensamiento que el de dar cima al saqueo emprendido.

Al fin se acordaban los primeros ocupantes de la mesa, que otros también desearían tomar algún refrigerio y se levantaban echando miradas odiosas á lo que aun quedaba. Reparado el amigú, le tocaba su turno á las señoritas y de lo que estas dejaban, comían los galanes: en cuanto á la música, que consistía en un clarinete, un flautín,

un trombón bajo, redoblante, bombo y platillos que trasnochaban á toda la vecindad, los ejecutantes se quedaban á la *luna de Valencia*.

Terminado el ambigú entraba la descomposición, ó mejor dicho, se acordaban las *abuelas* de que *era tarde*, es decir, temprano del siguiente día, y no había poder humano que las contuviera: los galanes no desperdiciaban la ocasión de acompañar á sus *crestas*, nombre que daban á las que pretendían, y el dueño de la casa quedaba muy gozoso de que todos se hubieran divertido á su modo, sin preocuparse de los daños causados, porque entonces no *pagaba el monigote el que lo tenía* sino el que lo *daba á préstamo*.

Al día siguiente la crónica refería que en el baile de la noche anterior se habían comprometido unas cuantas parejas para unirse próximamente con el entonces *suave yugo* del matrimonio. Un destinillo con veinticinco pesos de á ocho décimos por mes y las pocas exigencias de la novia, animaban, sí señor, animaban á los jóvenes á tomar estado, teniendo á su favor el noventa y cinco por ciento de las probabilidades. Las muchachas guardaban cuidadosamente sus modestos trajes para usarlos en la próxima fiesta, porque encontraban muy racional usar un mismo vestido en tanto que no estuviera deteriorado; en una palabra, el recuerdo de aquellas diversiones dejaba en todos gratas impresiones y, más que todo, deseos y posibles para la repeticion. ¡Tiempos que fueron!

La regularización del servicio de vapores en el río Magdalena y el establecimiento de los vapo-

res *paquetes* de la Mala Real, despertaron en los santafereños acomodados el deseo de ir á Europa y á los Estados Unidos.

Un viaje al extranjero en otros tiempos era empresa digna de Gonzalo Jiménez de Quesada ó de Belalcázar: tres meses se empleaban para ir de Bogotá á Southampton y seis para regresar, para lo cual se servían de mulas en el trayecto de esta ciudad á Honda; de los *champanes*, de Honda á Santa Marta ó Cartagena y de buques de vela, en el mar. Una calma chicha ó vientos contrarios, demoraban el viaje á veces hasta un año y no era caso raro la arribada forzosa a países no comprendidos en el itinerario propuesto, lo cual entre otros resultados, producía en la familia del viajero una situación de angustia indescriptible, sin saber que suerte habría corrido. Al fin llegaba el deseado término de tan dilatada peregrinación, y el día menos pensado se aparecía el viajero sin dar previo aviso, porque no había otro medio de comunicación sino el correo y éste llegaba infaliblemente después de que el interesado estaba descansando en su casa.

Aunque algunos de los que viajaban á Europa se iban *baúles* y volvían *petacas*, como sucede en la actualidad, los que aprovechaban su tiempo traían al país conocimientos útiles y hábitos de cultura y buen gusto que fueron implantando lentamente, ayudados por la escogida inmigración ylesa que de los años de 1825 á 1860 vino á esta ıdad.

La famosa Compañía dramática de Furnier, mejor que ha venido al país, contaba en su seno a brillante pareja de baile español, compuesta

de los hermanos Paquita y Magín Casanova: era la primera una preciosa muchacha de 18 años, que volvió locos á más de cuatro, y el segundo un jeven de 21 años, bello como Apolo. Paquita enseñaba á bailar á las señoritas y Magín á los caballeros, para lo cual se reunían dos veces cada semana en la casa de alguna de las discípulas; de esa época data la introducción en nuestros bailes de la Polka, valse de Strauss, Mazurka, Schottisch, Cracoviana, Cuadrilla y Lanceros y la proscripción de la Contradanza y el Colombiano.

Los distinguidos y benévolos extranjeros, señores Patricio Wilson, Tomás Fallon, Leopoldo y Daniel Schloss, Tomás Reed, Roberto Bunch, Enrique Cross, Maximiliano Constantine, Enrique Price, Lucio Davoren, Dundas Logan, Nelson Bonitto, Guillermo Wils, Daniel F. O'Leary, Powls, Alejandro Lindig y otros cuyos nombres no recordamos, asociados con los señores José Caicedo Rojas, José Vicente Martínez, Manuel Antonio Cordovez, Joaquín Guarín, Carlos Mera, Manuel José Pardo, Demetrio y Temístocles Paredes, Domingo Maldonado, Andrés Santamaría, Marco de Urbina, Rafael Eliseo Santander y algunos más, fundaron en esta capital la famosa Sociedad Filarmónica, que contó en su seno con lo más selecto de nuestra sociedad. Había miembros activos, honorarios y contribuyentes de ambos sexos: los primeros se componían de los ejecutantes; los segundos, de los altos funcionarios civiles y militares, el Cuerpo diplomático y los eclesiásticos; y los últimos, de las personas que tenían *honrosa posición social*, mediante el pago de diez pesos por derecho de entrada y un peso mensual de cotización.

Se daba un concierto cada mes, cuyo programa constaba de dos partes: la primera, de una obertura á grande orquesta, tres piezas de piano, canto y violín, y cuadrillas por la orquesta; y la segunda sólo se diferenciaba en que concluía con valses de Strauss. En la orquesta tomaban puesto los caballeros que tocaban algún instrumento, acompañados por los profesores notables que había, como Juan Antonio de Velasco, que era el decano y perteneció á la banda de música del batallón español "Numancia"; los Hortúas, José González, Rodríguez (el Piringo), Eladio Cancino y Félix Rey que aún vive y toca la trompa en una de las bandas del ejército, y muchos más que no podemos recordar. Todos eran pobrísimos, pero se imponían el deber de tocar sin remuneración en la sociedad que los trataba con cariño y por toda recompensa les daba un frugal refrigerio después del concierto, consistente en una copa de cerveza, sandwich, queso de Flandes y cigarros de Ambalema.

Por primera vez se estableció en este país que los hombres asistieran á una reunión pública vestidos de frac, corbata y guante blanco; las señoras elegante pero modestamente adornadas, sin ostentar aquel lujo que en ningún tiempo se ha compadecido con nuestra situación pecuniaria. Como los músicos carecían de recursos, se hacía una bolsa para proporcionarles modo de que se presentaran vestidos convenientemente.

Las señoritas y caballeros que sabían tocar ó cantar, se prestaban gustosos á lucir su habilidad delante de una sociedad que era modelo de cultura y maneras exquisitas, y lo que es más,

ante un público compuesto de un personal escogido, porque no se vendían boletas para entrar á los conciertos sino que se repartían á los socios y éstos debían ser individuos de una conducta *intachable:* el hecho de asistir á esos conciertos el gran Arzobispo Mosquera, da la prueba de la merecida respetabilidad que alcanzó la Sociedad. En una sola ocasión se presentó una señora casada que, siendo soltera, había dado lugar á ciertas habladurías más ó menos merecidas, y en el momento, sin escándalo, le advirtió el Presidente que el concierto no empezaría hasta que ella saliera del salón, como en efecto lo hizo: ¡felices tiempos!

Las reuniones periódicas de familia ó tertulias tuvieron principio hacia el año de 1849—*correg das y aumentadas*—por haberse introducido en ellas los usos de las de igual clase de París y Londres. El mobiliario empezó á reformarse ó cambiarse por otro de mejor gusto, entre el cual se contaban canapés y mesas de caoba con embutidos blancos del estilo del primer imperio francés; silletas de paja, espejos de cuerpo entero y marco dorado, grandes grabados en acero que representaban asuntos históricos ó fantásticos, arañas y candelabros de bronce dorado y guarda-brisas, jarrones de alabastro, porcelana ó cristal, alfombra, piano inglés ó bogotano (los fabricaba el norteamericano David M'Cormik), alumbrado de velas esteáricas ó lámparas con aceite de nabo; reloj de sobremesa con figuras de porcelana ó de bronce. Se desterró de los comedores el uso de los vasos y jarros de plata, para reemplazarlos con servicio completo é igual de cristalería: empezaron á cambiarse los *trinches* de fierro que parecían *tridentes*

de Neptuno, por elegantes y cómodos tenedores de metal blanco y se igualó el servicio de loza, el cual era un verdadero muestrario de la cerámica de todas las fábricas del mundo, reponiéndolo con porcelana de Sevres ó loza de pedernal. Hoy figuran como trofeos de guerra suspendidos en las paredes de los salones, ó montados en bronce, los restos de esos antiguos servicios de porcelana de la China ó loza del Japón que nuestros antepasados miraban poco más ó menos.

Se presentaban yá los albores de la nueva civilización que poco á poco se fué infiltrando en nuestras costumbres, corrigiendo ó retocando las que heredámos de nuestros abuelos pero sin alzarse con *el santo y la limosna*, como sucede en la actualidad; quiero decir, tratándolas como á pais conquistado, al cual no se le deja ni aun el recuerdo de su anterior existencia. En efecto, hoy repudiamos los buenos usos antiguos que hacían de Santafé una morada deliciosa sin pretensiones á rivalizar con las más opulentas ciudades del mundo: por el camino que ha tomado Bogotá, le va á suceder lo que á la rana cuando queriendo igualarse al buey reventó!

Una simple invitación á los jefes de familia y á las señoritas y jóvenes era suficiente para que, sin otro traje que el correcto y elegante que llevaban durante el día, se presentaran á los ocho de la noche en la casa de la reunión.

Es cosa particular que á medida que se van refinando y *mercantilizando* el gusto y las costumbres, el aforismo de *time is money* pierde su fuerza aplicación en asuntos de diversiones.

¿Qué dirían hoy y qué harían con los invita-

dos que se presentaran en un baile antes de las diez de la noche? y sin embargo, debiera ser á la inversa para no desperdiciar los minutos de un tiempo que cuesta tan caro!

Si la reunión era de familia, no había otra música que la del piano tocado indistintamente por los invitados: si tenía mayores proporciones, se bailaba al són de la música ejecutada por un cuarteto compuesto de dos violines, violoncello y corneta pistón, acompañados con el piano: se bailaba amenizando los intermedios de reposo con el canto de las *arias* de alguna ópera ó con trozos de música ejecutados por señoritas ó caballeros, pues éstos tenían entonces el buen gusto de cultivar tan importante ramo de educación.

A las doce de la noche se servía el té en el comedor, en una mesa cubierta con exquisitas colaciones y á veces, en poca cantidad, algún vino generoso: cada joven tomaba su pareja y se sentaban, alternando, un hombre y una señora, empezando así á familiarizarse con ese trato franco y cordial que es el mejor termómetro para estimar y comprender los mutuos caracteres de los que pueden llegar algún día á unirse con lazo indisoluble. Terminada la colación volvían á la sala para rematar la fiesta con el alegre cotillón; pero antes de despedirse se daba á libar el famoso *ponche caliente*, confeccionado invariablemente por los anfitriones veteranos en la materia: entre trago y trago se cambiaban las promesas solemnes de concurrrir á la próxima reunión y, contentos, satisfechos, salían todos y todas precavidos por el *ponche* contra un constipado y hábiles para continuar al día siguiente las faenas de la vida.

Tal era el tipo de las fiestas de familia con el que obsequiaban á su amigos, una vez en cada semana, las admirables matronas Soledad Soublette de O'Leary, Ana Rebolledo de Pombo, Paula Fajardo de Cheyne, Natalia Lozano de Argáez, Agustina Moure de Cordovez, Magdalena Rovira de Santamaría, María Regla Imbrech de Herrera, Manuela Sáenz de Montoya, Jacinta Tobar de Umaña, Teresa Rivas de Castillo, Joaquina Cordovez de Tanco y tantas y tantas otras cuyos nombres no recordamos; pero, parodiando á Cervantes, puede decirse que en esas reuniones, todo delicado gusto, distinguidas maneras, elegancia, cultura y buen humor, tenían su asiento. Aquella fué, á no dudarlo, la *edad de oro*, de la naciente Bogotá.

Pero no se crea que á las tertulias á las cuales nos hemos referido quedaban reducidas las diversiones de entonces.

Las novenas de la Concepción y del Aguinaldo se celebraban bailando en todas partes después de rezarlas, y la Nochebuena se pasaba bailando desde las ocho hasta las once y media de la noche, hora en la cual se iba á misa del gallo al templo más cercano y se volvía á continuar el baile hasta que el sol les daba en la cara. Esa era la época de empanadas, tamales, ajiacos, buñuelos, encurros y demás golosinas suculentas, las cuales deleitaban á ricos y pobres, amén del diluvio de miles de menor cuantía ó parrandas bulliciosas, en los que se divertían al són de guitarras y bandolas los festivos moradores de los entonces otros barrios de la ciudad y que no menciono por

sus nombres para que no se me diga que personifico la cuestión.

Mucho se ha escrito, se escribe y se escribirá en pro y en contra del baile, pero es lo cierto que los partidarios del *contra han arado en el mar*, incluso el mismo Pereda en su famoso artículo FISIOLOGÍA DEL BAILE. Nosotros, que estamos muy lejos de tener la pretensión de corregir la plana á tan notable ingenio ni á ningún otro, nos permitiremos algunas ligeras reflexiones sobre esta materia, con el derecho que tiene la diminuta hormiga para aproximarse al corpulento elefante que puede aplastarla.

El baile es tan antiguo como la aparición de la raza humana sobre el planeta que habitamos: es más que probable que al despertar Adán del sueño misterioso y encontrar á su arrebatadora compañera, bailaran de contento, sin música ni concurrencia que los oprimiera, y como dice la Biblia, sin caer en la cuenta de que Eva estaba *más que escotada*.

Es posible que el deseo del baile tenga por causa eficiente la aspiración constante de nuestra alma de volar hacia lo infinito, y que ya que no puede hacerlo por estar sujeta á la materia, la obligue á que aun cuando sea por brevísimos intervalos se separe de esta miserable tierra.

Las muchachas *bailan por bailar*, por *no comer pavo*; ó por cualquiera otra razón, que nada tiene que ver con asuntos morales ó filosóficos.

Si se nos exigiera la respuesta categórica de si es bueno ó malo bailar, contestaríamos como lo hizo en el examen un seminarista que en toda ocasión ensartaba la palabra *distingo*. Fatiga

el Obispo que lo examinaba con tan extraña manera de argumentar, le preguntó si se podía bautizar con caldo: *Distingo*, le respondió nuestro polemista: con el que toma Su Señoría, nó; con el que nos dan en el Seminario, sí.

Bailar moderadamente consultando las conveniencias sociales, sin olvidar el respeto debido á una señorita que en esos momentos se confia á nuestra hidalguia, es bueno: bailar oprimiendo la pareja como hace el boa constrictor para ahogar la gacela que va á devorar, ó hacer del baile un acto de preparación para comulgar al dia siguiente, es malo.

Terminaremos estos mal zurcidos recuerdos con la relación de los bailes que, por su importancia y esplendor hicieron epoca en esta ciudad.

Antes del memorable *25 de Septiembre* dió un baile el Libertador, en el palacio de San Carlos, el cual tenía entonces la misma distribución que hoy. Bolívar se presentó vestido con gran uniforme militar, rodeado de los hombres más importantes de Colombia.

Entre el Cuerpo Diplomático y Consular que asistió, se contaba el Cónsul General de Holanda, M. Stewart. Al sacar éste á bailar á una señorita, dejó ésta, como era costumbre, un frasquito que contenía esencia y el abanico, sobre el asiento que abandonaba; un joven oficial Miranda, hijo del distinguido General del mismo nombre, se sentó inadvertidamente sobre esas prendas y rompió el frasquito; visto lo cual por el señor Dundas Morgan, le dijo en tono de burla: "prevéngase para la cuenta de este agravio al Cónsul holandés." Miranda le contestó que no tenía miedo á ese vejete,

palabras que desgraciadamente oyó M. Stewart y sin tener en cuenta el sitio donde estaba, llenó de improperios á Miranda.

A la mañana siguiente envió Miranda al norte-americano Coronel Johnson, á pedir una explicación al holandés, quien contestó que la daría por medio de las armas.

Miranda pasó todo el día ejercitándose al tiro de pistola en el solar de la casa contigua, hacia el sur de la que hoy es propiedad de don José Manuel Marroquín—entre otras razones—porque el belicoso Cónsul tenía reputación de ser muy diestro en el manejo de las armas y se aseguraba que en ocho duelos habia dado cuenta de todos sus adversarios.

Un día después, muy temprano se dirigieron hacia el Aserrío, y á orillas del río Fucha se batieron á veinte pasos de distancia. El Cónsul vestía sombrero de *jipijapa* con cinta de seda negra, levitón abrochado y botas de campaña; y Miranda tenía cachucha de paño y *medio uniforme* militar. Tiró primero M. Stewart y la bala le quitó la cachucha á Miranda: éste, que era tan valiente como generoso, dijo á su contendor que aun era tiempo de explicarse amigablemente; pero el furioso holandés le replicó diciéndole que si no le hacía fuego *lo mataría como á un perro.* Perdida toda esperanza de avenimiento, dieron los testigos las voces acostumbradas en estos lances: al oirse la sílaba *tres*, Miranda tendió el brazo y sin apuntar, disparó. El proyectíl atravesó la cinta negra y el sombrero en la mitad del hueso frontal del Cónsul y se introdujo en la masa cerebral: el doctor Ricardo Cheyne que estaba presente, en su

calidad de médico, exclamó al verlo caer desplomado: *¡ Hombre muerto !*

Miranda se marchó inmediatamente al extranjero, y al Cónsul se le hicieron solemnes funerales en la capilla del Sagrario, hoy San Pedro, lo que dió motivo para que el venerable sacerdote doctor Margallo, en el primer sermón que predicó después de aquel trágico suceso, encareciera á los fieles que elevaran sus oraciones al Todopoderoso, á fin de que la profanación de ese templo no fuera causa de su ruina: el terremoto de 1827 se encargó del cumplimiento de aquel pronóstico.

Terminadas las exequias se condujo el cadáver al Hospicio de hombres, que era la parte del mismo edificio situada al Occidente, después de la iglesia, dejándolo por algún tiempo en el zaguán para que el pueblo lo contemplara, y se le dió sepultura en la huerta del mismo edificio, dos varas hacia el Norte de la puerta de la misma

Los caballeros Cándido é Ignacio de la Torre, Simón de Herrera, Isidoro Laverde, Francisco E. Alvarez, Zoilo y Cecilio Cárdenas, Antonio Duque, Carlos Bonitto, y algunos otros que desgraciadamente no recordamos, obsequiaron á la sociedad bogotana, el 6 de Enero de 1852, con un gran baile en la casa que hoy es propiedad del señor don José María Urdaneta, media cuadra abajo de la Plaza de Bolívar.

Fué en esa bellísima reunión donde principió á introducirse la costumbre de arreglar tocador con objetos de repuesto para las señoras que pudieran necesitarlos. No los tocaron.

Contribuyó á amenizar la fiesta, la coincidencia de que en el almanaque calculado para ese

año por el anciano astrónomo don Benedicto Domínguez, se anunciaba un eclipse total de luna para el dia 7 del mismo mes á la una de la mañana; pero los antiguos alumnos del Colegio Militar, entre los cuales se contaban don Manuel Ponce de León y don Indalecio Liévano, sostenian que el fenómeno tendria lugar el dia 6. Una tremenda *cohetada* en el Observatorio anunció el triunfo de los nuevos astrónomos, y todos los asistentes al baile gozaron de ese magnífico espectáculo no previsto en el programa.

La política de tolerancia é imparcialidad iniciada y sostenida durante todo el tiempo de la siempre bendecida administración de Mallarino, preparó los ánimos para que todos los bogotanos, sin distinción de colores políticos, celebraran el aniversario de la Independencia Nacional, entre otras diversiones, con corridas de toros, cuadrillas en la Plaza de Bolívar y con un gran baile de *fantasía* dado por los Constitucionales en los salones del Congreso, que entonces estaban situados en la localidad del centro de los portales de la Casa Consistorial. El salón de la Cámara de Representantes se arregló con gran lujo y buen gusto para bailar; el recinto del Senado se destinó para *comedor permanente*, y los balcones que circundaban los salones, para las personas que no tomaban parte activa en la fiesta.

A las nueve de la noche empezaron á llegar los invitados, vestidos con trajes que representaban notables personajes que existieron en siglos anteriores á nuestra época. La entrada al salón de cada uno de aquéllos era saludada por los que ocupaban las barras, con una salva de aplausos. El

entusiasmo subió de punto cuando se presentó vestida de *Colegial del Rosario*, con *hopa, beca* y *bonete de cuatro picos* y conduciendo de brazo á una primorosa manola, la espiritual y gentil Elena Cordovez de Uribe: hasta las doce de la noche, consecuente con su traje, bailó con sus compañeras, pero después de esa hora se eclipsó para reaparecer con un elegante vestido de *transtiberiana*.

Todo fué completo, esplendido, en aquella inolvidable fiesta: el acaudalado M. Goschen, miembro del Parlamento inglés y hoy Ministro del Tesoro en el Imperio Británico, quien por asuntos particulares vino en ese tiempo á este país y asistió al baile, dijo con la franqueza peculiar á los ingleses, que creía estar presenciando un baile de corte dado por su soberana; y en efecto, así pudo calificarse, porque á él asistió el Presidente de la República, acompañado del Ministerio, el Cuerpo Diplomático y Consular; los altos funcionarios y los nacionales y extranjeros que por su posición honorable podian invitarse á una diversión que sirvió como de termómetro para estimar los grados de cultura y corrección en las maneras que yá para esa época habia alcanzado esta ciudad. El crepúsculo de aquel día llegó en hora fatal á sorprender á los que aun bailaban á las seis de la mañana, para recordarles con muda elocuencia que todo tiene fin en el mundo, y este fué el único sentimiento de pesar que dejó la fiesta que aun hoy recordamos con orgullo.

El año de 1860, regresó á esta capital el distinguido cuanto ilustrado caballero don Nicolás Tanco Armero, después de prolongada ausencia de la patria y durante la cual dió la vuelta al mundo: viajó por las Antillas, Estados Unidos, Euro-

pa, Africa y Asia, y permaneció algunos años en la China y en el Japón, enganchando súbditos del Celeste imperio para trabajar en los *ingenios* de caña de azúcar en la isla de Cuba.

Era el primer colombiano que visitaba tan remotos como singulares países. Para celebrar ese fausto acontecimiento de familia que para el señor don Mariano Tanco tenía excepcional importancia por el cariño que profesaba á su hermano menor, respecto del cual hizo las veces de padre solícito, resolvió convidar á la sociedad bogotana á un baile que dió en su casa de habitación, la cual es hoy, propiedad del señor don Alvaro Uribe, sita en la tercera Calle Real ó del Comercio. A las personas que conozcan esa casa, les parecerá un imposible creer en las maravillas que supo y pudo realizar el señor Tanco y su encantadora esposa doña Joaquina Cordovez.

Del patio principal se formó un hermoso *kiosko* cubriéndolo con pabellón de telas de linón que dejaban traslucir uno de esos cielos estrellados que sólo se ven en las altiplanicies andinas. El piso se arregló tan igual como una mesa de billar, cubierto con lona blanca, dejando en la mitad una *acacia* llena de bombitas de cristal iluminadas. Las paredes se cubrieron con espejos que reproducían en infinitas variedades el conjunto de esa fiesta de hadas, produciendo la ilusión más completa la colgadura de flores naturales y plantas vivas de todos los climas, colocadas con tal arte, que parecía una inmensa gruta con miradores para ver un baile distinto á donde quiera que se fijara la vista. Los balcones de los corredores estaban igualmente cubiertos de flores naturales y adornados con festo-

nes de bombitas de cristal iluminadas al estilo veneciano.

En el ancho corredor alto se situó la orquesta dirigida por el profesor alemán Alejando Lindig. Desde los corredores laterales se gozaba de un espectáculo indescriptible.

Los salones que dan á la calle se arreglaron lujosamente con mobiliario, de los estilos de Luis XIV y Luis XV, y en ellos se exhibieron las preciosidades que don Nicolás trajo de la China y de otros países que había recorrido: aquello fué una positiva sorpresa para todos y no se sabía qué admiar más. Un sólo ajedrez había costado *dos mil pesos en oro* al atrevido viajero.

Las piezas laterales, hacia el Norte, se convirtieron en *cantinas permanentes* en las que se servían toda clase de sorbetes, helados, té, café y *chocolate* con sus respectivas exquisitas colaciones; las situadas al Sur se destinaron para tocadores de las señoras, surtidos de todo lo que pudieran necesitar, y las que miran al Oriente sirvieron de comedores en los cuales había mesas brillantemente iluminadas y provistas de cuanto exquisito y raro pudiera uno imaginarse, *todo preparado en la casa.*

A las nueve de la noche empezaron á llegar los invitados que eran, desde el Presidente de la República, lo más notable y florido de nuestra sociedad, así nacionales como extranjeros: las señoras con magníficos trajes de baile y los caballeros con el vestido de ordenanza en tales reuniones. Pocos momentos después se dió principio al baile con cuatro grupos de cuadrillas, uno á cada lado del patio quedando el árbol en el centro.

Los intermedios se amenizaron con trozos de música y de canto ejecutados por varias señoritas y algunos artistas distinguidos de la ópera italiana.

A las once y media de la noche se abrieron los comedores y mientras en ellos se deleitaba el *elemento negativo* de todo baile, los danzantes se entraron á las piezas destinadas al efecto y cambiaron el vestido que tenían, por otro de fantasía. A una señal convenida de antemano, la orquesta interrumpió el momentáneo silencio con unas alegres cuadrillas de Lanner, y como por encanto, tomó esa fiesta el aspecto más brillante y fantástico imaginable. De todas partes iban saliendo personajes históricos, vivos, entre los cuales formaban las anomalías más curiosas: allí salian cogidos de brazos, Felipe II con la Hija del Regimiento; don Juan Tenorio, con Isabel la Católica; don Pedro el Cruel, con Norma; el Barbero de Sevilla, con Semíramis; Enrique III, con una Varsoviana; Jacobo Molay, con Safo; el Trovador, con una aldeana suiza; un Mandarín del Celeste imperio, con María Estuardo; Luis XV, con una Aurora que dejó ciegos á los que se atrevieron á mirarla de frente, y tantas y tantos otros más que no podemos recordar. Imposible describir el entusiasmo producido por la aparición de esas parejas que dieron otra fisonomía á la fiesta.

A las seis de la mañana, cuando ya el sol envidioso de que hubiera mortales que se divertieran sin su concurso, asomaba encima de Monserrate, se dejó de bailar para emprender cada cual el camino de su casa, llamando la atención de la gentes madrugadoras que se escandalizaban

al encontrar disfrazados por las calles de la ciudad á tales horas.

En la fiesta que acabamos de recordar y que hasta hoy ninguna otra la ha superado, se introdujo el adorno de flores y plantas en los salones y corredores de las casas.

El año de 1885 obsequiaron, el Excelentísimo señor don Rafael Nuñez, Presidente de la República, y su señora con un espléndido baile en el Palacio de San Carlos, á los Jefes de los tres ejércitos que se hallaban en la capital. La fiesta fué digna del alto funcionario que la daba y de los distinguidos invitados á quienes se dedicó.

No entraremos á repetir las descripciones de los bailes dados por varios jóvenes en los ultimos tiempos, porque plumas más competentes lo han hecho, únicamente observaremos que en ellos se ha ostentado el más refinado lujo, buen gusto y cultura de *fin del siglo*, hecho que dice mucho en favor de una ciudad situada á doscientas leguas del mar y encaramada en un nido de águila, para subir al cual hay que hacer uso de *escaleras*.

Pero ya Santafé estaba decrépita, y como no quería morir, se encargó de rematarla el cataclismo político de 1860 á 1863 que la devoró: sus funerales, lo mismo que los de Alejandro, fueron sangrientos!

II

LOS COLEGIOS Y LOS ESTUDIANTES

INVIRTIENDO el orden de antigüedad y empezando por donde debiera acabar, trataré de hacer una comparación entre los usos, costumbres y necesidades estudiantiles de *ogañc*.

Desde que los ilustrados y desinteresados patriotas Lorenzo M. Lleras y Luis M. de Silvestre establecieron por los años de 1846 y 1850 colegios de enseñanza secundaria y profesional al estilo de los que de igual clase habían visitado en los Estados Unidos, vendiendo cuanto tenían para emplearlo en la fundación y sostenimiento de las empresas que los arruinaron, empezó á sentirse notable cambio en el modo de ser de nuestros estudiantes.

El local del Colegio del Espíritu Santo, el mismo que hoy ocupa el Asilo de Niños Desamparados, fué construído por el doctor Lleras y en él recibieron educación muchos jóvenes que han figurado con lucimiento en nuestra sociedad, entre otros, el sabio Triana, Santiago, Felipe y Rafael Pérez, Arcesio Escobar, Ricardo, José Manuel y Luis Lleras, José María y Enrique Cortés, José María Quijano Otero, Lisímaco Isaacs, Guillermo Uribe, Luis Bernal.

En el gran salón de estudio se arregló con el carácter de permanente, un escenario ornamentado con bellísimas decoraciones: allí se representaban por los alumnos, piezas dramáticas, entre las cuales se cuenta *Jacobo Molay*, en cinco actos y en verso, producto del precoz ingenio del señor don Santiago Pérez, que entonces tenía diez y ocho años de edad y que le mereció un estudio crítico del señor don Mariano Ospina.

El uniforme de los estudiantes era lujoso: frac y pantalón de paño azul oscuro y chaleco de piqué blanco, todo con botones de metal dorado, guantes blancos de cabritilla, sombrero de pelo y en cada solapa del frac, una paloma bordada de plata. Sentaba bales muy bien á los jóvenes mayores; pero los que aún eran niños semejaban caricaturas de hombre: siempre nos ha parecido del peor gusto aprisionar á los muchachos dentro de vestidos incompatibles con sus inclinaciones de movilidad.

En la parte del convento de franciscanos que hoy forma la prolongación de la antigua calle de Florián, con los edificios construídos hacia el Occidente, restableció el señor don Luis M. Silvestre el tradisional Colegio de San Buenaventura. El in-

forme era semejante al de los alumnos de la Universidad de Oxford: toga de merino morado con vueltas negras, sujeta al cuello con un cordón de seda del mismo color, del cual pendía una cruz griega de plata; birrete de paño negro con borla de seda, chaqueta y pantalón de paño negro y guantes blancos de babritilla.

El régimen interior del Colegio estribaba en estimular á los jovenes por el sendero del honor y de las nobles acciones; los buenos resultados que dió ese sistema se comprobaron con la particularidad de que durante un semestre, sólo hubo necesidad de penar con encierro de pocas horas á un estudiante por faltas de contra el aseo y pulcritud en el vestido. Allí se nos trató como á príncipes, por todos aspectos: en ese plantel se educaron Rómulo Durán, Dolcey Patiño, Luis Segundo, Adolfo y Zoilo de Silvestre, Ricardo y Eustacio de Latorre, Jorge Isaacs, Anconio J. Toro, Genaro Moya, Lucio Pombo.

El año de 1856 fundó su colegio el inolvidable señor don Ricardo Carrasquilla con el objeto de proporcionar educación á sus hijos, de acuerdo con las ideas religiosas de sincero católico que siempre profesó: Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá, Ruperto Ferreira, Carlos Michelsen U., Roberto Suárez, Carlos, Rafael y Joaquín E. Tamayo, Aquilino Niño, Manuel Vicente Umaña, Ignacio Gutiérrez P., Enrique Argáez, Carlos Martínez Silva, Francisco Montoya M., Luis M. Herrea, José Manuel Restrepo S., Aristides V, Gutiérrez, Santiago Samper, Francisco Antonio Gutiérrez, Enrique Morales, Manuel J. de Caicedo y muchos más que no recordamos pero

entre los cuales se encuentra una de las lumbreras más preciadas de nuestro clero, el doctor Rafael M. Carrasquilla O., dan la prueba de la bondad de aquel plantel: los alumnos no usaban uniforme, pero vestian trajes que estaban en relación con la fortuna de las familias de donde procedían.

Otro de los establecimientos de educación que dieron buenos frutos fue el del señor don Santiago Pérez; de allí salieron Felipe Silva, Cornelio Manrique, Julio Barriga, Rufino J. Cuervo, César Guzmán, Alejandro Rivera, Diego Rafael de Guzmán y cien más.

Al restablecerse la Universidad Nacional en 1868, cambió por completo el modo de ser de nuestros estudiantes. Se empezó por vestirlos como á hombres serios, tal vez para comprobar el adagio de que *el hábito no hace al monje*.

Al principio, salvo algunas incorrecciones, todo marchaba muy bien; pero á medida que las libérrimas intituciones políticas de esa época fueron calando, las cosas pasaron de otro modo y desde entonces puede decirse que los jóvenes tomaron afición á la política, á hacer malos versos, á perjurarse y renegar de su sangre en las mesas electorales, á fumar cigarrillo, á beber brandy, á frecuentar los garitos y las compañías *más que sospechosas*; á contradecir, por sistema, el sentimiento religioso del país; á perorar en el cementerio *espetándole* al muerto discursos brutalmente materialistas; á armar camorra todas las noches en la *Botella de Oro* ó en los portales, poniendo en danza los revólvers, sin cuidarse de los infelices transeúntes que por *equivocación* echaban al otro mundo; á irrespetar á las mujeres hasta el extremo de obilgarlas á empren-

der largos rodeos para librarse del escarnio de tener que pasar por junto de ellos; y lo que era más triste aún, á proporcionar á los boticarios pingües ganancias por el enorme consumo *de drogas mercuriales y otros específicos* que en castigo de sus pecados les propinaban los *esculapios.*

En vano clamaban los Rectores de los primeros establecimientos públicos y la prensa del país, pidiendo nuevos rumbos en el sistema de educación y severidad de costumbres, pero nada se lograba por que se carecía de medios legales para reprimir el mal: el trastorno político de 1884 puso término á esos escándalos que nos hacían aparecer como bárbaros ante el mundo civilizado y en justicia, debe abonarse al *Haber* del actual orden de cosas la extinción de aquellas insoportables zambras.

Reconocemos con ingenuidad que hubo honrosas excepciones y que no todos los jóvenes seguían las mismas extraviadas huellas; pero eso no se debía á la atmósfera que los rodeaba sino al buen ejemplo que recibían en el seno de sus piadosas y cultas familias: la mayor parte de las víctimas que marchitaba aquel vendabal, pertenecían á los estudiantes forasteros que venían *á ilustrarse en la capital.*

En la actualidad puede decirse que nuestros estudiantes son *muy buenos muchachos:* todos, cual más, cual menos, visten con elegancia y buen gusto; pero van adquiriendo hábitos de lujo que á veces los ponen en *aprietos.* Se hacen lustrar el calzado por los *bola-botín;* el lazo de la corbata que llevan tiene todas las proporciones arquitectónicas el sombrero, guantes y junquillo que usan, guar

dan entre sí completa armonía; llevan reloj (prenda obligada), aunque sea de níkel, pero siempre con cadena ó pendiente de oro ó de metal que lo parezca; frecuentan las peluquerías de Gilede, Saunier ó Huard para que les *hagan la capul* y *los afeiten*, aunque sólo ostenten rubicundos cachetes con peluza de durazno; usan perfumes exquisitos, mancornas y prendedor de oro y pedrería, cuello, puños y pechera de la camisa, como si fueran de porcelana; ván á la ópera, á parque de orquesta; á toros, á los puestos de sombra; en los hoteles se hacen servir ostras, champagne Monopol y cigarros habanos de la "Vuelta de abajo" ó cigarrillos de *La Corona* y *La Legitimidad*. Pasean en *landeau*, porque la tranvía es una vulgaridad; montan con botas de charol, casco prusiano y galápago de Camille en caballos que valen cuando menos $ 500; usan papel vitela con monograma para su correspondencia; dejan tarjeta grabada si no está en casa la persona que van á visitar, y tienen cuenta corriente, cuando menos, en alguno de los bancos de la ciudad. ¡Qué buena vida sino hubiera infierno!

Los estudiantes de *antaño* no parecían ni prójimos de los de *hogaño*. Todos eran *cuasi mendigos*, aun cuando sus padres fueran ricos ó acomodados, porque se creía prudente educar á los muchachos en rigurosa economía, previendo que tal vez, tarde emprano tendrían que aprovechar esas lecciones ietivas: opinaban que no debía *pecarse contra la idad*, creándoles á los muchachos necesidades y iendo de ellos *hombres festinados*, que á pocas ltas se *jubilan* ó la vida viene á ser para los ta- ndero tormento.

En todas las casas había un cuarto que llamaban de *trastajos* (hoy guarda ropa), en el cual se archivaba, entre otras cosas, la ropa usada de los habitantes pasados y presentes: ese era el *parque* donde se proveían de los elementos indispensables, no diremos para vestirse, sino para envolver la prole.

Los *camisones* viejos de zaraza desteñida y los demás rezagos de la ropa blanca se transformaban en camisas: los calzones de dril de *tapabalazo* se recortaban á la medida del postulante, y si el crecimiento era precoz, se les añadía lo necesario ó se le adjudicaban al hermano menor. El mismo procedimiento se adoptaba para la chaqueta y el chaleco, cuyas botonaduras eran de hueso. Estas prendas del vestido se llevaban *á cuero limpio*, porque los calzoncillos y medias eran superfluidades buenas para las personas de respeto: los calzones se atacaban con un trozo de orillo de paño, el que á veces, cuando había botones, desempeñaba el oficio de las *calzonarias*, y en cuanto al calzado, era de tres clases: correspondían, á la primera, los *suizos de cuero de soche*, curtidos en Sogamoso, de color de quina, cosidos con cabuya encerada como la usan los pirotécnicos, y se ataban con cuero de lo mismo. Se compraban por *palitos*, como las papas, y por término medio costaba de *tres á cuatro reales* cada par;

A la segunda, *las babuchas* de tafilete azulado, curtido en el país y clavadas con estacas de palo de naranjo; y

A la tercera, las alpargatas aseguradas con ataderos hechos por los presidiarios.

Invariablemente estaban divorciados el calza-

do con los pantalones y éstos con el chaleco. Para defender la cabeza tenían *sombrero de panza de burro* (fieltro) hecho por el *maestro Parédes*, con cartón de pasta de lana endurecida con un baño de *agua cola* bastante oliscosa, bajos de copa y alones, con cordón de lana cenicienta, que remataba en borlas y con una faja de badana al rededor de la parte interior de la copa para precaverse mutuamente: algunos *afeminados* se procuraban cachuchas de formas deformes, fabricadas con pieles de *runcho*, *ratón* ó *zorro*, y en bandolera llevaban la *chácara* de cuero curtido ó de piel de gato para guardar y llevar los libros y el recado de escribir.

Esa figura estrafalaria quedaba velada de los hombros para abajo, con el *prehistórico y clásico capote de calamaco* de lana, á cuadros escoseses, con todos los colores del arco iris y sus complementarios: esta importantísima é indispensable prenda principal del vestido se componía de dos partes: una túnica que llegaba hasta los tobillos, abierta por delante y con agujeros laterales, como los de las sotanas de los antiguos clérigos, para sacar los brazos cuando la cerraban abotonándola, y la solapa que arrancaba por bajo de un cuello de felpa de lana de color vivo y llegaba hasta las rodillas, todo forrado en *bayeta de castilla* de color rojo, amarillo, verde ó azul celeste y sujetado sobre el pecho con broche de cobre que representaba cabezas de león garzadas por una cadenita. En cada extremo de solapa se introducía una bala de plomo *de á onza*, ›nsacadas á los soldados, mediante el pago de un artillo por cada ejemplar y las cuales constituían principal arma ofensiva del estudiante: esa so- ›a era muy aborrecida de las *beatas*, porqu

ella les tumbaban *los solapados* el sombrero de alta copa. Por último, el capote tenía dos bolsillos *monumentales* sobre los dos costados del pecho.

El primero constituía la despensa y farmacia de su dueño: allí caían en fraternal consorcio, la *longaniza* asada en la vela, los patacones y frito economizados en el almuerzo, las panelitas de leche y las cuajadas, con una que otra empanada ó *tamal* pelechado en merienda ajena, y, en fin, el tradicional cabo de vela de sebo envuelto en *telas de sebolla colorada*, como amuleto infalible para amenguar los efectos de la *férula* ó del *ramal*, indistintamente.

En el otro bolsillo se guardaban los *objetos de arte* como la coca, el trompo, *la taba* (huesito del cordero) y *el zumbador*.

En los días *feriados* se eclipsaba el capote y la demás ropa de *cuartel*, para sacar á lucir el vestido hecho por sastre y también con el fin de dar tiempo á la familia para arreglar los estragos causados en el vestido durante la semana. Los de familia más acomodada llevaban debajo del capote, vestidos de pana de algodón ó tripe inglés rayado, hediondo y de color de escama de culebra cascabel, botines de cuero de becerro teñido con tinta especialísima que despedía un olorcillo nada apetecible y sombrero de suaza ó cachucha de paño.

Se enseñaba aritmética, por Urcullu; castellano, por autor anónimo; francés, por Chantreau; psicología, por Jerusez; latín, por don Antonio de Nebrija, y, por el mismo jaez, los demás textos, todos tan ininteligibles, que, como dice el Manco de Lepanto, ni Aristóteles que resucitara les desentrañaría el sentido. En la obra de geografía que

teníamos y cuyo autor no recuerdo, se leía en el año de gracia de 1846, lo siguiente:

"Santafé de Bogotá, capital de Colombia, situada al pie de los *nevados* de Monserrate y Guadalupe, en donde nacen los *caudalosos* ríos San Francisco y San Agustín, atravesados por magníficos puentes: en sus *aguas* se pescan *anguillas* y *capitanes*. Todas las calles están *perfectamente* empedradas y embaldosadas y por el centro de ellas corren *arroyos* de aguas *puras* y *cristalinas*."

Lástima que nuestro geógrafo no viniera á echar las redes ó el anzuelo en sus caudalosos ríos para ver si se comía lo que sacara!

El latín empezaba por el *musa*, *musæ* y la conjugación del verbo amo, amas, amare; pero se castigaba con extrema severidad al que ponía en práctica el *sustantivo* AMOR ó alguno de sus derivados.

Los estudiantes tenían entre sí la más estrecha solidaridad y la menor infracción á este respecto la castigaban sacudiendo los capotes sobre el delincuente: esto se llamaba *dar capoteo*.

Algunos *patanes* ejecutaban atrevidas salidas clandestinas por medio de *lazos* (cuerdas) llenos de nudos, á fin de poderse prender con más facilidad: eso se llamaba *echar culebrilla*, para lo cual el autor principal necesitaba cómplices y auxiliadores.

Fijados el día y la hora de noche oscura, se arreglaba la cama de los actores colocando sobre a algo que se pareciera al estudiante acostado; l extremo de la cuerda se *amarraba* á la ventana r la cual se hacía la evasión y, santiguándose, ra librarse de *todo mal* y *peligro*, se lanzaban al pacio, ni más ni menos que como las arañas ando se dejan caer de lo alto para fabricar la red

de coger insectos: aquel á quien la suerte designaba para bajar el primero, atesaba la cuerda para que los demás lo hicieran con menos peligro y el *último mono se ahogaba*, quiero decir, se resignaba á recoger la soga, guardándose para otra oportunidad. La falta absoluta de alumbrado y serenos les facilitaba la fuga, pero siempre se consideró esa travesura como acción distinguida de valor, especialmente si tenía por teatro el costado Occidental del colegio de San Bartolomé, porque el punto de partida era el altísimo tejado y el sitio obligado para apoyar la *culebrilla*, era alguna de las ventanas de las galerías situadas sobre dicho tejado. La vuelta al colegio era más fácil y para ello se aprovechaban de la entrada *á paso* de los externos, á las seis de la mañana: no les faltaba *capote amigo* que los hiciera pasar inadvertidos ante el feroz portero.

Si el catedrático era *intransigente*, se la jugaban como podían: en una ocasión, el de aritmética, tomó la costumbre de burlarse de un *patán perdido* que vestía levitón de bayeta ecuatoriana de color castaño, y cada vez que se ofrecía mencionarlo le decía: *haber, el señor levita de rapé.*

Un día al sentarse en su cátedra, empezó á husmear como hacen los perros de cacería al descubrir la pista del venado: atormentado con lo que sentía, el desgraciado exclamó en tono lastimero: *señores, el que haya pisado puede salirse!* Todos acudimos presurosos á examinarnos para ver si nos aprovechábamos de tan intempestivo asueto, pero no nos tocaban *las generales:* desesperado el catedrático, que era un pobre padre de familia, levantó de obra antes de tiempo, yéndose á su casa en derechura.

Parece que *Levita de rapé* fue el autor de aquel desaguisado porque el maestro no volvió á llamarlo con ese apodo.

Los castigos, lo mismo que en los tiempos del tormento, eran ordinarios ó extraordinarios. Los ordinarios consistían en ferulazos recibidos en las palmas de las manos, con garbo y como diciendo—esto no es conmigo; y en encierro, diario ó nocturno, con cama ó sin ella, pero siempre con el capote que la suplía. Los extraordinariamente extraordinarios se resolvían con *el ramal* ó la expulsión. Una semana entera de pésimas ó faltas mayores contra la moral ó las buenas costumbres, dentro ó fuera del colegio, se castigaban, lo primero con tres y lo último con doce azotes.

Cuando el lunes decía el pasante en la clase: *dominus Tiburtius Tipacoque pessiman dedit*, el nombrado echaba con disimulo, mano á la cartuchera; sacaba el consabido cabo de vela de sebo envuelto en cebolla colorada y se daba presurosa frotación en las partes que iban á quedar expuestas á los proyectiles del enemigo.

El catedrático, con la misma solemnidad con que el alto Magistrado dice: *En nombre de la República y por autoridad de la ley*, pronunciaba la fatídica sentencia de *pase al rincón!* En el acto dos estudiantes se quitaban sus capotes, y con otro tercero, los extendían como cortinas en uno de los ángulos de la clase: el reo se dirigía al lugar del suplicio implorando ligereza de manos al pasante que era el ejecutor. Ya en el recinto, sin ofender el pudor de los alumnos, le desatacaban los calzones que se le caían sobre los tobillos, exactamente como los de Sancho Panza en la aventura de los

batanes: un patán robusto, tomaba las manos de la víctima y se la colgaba sobre las espaldas, al mismo tiempo que otros dos estudiantes le sujetaban los pies para evitar las cabriolas.

Preparadas así las cosas, sin alterarse y con santa paciencia, el pasante dejaba caer el *ramal*, dando *en el blanco*, metódica y concienzudamente: á cada descarga respondía un ¡ay! y terminada la ejecución, volvían todos á sus puestos para oír el discurso encomiástico sobre la excelencia de los azotes que al compungido ajusticiado le enderezaba el maestro. Se me olvidaba decir que quien hacía las veces del *garrote vil*, es decir, el carguero, corría dos peligros: el primero, recibir algún ramalazo en las espaldas cuando el penado *zafaba el cuerpo*, y el segundo la inundación que solía producir la congoja del paciente.

Todos los años, en la Cuaresma se daba á los estudiantes un retiro espiritual durante tres días: allí era el *crugir de dientes* con la idea de tener que desembuchar las duras y las maduras.

Como sucede en todos los Ejercicios, el primer día se les encarecía la conciencia, el segundo se les echaba al infierno y el tercero se les daba esperanza de salvarse mediante confesión sincera y enmienda de costumbres.

El examen de conciencia era de lo más sencillo: se juntaban en algún sitio apartado, provistos de papel y lápiz; un estudiante leía en alta voz la lista de todos los pecados cometidos y por cometer y cada uno apuntaba los que le correspondían.

Desde las doce del último día de ejercicios empezaban á llegar sacerdotes á confesarnos. La aproxi-

mación de aquel acto, siempre imponente, y el temor natural que en esos casos se apodera de los muchachos, influían para que hicieramos esfuerzos con el fin de cerciorarnos de que el confesor que eligiéramos era de los llamados *de manga ancha:* yo era de los que estaban en este caso por una aventura en que había tomado, si no parte activa, cuando menos participación de dudosa ortografía, que mi conciencia me hacía ver en esos críticos momentos, elevada á la quinta potencia.

Un estudiante endiablado, conocido con el apodo de *Turra*, de esos que ya no son niños y cuyo metal de voz semeja el graznido de los gansos, nos convidó á varios *cachifos* el día de San Juan, para ir á bañarnos á Tunjuelo, con la advertencia de que cada uno debía llevar algo de fiambre ó el dinerillo que pudiera: en esos tiempos, medio real *de granada* era un capital.

Dejamos á guardar en una *chichería* de los arrabales, los capotes y calzado y emprendimos marcha en cuerpo y *al pie de la letra*. Más acá de la *Vuelta del Alto* entrámos á una casita de paja en la que vivía una pobre mujer que tenía de venta en la tienda, longaniza mohosa, *panes de á cuarto* como guijarros, cuajadas agrias, revenidos *alfandoques* y conservas de cidra de las que se hacen para aprovechar en los trapiches el agua con que se lavan el erpo los peones *enmelados*, después de cocinar la el.

Turra, haciendo la requisa de nuestros bolsillos, trajo de ellos real y medio, incluso un cuartillo de *n*, algo sospechoso: compró con ese dinero lon-niza y pan, y rogó luégo á la ventera que asara

la primera sobre las brasas de *boñiga* que por esos lados es el único combustible de los pobres.

Apenas hubo desaparecido la ventera, *Turra* saltó el mostrador y se echó á los bolsillos unos cuantos alfandoques y conservas exclamando con aire de triunfo—¡ nos salvamos, el dulce es mi fiambre ! A poco volvió la mujer y nos entregó *el asado*, satisfecha de la venta extraordinaria que había hecho y deseándonos buen viaje.

Atendida la calidad y cantidad del hurto, creo que podría estimarse en siete y medio centavos —papel-moneda.—Proseguímos nuestro camino y después de darnos un baño helado en agua senagosa, devorámos los comestibles y regresámos á la ciudad, extraviándonos por entre los potreros de *Llano de Mesa*, á fin de evitar el paso por el frente de la casa asaltada.

Los actores de aquel melodrama nos comunicámos la cuita que nos roía, y para proceder con acierto en asunto tan grave, convino *Turra* en tantear vado con un venerable y anciano religioso candelario que acababa de entrar á la capilla—nada menos que el padre Achury.

En pocos minutos se confesó y al levantarse se volvió hacia los que formábamos rueda esperando el turno ; juntó los dedos de la mano derecha, los aproximó á la boca, é imprimiendo sobre ellos un ruidoso beso, exclamó : *¡ Superior !*

No había terminado *Turra* la última sílaba cuando me precipité de rodillas ante el confesor, quien me envolvió en su manto echándome los brazos : yo tomé esa actitud del padre como una confirmación de lo asegurado por nuestro catador y empecé mi confesión como debe hacerse, por lo

más gordo. Sin medir el alcance de mis palabras, me acusé de *robo en cuadrilla* y *en despoblado!* Al oír semejante atrocidad, se estremeció el venerable padre y sin duda debió de creer que se las había con algún compañero del famoso cuatrero Quiroga, que en esa época era el terror de la Sabana.

Por lo pronto me agarró de una oreja, temiendo que me escapara y me acosó á preguntas y repreguntas capciosas, como dicen los *tinterillos;* me afeó el delito en términos vehementísimos, pronosticándome el presidio y la *vergüenza pública* si reinsidía y no me enmendaba. Yo prometí todo lo que me exigió el confesor y á Dios gracias, esa lecciencita me acostumbró á no tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Mohino y compungido me levanté para cumplir la pesada penitencia que se me impuso, pero al mismo tiempo admirado de que *Turra*, que había sido el autor principal, hubiera salido cen tanta felicidad.

Algunos años después, al anochecer y al llegar al río Prado, en viaje para Neiva, vi á un jinete de barba espesa, montado en magnífica mula, con sombrero alón de Suaza, en pechos de camisa, zamarros de piel de tigre y enormes espuelas; al acercarnos me gritó: *Mosca!* que era el apodo aplicado á los bogotanos. En el acto reconocí á *Turra* que iba, según me dijo, á vender cacao á La Mesa de ...an Díaz y á comprar sal del Reino (Zipaquirá): ...e invitó á que pernoctáramos debajo de unos ...rpulentos *hobos*, en los que guindaríamos las ha...cas, ofreciendo festejarme con su espléndido ...*io* consistente en suculento chocolate servido en ...aras de plata, acompañado de bizcocho calenta..., queso de ojo, tasajo y *patacones*.

Me refirió que el *fullero* del acudiente había escrito á su padre que no lo volviera á enviar al colegio, porque no era aparente para los estudios, por lo cual lo había *zampado* en la labranza de cacao; que para quitarle las malas inclinaciones lo habían casado con una prima y que ya tenía dos *timanejitos*, macho y hembra, que ponía á mi disposición, pero que siempre le quedó el resabio de *saltar la talanquera.*

Después de tomar el último trago nos tendimos en nuestras hamacas y ya estaba durmiéndome cuando *Turra* me gritó—Mosca! ¿Te acuerdas del padre Achury?—Sí que me acuerdo, bellaco—y ahora me vas á explicar el misterio de cómo hiciste para salir tan bien librado en la confesión aquella; porque yo que no fuí sino mero testigo de lo que atrapaste por Tunjuelo, casi pierdo las orejas.

Majadero! me respondió; ni el padre me preguntó ni yo le dije y... hasta mañana!

A medida que los colegiales iban subiendo á clases superiores, mejoraban de vestido, y al entrar á estudiar facultad mayor, dejaban los trajes humildes, para usar ropa de paño de corte elegante, sombrero *de pelo*, capa española y botas de charol con cañones de tafilete de color: esos señores no alcanzaban á ver á los cachifos y se les consideraba como á fruta próxima á madurar, es decir, no se les castigaba sino con amonestaciones y en lo general, cuando eran aprovechados, más que discípulos, eran los amigos de sus maestros. El uniforme de los colegios de San Bartolomé y del Rosario se componía de bonete, hopa y beca; roja la del primero, con un Jesús, y blanca con la cruz de Santo Domingo, la del segundo: con estos trajes se

consideraron honrados, Francisco de Paula Santander, Francisco Soto, Castillo Rada, Caldas, Camilo Torres, José María y Joaquín Mosquera, Torices, Lozano, Joaquín Camacho y mil más que fueron el orgullo de su patria.

Bajo el régimen que injustamente se llamó tiránico, fanático y retrógrado, implantado por Don Mariano Ospina, se desarrollaron é ilustraron talentos de primer orden, tales como Salvador Camacho Roldán, Francisco E. Alvarez, José María Rojas Garrido, Aníbal Galindo, Carlos Martín, los Pereiras Gambas, Eustorgio y Januario Salgar, Teodoro Valenzuela, Manuel y Rafael Pombo, José Joaquín Vargas, José María Vergara Tenorio, José María y Miguel Samper, Froilán Largacha, y muchísimos otros de difícil recordación, pero de los cuales nos es satisfactorio poder decir que han servido con lucimiento y lealtad á la causa de sus convicciones.

Otra excentricidad de esos tiempos era los calificativos que se daban los estudiantes según su procedencia: al de Bogotá lo llamaban mosca; al de Popayán, tragapulgas; al del Tolima, timanejo; al de Cali, calentano; á los costeños, piringos; al antioqueño, maicero; al de Boyacá, indio, y al de Sántander, cotudo: también se hubiera podido hacer una exhibición de productos alimenticios, con objetos que de las provincias enviaban á los co-iales y de cuyo contenido sólo podía tomar su ño *el diezmo:* el resto correspondía á la masa aún. De Antioquia venía algarroba hedionda no la valeriana, *gofio* ó hígado disecado al sol y sarios con cuentas y cruz de oro; de Popayán, nos de pastilla (estoraque), dulces finos y pelo-

tas de caucho; del Valle del Cauca, calillas de tabaco de Palmira, cajetas de dulce, chocolate y *quereme* para echar entre la ropa; del Tolima, chocolate, bizcocho de maíz y *tasajo* de ternera; de la Costa, camarones y cocos; de Boyacá, pieles de oveja escarmenados, quesos de estera, dátiles de Soatá y bocadillos de Moniquirá; y de Santander, batido, tabacos de Girón, masato de Vélez *en perra de cuero* y paquetes de hormigas fritas.

Existieron otros colegios importantes regentados por distinguidos institutores, entre los cuales merecen especial mención, el de Yerbabuena, fundado y sostenido por el benévolo é ilustrado señor Don Juan A. Marroquín; el de La Independencia, por el señor Don Joaquín Gutiérrez de Celis, y los de los señores Don José Joaquín Ortiz, Don José Caicedo Rojas, Don Jacobo Groot, Don José Joaquín Borda, Don Luis M. Cuervo y Don Víctor Mallarino. En todos ellos recibió educación provechosa una parte considerable de la distinguida juventud de esa época.

Conservamos gratos é indelebles recuerdos de los colegios á que tuvimos la fortuna de concurrir en calidad de alumnos, especialmente del Seminario Menor que estuvo á cargo de los Padres Jesuítas por los años de 1846 á 1850, en el que los expulsaron, para volver á continuar sus tareas en el año de 1857.

Una madre no tiene más cariño y celo por sus hijos, que el que tenían los Padres por los niños entregados á su cuidado: allí se nos inculcaron sólidos principios religiosos que en la carrera de la vida nos han servido de faro en la vía del honor y

de consuelo, en las duras pruebas que hemos sufrido.

Hoy, con la experiencia que dan los años, creemos hacer un positivo bien á los padres de familia que tengan anhelo por la inocencia de sus hijos, al aconsejarles qne confíen á los Jesuítas la educación de los niños. Discípulos de los Padres fueron Carlos Holguín, Sergio Camargo, José María Vergara y Vergara, Simón de Herrera, Darío Calvo, Félix Sáiz, Diego Fallon, Liborio Zerda, Miguel Antonio Caro, Domingo Ospina Camacho, Federico Aguilar, José Joaquín Borda, Aníbal Galindo, José Segundo Peña, Federico Jaramillo y Córdova, Mario Valenzuela, Joaquín Andrade, Carlos Borda Bermúdez, Eusebio Grau y muchos otros que aún pueden dar fe acerca de la verdad de nuestras aserciones.

Hay derecho á exigir y esperar mucho de la generación que hoy se educa, si se tienen en cuenta los buenos ejemplos recibidos y los medios de que puede aquélla disponer.

III

ESPECTACULOS PUBLICOS

Si pudiéramos hallar algún medio ó instrumento para medir y poder comparar entre sí los espectáculos ó diversiones públicas de la actualidad, con los del tiempo pasado, de seguro que nos daría la siguiente fórmula: las diversiones de Bogotá, superan á las de Santafé, en calidad y cantidad, pero son muy inferiores en intensidad.

Si hoy llamara la autoridad á alguien para rendir declaración jurada; á las preguntas sobre la edad, estado y profesión, tendría que responder:

A la primera, mayor..... de veintiún años;

A la segunda, candidato indeterminado; y

A la tercera, trabajar veinticuatro horas al día para ganar con qué concurrir al diluvio de diversiones que han inundado la ciudad.

No faltará quien nos tache de exagerados; pero es lo cierto que un hombre inclinado á pasar la vida alegremente, tiene necesidad de llenar el siguiente mínimo presupuesto:

Para asistir á cuatro funciones de ópera, en cada semana, á $ 3 cada una	$ 12	...
Para las cuatro cenas correspondientes, á $ 2 cada una, en el supuesto de que no haya convidado *expontáneo*	8	...
Para asistir á dos corridas de toros en puesto de sombra, en dos funciones semanales, á $ 1 cada una	2	...
Puesto en coche—ida y vuelta	1	...
Para las comidas respectivas, en las mismas condiciones que las de la ópera, á $ 1 cada una	2	...
Gastos de manutención y cuidado del caballo en pesebrera, á razón de 50 centavos diarios, en siete días	3	50
Valor de la boleta de entrada á las carreras	1	...
Comida de ordenanza	1	...
Algún vinillo en cada comida y cena, y los tragos de oficio	10	...
Suma	$ 40	50

que multiplicados por cuatro semanas que tiene el mes, suma la no despreciable cifra de $ 162 ó sean 944 en un año!

Y si en vez de ser un hombre sólo el divertido, una familia, ¡oh! entonces da horror pensar que n lo gastado en pocas horas de distracción se dría comprar una buena casa convenientemente nada. Adviértase bien que en el presupuesto an-

terior, entra únicamente el de un solo artículo del ramo que nos ocupa y que evidentemente no es el más costoso ni indispensable de los gastos de *representación*. Se nos alegará que en todo el año no hay ópera, toros y carreras—concedido—pero entonces que se nos permita hacer la cuenta de lo que se gasta en *otras diversiones* y de seguro se nos diría que donde hay engaño no hay trato.

Desde que el Teatro Municipal está en actividad, cambiaron en absoluto los usos y costumbres que de tiempo atrás estaban establecidos para asistir á esa clase de reuniones. Hoy se va en coche iluminado con linternas, aunque los interesados habiten á media cuadra de distancia: las señoras van vestidas con tal profusión de lujo y buen gusto, como si asistieran á una función de gala en el teatro imperial de San Petersburgo. El recinto del edificio, iluminado *á giorno*, presenta, cuando está lleno, el aspecto más deslumbrador; y las tres filas de palcos repletos de mujeres bellísimas, como son las colombianas, parecen tres guirnaldas de flores vivas, que lanzan miradas eléctricas, que opacan el brillo de los diamantes con que se adornan, por tener el gusto de rivalizarlos y penetrar como dardos en el corazón de los cuitados cachacos que las contemplan desde la platea con ojos de codicia.

A Dios gracias, los que ya pasámos el *Rubicón* y que por lo mismo no somos hombres peligrosos, podemos penetrar en ese recinto asegurados contra incendio, contentándonos con decir como la zorra: están verdes las uvas!

Pero es lo cierto que el punto objetivo de los asistentes al teatro, no es precisamente presenciar la ejecución del programa anunciado, sino encon-

trar pretexto para deshacerse de los *billetes* como si tuvieran contagio del mal de San Lázaro, y porsupuesto, hacer heróicos esfuerzos á fin de eclipsar á las demás en eso que podría llamarse concurso de belleza y buen tono; y tan cierto es lo que decimos, que al salir de una función las oímos exclamar: *vengo satisfecha; estuve feliz!* Pero no dicen *estuve divertida!*

También hemos notado una anomalía bien peregrina. Se impide á las gentes *non sanctas* la asistencia al teatro como espectadoras, pero se aplauden en la escena los hechos que motivan el entredicho, lo que en nuestro concepto equivale á poner en planta la ley del embudo.

En la actualidad van al teatro únicamente los privilegiados de la fortuna ó los que aparentan serlo, sabe Dios cómo; pero las familias no acomodadas y los artesanos, no pueden hacer el sacrificio de lo que ganan en varios días de trabajo, para procurarse el ameno é instructivo placer de asistir, siquiera una vez al mes, á esa clase de diversiones, por el alto precio de las localidades.

Aunque se nos objete que "sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena," diremos que los empresarios no han tenido en cuenta las ventajas que reportarían, tanto ellos como las buenas costumbres, si pusieran una sección del teatro al alcance de la gente laboriosa, para fomentar el gusto por esas reuniones y alejarla así, de los garitos y tabernas á que se ha inclinado por falta de distracciones honestas cuyo costo guarde proporción con su presupuesto de rentas.

Desde ahora nos permitimos llamar la atención del Gobierno, hacia la necesidad y justicia que

hay en que, al inaugurarse el magnífico Teatro nacional, se faciliten al pueblo pobre los medios para que pueda asistir, con alguna frecuencia, á los espectáculos que se den en ese edificio construído con el dinero de todos.

El Coliseo de Santafé fue construído á fines del siglo pasado, con dinero de don Tomás Ramírez, por el Arquitecto Esquiaqui, pero, probablemente por la impaciencia que hubo en estrenarlo, se *festinó* su terminación sin respetar los planos adoptados y se *techó la casa provisionalmente*, como decía una inscripción que había á la entrada, para empezar la representación de comedias.

La muy galana pluma del señor don Juan Francisco Ortiz, describió en *La Guirnalda* la historia y peripecias de ese teatro que—hasta el año de 1885, en que se demolió para reemplazarlo con el que se construye en la actualidad—fue el único que existió con el nombre de tal, pero ya *mejorado* y *empeorado* por los dueños, á los cuales se les expropió por cuenta de la Nación.

Tenía tres órdenes de palcos, todos con antepecho de lienzo del Socorro, blanqueado con cal y adornado con festones pintados al temple, pertenecientes á diversos dueños y arreglados según el capricho de cada uno. A la fila 1.ª ó *de abajo*, concurría la clase media y de vez en cuando algunas traviatas; á la fila 2.ª ó *del medio*, la aristocracia; y á la fila 3.ª ó *gallinero*, lo que su nombre indica, personas de ambos sexos.

La platea no tenía asientos de luneta y cada uno tomaba puesto donde podía, sobre unas bancas patibularias. Fue en el año de 1846 cuando se dividió el patio por la mitad y se inauguró, por pri-

mera vez, el servicio de parques de orquesta, durante las representaciones que dio la Compañía de Fournier. Al rededor de los palcos de primera fila, en la planta baja, había un *poyo* de material para que las *criadas* presenciaran la función, mediante el pago de un real por cabeza.

El cielo raso era una maravilla de los tiempos primitivos: consistía en una gran tolda de lienzo ordinario todo manchado y remendado, sostenido en el centro por un florón de madera dorada, del cual salían radios de cuerdas forrados en percal amarillo y atados á las columnas de los palcos del *gallinero*. Sobre ese Olimpo vivían en paz octaviana un cuatrillón de ratas que se alimentaban con los espléndidos festines que les proporcionaban los restos de las grasas empleadas en el alumbrado y con los despojos que quedaban por todas partes de las empanadas, tamales y demás fiambres que llevaba el *respetable público*.

El alumbrado y los aparatos adecuados al efecto, no le iban en zaga al cielo raso. Una gran araña, hecha por el insigne *hojalatero* Francisco Jiménez, con prismas y alcayatas de hoja de lata y espejitos, estaba suspendida en el centro del techo. Momentos antes de alzar el telón, la hacían descender para encender las ciento ó más velas de sebo que contenía, y hecha la operación, la volvían á elevar. Desde ese momento empezaba una llovizna de sebo derretido qúe era el tormento de los que quedaban debajo y el deleite de los que estaban fuera del radio de semejante aguacero.

En cada columna de los palcos había suspendido un farol en forma de cono, hecho de lata y tiras de vidrio con su correspondiente vela de sebo;

y al frente del proscenio unos cuantos candiles de barro, formados en guerrilla, repletos de gordana y sebo, con la correspondiente mecha de trapo que, al carbonizarse despedía un olor nauseabundo, del cual quedaba impregnado todo el edificio.

El telón de boca, pintado por el señor don Eladio Vergara en el año de 1840, representaba en la parte alta, al caballo *Pegaso* hendiendo con el casco la roca de la cual brotaba una fuente; en el centro Apolo con las Musas en medio de un ameno valle y varias otras figuras alegóricas; á un lado, en letras blancas romanas, la siguiente octava real, compuesta por el que fue después el General Vicente Gutiérrez de Piñeres:

Da Pegaso en la Cumbre de Helicona
Hace brotar la fuente de Hipocrene,
Con las Musas Apolo se corona
De inmortal lauro que en la sien mantiene.
En estro arrebatado el Dios entona
Guiando á sus hermanas, Melpomene.
El alado corcel conduce el coro
Y con su inspiración resuena el Foro.

¿Quién creerá que después de cincuenta años de pintado aquel telón, sea el mejor que se ha visto en nuestros teatros, incluyendo el que hoy está en uso en el Teatro Municipal?

Las decoraciones y tramoyas de la escena eran *estupendas!* Para subir el telón se arrojaban del techo dos ó más hombres prendidos de los cables que lo sostenían; y para bajarlo, *sans façon*, caía con estrépito, apagando los candiles que apestaban con el humo de la pabeza y llenaban de tierra á tor dos los que estaban próximos al escenario. El ma-

lo figuraban con telas azules movidas con cabuyas como péndula de reloj; el viento con bramaderas ó *zumbadores;* los truenos ó cañonazos, con golpes de tambora; los rayos, con *buscaniguas* (cohetes sin truenos), y la luna con un farol opaco suspendido de una cuerda horizontal por la cual se hacía pasar.

La función se anunciaba para *las ocho en punto*, pero lo corriente era levantar el telón después de las nueve; entre tanto se entretenía el público fumando cigarro, lo mismo que en los eternos intermedios, con lo que se producía en ese recinto sin ventilación, una atmósfera de humo insoportable, que hacía inútil el uso de *binóculos* porque, lo mismo que en tiempo de nieblas, no se alcanzaban á divisar los objetos situados á dos pasos de distancia.

En cuanto al vestuario, se echaba mano de los restos que aún quedaban de los que usaron los Oidores ó alguaciles de la Colonia, y de los uniformes de los militares de la Independencia.

No se puede repicar y andar en la procesión, era un aforismo sin valor en aquella época, porque el público era espectador y actor al mismo tiempo. Se les llevaba el compás á los músicos golpeando en las bancas; se entablaban diálogos entre los actores en el proscenio y los espectadores en sus respectivos asientos, ó se hacían oportunas indicacio-
s á los tramoyistas para la mejor ejecución de
pieza; y ¡ lo que ora sublime ! los espectadores
maban en serio los acontecimientos que se simu-
an sobre la escena, llegando en su entusiasmo
ta insultar y apedrear á los *protagonistas* que les
n odiosos.

Si la profesión de cómico—como se llamaba entonces á los actores—se consideraba indecorosa, la de cómica se reputaba abominable. Para suplir la repugnancia que tenían las mujeres á presentarse en la escena, se buscaban *hombres* del género *promiscuo*, como decía Bretón de los Herreros, para desempeñar, vestidos de mujer, los papeles de las actrices, para lo cual se daban sus trazas á fin de imitar las formas del sexo que accidentalmente suplían: era muy frecuente que esos desgraciados, olvidando lo que en esos momentos figuraban, digeran con el mayor aplomo: *nosotras los hombres, vosotros las mujeres!*

El gusto por las obras clásicas imperaba en todos, sin caer en la cuenta de que ése precisamente es el escollo del teatro: también ocurrían durante las representaciones, graciosas peripecias que no podemos resistir á la tentación de recordarlas.

En la Compañía que figuró inmediatamente después de la Independencia, representaba *don Chepito Sarmiento*, que era un mulato con cabeza de Medusa, rechoncho y de facciones vigorosas, empleado como portero de Palacio. Una vez hizo el papel del Rey Numa y desde luego, vistió túnica corta, pero ciñéndose escrupulosamente á los usos que debió de tener el buen Rey, quien según parece eran de rigurosa *indumentaria*. Al fondo del proscenio había un dosel con dos lictores y un gran sillón en medio, que debía ocupar el Rey para impartir justicia: todo fue arrellenarse en el maldito asiento y estallar una formidable descarga de aplausos y vivas á Numa por los ocupantes de la platea ¿Qué produjo semejante armonía en los espectadores de la planta baja? Parece que la túnica

recogió más de lo necesario dejando *in púribus* á don Chepito.

Poco después se anunció la representación de "Pelayo," para aprovechar la permanencia en esta ciudad del español José Goñi que se decía famoso actor. Al efecto, se encargó al maestro Jiménez, que, cual otro Vulcano, forjase en su hojalatería la armadura del héroe castellano. En el primer acto se presentó en la escena don Pelayo, armado de *punta en blanco* entre un ajustado vestido de paño rojo al cual estaban adheridos infinidad de pedacitos de hoja de lata que figuraban escamas; celada con visera calada y grandes plumas de avestruz; espadón de palo, enormes espuelas y guantes de manopla de la misma confección que la armadura. Salió á pasos cortos porque apenas le dejaba movimiento tan extraño cuanto pesado traje. Aun no había dicho la primera palabra cuando tuvo la desventura de tropezar y caer á plomo, tan largo como era y boca abajo: viendo los espectadores que el actor trataba de levantarse sin poderlo conseguir, empezaron á gritarle *Pelayo está borracho! Afuera el chapetón!* Aprovechando un momento de tregua en aquella tempestad, el pobre español logró que, como de entre la tierra, se le oyera exclamar en voz lastimosa:

—Señores, yo no bebo nunca! Háganme la caridad de levantarme porque estoy casi ahogado! Instantáneamente se cambió la *rechifla* en compasión, y de todas partes ocurrían presurosos á salvar al maltrecho vencedor en Covadonga. Cayó el telón y se advirtió á los asistentes que tomaran sus boletas al salir para cambiarlas al día siguiente por el dinero que habían dado por ellas.

La primera Compañía dramática que vino al país y que mereciera el nombre de tal, fue la que trajo don Francisco Villalba en el año de 1835 y que se componía: del mismo Villalba y su señora doña Mariquita López, Antonio Chirinos, Francisco Martínez—El curro andaluz—José López y un Flórez, popayanejo, Juliana Flécher—segunda dama cantatriz—y Rosa Lozano, bailarina limeña; además venían dos violinistas y un *mulato* peruano llamado José Castillo que tocaba la trompa admirablemente. Representaron con singularísimo éxito, "La Jaira," de Voltaire; "Felipe II," "Edipo," "Aristódemo Rey de Mesenia," "Las tres Sultanas," y muchos otros dramas y comedias de las escuelas española y francesa.

Por el mismo tiempo llegaron á Santafé don Romualdo Díaz y su señora doña Juliana Lanzarote, ambos españoles entradillos en edad, y formaron una Compañía dramática con algunos aficionados de la tierra. Dieron principio á sus trabajos con las trajedias "Blanca y Moncasín," "Lord Davenan," "La enterrada en vida" y otras del mismo género.

Como esas compañías trabajaban cada una por su cuenta, alternando en el servicio del teatro, sucedió lo de siempre—*que el pez grande se come al chico.*—La de Villalba—que era muy superior á la de Díaz—rodó con fortuna y Díaz tuvo que abandonar el campo á su rival.

Fue en aquellos *remotos tiempos* cuando Villalba acometió la empresa de poner en escena por la primera vez en el país de los chibchas, óperas italianas con libretos traducidos al castellano: *El Califa de Bagdad*, *La Cenerentola* y *La Italiana e*

Argel, de Rossini, amenizando el final de las funciones con *tonadillas* españolas, como *La vuelta del soldado* y otras que gustaban mucho al público.

En el año de 1848 volvió el mismo Villalba con otra compañía de cantantes, compuesta de los dos octogenarios, Don Romualdo Díaz y su venerable consorte Doña Juliana Lanzarote, *prima dona;* Chirinos, *bajo;* el chapetón Don Eduardo Torres, *barítono*, y Fernando Hernández, hojalatero venezolano, que tenía una vocecilla de falsete con pretensiones á voz de *tenor*, y era el encanto de los santafereños, ya en el teatro, ya en el ramo de serenatas que le encomendaban los mal trechos de amor.

Entonces se pusieron en escena *El Barbero de Sevilla* y *Lucía de Lamermoor:* al *Barbero* lo *sobreaguó* Torres, que era un barítono de primer orden; pero la pobre *Lucía*, interpretada por una vieja ochentona, que al abrir la boca para cantar parecía una esfinge cuyos dientes y muelas hacía varias décadas que habían trasteado á otra parte, cayó para no levantarse hasta que la rehabilitó Rosina, veinte años después!

La Compañía de Fournier puso en escena el bellísimo drama de Don Tomás Rodríguez Rubí titulado *Las travesuras de Juana*. En la chistosísima escena durante la cual al presentarse el ban- [illegible] Testaferro y sus compañeros para robarse á [illegible]na, las monjas se defienden arrojándoles mace- [illegible] de flores, taburetes, libros, etc., el público tomó [illegible]e en favor de las asaltadas y empezó á tirar [illegible]re los supuestos bandidos, lo que le venía á las [illegible]nos. Sorprendido Testaferro con tan inesperado [illegible] de flanco, tuvo el buen juicio de tomar an-

tes de tiempo, con los suyos, las de *Villadiego*. Los más exaltados en tan singular combate decían con airecillos de triunfo: ¡que vuelvan si se atreven para que vean cómo les va!

En la *Gallera vieja* representaron algunos artesanos aficionados, la tragedia de *Policarpa Salabarrieta*. Todo marchaba muy bien hasta el momento en que introdujeron el cadáver de Sabaraín á la capilla en que estaba la Pola preparándose para morir; pero al llegar á esta escena se desencadenó la más tremenda borrasca contra Sámano y los verdugos españoles: unos pedían la cabeza de los tiranos; otros que los apedrearan y los más, que se pusiera fuego á la casa que era de techo pajizo. La situación se puso *crespa* y ya parecía inminente un conflicto, cuando se le ocurrió al empresario la estratagema más oportuna: se presentó en el proscenio y dirigió á los enfurecidos espectadores el siguiente discurso:

"Respetable público. En atención al justo desagrado con qne se ha recibido la sentencia que condena á Policarpa Salabarrieta á sufrir la pena de muerte, el Excelentísimo señor Virey don Juan Sámano ha tenido á bien conmutarla por la de destierro á los Llanos."

Nutrida salva de aplausos acogió tan humanitaria resolución y todos quedaron contentos y persuadidos.

La representación de la tragedia *Lucrecia Borgia*, de Victor Hugo, dio lugar á un acceso de hilaridad indescriptible.

Quizás haya aún quien recuerde al popular doctor Ciriaco Torres, conocido con el apodo de *Rompegalas*, sin duda por el desgreño con que siem-

pre llevaba el vestido y por el perenne estado de *lúcida chispa* en que vivía. Por de contado que entraba *de gorra* á todos los espectáculos, pagando la entrada con improvisaciones en verso que le exigían los cachacos.

La escogida compañía española de don José Belaval ejecutaba dicha pieza con notable propiedad: el teatro estaba colmado y en la mitad de la platea ocupaba Torres lugar prominente. Manifestaba con repetidos aplausos lo satisfecho que estaba del espectáculo. Ya estaba para terminar el último acto en el cual puede decirse que el autor concentró todas sus facultades para darle el mayor grado de intensidad dramática posible. Entre los espectadores reinaba profundo silencio á causa de las emociones que sentían; pero en el momento en que entraba Lucrecia, acompañada de los penitentes que debían ayudar á bien morir á los envenenados anfitriones, *Rompegalas* lanzó un estruendoso..... *vizcaíno* y se puso á palmotear desaforamente. Los mismos actores no pudieron menos que acompañar al público en la desatentada carcajada que produjo aquella ocurrencia.

El último acontecimiento extraordinario de la clase de los que venimos refiriendo, tuvo lugar en el año de 1857 en la representación de *Fe, Esperanza y Caridad.* Un borracho consuetudinario se [illegible]ó al proscenio y se sentó tranquilamente en un [illegible] sobre el cual departían dos de los personajes [illegible] drama. Sorprendidos éstos, exigieron al intru[illegible]que desocupara la escena; pero como se dene[illegible]a á ello, trataron de sacarlo á viea fuerza, y al [illegible]arlo de un brazo para hacerlo levantar, se aga[illegible] espaldar del sofá con la mano que le queda-

ba libre; al estrujón que le dieron se volcó el mueble, quedando todos debajo, como *Sansón con todos los filisteos*. La caída del telón puso fin á tan grotesca escena.

En el año de 1853 acometió el laborioso é inteligente doctor Lorenzo M. Lleras, la empresa de formar una Compañía dramática, compuesta de nacionales, introduciendo notables mejoras en el edificio y sustituyendo el alumbrado de sebo por el aceite, cambiando los *tremotiles* primitivos. Con las actrices señoras doñas Margarita Escobar de Izásiga y Emilia Ortiz, y con los señores Eloy y Munuel Izásiga, Juvenal Castro, Honorato Barriga, Rafael Vargas, José Manuel Lleras y algunos otros aficionados, logró instaurar en Bogotá la mejor Compañía del país que hemos tenido.

Como un estímulo á lo autores dramáticos, se pusieron en escena, según recordamos, las siguienpiezas, con buen éxito:

Un Alcalde á la antigua; Dios corrige, no mata, y *Los Aguinaldos*, por Don José María Samper.

Teresa, y *El reloj de las monjas de San Plácido*, por Don Lázaro M. Pérez.

Pascual Bruno, por Don Leopoldo Arias Vargas, y *Gilma*, por Don Felipe Pérez.

Ya desde el año de 1849 se había representado por la Compañía de Belaval, el muy aplaudido drama de Don José Caicedo Rojas, titulado *Miguel de Cervantes Saavedra*, y anteriormente se pusieron e. escena, con aplauso: *Gonzalo de Córdoba* y el *Con de don Julián*, de Don Francisco de Paula Torres y los *Proscriptos Conjurados*, de Don Rafael Alv rez Lozano.

Esta Compañía trabajó con éxito hasta el a

de 1858 en que llegó la primera Compañía de Opera Italiana, compuesta de las primas-donnas Rosina Olivieri de Luisia, soprano, y Marietta Pollonio de Mirándola, contralto; Enrique Rossi Guerra, tenor; Jorge Mirándola, bajo, y Eugenio Luisia, barítono. Hizo su estreno con *Romeo y Julieta*, de Bellini, el 27 de Junio de dicho año, con gran suceso. Rosina interpretaba la parte de Romeo, produciendo en las mujeres una dificultad *psicológica insuperable:* todas salieron del teatro perdidamente enamoradas del heroe Veronés interpretado por una mujer! Fue en esa época cuando se introdujo la costumbre de obsequiar á las artistas arrojándoles coronas y ramilletes de flores.

Con esa Compañía vino Don Guillermo Fruedenthaler, maestro director de orquesta y concertador.

En Santafé era módica la entrada á los espectáculos teatrales: un palco de en medio valía $ 2-40; uno de abajo, $ 1-60, y uno de arriba, cuando no se destinaba para gallinero, $ 1-20; la entrada general *cuarenta centavos!* La Compañía Furnier alzó los precios de los palcos á $ 4-80; $ 3-20 y $ 2 respectivamente; cuarenta centavos la entrada y veinte centavos el parque de orquesta; y la de Rosina también elevó los precios de los pal- á $ 6-40, sin distinción de filas para rehabilitar que de tiempo atrás estaban desacreditados; la trada, á sesenta y el parque de orquesta á cuanta centavos. Compárense los precios antiguos n los de hoy y se verá cuánto hemos adelantado prodigalidad!

Otro modo ingenioso de sacar dinero era el

empleado en las funciones de beneficio. En la puerta de entrada se armaba un solio, debajo del cual se sentaba el beneficiado, con una mesa al frente y una palangana de plata para que al entrar los concurrentes arrojaran *con estrépito* el dinero que su generosidad les permitiera: las dádivas eran recibidas con aplausos y la *pasada en seco*, con rechifla de los que permanecían en ese sitio con el fin de hacer coacción sobre los majaderos.

No podemos pasar en silencio el buen suceso que obtuvo el malogrado Luis Vargas Tejada, con las primicias de su ingenio. Compuso é hizo representar los dramas *Aquimín*, *Sugamuxi* y *Doraminta*.

Pero lo que *causó furor*, con justicia, fue el sainete *Las convulsiones*. Parece que por allá en los años de 1820 á 1828 se propagó en Santafé la epidemia de las convulsiones: se notó que sólo atacaba á las muchachas de 15 á 21 años, con la circunstancia agravante de que la enfermedad se recrudecía cuando entraba de visita en la casa algún joven. También tenía el mal otro síntoma en extremo alarmante para las madres, y era que la convulsión terminaba, indefectiblemente, cayendo la enferma en brazos del visitante.

Por lo pronto se imputó á los nervios la causa del mal; pero viendo que no daba abasto todo el toronjil de las huertas, se empezó á creer que eran *pilatunas* del Diablo ó cosa parecida: dondequiera que había niña saltona, la *furrusca* era permanente y ya no alcanzaban los religiosos de los conventos para exorcizar á las que reputaban *posesas*.

Los doctores José Joaquín García y José Félix Merizalde, que eran vivísimos, lograron desqu-

brir un *césamo* ó remedio eficaz para el acceso, pero momentáneo, pues la enfermedad tenía el carácter de reincidente: bastaba que los médicos pronunciaran la palabra *clister* ó *ayuda*, para que la enferma se tranquilizara y recuperara el sentido, pues es tradicional el terror que tienen las mujeres á tan eficaz aplicación.

Pero las cosas continuaban lo mismo y lo que era peor, la epidemia tendía á descender de las capas superiores á las inferiores—quiero decir, de las *señoritas á las criadas* y esto era ya tocar arrebato.—Fue entonces cuando Vargas Tejada dio á luz su inmortal producción, la que puesta en escena dió en tierra con todas las supercherías de las amorosas y cuitadas doncellas.

II

Los diversos espectáculos que se daban en el Coliseo ó en otros lugares de Santafé, tales como *la maroma, los caballitos* y otras variedades, llamaban mucho la atención. Procederemos en orden.

Para las funciones de *maroma* se arreglaba el teatro de manera que en el proscenio se colocaba la *cuerda tesa*, y pendiente del cielo raso, sobre la platea, el columpio: para los *caballitos* se formaba el circo en la platea y el proscenio lo ocupaba el público. Entonces no habían recibido aún los saltimbanquis el título de artistas.

Los *maromeros* se vestían como los antiguos ángeles que se sacaban á lucir en las *octavas de barrio*. Hubo uno, llamado el *Gran Pájaro*, que daba mal de nervios verlo arrojarse de uno á otro columpio sobre los espectadores del patio. Del proscenio saltaba á la mitad de la platea por encima de veinticinco soldados que, con los fusiles armados de bayonetas y puestos en pabellones, disparaban cuando pasaba por el aire.

Pero ninguno como el famoso don Florentino Izásiga, natural de Piura, hombre fornido, de talla mediana, *caratoso* y feo como el mismo Lucifer Hizo su *début*, como hoy se dice, en la plaza de Bolívar en el año de 1847 con una función sin igual en los anales del funambulismo, acompañado de

un indio mexicano llamado Chichiliano y de otros saltimbanquis, todos á cual más brutos.

En las bocacalles de la plaza se colocaron soldados, para que sólo entraran á gozar de la bella presencia de don Florentino, los que pagaran un real de *plata de cruz*, que era la moneda corriente. Del pie de la estatua, atadas á un cabrestante, arrancaban dos cuerdas tesas paralelas entre sí y á distancia de ochenta centímetros una de otra, hasta la campana más alta de la torre de la Catedral. Por ese verdadero camino del cielo subieron y bajaron, vestidos de peregrinos y cogidos de la mano, don Florentino y Chichiliano. Luégo quitaron una de las cuerdas y por la que dejaron, se arrojó Chichiliano, montado en un cañuto de guadua, con una banderola roja en cada mano y echando humo á causa de la frotación producida por la espantosa velocidad con que descendía: para que no se estrellara al llegar al término de tan vertiginoso trayecto, colocaron á trechos, sábanas anudadas á la cuerda y sostenidas por varios hombres; pero era tal la rapidez del descenso, que el viajero, las sábanas y los que las tenían fueron á dar, confundidos, contra la última defensa, que era unos cuantos colchones puestos sobre el cabrestante.

En seguida se colgó don Florentino de los pies, en dos argollas suspendidas de una barra: en esa posición tomó en las manos un cañón de bronce; lo cargaron, atacaron y dispararon. Aun tenemos presentes los tumbos que dio nuestro protagonista con el brusco movimiento de oscilación que le imprimió el rechazo del cañón, lo mismo que la multitud de chamuscados por el fogonazo.

Y todavía, como si lo hecho no bastara para

dejar bien sentada su reputación de *bárbaro*, ultimó el espectáculo introduciéndose por la boca, hasta el estómago, una espada formada por siete hojas de acero, previa lubrificación con grasa, á fin de facilitar la entrada y salida de tan extraño huésped á las cavernas toráxicas.

Mucho tendríamos que decir si describiéramos todas las *atrocidades* que hizo durante su agitada existencia don Florentino, exponiendo la vida por el afán de ganar dinero y divertir al público; pero es lo cierto que ese hombre no sufrió nunca en el cuerpo lesión alguna, motivada por las atrevidas maniobras que ejecutaba.

Hace poco tiempo murió tranquilamente en su cama, después de recibir todos los auxilios espirituales.

La compañía de equitación dirigida por el norteamericano Johnson en el año de 1849, dió como despedida un espectáculo que fue el acontecimiento de entonces. En el circo que se preparó en el Coliseo, debía presentarse una calesa tirada por dece gatos con sus respectivos aparejos: al efecto se pidieron prestados en la vecindad los tales cuadrúpedos y de antemano se solazaban los muchachos con la maravilla que se les ofrecía.

Llegado el momento de cumplir la promesa, los ayudantes del equitador fueron trayendo con mil dificultades las respectivas parejas, las que por las muestras que yá daban de furor, permitían vaticinar que la comedia iba á tomar las proporciones del drama.

Enganchados los gatos y listos para partir subió Mr. Johnson al vehículo, y lo mismo que ho hacen nuestros cocheros, empezó por aplicarl

unos cuantos latigazos, y ¡aquí fue Troya! *los mi-chicos*, que probablemente sabían que *un gato acosado se vuelve tigre*, se esponjaron terriblemente, dando bufidos y resoplidos de indignación; acometieron á puños y mordiscos á su cruel verdugo, volcando la calesa y haciéndole pedazos el vestido de mallas de seda. El yanki juraba y blasfemaba en inglés, pidiendo auxilio contra sus feroces enemigos, los que al fin pudieron zafarse de los arneses que los retenían, saltando sobre los espectadores que literalmente reventaban de risa: no ha llegado á nuestra noticia otra diversión en la cual figuren como actores los atrabiliarios *misifúes*.

Siguiendo la costumbre de los pirotécnicos que dejan el trueno grande para lo último, daremos cuenta de la atrevida y temeraria ascensión aerostática, llevada á cabo por el argentino José Antonio Flórez en el año de 1845.

Reunidos los mil pesos exigidos por el aeronauta, preparó sus cosas en el edificio del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, y dio entrada en los corredores altos, á los contribuyentes y en el patio y corredores bajos, á los que pagaban *un real*.

El globo era hecho de gajos blancos y rojos de *bogotana*; la boca la formaba un aro de fierro de [illegible]z y seis metros de circunferencia y se inflaba [illegible]r medio de humo caliente, producido por la com-[illegible]stión de leña y tamo. Para mantener el calor é [illegible]pulsar la subida, se le ponía, suspendida del aro, [illegible] cadenas, una *canastilla* de planchas de hierro [illegible]na de trementina, brea y sebo con las correspon-[illegible]ntes mechas. Del aro pendía también la estre-[illegible] *barquilla de cañas*, suspendida con cuerdas y [illegible]nado de dos banderas tricolores enastadas. El

globo inflamado se alcanzaba á ver desde la calle y apenas eran suficientes veinte hombres para retenerlo.

Terminados los preparativos, se presentó Flórez con pañuelo blanco en la mano, vestido con sombrero de pelo gris, levita de color azul turquí, abrochada, pantalones color de perla y borseguíes de charol. Se introdujo de pie en la barquilla, agarrándose con la mano izquierda á una de las cuerdas y con voz firme dijo: *suelten!*

El monstruo partió como un cohete, derribando de paso el alar del tejado, en el ángulo noroeste del edificio y descalabrando á aquellos cuya mala estrella los había colocado al pie del sitio siniestro. La muchedumbre que ocupaba la parte baja del edificio, se precipitó sobre la puerta para salir á la calle; pero como sólo estaba abierto el postigo, se formó allí aglomeración de personas de ambos sexos que se estrujaron sin misericordia, á fin de conseguir al menos, salir de ese dédalo en que se habían metido: hubo gente que quedó *en cueros* y los más perdieron el sombrero, la capa, la mantilla ó alguna otra prenda del vestido.

Todos los *orejones* de la Sabana que vinieron á ver la ascensión, recorrían las calles á escape, atropellando á todo mundo para seguir la ruta caprichosa que tomaba el globo: los de á pie corrían en todas direcciones, y hasta los tejados y balcones de las casas estaban atestados de curiosos. Si en esos momentos hubiera llegado á la ciudad algún *viajero científico*, habría escrito en sus apuntes: Santafé *es el manicomio de la América.*

Entre tanto, el globo recorría majestuoso los ámbitos del cielo, enseñando sus entrañas de fue

go, cuyas llamas relamían la tela de la cual pendía la vida de un hombre: Flórez, de pie, saludaba con su pañuelo blanco á la ciudad que en esos supremos instantes tenía fijas en él todas las miradas.

Al salir el globo, se dirigió hacia la plazuela de San Francisco; pero en breves instantes, y siempre elevándose, tomó la ruta del Boquerón, entre Monserrate y Guadalupe: en esa posición permaneció estacionario por algún tiempo, y ese fue el momento de mayor angustia para la multitud.

A la altura á que se hallaba el globo, apenas se distinguía al aeronauta. Este arrojó una de las banderas y todos creyeron que era él que se había desprendido! La impresión de curiosidad y asombro que dominaba á los espectadores, se cambió por la de horror y lástima: todas los mujeres lloraban y gritaban; de los campanarios repletos de sacerdotes y religiosos, enviaban á Flórez absoluciones á voz en cuello, y no faltaba quien echara la culpa de la muerte de ese hombre á la autoridad que permitió semejante acto de temeridad sin igual.

El globo empezó á descender y entonces pudo divisarse al atrevido argentino que desprendía un lado de la barquilla y se descolgaba por una cuerda amarrada á la misma, á fin de tocar tierra antes que el globo: éste se dirigió hacia las torres de la Catedral, chorreando lamparones encendidos de los cuales no podía defenderse el *navegante*, y al fin cayó sobre el edificio del Hospital de San Juan de Dios, en la parte situada en la calle de San Miguel.

Flórez alcanzó á retirarse antes de que le ca-

yera encima esa mole de hierro y fuego; pero al topar la *canastilla* con el tejado, se derramó el líquido encendido que contenía y corrió por las canales en forma de lava, que al caer, quemó á los muchos curiosos que estaban en la calle y puso al mismo tiempo en gran peligro el Hospital.

La llegada de tan extraños huéspedes produjo en aquella casa de beneficencia el más atroz pánico, porque se esparció la voz de que el edificio ardía por los cuatro costados: los enfermos, en camisa, corrían de una parte á otra gritando y pidiendo misericordia, pues ya se daban por muertos; y en aquella *Torre de Babel*, el único que tuvo juicio fue el Padre hospitalario Fray Mariano Vargas, que por ser loco no lo cobijó la ley que suprimió los conventos menores. Se paseaba tranquilamente por los claustros, frotándose las manos y diciendo á los que se le acercaban: *¡Carnestolendas! ¡Carnestolendas!*

Las consecuencias de esa *diversioncita* fueron para Santafé de más significación que la entrada de Los Guascas para Bogotá; pero como todo está compensado, los estragos, que especialmente afectaron á la gente de faldas, tuvieron su *contra-Fómeque* por el aumento anticipado en el censo de población.

Poco tiempo después hizo aquel *gaucho* otra ascensión en la plazuela de San Victorino, con las mismas condiciones que la primera y fue á caer á la quinta de La Floresta, abajo de la antigua alameda, de donde los *orejones* lo trajeron á caballo en triunfo á la ciudad.

Pero *tanto va el cántaro al agua hasta que se rompe:* aquel temerario terminó sus aventuras en

un descenso que hizo en Guatemala, en menos tiempo del que quisiera. Como tenía que suceder, se le incendió el globo á quinientos metros de altura y cayó el desgraciado sobre unas rocas, de donde lo recogieron con *garlancha*, para poderlo echar la sepultura.

En el año de 1850 se apareció un venezolano de apellido Parpacén, ofreciendo ascender en globo alimentado por fuego, mediante el pago de $ 1,000.

Se reunió el dinero, se hizo el globo, se infló en el sitio que hoy ocupa el anfiteatro anatómico en el Hospital; pero al tiempo de subir le dio *canillera* y pretextando *una necesidad, puso pies en polvorosa* y no paró hasta que llegó á Honda y se echó río abajo en el primer champán que encontró. Hasta hoy lo esperan los espectadores chasqueados, lo mismo que los judíos al Mesías.

En los tiempos modernos hizo en esta ciudad varias ascensiones en globo de percal, protegido por malla de cáñamo, inflado con aire caliente, sin *canastilla* y sentado en un trapecio, el intrépido Antonio Guerrero. Admiraba la serenidad de aquel hombre que hacía *planchas, molinetes* y mil diabluras más en el espacio, sin tomar precaución alguna para el caso de accidente imprevisto. Tal ha sido la historia de la navegación aérea en esta ciudad.

Se me olvidaba mencionar la Compañía inglesa de equitación, que fue la segunda que vino á Santafé, en el año de 1843, pues ya se había visto la famosa Compañía que del mismo género trajo en 1843 Mr. Johnson. Se componía de dos caballitos enanos, bellísimos, sobre los cuales hacían equitación dos grandes *monos* africanos; dos camellos

que corrían en el circo y un enorme elefante ; éste era como todos los de su especie : muy inteligente y benévolo. En los colmillos le ponían un aditamento sobre el cual se acostaba el director é introducía la cabeza en la boca del elefante. Lo hacían echar por tierra para que se le subieran tantos cuantos le cupieran de la cabeza á la raiz de la cola ; pero al levantarse, todos se rodaban y entonces el siamés les hacía cosquillas con la trompa y se veía lo que gozaba con la impresión de terror que producían sus cariños de *lienzo gordo.*

En el ramo de cubileteros (hoy prestidigitadores), hemos visto cosas m u buenas, aunque no han faltado escamoteadores qu se han reído á costa de los bolsillos y de la simplicidad de los santafereños y bogotanos.

En cierta ocasión llegó una francesa que exhibía las habilidades de un *perro sabio* : este era un *can* blanco, lanudo, con el pelo recortado. La *madama* aparecía en el proscenio vestida con traje fantástico y con una varita mágica en la mano. Llamaba al perro, el cual saltaba sobre una mesa en la que habían varias flores y un naipe extendido, que sólo podía ver la prestidigitadora. Así las cosas, decía al perro, en español afrancesado—muestra *clavelo* blanco—muestra *clavelo* rojo—muestra as oros, muestra as copas. Cansado el público con tantas *muestras*, resolvió terminar la función con una salva de panelitas de leche de las que vendían en una cantina en el teatro : al día siguiente la policía obligó á la *gabacha* á que pagara ocho pesos que valían las panelas expropiadas á la cantinera por el respetable público, fundándose

en que *el que es causa de las causas, es causa de lo causado.*

En 1842 llegó á esta ciudad el célebre pestidigitador y equilibrista Mr. Philips *y su presunta esposa,* bellísima mujer, y trajo aparatos y útiles adecuados para sus funciones, que eran brillantes: gozó de gran favor en el público sensato por las maravillas que ejecutaba, pero entre el vulgo se aseguraba como cosa cierta, que tenía pacto con el diablo y de seguro lo habrían quemado vivo si hubieran logrado apoderarse de él.

III

Como dijimos anteriormente, la Compañía de Rosina fue la primera que nos hizo comprender el mérito de la ópera italiana. Después de Romeo y Julieta, pusieron en escena á Norma, Lucrecia Borgia, Lucía de Lamermoor, Marino Faliero, Hija del Regimiento, Hernani, Atila, Barbero de Sevilla, Macbeth y María de Rohán. Hernani y Macbeth no gustaron.

En el año de 1863 volvía Rosina con otra Compañía de ópera, pero la sorprendió la muerte en Honda, hecho que produjo penosa sensación en esta ciudad, porque esa notable artista gozó del cariño y simpatías de todas las claces sociales. Para remplazar á Rosina, los señores Luisia y Rossi Guerra, hicieron venir, en el año de 1864, dos actrices de Italia: Assunta Masetti y Luisa Visoni: ambas eran tipos de belleza, pero la primera era una muchacha de 22 años, traviesa y en extremo simpática. A decir verdad, excepto en la Traviata, que la interpretaba admirablemente, era una mediana prima-donna á la cual todo se le perdonaba por el encanto de su persona. En esa temporada se pusieron en escena las siguientes óperas nuevas para Bogotá: Dos Foscari, Elixir de Amor, Gemma de Vergy, Masnadieri y Belisario. Pero la ejecución de estas óperas y de las otras que dieron no fue satisfactoria, porque el tenor Rossi y el barítono Luisia estaban ya gastados

y empobrecidos de voz. Ambos murieron en esta ciudad, hace pocos años en extrema miseria.

Algún tiempo después se formó otra compañía compuesta de la señorita Eugenia Bellini, bella muchacha de 18 años; de sus padres y de los señores Oreste Sindici, tenor, y Ejisto Petrilli, barítono, ambos jóvenes y de voces excelentes: pusieron en escena, como óperas desconocidas en esta ciudad: La Sonámbula, Rigoletto, Baile de Máscaras, Don Pascual, Luisa Miller y El Juramento. También llegó en la misma época la compañía de la cual hacía parte doña Matilde Caballetti, el tenor Octavio Tirado, y Compagnoli: pusieron en escena, como nuevas, Los Lombardos, La Favorita y Los Mártires.

La compañía de la señora Marina Barbieri de Thiolier, prima-donna; de su esposo, bajo; de Baratini, bajo bufo y de los restos de las Compañías anteriores, cantaron aquí en 1866, por primera vez, Linda de Chamounix y Crispino y la Comadre.

Hasta el año de 1874, ocho años después, no vino la Compañía de ópera italiana, que con fondos particulares se hizo venir de Europa: constaba de la Fiorellini, prima-donna; la Forlivesi, contralto; Coluci, que es el mejor tenor que ha venido al país; Succi, baritono y Pelleti, bajo. También vinieron cinco músicos, entre los cuales se contaban el señor Mancini que hoy toca el contrabajo; Emilio nti, Francisco Guiglioli, que murió hace poco, y onafede Pettini, solista de trombón, que falleció esta ciudad.

Entonces se oyeron por primera vez: Yone, Blas, Marta, y Ester, del colombiano José

María Ponce de León. Al irse esta Compañía volvió Petrilli con la Pocoleri, las hermanas D'Aponte, el tenor Ponseggi, el bajo De Santis y otros artistas más que medianos; puso en escena el *Fausto*, de Gounod, pero tan mal interpretado que no agradó. Después vino la señorita Emilia Benic, la cual, con algunos artistas que se quedaron en esta ciudad, y con el colombiano Epifanio Garay, pusieron en escena con gran éxito *La Florinda* del maestro Ponce de León.

La mala situación política del país alejó á los artistas hasta el año pasado, en que trajo don Francisco Zenardo, Empresario del Teatro Municipal, la Compañía que inauguró este edificio con *Hernani*. Durante la temporada de seis meses, sólo dieron como nuevas para Bogotá, las óperas *Aida* y *Guaraní*: el personal era de condiciones medianas en el arte; pero la Poli, y la Sartini, que sí era artista, interpretaban bien, la primera, á *Aida*, y la última, entre otras, á Leonor, en la *Favorita*. Fue entonces cuando se oyó el arpa, por primera vez, haciendo parte de la orquesta.

En el mes de Junio de este año empezó sus trabajos la Compañía Lírica mejor organizada y más completa que hemos oído en nuestro teatro. Se componía de los siguientes artistas: Rosina Aymo, *prima donna* absoluta, soprano dramático; Anina Orlandi, contralto; Alaira Panzani, soprano ligero; Cristina Iprignoli, comprimaria; Arnaldo Ravagli, tenor; Aquiles Alberti, barítono; Ezío Fucílli, bajo; Pedro Osti, tenor secundario; Pedro Bugamelli, barítono secundario; Luis Bergami, bajo bufo; Felipe Bennincore y Adolfo Magni, *partiquinos*; Fernando Mancini y Augusto

Azzali, directores de orquesta, y coristas de ambos sexos.

Nos dieron á conocer á "Carmen," "La fuerza del destino," "Hugonotes," "Gioconda" y "Caballería rusticana."

Como habrá notado el lector que haya tenido la paciencia de seguirnos en estos bosquejos, si se exceptúan las óperas "Fausto," "Carmen" y "Marta," de la escuela francesa, y los "Hugonotes," de la alemana, todas las otras pertenecen á la escuela italiana, siendo ésta, á nuestra manera de ver, la causa de que el público se hastíe de espectáculos que, sin disputa, son los más brillantes y amenos.

Hay que empezar, como hace cuarenta años, por formar y educar el gusto; pero si solo se presentan obras de un mismo género, sin dejar campo para establecer comparaciones entre sí, y más que todo, sin poner de manifiesto las inmensas bellezas de la música clásica de otras escuelas, sucederá lo que á un cocinero que presente preparados los mejores manjares á tarde y á mañana, todos los días del año, con una sola sustancia alimenticia: empalagaría, estragaría el gusto y mataría la persona.

Para terminar haremos mención de la Compa-ía Mimoplástica de M. Keller, polaco, con la cual rprendió y divirtió á Bogotá, en el año de 1863. a formaban su hija la señorita Agustina, precio-a muchacha de 18 años; su padre; Manuela Ver-ani, francesa; dos jovenes hermanos, norteame-anos y algunos nacionales. Los cuadros que re-ducía causaron verdadera admiración, no sólo

por la completa semejanza respecto de los originales, cuanto por que los iluminaba con la combustión del magnesio, que produce los mismos efectos de la luz eléctrica.

Entre los cuadros profanos se contaban: *El Triunfo de Galatea, La Lluvia de Oro, El Rapto de las Sabinas, Tetis conduciendo la armadura de Aquiles*; y entre los religiosos, *Caín y Abel, Jesús bendiciendo á los niños, La mujer adúltera, El Pasmo de Sicilia, La Cena de Leonardo de Vinci* y *El Ultimo Suspiro del Salvador*: éste produjo un sentimiento indefinible de piedad y veneración, lo que llegado á oídos de la autoridad eclesiástica, fue censurado por ésta, por ser en lugar profano donde se exhibía el misterio de la redención. Las funciones se amenizaban con baile y pantomimas, dejando en los concurrentes gratas impresiones.

Y como el espectáculo era fácil en su preparación porque los personajes eran mudos, pronto se aclimató en nuestra sociedad hasta ponerse *de moda*: rara fue la casa en donde no se dieron cuadros mimoplásticos en los que servían de actoras nuestras más bellas señoritas, formándose así núcleos de agradables reuniones de familia, que dieron fin á la división causada en nuestra sociedad doméstica por la agitada política de esa época.

Concluiremos haciendo votos porque eche r ces en Bogotá la costumbre de asistir al teatro, sólo entre la gente acomodada, sino también en clase obrera, para que aprenda lecciones objetiv de cultura y se aleje de las tabernas que le devor

la salud y el ahorro; pero para esto es indispensable que los empresarios de teatro hagan algo en beneficio de los últimos.

No queremos terminar estos recuerdos de los espectáculos ofrecidos al público en el antiguo Coliseo, sin presentar á nuestros bondadosos lectores, el siguiente resumen de las zarzuelas que se han puesto en escena en esta ciudad y de los diversos actores que figuraron en ellos ; trabajo concienzudo que debemos al inteligente cuanto decidido admirador de las bellas letras y artes, nuestro espíritual amigo don Manuel José Pardo :

" A principios del año de 1868 llegó á esta ciudad el señor José Jimeno, como director de una Compañía de Zarzuela, la primera de esta clase que se conoció en nuestro Teatro, con un personal que si no era aceptable en su totalidad, sí contaba por lo menos con dos ó tres actores de indisputable mérito artístico.

Este espectáculo ignorado hasta entonces entre nosotros, fue recibido por el público, como era de suponerse, con verdadero y creciente entusiasmo, tanto por su novedad en la forma, como por la parte musical tan ligera y accesible, aun á los oídos más refractarios al divino arte.

Hizo su estreno esta Compañía con la bellísima zarzuela titulada el *Valle de Andorra*, á la e siguieron Marina, El Relámpago, El Postillón la Rioja, Los Diamantes de la Corona, El Dominó Azul, Catalina, Jugar con Fuego, Los Madres etc. todas del antiguo repertorio, hoy consiadas como las mejores en su clase y apreciadas todos los Teatros españoles y americanos como

verdaderas joyas; pero la más popular entre todas las mencionadas fue sin duda los Madgiares, pues no quedó persona en la ciudad que no acudiera presurosa á gozar del espectáculo más animado é interesante que jamás se hubiera visto en nuestro incipiente Teatro. Diez y siete veces se puso en escena y fue tan concurrida la primera como la última representación, produciéndole por esta causa al Director, un rendimiento muy considerable.

Esta Compañía estaba formada de la manera siguiente: la señora Ernestina de Jimeno, primera tiple; Mercedes Zafrané, tiple ligera y Julia Zafrané, segunda tiple; señor José Jimeno, tenor; Juan Franco, barítono; Sánchez, tenor cómico; y los correspondientes actores secundarios.

Trabajó esta Compañía por espacio de ocho meses, siempre con buena aceptación.

Despues de un interregno de seis años, vino á esta capital en el año de 1876, una Compañía contratada en Caracas por el señor Carlos Rodriguez, compuesta de actores notables que desempeñaban, las primeras partes, de las obras que ejecutaban con propiedad y esmero, condiciones tan necesarias para obtener éxito satisfactorio.

Contaba esta Compañía á la señora Josefa Mateo, actriz de raro talento y de gracia casi francesa en el género cómico; supo conquistarse simpatía y el aprecio de sus admiradores, por corrección en el desempeño de sus variados trabajos escénicos. Dejó un recuerdo muy agradable en anales de nuestro Teatro.

El señor Colomé, tenor cómico que reunía á grandes aptitudes como actor, un conocimi-

completo del Teatro español antiguo y moderno, debido á los estudios que hizo en este ramo de la literatura, siendo á la vez autor dramático de varias piezas escritas en Catalán, su lengua nativa, representadas en Barcelona con muy buen suceso. Era de esos actores que animan las escenas y levantan las situaciones en que se hallan.

El señor José Carbonell, tenor serio muy culto y delicado en el desempeño de sus papeles.

El señor Marcelino Ortiz, barítono de mucha práctica teatral y habilidad para caracterizar los tipos que desempeñaba ; poseía una voz agradable y entonada, cosa rara en los cantantes de zarzuela.

El señor Fernando Altarriba, excelente actor dramático, lleno de vigor y naturalidad en la declamación, tenía maneras delicadas y aristocráticas en los carácteres de esta clase ; conocía perfectamente el arte en sus diversos estilos : siempre fue muy aplaudido en sus trabajos y según noticias, ha hecho buena carrera en la Península.

El Director de orquesta de esta Compañía, señor Rius, desempeñó este delicado cargo con toda la maestría y habilidad que se requieren en obras de este género.

Además de las zarzuelas que se conocían, se pusieron en escena : La Gallina ciega, Sensitiva, z y Sombra, El secreto de una Dama, Entre mi ijer y el negro, Catalina, El diablo en el poder, El rgento Federico y otras en un acto.

Esta empresa permaneció trabajando seis s.

Despues de otro lapso de tiempo igual al an- llegó en el año de 1882, la Compañía de

que eran empresarios los señores Ceballos y Bernard, formada con un personal numeroso de buenos artistas principales, cuerpo de coros y baile. Entre los primeros se contaba la señora Alba de Ceballos, tiple, que poseía una voz de grande extensión y timbre delicioso, unida á su bella figura, por cuyas especiales dotes obtuvo siempre los aplausos del público, que la consideró por su voz, como la mejor cantante qne se hubiese oído en ese género.

La señora Julia Plá, segunda tiple, muy interesante por su belleza y gracia en la escena.

El señor Eduardo Bachiller, tenor cómico, actor de gran talento en los diversos caracteres que desempeñaba.

El señor Robillot, barítono de buenas condiciones teatrales.

Además de estas primeras partes, por cierto muy notables, debe agregarse un crecido personal, tanto de hombres como de mujeres de segundas partes, formando un conjunto muy completo ó puede decirse casi perfecto.

Esta Compañía por circunstancias especiales, no pudo trabajar en el desmantelado Teatro Maldonado y tuvo que resignarse, venciendo muchas dificultades, á hacer su *debut* en el pequeño Teatro Lleras, situado como es sabido á una considerable distancia del centro de la ciudad, circunstancia muy desfavorable para una empresa teatral pero apesar de todo, el éxito no dejó qué desear tanto para la Compañía, que fue bien recibida aplaudida, como para el público que supo aprecia el mérito de los nuevos artistas.

Las obras que se pusieron en escena, c-

todas desconocidas hasta entonces, fueron aceptadas con entusiasmo, de tal manera que nunca faltó buena concurrencia á tan lejano Teatro y debe hacerse mención especial de las siguientes: Los pajes del Rey, Pañuelo de hierbas, Historias y cuentos, Orfeo en los infiernos, Barberillo de Lavapiés, Madama Angot, La Marsellesa, Piscio Adán y Compañia etc. Al poco tiempo de estar trabajando esta Compañía en el Teatro Lléras, llegó á esta ciudad otra del mismo género traída por los empresarios señores Curriols y Quesada, ambos españoles, los cuales habían tomado en arrendamiento, con anticipación, el Teatro Maldonado, por cuyo motivo no pudo trabajar la anterior Compañía. Viendo los directores de ambas empresas que era imposible sostener dos teatros del mismo género, entraron en recíprocos arreglos que dieron por resultado la unión de ámbas empresas, ingresando á la de Curriols y Quesada, únicamente algunas partes principales que eran necesarias para completarla.

Esta última Compañía quedó, pues, formada de las dos señoras Plá, la señora Duclós, caracteristica; Fernando Rousset, tenor; Valentín Garrido, Bachiller, J. A. Jiménez; segundas partes y cuerpo de coros. Las obras que puso en escena fueron las mismas poco mas ó menos que se conocían. La señora Josefa Plá se distinguió sobre todas los tiples, anteriores por su gran talento y perfección en el trabajo y dejó muy grato recuerdo en esta ciudad. Es de justicia hacer especial mención del fácil director de orquesta señor del Valle, quein por sus profundos conocimientos musicales, contribuyó en mucha parte al buen éxito de esta Compañía.

A principios del año de 1888, llegó á esta capital la compañía del señor Capdevilla q e contaba de las siguientes partes: primera tiple señora Celimendi; señora Fernández, tiple cómica y señora Cavalleti, caracteristica; de los señores Monjardín, tenor serio; Vila, bajo bufo; Iglesias, tenor comico y Jiménez Godiol, barítono; director de Orquesta, el señor José Mauri.

Esta compañía efectuó sus trabajos en el Teatro provisional que formó el señor Francisco Zenardo, en un solar que hace frente al Teatro Municipal, para las funciones acrobáticas de la Compañía que trajo á esta ciudad, el cual se vió obligado á improvisar por hallarse en construcción el de Colón. Como es facil imaginarlo, este local presentaba multitud de dificultades é inconvenientes para el éxito de un espectáculo lírico dramático que necesita de tantas condiciones indispensables á este efecto; pero apesar de todo, se dieron funciones por el espacio de seis meses, si nó con buena, por lo menos con regular aceptación.

El repertorio de zarzuelas que se pusieron en escena fue casi todo nuevo, muchas de ellas de grande aparato tales como, *los Sobrinos del capitán Grant, El Estudiante en Salamanca, El salto del pasiego, La Guerra Santa, La Mascota, Boccacio* etc.

Esa Compañía terminó por una total desganización á consecuencia de atrasos del Dir tor en el cumplimiento de sus compromisos.

En el año de 1889, los señores Antonio Espi Juan E. Gutiérrez, y Pablo Esguera formar Sociedad colectiva para traer de la Habana u pequeña Compañía de zarzuela con el objeto de

funciones en el Teatro de madera, techado de tela, que construyeron en el mismo solar en que formó Zenardo el suyo. Efectivamente llegó el personal de esta compañía, por cierto muy incompleto y de partes casi todas malas, con excepción de la señora Vivero, primera tiple, que reunía á buena voz en su género, gracia y distinción en la escena.

Como á esta pequeña compañía no le era posible dar obras de consideración por falta de personal, sus trabajos se redujeron á poner en escena, además de algunas conocidas, las siguientes en un acto, todas muy graciosas y regularmente ejecutadas : *El bazar de Novias*, *Cómo está la Sociedad*, *El padrón principal*, *El Grumete*, *Torear por lo fino*, etc.

El éxito que obtuvo fue muy midiocre y en algunos puntos tuvo que usar el público de su genial benevolencia, para no llegar á un desastre.

Los empresarios, poco prácticos en esta clase de negocios, no pudieron darle la dirección conveniente y acertada que requiere tan difícil cargo, y por este y otros motivos que no son del caso mencionar, es lo cierto que esa Compañía terminó su corto período por completa disolución."

IV

FIESTAS RELIGIOSAS

I

dorar á Dios, en espíritu y en verdad, fue el tema propuesto por el inmortal Las Casas, á los indígenas idólatras que poblaban estas comarcas. Fácil fue la tarea de los misioneros en lo que tenía relación con los asutos exteriores del culto cristiano; ora por las sublimes al par que sencillas doctrinas de la nueva religión que les enseñaban; ora por el cambio de los objetos materiales que servían para hacerles perceptibles, en lo posible, los dogmas y nisterios del catolicismo.

En efecto: las imágenes del Hombre-Dios, crucificado y muerto por redimir la humanidad decaída, y la de la incomparable Virgen, de la cual, según las tradiciones admitidas entre todos los pueblos de la tierra, debía nacer el esperado Salvador, causaron en los sencillos naturales el efecto de la luz al que sale de las tinieblas—los deslumbró—y como consecuencia lógica, cayeron en desuso el sin número de *tunjos*, amuletos é ídolos que veneraban.

Pero no sucedió lo mismo al tratar de quitarles las preocupaciones que los dominaban, especialmente las que tenían relación con el culto de los muertos, los hechizos y maleficios; siendo de notarse que estas ideas subieron de los indios á la clase acomodada y aun más arriba, probablemente por el fenómeno social que en el nuevo continente sólo se ha observado en Colombia y Venezuela—que no hay antagonismo de razas—y á esa causa atribuye el notable publicista don Salvador Camacho Roldán, el efecto de nuestra inteligente población. No destruímos á nuestros indios, como se hizo en otras partes, sino que nos los asimilamos; y aunque muchos se avergüencen de llevar en sus venas sangre de los aborígenes, deben consolarse de tal preocupación, teniendo presente lo que decía el caballeroso *Pacho Torres*, de feliz memoria: *Aquí no hay más noble que yo, porque soy indio puro!*

Santafé era muy piadosa, pero se resentía de las creencias supersticiosas ó *agüeros* que de tiempo atrás, y sin saberse cómo, se habían incubado en todas las clases sociales. ¿Se exigía un milagro á San Antonio de Padua? Se le quitaba el Niño Dios, ó se sumergía el santo en la tinaja llena de agua

hasta que concediera lo que se deseaba; y si ni aún así hacía caso, se relegaba la imagen al *cuarto de trastajos*. Si después de hecha la novena á Nuestra Señora de los Dolores, no se conseguía lo que se deseaba alcanzar, le ponían en la cabeza la corona de espinas del Crucifijo; y si SanFrancisco de Asís no obtenía pronto lo que se le pedía, aun cuando fuera un novio joven, hermoso, rico y formal para alguna cuarentona, lo despojaban del cordón.

Esto, en lo que dice relación con el culto privado, porque en algunas iglesias se encontraban maravillas.

En la de San Agustín, había dos cuadros con las siguientes originalísimas inscripciones: "Verdaderamente fue Virgen admirable nuestra Madre Santa Mónica, la cual con sus innumerables partos para el cielo y para el mundo, dio á luz al fénix del amor, nuestro gran Padre San Agustín," y "San Quintín, abogado del mal de..... *orina!*" En la Veracruz hay aún un cuadrito que tiene la siguiente inscripción: "San Peregrino de Lacioso, peregrino en milagros, en especial en sanar piernas y feliz en partos dificultosos."

En San Juan de Dios, existe un San Cayetano, *tan indecentemente indecente*, que no podemos describirlo por respeto á las lectoras que puedan tener estas crónicas; pero sí daremos cuenta de una pintura en la cual aparecen unos cuantos diablos jugando á la pelota con San Juan de Dios.

En el antiguo convento de Santo Domingo, había un cuadro en el cual se veía al Santo, escribiendo á la luz de un cabo de vela, que tenía el demonio en la punta de los dedos para no arderse; de la boca del último salía un letrero que decía: "*que me*

quemo, Domingo! y de la boca del Santo salía otro que respondía: *quémate diablo!*

II

Don Juan Atonio de Velasco, natural de Popayán, sentó plaza da soldado en las filas republicanas que al mando del General Nariño, fueron derrotadas y hechas prisioneras en el Egido de Pasto en el año de 1814: entre ellas cayó Velasco, al que por lo pronto lo condenaron simplemente á ser pasado por las armas; pero habiendo sabido el jefe español que era músico, resolvió destinarlo al ejército realista, y al efecto lo envió amarrado hasta Quito y de esta ciudad lo *empuntaron* para el Perú, en calidad de soldado raso. Apenas se le presentó coyuntura favorable, se incorporó al ejército colombiano y se encontró, entre muchas otras, en las batallas de Junín y de Ayacucho. De esto sólo tuvo por toda recompensa la medalla de oro con el relieve del Libertador.

En medio del piélago de trabajos, en que se hallaba sumido aquel desdichado, ofreció á la Virgen hacerle todos los años, durante su vida, la novena y fiesta en la advocación de los Dolores: tal fue el origen de una de las funciones religiosas que con más pompa se celebraba en Santafé.

Velasco era muy pobre y vivía con lo que le producía la profesión de músico, que siempre fue

aperreada entre nosotros: con los ahorros de todo el año juntaba para tener con qué hacer frente á los gastos del novenario y fiesta. Toda persona que supiera cantar ó tocar algún instrumento, era convidado obligado, y las flores del barrio de la Candelaria, iglesia donde cumplía el voto, se las llevaban por canastadas: tenía en propiedad los ornamentos y adornos para no molestar con préstamos, porque era hombre muy delicado.

A las siete de la mañana echaban á vuelo las campanas de la iglesia y empezaba la novena con una obertura á grande orquesta: se cantaba en cada día una estrofa del *Stabat Mater* de Rossini; pero en el quinto, correspondía á Velasco la conocida con el nombre de *Pro Peccatis*, para baritono, que era su voz.

El día de la fiesta transformaba el templo, ayudado por las señoras y los excelentes religiosos del convento, que siempre lo estimaron: la música que se ejecutaba era, con mucho, superior á la que después se ha hecho oír en nuestros templos, porque se habría considerado como una verdadera profanación, tocar, como se hace en Bogotá, trozos de música profana ó derivada de la misma, con el nombre postizo de misas, himnos etc. etc. En aquellos tiempos tuvimos la fortuna de conocer, bien interpretada, la música religiosa que hizo inmortales á Pergollese, Mozart, Beethoven, Hayden, Rossini y muchos más que en la actualidad yacen en olvido para vergüenza nuestra.

Velasco usaba toda la barba, la que le daba marcado aspecto de judío: vestía, durante todo el año chaqueta y pantalones de pana, sombrero de

jipijapa con funda de hule amarillo, y capa de paño de *San Fernando* con cuello de piel de lobo y corbata de lino color de canario; pero el día de la fiesta se presentaba acicalado y como renovado en su persona. Todo en él revelaba al militar veterano de nuestros tiempos heróicos. En la misa solemne predicaba orador distinguido y el Arzobispo daba la bendición papal. A los músicos los festejaba, después de la ceremonia, con un ambigú.

Andando los tiempos, Velasco empobreció más y más, y por último lo atacó la cruel enfermedad de la cual murió en el año de 1859. A pesar de su miseria, cumplió hasta el fin con el voto que había hecho. Algunos días antes de la novena que debía celebrar en dicho año, fue su amigo don Manuel A. Cordobés a visitarlo, y al verlo le dijo, mostrándole la medalla del Libertador: "Vea usted todo mi haber! Creí tener el gusto de que con ella me enterraran; pero las exigencias de Nuestra Señora de los Dolores me obligan á venderla para hacerle la última fiesta. Ahí les dejo *mi zancarrón*, que quieran ó nó, tendrán que enterrarlo, so pena de que los apeste."

El *quinto día* de la novena, á las siete y media de la mañana, hora en la cual cantaba la estrofa *Pro Peccatis*, dio el último suspiro! Los padres candelarios cumplieron, respecto de Valasco, el precepto de enterrar á los muertos.

Tal fue el fin de uno de nuestros próceres de la Independencia y del maestro que, el primero, difundió en Santafé el gusto por la música, enseñandola á toda una generación.

III

Las fiestas religiosas más notables de Santafé eran sin disputa, la del Corpus, en la Catedral; y las Octavas en los barrios de Las Nieves, Santa Bárbara y San Victorino, únicos que existían entonces.

La fiesta del Corpus empezaba por repiques de campanas á las doce del día de la víspera, en todas las iglesias, y gran quema de cohetones en la plaza principal.

Como entonces había mercado permanente en la misma plaza, vivían allí todos los perros sin dueño conocido; pero al zumbido del primer cohete, tenía lugar un fenómeno graciosísimo: los perros despedían locos de terror por las bocacalles de la plaza, sin reponerse del susto hasta llegar á los ríos Fucha ó del Arzobispo, y eran reemplazados por los muchachos de la ciudad, que acudían presurosos, atraídos por el ruido de la pólvora y de los repiques.

A las ocho de la noche se quemaban fuegos artificiales costeados por la Municipalidad, para lo cual se ponían *luminarias* en todas las casas; las torres de la Catedral, lo mismo que las de la Capilla del Sagrario, se adornaban con candiles encendidos y colocados en todas las cornisas.

El día de *Corpus* aparecían preparados por los gremios de artesanos, los cuatro altares de *rúbrica*,

situados en las bocacalles de la "Enseñanza," la "Rosa Blanca," "Puente de San Francisco" y de la botica de "Medina Hermanos." Las casas comprendidas en ese trayecto, las adornaban con colchas ó colgaduras de muselina, saraza ó damasco, y en las puertas y brancas de las tiendas se colgaban todos los *cachibaches* disponibles en las localidades ocupadas por los tenderos ó mercachifles.

A cada media cuadra se levantaba un arco vestido de *bogotana*, percal ó *pichincha*, que terminaba en custodia, cáliz ó alguna otra figura alegórica, de cartón pintado al temple. Las bocacalles se cubrían con *bosques*, palabra que traducida al lenguaje santafereño quiere decir títeres ó *fantoches*. Esos eran los lugares escogidos para echar sátiras á los mandones ó á los acontecimientos que merecieran censura, exhibiéndolos del modo más ridículo posible: recordamos uno en el cual los *guardas del estanco de aguardiente* saqueaban la casa de un pobre, llevándose como contrabando las camas, los pocos muebles y las hijas de la víctima. En otro pusieron un montón de aguacates (curas) llenos de moscas pegadas, con el siguiente letrero: ¡Ah Mosquera, pobres Curas!

Otro hubo en el cual figuraban los rematadores de bienes eclesiásticos, llevando en las manos los conventos, casas y otros edificios. Al pie se leía esta inscripción: *llevamos las manos muertas d frío.*

La tropa la extendían en dobles hileras en la calles que recorría la procesión y al pasar la Majestad al frente de la bandera, la batían y exter

dían para que el Arzobispo, después de bendecirla, pasara sobre ella con el Santísimo.

A las diez de la mañana empezaba el desfile de la procesión en el orden siguiente:

Las *cuadrillas* de los indios de Suba, Fontibón y Bosa, vestidos con pañuelo rojo amarrado en la cabeza, camisa de lienzo y calzón corto (culote) de manta azul, que iban danzando al són de pífano y tambor y llevando un palito en cada mano para golpearlos unos contra otros y hacer más vistosas las figuras. Esas danzas debieron servir de modelo á Vásquez Ceballos para pintar el cuadro que representa á David bailando delante del Arca, existente en la Capilla del Sagrario.

Los carros alegóricos, tomados estrictamente de los pasajes del Antiguo Testamento y tirados por robustos mozos disfrazados de turcos. Se elegían los niños más hermosos y los vestían con trajes y joyas valiosísimos: aún recordamos entre muchas, la alegoría de la República protegida por la Religión, acompañada de la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Las *cruz-altas* y ciriales de las Parroquias y otras iglesias.

Las personas que iban alumbrando, en dos alas; el Seminario y el clero regular y secular.

Al centro las imágenes de Santa Ana que enseña á leer á Nuestra Señora, San Joaquín, la Concepción, San Victorino vestido de Pontifical, San Roque y San Pedro con tiara, llevadas en anas. Los levitas llevando el Arca; Moisés, Aarón, Ancianos y los Reyes de Judá, rapresentados niños de ambos sexos, con barbas postizas de dón bien escarmenado.

La banda de música de milicias.

Las ninfas ricamente vestidas, marchaban regando flores delante del palio.

El palio llevado por sacerdotes revestidos, y en el centro, el Arzobispo con la Custodia, rodeado del Capítulo Metropolitano con ricas capas magnas.

Los cantores y músicos.

El Presidente de la República, acompañado de los Ministros de Estado y de los altos funcionarios civiles y militares, con brillantes uniformes: desde el General Santander hasta Obando, asistieron los Presidentes á solemnizar esas procesiones.

El Ejército.

De todos los balcones caía inagotable lluvia de flores, y al concluír la estación en cada altar, quemaban fuegos artificiales.

Después de la procesión, llevaban los niños que habían figurado en ella, á disfrutar del *convite* (lunch) que les preparaban en el Palacio Arzobispal y en seguida los paseaban por todas partes, en donde los festejaban como si realmente fueran los personajes que representaban.

Mientras tanto se divertía la gente devorando los bizcochos, dulces y *guarruz* que eran las viandas de ordenanza para esas funciones, amén de las *frutas acarameladas*, *maní*, *alfajor*, *merenguitos*, *avisperos* y otras golosinas de gusto no muy refinado. En las casas situadas en las calles por donde pasaba la procesión, se obsequiaba á las personas invitadas, con *onces* suntuosas y en algunas, se aprovechaba la oportunidad para armar por la noche la *tertulia* ó baile improvisado.

El octavario continuaba en la Catedral con gran pompa hasta el jueves siguiente, en el cual tenía lugar la misma procesión por los alrededores de la plaza, previos fuegos artificiales de la víspera y todo era, *mutatis mutandis*, igual á lo del Corpus. En una ocasión quedó enredada la tiara de San Pedro en los flecos de un arco y en el acto la gente *agorera* pronosticó próxima persecución á la iglesia, lo que desgraciadamente se confirmó con la salida que se vió forzado a emprender Pío IX, de Roma á Gaeta, en el año de 1848.

IV

Después seguían las octavas de los barrios, empezando por la de Las Nieves, por ser ésta la parroquia más antigua de Santafé. Basta á nuestro propósito la descripción de lo que pasaba en aquel entonces *tenebroso arrabal,* para dar idea á la actual generación de los sucesos que constituían, antaño, el ramo de diversiones más apetecidas y populares.

Al aproximarse la fiesta, se advertía movimiento desusado en aquellas regiones, producido por el *resane* y blanquimento de las casas, en que se notaba que los artífices no pecaban por habilidad en el oficio, puesto que, en lo general, quedaba más blanco el suelo que las paredes: se retocaban los letreros de las ventas y chicherías y en algunas localidades se pintaban con colores de tierra, portadas que remedaban arquitectura, festones con tendencia á imitación de flores monstruos ó alguna escena de costumbres populares por el afamado pintor al temple, *bobo Rosas.*

Para comprender nuestra relación debe sabe. se que en la época á que nos referimos, todas la casas del barrio carecían de alar, las puertas ventanas eran contemporáneas del Conquistador c los Muiscas; no existía camellón sino un treme do y desigual empedrado con altibajos; y de Orie

te á Occidente se desprendían tres quebradas, que fueron y ya no son, las que se pasaban por *tres puentes* de calicanto, sindo éstos el origen del nombre que aún lleva esa parte de la ciudad.

La víspera de la octava se colocaban en las puertas y ventanas, faroles de papel de colores, de los llamados *intestinos*, ó linternas habilitadas de guarda-brisas con sus correspondientes *cabos de vela de sebo*. En la plazuela se encendían hogueras de *frailejón*, y donde quiera que había garito, venta ó chichería, colgaban faroles cuadrados forrados en género-transparente, en que anunciaban las comodidades que reportarían los concurrentes á esas *casas de beneficencia*.

Desde la iglesia de la Tercera se empezaba á gozar de los perfumes que evaporaba aquel barrio en verdadera combustión: los ajiacos, empanadas, longanizas, morcillas, cuchucos, *rostros de cordero*, papas chorreadas, chicharrones, tamales, *bollos de quiche*, encurtidos de la tierra, chicha, pollos *á la funerala*, pólvora, aguardiente, trementina, etc., etc., etc..... con todo lo demás que no podemos referir, enviaban sus partículas ó moléculas en dulce é inalterable consorcio, á las narices de los participantes de toda edad, sexo y condición que se metían en aquel *remolino de Honda*.

A las ocho de la noche empezaban los fuegos artificiales por un cohetón de doce truenos y unas cantas culebrillas que descendían caprichosamen-: en el acto respondían mil silbidos agudísimos los muchachos y los gritos ó llanto de los asus-los niños que enviaban las madres con las cria-s á gozar de aquellas diversiones. La banda de sica *rompía* con el *bambuco* ó *torbellino* y así

seguía la quema hasta que, entre las nueve ó diez de la noche, se retiraban todos á buen dormir, á fin de quedar dispuestos y hábiles para los espectáculos y faenas de los días siguientes.

Amanecía el día deseado y era de verse el movimiento febril de las gentes: trasteaban de las casas y tiendas con todo lo que constituía el guarda-ropa, tuviera ó nó aplicación personal, para que pasara á funcionar como objeto de adorno sobre las puertas y ventanas, sin que de aquella revolución escaparan sino los colchones y almohadas de las camas.

Con los cuadros y láminas de todos colores, clases y tamaños, se cubrían las paredes sin cuidarse para nada de las reglas de simetría y congruencia que debieran tenerse presentes en casos análogos. Esto daba lugar á que se vieran los mayores contrasentidos en tan originales consorcios. Junto á la impresión de las llagas de San Francisco se veía á Mazzepa (desnudo) amarrado sobre el potro bravío; el éxtasis de Santa Teresa junto á Eloísa y Abelardo; las almas benditas del Purgatorio con la manteada de Sancho Panza y así todo lo demás. Recordamos que por la calle de las "Béjares" se veían varios cuadros que representaban la historia de Hércules y las Danaides mezclados con otros alusivos á la muerte del *justo* y *el pecador* y el de Napoleón en Santa Elena!

Los arcos, altares y bosques, arreglados á imitación de los que habían figurado en el "Corpus," pero adornados con flores de *borrachero, borlas de San Pedro, arrayanes, retama* y otros afines.

En la plazuela preparaban el *Paraíso,* que era el purgatorio de Adán y Eva, figurado por dos mu-

chachos medio desnudos y ataviados con vestidos de plumas semejantes á los que *dicen* usaban los indios. Con arbustos formaban una imitación de parque cercado con festones de laurel. Allí yacían todo el día, para encanto de los mirones, los animales raros que se conseguían, como *cafuches*, *armadillos*, *borugas*, *venados*, *buitres*, *tigrillos*, *micos y loros*: la serpiente tentadora era una tripa de res, soplada, con cabeza de dragón mordiendo la manzana. A veces ponían una gran ballena en seco, hecha con armazón de *chusques* forrados en papel pintado de negro, con ojos hechos de asientos de botella.

Desde las diez de la mañana empezaban á circular *los matachines*, que eran hombres disfrazados de danzantes de ambos sexos, precedidos del negro Simón Espejo, vestido de casacón de paño rojo galoneado de plata, gran sombrero de tres picos y botas altas, y de dos muchachos que figuraban diablos, con vejigas infladas suspendidas de cuerdas atadas á un bordón y que iban repartiendo sonoros golpes á todos los que encontraban. Llevaban música consistente en tambora, dos violines gangosos y pandereta, y marchaban al compás rigoroso de *seis por ocho*: y allí donde tenían sus compadres ó pretendidas, se detenían para bailar la *contradanza* ó para hacer y deshacer, bailando, la *trenza*, al rededor de una asta de la cual pendían tantas cintas de colores cuantos eran los *matachos*. Concluída la danza, recibían los aplausos y felicitaciones del pueblo y se iban con la música á otra parte.

La procesión tenía lugar por la tarde, en perfecto orden; llevaba el *guión* el alferez designado

por el Párroco, con las ninfas y *carros alegóricos* de estilo, y detrás del palio, debajo del cual llevaban la Majestad, seguian la música y cantores más originales del mundo. El violoncello, llevado por uno y tocado por otro; los violines recorriendo caprichosamente el diapasón en todos los tonos y variedades concebibles; un oficleide dando bufidos á su antojo y los cantores, amoratados, con voces de garganta y apenas entreabierta la boca para cantar con los dientes apretados.

Un extranjero que presenció en cierta ocasión esa escena, dijo al verlos, que era mucha crueldad obligar á esos desgraciados á que "*lloraran cantando.*"

Por la noche el barrio era un encanto, áun en los sitios más recónditos. Se armaban bailes y parrandas en casi todas las casas donde había sílfides, al compás de guitarras y bandolas, y por las calles circulaban grupos de hombres *algo sospechosos*, con garrote y tiple en mano, seguidos de las *Maritornes* respectivas, todos tan quisquillosos que por *dácame esas pajas* se machucaban sin piedad. Ay del que pasara por junto á ellos y tuviera la desgracia de no darles la acera!

Desde las nueve en adelante era peligrosísimo, por no decir una temeridad, meterse en ese avispero, porque ya habían extravasado toda la chicha y aguardiente de las ventas al estomago de los fiesteros. Como consecuencia precisa, cad personalidad estaba convertida en verdadero ala bique.

Las tabernas semejaban rompe-olas de n bravío, y si se llegaba á apagar la única luz q hacía perceptibles los objetos, á causa de algún

cidente imprevisto, entonces se armaban batahollas á oscuras, al son de los guayacanes y *cabiblancos*, sin otro criterio que el deseo de aporrearse y *dar donde dieres*.

Entretanto, la policía se contentaba con arreglar un cordón sanitario en las avenidas que conducían al sitio del combate, siguiendo la regla de los bomberos expertos, de que el medio más eficaz para extinguir incendios es formarle hogar al fuego para que no se propague.

El lunes tomaba el barrio el aspecto de un lugar amenazado de próximo asalto. De la esquina de la antigua casa de "Cualla," hasta la de "Los tres Puentes," se cercaban las bocacalles y en todas las puertas se ponían trincheras con las *cujas de cuero*, bancas, mesas ó con lo que tenían. Se preparaban para los tres días de corridas de toros.

A la una de la tarde traían los *bichos* á un corral vecino, en medio de la algazara de los ginetes, de los muchachos y de los cohetes: el *encierro* no tenía nada de particular, pero á las tres sacaban el toro, enlazado con tantos *rejos* cuantos eran los *orejones*.

En aquella época no se conocían *las navarras*, *limonas*, *galleos*, *junicones* y demás suertes clásicas de la Tauromaquia: los *patojos* llenos de andrajos á los cuales el licor les producía efecto diminutivo en lo vista, toreaban lisa y llanamente, como podían y probablemente por darse el placer de una que otra arada de bruses cuando los atrollaba el toro, en el cual caso los sacudían ó los bullían en la pila, fuera ó no conveniente.

El meollo de la diversión estaba en tomar sitiunto á las ventanas en que estuvieran asoma-

das las muchachas bonitas, porque esos eran los lugares en que se podía pelechar.

Al grito de *el toro!* se prendían los lechuguinos de los vetustos balaustres que se les quedaban en las manos y caían de espaldas contra el empedrado: otras veces resistían los barrotes y entonces, en caso apurado, otros perseguidos se agarraban de la levita del primer ascensor y así sucesivamente, hasta que se formaba un racimo de cachacos, los que al fin concluían por caer todos.

En cierta ocasión se treparon en anciana ventana unos cuantos fiesteros, y como las damas de la casa cayeron en la cuenta de que el parapeto amenazaba ruina, creyeron conveniente oponer fuerza centrípeta á la centrífuga para evitar el desastre; pero como fue mayor la última, se fueron á la calle los prendidos de afuera, la ventana y las prendidas de adentro.

Ya entrada la tarde se iban apareciendo *los forasteros*, (así llamaban á los habitantes de los otros barrios) y como novicios en el arte de buscar refugio, se subían á las barreras donde los atacaban á piquetazos de aguja, para que no les quitaran la vista á las personas que estaban detrás.

El último día se exhibían algunos jóvenes con *disfraces charros*, recorriendo el recinto de las fiestas, callados, pero dando alaridos estrepitosos cuando pasaban frente *á su tormento* y aun se permitían levantar ligeramente la máscara, á fin de que no hubiera la menor duda de su fineza.

Pasadas las fiestas quedaba esa parte de la ciudad en estado lamentable y era preciso la amenaza de alguna epidemia que sirviera de pretext al Alcalde, para obligar á sus moradores á que sanaran y asearan las casas.

V

Las festividades de la Semana Santa se han considerado siempre, como de las más importantes de las que se celebran en todo el año, diferenciándose las de Santafé de las de Bogotá, en el mayor esplendor y seriedad que se observa en la última.

El domingo de Ramos, lo mismo que sucede hogaño, entraba Jesús al templo, caballero en una burra, rodeado de los sacerdotes y pueblo, llevando, todos, ramos ó palmas tejidas, más ó menos adornadas.

El Lunes Santo salía la procesión de la iglesia de Las Nieves. Los pasos eran llevados como ahora, por penitentes vestidos de valencina negra, cubierta la cabeza con capuchón en el cual se dejan dos agujeritos para ver, envuelta la cintura con *lazos* de fique y llevando en la mano una horquilla para descansar.

Las efigies del Salvador y de la Virgen, tienen, á más del mérito artístico, la particularidad e que se cree que pertenecieron á las iglesias desojadas por los protestantes durante el movimien- anticatólico de la Reforma. El conjunto de la rocesión con los consabidos cucuruchos y salvo la nta y facha de los judíos, era adecuado al objepropuesto; pero había el *paso de la Cena:* el

que no lo vió nó conoció cosa buena. Al derredor de una mesa cubierta con verdaderos suculentos manares preparados con productos y licores de todos los climas y lugares, estaban sentados, el Salvador, á la cabecera, teniendo recostado sobre el pecho á San Juan, dormido, lo que hacía que el pueblo dijera que se había achispado con el vino!

En cuanto á los Apóstoles, no encontramos palabras para expresar con precisión la horripilante deformidad de aquellas figuras que parecían facinerosos, disfrazados con los camisones de deshecho, que no teniendo que hacerse con ellos, los donaban para vestirlos, añadiendo el sacristán, de su propio peculio, los cuellos postizos y corbatas que les ponía, con lo cual los acababa de componer!

¡ Cuándo pudieron figurarse aquellos abnegados propagadores del Evangelio, que algún día, en ignoto país se verían representados como monstruos ó trogloditas feroces!

El progresista Arzobispo señor Arbeláez, quiso destruírlos desde el año de 1869, y entonces se le hizo presente que esa medida era peligrosa y que podía haber *sangre* si tal cosa se intentaba; pero como "toda injusticia tiene su término," llegó el tiempo de la visita del santo y enérgico Arzobispo señor Velasco: todo fue verlos y condenarlos al fuego, sin apelación, ordenando que se repusieran con otros que llenaran las condiciones requeridas.

Merced á tan acertada disposición y al c inteligente del laborioso párroco doctor Aleja dro Vargas, eficazmente ayudado por el May domo de Fábrica, don Francisco Ortega, se tenta en aquella antigua iglesia, la capilla me ornamentada de la ciudad, en la cual figurar

el debido decoro, las bellas imágenes del Sagrado Corazón de Jesús, rodeado de sus doce Apóstoles: algunas viejas de *la pelea pasada* echan aún de menos á los antiguos amigos de su infancia, pero ya se consolarán ó se irán á la sepultura con ese contratiempo.

El Martes Santo salía la procesión de Santo Domingo, sin nada que la hiciera singularizar: no sucedía lo mismo con la que salía el Miércoles de la iglesia de San Agustín.

A las once de la mañana tenía lugar la Sentencia! La conmovedora imagen de Jesús Nazareno, aparecía colocada al centro de la iglesia, y de las tribunas del edificio salía una voz *cavernosa* que decía: "Yo Poncio Pilato, Gobernador romano, condeno á muerte, con dos ladrones, á Jesús Nazareno, por hechicero y embaucador; á la *confiscación de bienes y á pagar los costos y costas del proceso!*"

Y esas barbaridades que debieran producir hilaridad en el auditorio, causaban, por el contrario, sentimientos de compunción que se traducían por fuertes y retumbantes golpes de pecho en las gentes sencillas. En seguida trasladaban la imagen al presbiterio, cantando el patético salmo *Miserere*. Por la tarde salía la procesión que todos conocemos, sin los judíos y algunas otras imágenes de ıtos que se ardieron á puerta cerrada el 25 de brero de 1862, durante el terrible asalto que por s días seguidos dieron al convento convertido reducto, las fuerzas de la Confederación al man- del General don Leonardo Canal. Sea ésta la ›rtunidad de recordar que, sin el arrojo del Co- ·l Manuel María Victoria, el negro, habría sido

destruída por el fuego la venerada imagen de Jesús Nazareno.

"Tres Jueves hay en el año
Que causan admiración:
Jueves Santo, Corpus Cristi
Y Jueves de la Ascención."

Para hacer honor á la anterior cuarteta que revela la sencillez y candor de los tiempos en que se compuso, el jueves santo amanecía *nuevecita* toda la población: hasta los más infelices mendigos se estrenaban alguna prenda del vestido, y, cosa rarísima, *se levaban!* sí, se lavaban, entre otras razones porque tenían que representar á los Apóstoles y dejarse besar el pie en la ceremonia del *Mandato*.

Ese era el día clásico para dejarse ver en las calles, visitando los *Monumentos*, los habitantes de Santafé, hasta las diez de la noche, porque la cultura de esos tiempos permitía á las mujeres aventurarse á salir solas de noche, sin temor á los desacatos por desgracia tan comunes en Bogotá.

Amén de la procesión que en ese día salía de la Veracruz, costeada por el Comercio, se ixhibián los *Monumentos*, en todas las iglesias, los cuales, en su mayor parte los formaban con lienzos pintados al temple que representaban templos ó cárceles de arquitectura clásica y colorido inverosímil, por don Victorino García: el de San Agustín, se llevaba la palma por las ridiculeces y anacronismos que se ponían á la contemplación de los fieles. Todo santo ángel ó judío, quedaba convertido ese día en cualquier personaje siniestro de los de la pasión, desfrazados tan malamente, que se conocía sin ma-

esfuerzo el primitivo estado del personaje suplantado.

El Viernes Santo tenía lugar la adoración de la cruz, acto que producía en cada iglesia un obsequio muy confortable para el sacristán, porque era rara la persona pudiente que no concurría á dar prueba de munificencia en esa ceremonia: hoy..... cae en la salvilla algún nikel vergonzante y uno que otro *billetico* enrollado, sin duda para que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha.

Antes de la procesión acudía el pueblo en masa á la Catedral, para presenciar el *descendimiento:* allí se encontraban como suele decirse, con el cura de su pueblo.

Entre los empleos de la iglesia, había uno que se llamaba *el perrero*, desempeñado últimamente por el español Santiago Alvarez, hombre terrible que vestía sotana de bayeta de Castilla y llevaba como símbolo de su autoridad, un zurriago con el cual castigaba al distraído can que se entrara al templo; pero cuando entre los concurrentes se introducía el desorden, como sucedía y sucede en esa función, repartía furiosos zurriagasos á diestra y siniestra sin que nadie se atreviera á decirle oxte ni moxte: es de presumir que aquel flajelador no ejercía hoy su magisterio, sin que le pusieran *las eras á cuarto.*

El Domingo de Pascua llevaban de la Catedral ara la Veracruz, las imágenes de Nuestra Senora, an Juan y la Magdalena con el objeto de encon- r y traer al Señor Resucitado: no podía desple- rse aparato más ridículo.

Apenas percibían los cargueros *el paso del* Salvador, echaban á correr inclinándose de vez en cuando para imprimir á las imágenes movimientos que semejaran saludos ó venias; y una vez en una de tantas carreras, tropezaron los cargueros que conducían la Magdalena y, como dicen en Mompox: cayeron *con todo y santa.*

Si Santafé resucitara para presenciar las funciones religiosas de Bogotá, se volvería confundida á su tnmba. El culto se ha sublimado purificándolo de la exagerada devoción á las imágenes con perjuicio de lo principal, puesto que preferían lo accesorio: hoy figura la adoración á la Eucaristía y la devoción á la Virgen como indispensable objetivo de toda fiesta católica, sin perjuicio del culto que se tributa á los santos.

El esplendor, pompa y buen gusto con que se celebran, entre otras, las festividades del Sagrado Corazón de Jesús y de Nuestra Señora del Carmen, en la Catedral; de San Ignacio de Loyola, en la iglesia del mismo nombre; los triduos de cuarenta horas en todas las iglesias y las fiestas del respectivo patrono de las órdenes monásticas, dejarían colmadas las exigencias de las ciudades más avanzadas en civilización. La iniciativa la tomaron los Jesuítas desde el año de 1845, secundados por nuestro inteligente y virtuoso clero, en el cual hay muchos sacerdotes que se han formado el gusto, visitando los países del viejo mundo.

V

CRIMENES CELEBRES

CABE á nuestro propósito incluír en estas reminiscencias la relación de los crímenes más notables que se cometieron en Santafé, desde que este país asumió ante el mundo civilizado la responsabilidad de Nación soberana é independiente.

Si se estableciera la comparación de la criminalidad en la que hoy forma la moderna Colombia, con todas las otras naciones de América y aun muchas de Europa, resultaría demostrado que, á Dios gracias, formamos una excepción bien notable respecto de varios delitos demasiado frecuentes en otras partes. El *brigandaje* puede decirse que apenas es conocido en esta tierra, no obstante la ausencia completa de medios preventivos ó de seguridad en los desiertos caminos, lo mismo que en los centros de población.

Asombra la tranquilidad con que viajan nuestros correos de encomiendas por despoblados y páramos, sin encontrar otros obstáculos que los malos caminos; y si alguna que otra vez han sufrido asaltos, pronto han sido descubiertos los agresores: es tal el respeto que se tiene en el país al *conductor oficial*, que á pesar de ser éste algún infeliz hombre del pueblo, mal vestido y peor armado, basta saberse qué carácter lleva para que sea acatado por dondequiera que pasa—más aun—hemos visto abandonada la balija en la cima del Guanacas, después de muerta la múla que la llevaba, á causa del frío intenso de una nevada. Pues bien, allí sin más testigo que la espantosa soledad, pasan los *timanejos* que van á vender coca á Popayán, cubiertos con una capa de palma que los semeja á buitres emparamados, y al ver ese objeto tentador, dan un rodeo para no acercársele y exclaman, *San Pablo!* como si fuera venenoso áspid. ¿En qué otra parte del mundo se ve cosa parecida?

Pero á veces se acuerdan algunos de que en *arca abierta el justo peca* y sin más ni más se echan por el atajo, sin duda alentados por la idea de que una sociedad que no provee á su seguridad, merece que se le haga el gran servicio de recordarle con *hechos prácticos*, que somos mortales y que vivimos entre hombres que suelen tener en ocasiones des inmoderados de sustraerse á la ley del trabaj aunque bien visto, si los tales emplearan por vía recta sus facultades *adquisitivas*, serían duda los más ricos, en atención á las fatigas sufren y á la tortura en la cual ponen su intelig cia para apropiarse el bien ajeno.

I

ASESINATO DEL PRESBITERO FRANCISCO TOMAS BARRETO

El primer crimen que escandalizó á esta sociedad en la época á la cual nos referimos, por los caracteres de atrocidad y premeditación que revistió, fue el asesinato consumado en la persona del presbítero doctor Francisco Tomás Barreto, que vivía en la antigua Calle del Arco, llamada así, por un puente elevado que unía el convento de franciscanos con la iglesia de la Tercera, dando á esa localidad un aspecto sombrío, que después se cambió en siniestro, por el crimen del cual nos ocupamos. Susbsistió aquella preocupación hasta el año de 1862 en que demolieron esa inútil antigualla colonial, que hizo decir al espiritual Bernardo Torrente, que en Bogotá había un puente que servía para pasar por debajo.

En el año de 1828 vivía el doctor Barreto en la casa que hace frente á la antigua calle llamada de Los Carneros, de la esquina del edificio que ocupó la imprenta del *Diario de Cundinamarca* hacia el Norte, ó sea bajando por la iglesia de la Ter-

cera, hasta dar frente á dicha calle después de atravesar la nueva que prolonga la antigua de Florián.

La casa se componía de un portón que daba entrada á un patio, al rededor del cual, por los lados Oriente y Sur, estaban las habitaciones.

Aquel sacerdote tenía fama de acaudalado, y sin embargo, vivía solo en esa parte entonces aislada de la ciudad, acompañado de un muchacho que le ayudaba á misa, atenido al respeto que inspira el estado sacerdotal y á una buena lanza colocada cerca de la cabecera de la cama, sin pensar que esa manera de vivir constituía una tentación permanente para los malvados.

Entre ocho y nueve de la noche golpearon en la casa; se preguntó quién era, y como contestaran "La Pinto," abrió la puerta el muchacho: los asesinos se entraron en tropel y sin más preámbulos acometieron á puñaladas al doctor Barreto, que estaba merendando. La víctima alcanzó á coger la lanza, pero uno de los asesinos se la quitó, tomándola por el asta, cortándole con el filo los dedos de la mano, al rapársela. El muchacho, en el cual no se fijaron, fue á dar aviso al cuartel de Húsares, que era en la casa que hoy pertenece á la familia Valenzuela.

El único móvil de ese crimen fue robar al señor doctor Barreto, como al efecto lo hicieron, después de asesinarlo.

Dado el denuncio por el muchacho que los conoció, resultaron comprometidos el Coronel Manuel Almeida, que ya antes había muerto al cura de Quebrada Negra; una mujer llamada Dolores Pinto y Manuel Vega, su esposo; Pioquinto Camacho y los negros Amarantos, esclavos de

Almeida, que era dueño de la antigua hacienda de Quebrada Honda.

Todos quedaron convictos, y en consecuencia fueron condenados á muerte: la ejecución tuvo lugar al frente de la cárcel, que estaba situada en el lugar que hoy ocupa el gran patio del Capitolio.

Al Coronel Almeida lo fusilaron después de degradarlo; á La Pinto y los negros Amaratos los ahorcaron, sacándolos á todos de la cárcel, arrastrados sobre un cuero de res, en el cual había un gallo como emblema de ferocidad; una culebra representando la alevosía, y un sapo para expresar la premeditación y frialdad en la comisión del delito. Después de la ejecución cortaron los brazos á los ajusticiados y los colgaron en cruz sobre la puerta de la casa donde se llevó á cabo aquel crimen.

II

ASESINATO DE DON SEBASTIAN HERRERA

Don Sebastián Herrera, anciano de más de setenta años de edad, acaudalado, viudo, sin hijos, avaro y *mecánico* como llama el pueblo á los que *comen para vivir*, según la expresión de Molière, y hermano del doctor Ignacio Herrera que era Síndico de la Municipalidad de Santafé el 20 de Julio de 1810, y uno de los que firmaron el acta de independencia, pasaba el día en su vieja casa de habitación que era la misma que hoy pertenece al señor don Manuel Samper en la esquina Noroeste de la plaza de Bolívar, y pernoctaba en la casa del señor don Joaquín Escobar, situada al frente de la iglesia de la Enseñanza, donde hoy tiene sus oficinas la Compañía del Acueducto.

En una mañana del mes de Junio de 1850, salió el señor Herrera de la casa del señor Escobar, como de costumbre, antes de las seis y se dirigió hacia la plaza: vio un hombre de aspecto sospechoso, embozado con un bayetón azul y rojo, sombrero de jipijapa y pantalones blancos, parado en

la esquina que forma la casa del finado señor don Justino Valenzuela á la diagonal de la casa de Moneda; y aunque tuvo el presentimiento de que *ese hombre lo iba á asesinar*, según lo manifestó después, continuó su camino.

Notando que lo seguía el embozado, resolvió pasarse á la acera Norte de la calle, pero al llegar á la asequia que existía al frente de la torre de la citada iglesia, el personaje temido se acercó precipitadamente y atravesó al señor Herrera, de izquierda á derecha, con un gran cuchillo cabiblanco que medía *trece pulgadas* de largo y cuya punta quedó asomando por la tetilla derecha.

El asesino tomó por la calle de los Chorros de la Enseñanza, en donde momentos antes lo vieron unas mujeres que á esa hora tenían entreabierta la puerta de la tienda en que vivían y se dirigió hacia el río San Francisco, vadeándolo por el lugar que hoy ocupa el puente de Gutiérrez.

Don Sebastián vestía el único traje con el cual siempre lo conocimos: sombrero alto de felpa gris con forro verde debajo del ala; chaqueta y pantalón de paño azul raido, *suizos* ó botines de cordobán y capa española con cuello de piel de lobo y vueltas de pana.

Al sentirse herido se entró á la tienda de don Justo Pastor Lozada, la misma en la cual está hoy a librería del señor Federico de Guzmán, debajo le la casa que fue del señor José Rodrigo Borda a la esquina de San Felipe; pidió chocolate porque allí vendían desayunos, pero tardaron en servirlo y siguió para su casa diciendo que no quería ella; abrió la puerta de la calle con la enorme llave que cargaba; empujó el postigo del traspor-

tón que permanecía cerrado, merced á la gran piedra metida en saco de cuero y suspendida por detrás; llamó á las dos sirvientas que lo cuidaban y sin decirles nada de lo ocurrido, les ordenó que fueran á llamar al cura de la Catedral doctor Albarsánchez y al médico doctor José Félix Merizalde. Una de ellas, de *motu propio*, fue á dar aviso á la casa de don Santiago Auza, que era cuñado de su amo y en esos momentos se hallaba en su hacienda de Casablanca de Usaquén, por lo cual se presentó en casa del señor Herrera, el doctor don Teodoro Valenzuela, pariente de ambos y que vivía con el señor Auza.

Al verlo el herido, le dijo: "Mande usted á buscar un confesor para que el diablo no se lo lleve todo."

Simultáneamente llegaron el cura y el doctor Merizalde, y como era urgentísimo aprovechar los momentos que se creía podría vivir ese anciano, después de la primera absolución, se procedió, de acuerdo con las prudentes indicaciones del doctor Valenzuela, al arreglo de los valiosos intereses que quedarían expuestos á ser presa de alguna intriga que en esos momentos se vislumbraba como hipótesis.

El médico opinaba que el herido no alcanzaría á testar, por lo cual pensó conferir poder para ello al doctor Valenzuela; pero á la terminante negativa de éste, se fijó en el señor don Joaquín Escobar que á la sazón se hallaba en Fusagasugá. Entretanto llegó don Narciso Sánchez, Notario 2.° del Circuito, y contra lo que nadie esperaba, otorgó testamento en debida forma, dejando de herederas de su cuantiosa fortuna á sus sobrinas, las

entonces señoritas Teresa y María Josefa Escobar, declarando que era viudo de la señora doña María Josefa Auza y que moría en el mismo estado, sin hijos.

Frecuentemente se observa un fenómeno bien curioso y que se repetirá hasta la consumación de los siglos: *el interesado es el último que sabe los décires en los cuales figura como autor principal.* En efecto, el Jefe Político, señor don José María Baraya, que fue la primera autoridad que ocurrió á la casa del señor Herrera, le dijo que tenía conocimiento de la existencia de la partida de su último matrimonio. "*Esa partida es falsa,*" contesto indignado el moribundo. Hacía días que se había propalado entre ciertas gentes la noticia del matrimonio de don Sebastián con una mujer de la clase media, llamada *Salomé Torres.*

Los profesores, doctores Andrés María Pardo y José Félix Merizalde, que lo asistieron, manifestaron que no se atrevían á extraerle el cuchillo porque moriría al instante en que tal cosa se hiciera; y con el objeto de no hacerlo sufrir al desnudarlo, empezaron á cortarle la grasosa chaqueta que tenía puesta, pero al ver esto el enfermo les dijo con presteza y energía: "*no doctores; por las costuritas*"!

Después de arreglar como quiso los asuntos materiales bajo la inmediata dirección del doctor Valenzuela, recibió el Santo Viático y la Extremaunción.

Viendo los médicos la inutilidad de prolongar la agonía de aquel hombre, resolvieron sacarle el cuchillo á las dos y media de la tarde: una abundante hemorragia puso término al ligero soplo de

vida que aun animaba á don Sebastián. Se le amortajó con hábito de San Francisco y se le hicieron exequias en la iglesia de Santo Domingo.

El mismo día fue aprehendido Narciso Gómez contra el cual se amontonaban tremendos indicios que lo hacían aparecer como el asesino de aquel anciano. En el acto de reconocer el cadáver dijo que "era el de la muy buena persona del señor don Sebastián Herrera." Se averiguó que entre Gómez y la Torres existían relaciones ilícitas de tiempo atrás. Cogido este hilo, fue fácil dar con el ovillo.

En los libros parroquiales de Registro de San Victorino se leía una partida en la cual constaba que, con anterioridad al suceso que nos ocupa y con permiso del cura, doctor Justo González, se había casado, *in artículo mortis*, don Sebastián Herrera, vecino del barrio de la Catedral, con Salomé Torres, vecina del de San Victorino, sin previas informaciones ni amonestaciones; y en el bolsillo de una prenda de vestido del señor Herrera se encontró copia autorizada de dicha partida: ¿quién y cuándo introdujo allí tal documento?

De las investigaciones sumarias resultaron probados los hechos siguientes:

En una de las salidas que hacía don Sebastián á dar vuelta á su hacienda del Salitre, á inmediaciones de esta ciudad, Narciso Gómez, de acuerdo con Salomé Torres, *su amiga*, fingió ser el señor Herrera que, moribundo, quería legitimar sus relaciones ilícitas con la Torres, mediante matrimonio. Al efecto, y como queda dicho, previo permiso del cura de la parroquia á la cual pertenecía la supuesta *novia*, efectuaron una noche la farsa del matrimonio en la casa de aquella mujer, funcionando

como ministro el presbítero Vidal Bustamante: terminado este prólogo del drama, aprovechó Gómez la primera oportunidad que se le presentó para dar el golpe de gracia y apoderarse de la fortuna codiciada.

No obstante la premeditación y sangre fría con las cuales se cometió ese delito, faltaron dos circunstancias importantes á sus autores, á saber: que no murió instantáneamente la víctima y que descuidaron solicitar y obtener el permiso del cura de la parroquia de donde era vecino el supuesto contrayente. Si estas dos condiciones se hubieran llenado, habría sido imposible arrancar á esos malvados los cuantiosos bienes que poseía don Sebastián.

Pero no se crea que aquellos desalmados se dieron por vencidos.

El señor Ramón Gálvez se presentó ante el Juez primero del Distrito, que lo era el señor don Felipe S. Orjuela, reclamando en su calidad de apoderado de Salomé Torres, *esposa legítima* de don Sebastián Herrera, los bienes que quedaron por *óbito* de su esposo, del cual aseguraba tendría *hijo póstumo!* y presentó una lista de *diez y ocho testigos* para que declararan si era cierto y les constaba, *por haberlo presenciado*, el matrimonio aludido. Cinco de ellos rindieron declaraciones contestes, y ya parecía todo perdido ó mejor dicho, ganado, por lo menos para el *póstumo*, cuando notó el Juez que un viejecito llegaba á la puerta del despacho, se ponía en atisba y desaparecía tan luégo como álguien entraba á la pieza. Al fin llegó el día en que encontró sólo al Juez, y entrando precipitadamente, le dijo: "Señor, me llamo Francisco Rocha y me

tienen amedrentado á fin de que declare que fuí testigo y padrino del matrimonio de don Sebastián Herrera con Salomé Torres, lo cual no es cierto."

Armado el señor Orjuela con esa antorcha en tan tenebroso asunto, logró que de los trece testigos que aún no habían declarado, el mayor número expusiera que se hallaban en el mismo caso del testigo Rocha. En cuanto al presbítero Bustamante, desapareció y á los testigos falsos se les siguió el correspondiente sumario, que dio por resultado el condigno castigo.

Reuniose un Jurado que no condenó á muerte á Gómez, sobre el cual pesaban todas las probabilidades de ser el promotor y autor principal de ese doble crimen, encastillándose en la falta de *plena prueba*, seguramente porque al delincuente se le pasó por alto llevar Notario para que lo acompañase y diese fe de lo ocurrido, y se limitó á sentenciarlo á la pena de veinte años de presidio que no alcanzó á sufrir, porque el indulto general por delitos comunes promulgado en el año de 1863, lo puso en libertad. A Salomé Torres se la condenó á diez años de reclusión en Guaduas, donde murió.

III

ASALTO AL CONVENTO DE SAN AGUSTIN POR LA COMPAÑIA DE RUSSI

A las once de la mañana del día 9 de Septiembre de 1850, entraba un novicio del convento de San Agustín á la botillería que, al frente de la puerta falsa de la Catedral, tenía la señora Juana Rojas, madre del joven Ezequiel Gómez, alias *El Curí*, que después fue religioso del mismo convento. Allí encontró á Francisco Zapata y Porras, que fue también novicio agustino desenfrailado y á Joaquín Cuervo, quienes tomaban dulce de almíbar y *pan de yuca*.

Después de los saludos de costumbre, éstos ofrecieron en venta al primero, un reloj de plata, manifestándole qne sólo tenían en mira hacer cualquier negocio ó cambio de esa finca por otra. En vista de la negativa de nuestro novicio, fundada en su pobreza absoluta, convinieron en que irían al convento *á ver qué le sacaban*. En efecto, en la tarde del mismo día se presentaron en la celda del novicio, discutieron el trato del reloj y

aún se lo ofrecieron en cambio de un galápago *húngaro* de los del tiempo de la *Patria boba*, que poseía el religioso. De repente le preguntó Zapata, que en *dónde estaban guardados los doce mil pesos llevados en unos baúles al convento por el Padre Silva*, antiguo hospitalario: el novicio le contestó que ignoraba la existencia de tal plata; que el padre Silva permanecía en el convento, únicamente durante el día, en una celda que le había proporcionado el Reverendo Padre José M. Salabarrieta, hermano de la Pola, y en ese entonces Prior de los Agustinos.

Terminado el aparente asunto que llevó á esos hombres al convento, se despidieron, pero en los días siguientes, aprovechando las circunstancias de sus viejas relaciones con los Padres, las cuales favorecían el negocio que tenían entre manos, volvieron en diversas ocasiones con el pretexto de visitar á sus conocidos, sin despertar sospechas respecto de sus verdaderos propósitos.

Ignacio Rodríguez, el famoso jefe de cuadrilla, que era el instigador de esas *idas* y *venidas*, seguía el ejemplo de los grandes capitanes: enviaba á sus tenientes á reconocer é inspeccionar el campo sobre el cual pensaba maniobrar.

El costado Occidental del edificio constaba de tres cuerpos: la planta baja, convertida en inmundas tiendas de habitación; el entresuelo, que formaba un gran salón destinado á los actos literarios que, sobre filosofía, tenían lugar en determinadas épocas, y el último piso ocupado por religiosos, en sus respectivas celdas.

El convento era una masa informe y ruinosa, en donde vivía una décima parte de los habitantes que podía alojar, por cuya razón se encontraba

en lastimoso estado las diversas secciones que no tenían ocupantes, ofreciendo así facilidades para ocultarse á los que quisieran hacerlo. Esta circunstancia, unida á la costumbre reglamentaria de que todas las noches á las ocho y media entregaba el portero al Prior, las llaves de la puerta del convento, las sabían nuestros exploradores; además, ningún religioso cerraba con llave la puerta de su celda sino con un picaporte que permitiera entrar, en cualquier momento dado sin previo aviso, lo cual no era un secreto para nadie.

Así las cosas, llegó el día designado para dar la función, que á beneficio propio, tenían bien preparada aquellos *actores*. Empezaron por introducirse en el convento desde temprano, en parejas de á dos, á fin de no llamar la atención, provistos de llave falsa para entrar y encerrarse en el entresuelo que yá conocemos. Así entraron treinta hombres, siendo de los últimos, su Jefe Rodríguez.

Entre diez ú once de la noche, salieron del escondite y colocaron centinelas donde les pareció conveniente, dirigiéndose seis á la celda del Prior, que era la pieza contigua á la iglesia en la parte que da sobre el atrio, en el piso alto y estaba dividida en tres compartimientos en el orden siguiente: sala, cocina y alcoba.

El Prior se había pasado á dormir en esos días la mitad de la sala, sobre una mesa que se prolongaba por medio de dos batientes, la cual existe ı en la sacristía de la iglesia, con el objeto de ɹtraerse al pulguero levantado en la alcoba, á ısecuencia de anterior ausencia temporal del ɹre. hecho que ignoraban los ladrones.

Una vez abierta la puerta, entraron y frotaron fósforos de silencio para encender las linternas sordas de las cuales iban provistos: el primer objeto inesperado que vieron, fue al buen Padre Salabarrieta que dormía á *pierna suelta y sin pulgas*, como lo deseaba.

La impresión de los visitantes nocturnos, fue la de que se las habían con algún muerto puesto allí; pero como esos *caballeros* no tenían cuentas con Dios ni con el diablo, pronto se repusieron de la sorpresa, reconociendo con júbilo que tenían entre sus manos, indefensa, la codiciada presa. Inmediatamente se colocaron tres hombres á cada lado de la mesa en la cual yacía el religioso; lo sujetaron por la cabeza, los pies y las manos y le pusieron un pañuelo en la boca, á fin de que no gritara al despertar.

Facil es imaginarse el terror que se apoderaría de ese anciano al abrir los ojos y verse en medio de personajes barbudos, con anteojos de *cuatro ojos* ó con las caras tapadas con pañuelos. Por pronta providencia le pusieron un puñal al pecho intimándole silencio; pero temieron que se les muriera del susto y lo tranquilizaron diciéndole que nada le harían si *se portaba bien*. Rodríguez le exigió primero la llave de la puerta del convento, y una vez que la hubo, le pidió con imperio la llave del armario. Aquí trepidó el Pri visto lo cual por sus huéspedes, le *acentuaron* argumento que en tales casos es decisivo—apoy ron con más presión el puñal—y en el acto, ex lando sentido suspiro, indicó el Padre el sitio do reposaba el instrumento que debía ser el inter

dio por el cual iba á trasmitirse su propiedad, sin que le quedara derecho para llamarse á engaño.

Abierta el *arca*, se apoderaron de cuatro mil pesos que en monedas de oro y plata guardaba allí el Padre; más las prendas que algunos cuitados le dejaban en seguridad del dinero que les daba á préstamo con interés; más el *pectoral* de San Agustín, alhaja del gran valor compuesta de brillantes y esmeraldas; más otras cosillas de oro y plata, que aquellos buzos de tierra pescaron en el vientre de aquel *cofre* inagotable.

Terminada la *requisa* del armario, volvió Rodríguez á preguntar al prisionero, dónde estaban los doce mil pesos que el Padre Silva le había dado á guardar dentro de unos baúles. El Prior le contestó que no era cierto lo que le habían dicho y que el Padre Silva era muy pobre. El interlocutor volvió á emplear el argumento *contundente* de la presión del puñal, pero sin buen éxito, porque el padre Salabarrieta decía la verdad, como debieron comprenderlo sus expoliadores, puesto que desistieron de cobrar esa cantidad, á pesar de que yá la tenían *apuntada en sus libros.*

En seguida le preguntaron en términos muy comedidos, dónde encontrarían vino para festejar *el triunfo obtenido en toda la línea*, á lo cual les respondió el infeliz sacerdote: "debajo de la cama, en la alcoba *de las pulgas*, encontrarán lo que desean." En efecto, allí hallaron una damajuana con buen vino seco que escanciaron en los vasos y tazas del servicio del Prior, dándole á gustar por uno extraña el *trago del estribo*, como ellos decían.

En medio de la orgía que armaron con sin

igual audacia, uno de los cacos llamó á otro por su verdadero nombre, y este incidente pudo ser fatal para el inerme cautivo. Oída por Rodríguez la voz comprometedora, se dirigió hacia la mesa en la cual retenían al Padre y dijo con voz de mando: "hay que matar al fraile porque estamos descubiertos y muerto no habla!" Felizmente para todos los actores en ese drama, Cuervo, que era de la comparsa y apenas principiante en el oficio, manifestó á su Capitán, que en ningún caso permitiría la consumación del asesinato propuesto, y ofreció *cohechar* al Prior con la esperanza del que no lo matarían, si consentía en decirles cuál era el paradero de los suspirados doce mil pesos. Se aproximó al oído de la víctima y le hizo presente que sólo á él debía la vida, pero que en agradecimiento al importante servicio que le hacía, tenía que revelar el sitio en el cual tenía ocultos los apetecidos doce mil pesos.

Creyendo el Prior que había llegado su última hora, les aseguró con juramento, que nada más tenía; y les suplicó por todos los santos del cielo que no lo sacaran de este mundo sin los preparativos necesarios para tan terrible trance. Compadecidos al fin de las angustias del Padre, resolvieron dar por terminada tan prolongada cuanto importuna visita, después de echar una última mirada á los sitios de las piezas en los cuales pudiera hallarse alguna otra cosa para llevar, á fin de cumplir concienzudamente con los deberes de la profesión: eso sí, antes de salir exigieron al Padre Salabarrieta, bajo pena de la vida, que no se moviera de donde lo dejaban, ni hiciera cosa alguna hasta que oyera silbar del puente cercano. El

queado prometió cuanto quisieran á condición de que no lo asesinaran.

Los ladrones desocuparon la celda, sin caer en la cuenta de que habían sido *defraudados* en un saco de manta qne contenía quinientos pesos pertenecientes á una persona piadosa que pocos días antes los había entregado al Padre para que se los guardara, el cual saco permaneció tirado en un rincón de la alcoba y se salvó del saqueo, probablemente porque ignoraban que *debajo de mala capa se oculta buen bebedor.*

Los ladrones salieron del convento dejando ajustada la puerta y después cumplieron *religiosamente* la oferta de silbar desde el puente de San Agustín, para que el Prior se levantara del verdadero lecho de *Locusta*, en el cual lo habían obligado á permanecer más tiempo del que quisiera, y se dirigieron por diferentes calles hacia la entonces Huerta de Jaime. Allí había una *casita misteriosa* en la cual *unas mujercitas* esperaban á nuestros expedicionarios para festejarlos, entre otras cosas, con espumoso chocolate y apetitosos *pericos* fritos en una *sartén.*

Después de la cenita, Rodríguez *dió gracias* remedando en tono gangoso un *te autem Domine miserere nobis;* tomó la *sartén por el mango,* se sirvió de ella como si fuera cuchara de recoger dinero; dio una *sartenada* de monedas á cada *socio,* acompañando la acción con expresiones burlescas alusivas al gran suceso obtenido en esa noche, diciéndoles con festiva elocuencia—*el abate de lo que canta yanta*—los despidió galantemente y les recomendó mucha cautela.

Nuestro Padre Salabarrieta, creyó prudente permanecer en la misma posición en la cual lo dejaron los bandidos, hasta que á la aurora dio señales de vida; tal era el terror que lo dominaba. Al fin se atrevió á levantarse y encaminarse á la celda del religioso que estuviera más cercano, que era el Padre Vasquez: lo llamó y con voz indecisa entre el dolor y la indignación, le dijo al llamarlo en su cama—*¡Nos han robado!*—Oídas estas palabras por el venerable Padre al cual se dirigían, saltó del lecho como movido por oculto resorte y se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones—en todos los tonos—¡ladrones! ¡ladrones! ¡nos asesinan! ¡socorro!

Esparcida en el convento la voz de alarma, empezaron á salir de las respectivas celdas todos sus moradores, linterna en mano, atropellándose unos á otros, armados con lo que podían: buscaron y rebuscaron en todos los vericuetos, cajones y demás sitios y rincones capaces de ocultar cualquier objeto, á fin de que se cumpliera aquello de que, *después del conejo ido, palos en el nido.*

Ya de día, se animaron los asendereados Padres á salir del convento, dirigiéndose en derechura á la casa de habitación del Jefe Político, doctor José María Maldonado Castro, sita en la antigua calle de la Carrera, la misma que hoy está en reconstrucción. Allí, haciendo pucheros y poseídos de santa indignación, le expusieron los hechos en los cuales había figurado como protagonista el Muy Reverendo Padre, Lector, Jubilado, Fray José María Salabarrieta. Apenas refirió su Paternidad la exigencia de los *doce mil pesos dentro de los baúles*

del Padre Silva, cuando nuestro conocido novicio exclamó :

—¡ Yá tengo cogidos los ladrones !

—¿ Dónde están ? le preguntó el Jefe Político.

—Francisco Zapata y Porras y Joaquín Cuervo, contestó el novicio, me preguntaron una vez por esos maldecidos *doce mil pesos !*

Descubierta la pista, no es difícil coger la liebre. A las nueve de la mañana sorprendió la autoridad á los primitivos exploradores, durmiendo á pierna suelta y *sin pulgas,* los cuales confesaron sus hazañas, pero no denunciaron á todos sus compañeros. Aun no había llegado la hora de que esos industriosos *caballeros* arreglasen las cuentas que tenían pendientes con la justicia.

Para satisfacer la justa curiosidad de los que desean saber quién era el novicio de que se ha hecho mención, diremos : que aun vive, que reside en esta ciudad y se ocupa con decidido interés en sostener el culto de San Agustín y en *apuntalar* la Iglesia para evitar su ruina. Este es el conocido y popular Muy Reverendo Padre Fray Plácido Bonilla, á quien Dios guarde muchos años !

IV

SAQUEO Á LA SEÑORA DOÑA MARÍA JOSEFA FUENMAYOR DE LICHT.

A cien metros de la Plaza de Bolívar, frente al Capitolio y á la iglesia de Santa Clara, vivía la señora doña María Josefa Fuenmayor de Licht, anciana descendiente de ilustres abolengos, viuda venerable, retraída, sin más trato con el mundo que el estrictamente indispensable para procurarse los víveres; entregada al misticismo inconsciente, como les sucede á las personas que escogen ese género de vida por no tener oficio en sus casas ni *cacumen* para comprender los goces que produce al espíritu el empleo del tiempo en verdaderas obras de caridad; poseedora de fortuna considerable representada en fincas urbanas y rurales, de las que no se acordaba sino cuando llegaba el día primero de cada mes para cobrar los arrendamientos, los cuales caían al *pozo de Donato* de sus cofres en donde quedaban condenados á encierro perpétuo.

Las únicas personas que hacían compañía á la señora Fuenmayor en su *Tebaida*, eran, una vi

que desempeñaba las funciones de cocinera, concejera y camarera, y una *china rabona*, de diez á doce años de edad, indígena oriunda de Suba, *pure sang* y estúpida en grado heróico y eminente, vestida con camisa escotada de lienzo con ribetes de saraza rosada; enaguas de la misma tela, hechas con los restos de los vetustos *camisones* que materialmente no podían continuar prestando sus servicios á su primitivo dueño; descalza de *pie y pierna*, llevando al cuello el rosario de cuentas de coco manufacturado en Chiquinquirá, con la cerdoza cabellera recogida en gruesa trenza que le caía sobre las espaldas, asegurada en el extremo con un *atadero*. Cuando esta *doncella* salía á la calle en el ejercicio de sus funciones domésticas, se echaba sobre la cabeza una mantilla vergonzante de *frisa* negra—bayeta del país.

Nadie conocía en Santafé el interior de aquella casa, exceptuando el confesor de la señora, que de vez en cuando solía visitarla; pero á juzgar el interior de ella, por el exterior, no había duda de que allí debían tener segura y tranquila guarida, los *runchos*, lechuzas, ratas y demás congéneres, amén de las telarañas que habían tomado de tiempo atrás, posesión pacífica de todos los rincones de aquella que parecía casa de duendes: en cuanto al blanquimento de las paredes y barniz de los balcones y puertas, no había tradición de que se les hubiera retocado desde que se hizo aquella morada por allá á principios de 1600. Respecto á los usos y costumbres de sus habitantes, se barruntaba que por las noches debían extinguir el fuego del fogón y que probablemente carecían de elementos para prorárselo, puesto que todos los días después de la

cinco de la mañana, salía la *china* en solicitud de brasas encendidas que pedía en la primer vivienda que abrieran, para volver á preparar el desayuno de su señora, antes de que fuera á oír misa y de que volviera la cocinera con los víveres del día. Por lo demás, parecía más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja, que el que alguien pudiera penetrar en aquella casa misteriosa.

Para la mejor comprensión de nuestro relato, haremos notar que por el frente del Convento de Santa Clara, la casa que nos ocupa terminaba en una huerta, murada por el lado de la calle, con tapias de regular altura y separada del edificio, por otra pared con puerta para comunicarse con el interior.

En una madrugada oscura de los últimos meses del año de 1850, sintieron *espanto* los moradores de la casa á la cual nos referimos; sin embargo, la cocinera cuya opinión tenía gran peso, aseguró que el ruido sentido provenía de algún susto que los *runchos* meterían á las gallinas.

A las 5½ de la mañana se levantó la *china* para ir á la huerta, como tenía de costumbre, pero apenas hubo corrido el cerrojo que daba seguridad á la puerta de comunicación, cuando le cayeron encima unos cuantos hombres, vestidos con ruanas de bayetón y cubiertas las caras con pañuelos de seda agujereados al frente de los ojos para tener libre la vista. Asegurada la *china*, subieron á la alcoba en donde encontraron á la señora, en actitud de levantarse de la cama, y á la cocinera que la acompañaba: después de saludarla muy atenta y respetuosamente deseándole los buenos días, le suplicaron que tuviera la amabilidad de terminar su *toilette*;

sin afanarse ni inquietarse por ellos, asegurándole que no tenían prisa y que ya les sobraría tiempo para tratar del asunto que los obligaba á hacerle esa visita en horas tan intempestivas.

Sin pérdida de tiempo, abrieron la puerta de la calle, dejando cerrado el trasportón detrás del cual se situó uno de los visitantes, con la *china*, á fin de que ésta contestara en el caso probable de que alguien fuera á buscar á la señora. Precaución sapientísima, porque á las once de la mañana golpeó un inquilino con el objeto de pagar el arrendamiento de una finca: la indiecita le respondió desde adentro que *su señá Pepita* había salido y que no sabía cuando volvería. En cuanto á la cocinera, la relegaron á la cocina rebajándola al oficio de *marmitona*, puesto que aquellas gentes iban provistas de famoso cocinero en previsión de las pocas aptitudes que debía tener la de la casa.

La señora Fuenmayor, más muerta que viva, continuó el arreglo de su persona como es de suponerse, poniéndose las medias al revés, cambiando los zapatos y metiendo en ojales distintos los botones del jubón; se medio alisó el peinado, se echó encima un pañolón y salió á la sala que era la pieza contigua á la alcoba. Saludó á sus huéspedes, tosió para disimular el paso de la saliva que la ahogaba y les preguntó en qué podría servirlos. Uno de ellos, con voz melosa le hizo profunda reverencia y le manifestó el positivo placer que sentían él y sus compañeros, al gozar de su amable presencia; pero que antes de declararle el objeto del paso que daban, le rogaba les hiciera la merced de tomar su desayuno á fin de que no fuera á atrapar algún mal [illegible] y, uniendo los hechos á las palabras, le pre-

sentó en un charolito el posillo de *cacao de harina* con una rebanadita de queso y exigua tajada de pan, pues parece que la repostería de la señora no estaba muy provista que digamos; hecho que notaron los visitantes y acerca del cual tomaron sus providencias, como veremos más adelante.

Doña María Josefa, atónita y creyéndose presa de alguna pesadilla, no sabía qué pensar de lo que le estaba pasando, aunque sí *empezaba á maliciar* que se las había con tunantes dispuestos á divertirse á su costa: luégo tuvo la idea de que podrían envenenarla y así lo dejó comprender; pero parece que nuestros hombres la tranquilizaron, puesto que despachó á soplo y sorbo el chocolate y el pan á fin de tener fuerzas para afrontar la borrasca, que ya preveía como inminente.

Terminado el desayunó, uno de ellos, rogó á la señora que los acompañara al oratorio con el objeto de *ofrecer el día* y dar gracias á la Divina Providencia por los beneficios recibidos, especialmente en la noche anterior, lo mismo que por los que tenían seguridad de recoger durante ese día memorable para ellos. Era de oír el fervor y devoción con el cual rezaba aquel marrullero y tengo para mí, que hasta doña María Josefa, tuvo tendencias á que le estallara la risa que le retosaba, si se lo hubiera permitido la situación que ya empezaba á preocuparla.

Después de dar cumplimiento á esos actos religiosos, la volvieron á conducir á la sala, dándole el brazo, y quedó con ella únicamente el que parecía director de esos *señores*. En aquel excepcion *tête á tête* y mientras los demás se desperdigaron por toda la casa como hacen las *hormigas* de *rond*

sin dejar resquicio en el cual no se introduzcan, el galán manifestó á la señora, la cuita que ella, y sólo ella, tan generosa, tan cristiana y tan amable podía remediar para mayor honra de Dios y provecho del prójimo, proporcionándole en empréstito voluntario, la insignificante suma de *veinte mil pesos!* ofreciendo devolvérsela *concienzudamente*, tan pronto como mejoraran las condiciones pecuniarias, que lo tenían en el terrible trance en el cual lo veía.

Semejante peroración, acompañada de las especialísimas circunstancias que ya sabemos, produjo á la interpelada una elevación de sangre que estuvo á pique de resolvérsele en congestión cerebral. Sin embargo, pasado el primer ímpetu, y dándose otro atracón de saliva, después de la consabida *tosecilla*, doña María Josefa manifestó á tan amable huésped, la *pena que sentía*, motivada por la impotencia material que la incapacitaba para hacerle el *insignificante* servicio, que con tanta *donosura* le exigía, y le ofreció, al mismo tiempo pedirle á sus santos de devoción, que le hicieran ese milagro que no dudaba, alcanzaría en atención á su noble proceder; haciendo una pintura tan patética de su angustiada situación monetaria, qne cualquiera otro que no fuera el bellaco que tenía delante, habría llorado á *moco tendido*.

Entre tanto y para aprovechar las primeras horas de la mañana, enviaron al cocinero, que era un negro, á que se proveyera de los elementos indispensables, al efecto de que los regalara con opíparos manjares, durante el tiempo que permanecieran como Ulises, en esa nueva isla de Calypso, ecuestrados del mundo profano. A las diez avisó

el negro, que el almuerzo estaba servido, y era de ver la precipitación de todos á fin de disputarse el honor de conducir á doña María Josefa á la mesa. La sirvieron con tal acuciosidad y cortesanía, como sólo se ve en el primer almuerzo de dos recién casados. Por decontado que antes y después, rezaron con estudiada gravedad las oraciones que en tales casos recitan las personas piadosas.

Después del almuerzo la invitaron á tomar un rato de sol en la huerta y le ofrecieron con galantería una que otra flor que espontáneamente lucía en esa tierra inculta. Terminado el paseo, volvieron á la sala, en donde para matar el tiempo, le leyeron la vida del santo del día, en el "Año Cristiano" que encontraron en la alcoba de la señora.

El *primer galán* que no la abandonaba un momento, la entretuvo contándole historias y haciéndola reír con sus agudísimos chistes y crónicas escandalosas de la ciudad; y como en esos momentos dieran en la Catedral la campanada de las doce, se interrumpió poniéndose de pie para rezar el *Angelus Domini*, en cuya salutación lo acompañó la señora.

A las cuatro de la tarde la sirvieron espléndida comida, después de la cual dieron otro paseo por la huerta, de donde la subieron á los altos de la casa en *silla de brazos*, para que no se fatigara en la escalera que era algo pendiente.

Entrada la noche, encendieron los cirios del altar en el oratorio, donde rezaron el *rosario* más circunstanciado que haya llegado á nuestro conocimiento; en el acto de contrición parecía que se iban á romper las costillas con los furibundos golpes de pecho que se daban; el ofrecimiento era

una pieza de elocuencia ciceroniana; los misterios debían ser compuestos, cuando menos, por Luis de Granada; las letanías y antífonas pronunciadas en correctísimo latín; pero lo más patético del cuento fue sin duda, la oración por los agonizantes y la en que pedían todos los beneficios terrestres y celestes para la insigne benefactora doña María Josefa Fuenmayor de Licht!

A las nueve de la noche la festejaron con una colación elegantemente preparada; rezaron las oraciones de costumbre que se usan en en esos casos y obligaron á la señora á que se recogiera en su cama, permitiendo á la cocinera que entrara á la alcoba para que ayudara á desvestir á su ama. Apenas se le acercó la sirvienta y se vió sola con ella por breves instantes, le dijo dando un suspiro salido de lo íntimo de su corazón: "¡Ay María, en qué pararán estas misas!" La fiel sirvienta, aterrada y confusa por demás, sólo tuvo tiempo de contestarle con otro suspiro de igual categoría: "¡Ay mi señora de mi alma! siempre he oído decir que detrás de la cruz está el diablo!"

Hacia la madrugada del día siguiente encerraron á la señora con las dos sirvientas, en la alcoba que tenía ventana para la calle y salieron de la casa por la puerta. Parece que los visitantes tuvieron intención de continuar la visita, puesto que volvieron á entrar hasta la sala contigua á la alcoba; afortunadamente la señora tuvo la precaución de echar la aldaba que cerraba la puerta de esa pieza y al sentirlos de nuevo en la sala, sala salió al balcón gritando socorro! Los huéspedes no se lo dejaron decir dos veces y huyeron.

La noticia del *asalto* á la señora Fuenmayor

circuló en el acto en Santafé, lo que dio lugar á que la autoridad y los amigos fueran á verla ; pero ella se obstinó en afirmar que nada le habían quitado, porque no tenía dinero ni cosa parecida, y aseguraba con la mayor sencillez, que la habían tratado con la urbanidad y atenciones más exquisitas ; y que á no ser por *cierto temor* que le infundieron sus desconocidos huéspedes, desearía volver á estar en medio de tan amables cuanto buenos cristianos y caballerosos, aunque fuera para que le enseñaran los *misterios* del rosario, los que decía eran primorosos.

La sociedad señalaba con el dedo á los autores de aquel crimen, el cual no pudo castigarse, por el constante cuanto incomprensible empeño de la parte ofendida, para que no se aclararan los hechos.

Se nos preguntará el medio del cual se valieron los ladrones para introducirse á la casa de la señora Fuenmayor ?

Del más espedito: llevaron escalera para apoyárla en las paredes de la huerta de la casa ; subieron los que debían entrar y otro se la llevó á fin de quitar el rastro. Eso y mucho más podía emprenderse en Santafé por la carencia absoluta de policía y alumbrado.

Algunos años después murió doña María Josefa, legando su fortuna para que se empleara en obras de piedad. *Requiescat in pace.*

———

V

ROBO Á DON JUAN ALCINA.

A principios del año de 1851, tenía el español don Juan Alcina establecido el comercio de mercería é introducción de especias y vinos procedentes de la madre patria, en un almacén situado en los bajos de la casa que en aquella época ocupaba el sitio de la elegante morada de tres pisos, en la primera calle de Florián: vendía al *menudeo* y al contado.

A los que conocieron el almacén que de igual clase tenía don Isaac Díaz hasta hace poco tiempo, no tenemos necesidad de describirles el de Alcina, puesto que puede decirse que era *hueso de sus huesos y carne de su carne*: el mismo desgreño, abandono y confusión de los heterogéneos objetos ofrecidos en venta; ausencia absoluta de libros de cuentas ó cosa parecida, diferenciándose el primero del último, en que aquél no fiaba nada y el último lo fiaba todo. No podía ser dudosa para nadie la suerte que se les esperaba, y si no que lo diga

cierta lámina que anda por ahí dando lecciones objetivas de los dos sistemas.

Alcina era un hombre adusto, retraído y miserable. Vivía en su almacén cuidando las onzas de oro que guardaba en los cajones desocupados en que venían empacadas las mercancías, pues el costo de una caja fuerte lo consideraba superior á sus recursos é inútil al mismo tiempo, porque él se decía que ¿ quién y cómo podrían robarle ?

En efecto, allí pasaba el día y la noche, provisto de lo estrictamente necesario para no morirse de hambre, y de buenas armas ; con cerraduras y trancas formidables, y además en esa calle había serenos y buenas vecindades. Durante el día entraban detrás del mostrador, algunos amigos íntimos y respetables bajo todos aspectos ; y después de las seis de la tarde, cuando el tiempo estaba sereno, solía ir á pasearse al atrio de la Catedral, después de torcer con dos vueltas las llaves de los dos grandes candados que guarecían la puerta forrada en planchas de hoja de lata por el exterior y con zunchos de hierro al interior: esto era el *non plus ultra* de las seguridades de esos tiempos.

Hacía días que un mocetón, herrero, iba con frecuencia á comprar al *patrón* Alcina diversos artículos de ferretería, *sin pedir rebaja*, como no se acostumbraba en esos tiempos ni ahora en Bogotá : esa circunstancia encantaba al español que creía estar tratando con algún majadero á quien podría meterle *gato por liebre* cada vez que se le presentara la ocasión. Además, aquel *marchante* no solamente pagaba al contado en muy buena moneda, sino lo que era mejor para el vendedor, le dejaba dinero á buena cuenta de las mercancía

que pensaba comprarle, lo cual consideraba Alcina como un prodigio cuyo secreto guardaba en lo íntimo de su alma á fin de que otro no se aprovechara de esa cucaña.

Pero la buena suerte de don Juan iba en aumento sorprendente: vendía fierro en bruto *á su protegido*, á razón de quince centavos la libra pesada en balanza de *vender*, para comprársela convertido en clavos de *ala de mosco*, á quince centavos en la balanza de *comprar*; y esto hacía que nuestro patrón recibiera en su almacén al herrerito, con singulares muestras de cariño, llegando hasta la prodigalidad de ofrecerle, de vez en cuando, una copa de vino *Málaga* ó *Pedro Jiménez*.

Después del robo hecho en el Convento de San Agustín, nuestro herrero refirió al *chapetón* varios de los incidentes de aquel crimen, recomendándole mucho cuidado porque esos *pícaros* eran vivísimos.

Caa.....: ! le contestó Alcina: ya les sudarán los dientes antes de que puedan hacerme la barba. No obstante, para tranquilizar al *honrado* artesano que tanto se interesaba en el aumento de su caudal y bienestar de su persona, le puso de manifiesto las magníficas y poderosas cerraduras de su almacén, fabricadas con hierro *dulce* de Vizcaya por el mejor cerrajero de Barcelona y con las correspondientes llaves, parecidas á las que ponen á San Pedro como símbolo de seguridad para los felices moradores del cielo.

—Todo será, replicó el herrero, pero también he oído decir que "cuando veas rapada la barba de tu vecino, pon la tuya en remojo."

En una tarde de los primeros días del año de 851 estaba Alcina en su almacén, en tertulia co-

rrida con los amigos que de ordinario lo visitaban después que había pasado la hora de las ventas: don Juan desplegaba una locuacidad saturada de buen humor, lo cual era prueba evidente de espléndida jornada mercantil. Momentos antes de las seis manifestó á sus contertulios, que tenía la pena de echarlos para cumplir el antojo de ir á comer en la *fonda* de Frangois, antigua Rosa Blanca, y tomar el delicioso café que allí se servía: cerró bien la puerta y se encaminó al lugar apetecido.

Después de satisfacer el capricho extraordinario de regalarse con una comida que le costaba *cuatro reales*, incluyendo media botella de cerveza; encendió un cigarro *Montero* y se fue á pasear al atrio de la Catedral, á fin de calentarse los pies y facilitar la digestión: no haría diez minutos que se estaba paseando, cuando el reloj de la torre dio las siete, y sin poder explicarse la causa, sintió calofrío al recordar la *barba rapada* de que le había hablado el herrero, y se encaminó hácia su tienda.

No bien hubo llegado á la distancia precisa para introducir la llave en la cerradura de la puerta, alargó la mano en dirección al agujero; pero la puerta se le abrió antes de que hubiera hecho maniobrar las guardas de la cerradura. Haciendo un esfuerzo sobrehumano á fin de dominar la apoplegía fulminante que se le venia encima, motivada por ese para él espantoso descubrimiento, se lanzó como un insensato hacia el interior de la tienda, tanteando el vientre de los cajones que guardaban sus tesoros. No fue muy larga la expectativa: en uno de ellos faltaban dos mochilas que contenían cada una quinientas onzas, es decir, MIL ONZAS DE

ORO, con la efigie del Rey Carlos III ó sean, veinte mil duros!

No cayó muerto Alcina porque aún no era llegada su última hora: pasado el primer estupor se le desencadenó la lengua, profiriendo las más espantosas blasfemias é invocando á todos los bienaventurados y vecinos para que le ayudaran á buscar su perdido tesoro.

Ese hombre se amilanó de tal manera con aquel percance, que se llegó á temer muriera de la pesadumbre, bien que el desfalco causado en los cajones representaría á lo sumo la quinta parte de ese verdadero santuario: poco tiempo después regresó á España maldiciendo de las Américas que presentaban facilidades para hacerse rico ó arruinarse.

Momentos antes de llegar Alcina á su almacén, bajaba un hombre de Oriente á Occidente por la calle de San Juan de Dios, vestido con ruana de ba yetón y sombrero de jipijapa alón. Debía llevar algo pesado que le impedía andar con desembarazo: el señor don Nazario Lorenzana salía accidentalmente de una casa, sin fijarse que en el mismo instante ponía un hombre un bulto sobre el pirlán de la puerta. El desconocido se precipitó sobre el señor Lorenzana, y apoyándole sobre el pecho la punta de un puñal,—¡Silencio, le dijo, ó muere!—Asombrado aquel caballero con semejante interpelación, apresuró el paso hacia su casa de habitación, comprendiendo que se trataba de algún nuevo crimen de los que en esa época estaban al orden del día: en cuanto al hombre de la ruana, continuó lentamente su camino hasta llegar á la Huerta de Jaime ntró en la *casita misteriosa* que ya conocemos.

De las investigaciones sumarias aparecían gravísimos indicios de que nuestro antiguo conocido Ignacio Rodríguez y Camilo Rodríguez Sierra, fueron los que entraron á la tienda de Alcina, tomaron el dinero y lo llevaron á la *Gerencia de la Compañía;* pero Ignacio pudo probar la *coartada* con las declaraciones contestes de un *General* y de un *Coronel* de la República, los cuales juraron por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz, que durante el día y la noche en la cual tuvo lugar el robo al español, ellos y Rodríguez estaban en el pueblo de Soacha.

Diez años después, uno de los compañeros de Rodríguez, Eulogio González, que volvió á caer al Panóptico de esta ciudad como ladrón reincidente, reveló al doctor José Segundo Peña, el nombre de los jefes que por veinte onzas de oro, vendieron el honor que no tenían.

En el crimen que nos ocupa se empleó el sistema de audacia sin igual. Manuel Ferro, ladrón de oficio y cerrajero habilísimo, se ganó el cariño de Alcina, cultivando en él el deseo del lucro y la pasión de la avaricia que lo dominaba. Hizo las llaves falsas ayudado inconscientemente por la víctima, y en una bellísima tarde, á la hora crepuscular, aprovecharon la salida del que iban á saquear: con la media luz de las seis y media de la tarde, se aproximaron los bandidos á la tienda de Alcina. Con gran desenfado, abrieron la puerta, se quedaron varios al frente para que no se apercibieran los paseantes de lo que pasaba en esa localidad; entraron los Rodríguez y con plena seguridad de lo que hacían, saltaron el mostrador y

mó cada uno una mochila de las que yacían en los cajones de debajo.

La inauguración de la ley de jurados tuvo lugar con el juicio que se siguió á algunos de los complicados en el robo de Alcina, pues ya hemos dicho que Rodríguez logró zafarse de las manos de la justicia, y además no cayeron todos : se les condenó á presidio ; pero como la *hidra* tenía cien cabezas, la situación de inseguridad no mejoró en nada.

Manuel Ferro, que no cayó en el juicio aludido, estaba reservado por la Providencia para ser el instrumento de la Justicia Divina, que "consiente pero no para siempre!"

VI

ASALTO Y ROBO Á LA CASA DE DON ANDRÉS CAICEDO BASTIDA.

Don Andrés Caicedo Bastida, opulento señor territorial de su tiempo; tipo perfecto del hidalgo castellano; esclavo de su palabra, en términos que se estimaba en más una promesa suya que la más sólida escritura pública; unido en matrimonio con la estimabilísima matrona señora doña Evarista Quijano, también de noble estirpe, habitaban en su casa solariega, la misma que hoy ocupa el noviciado de las Hermanas de la Caridad en la esquina Sur del Palacio de San Carlos, á virtud de donación hecha por la sobrina de la señora de Caicedo á la cual el mundo conoció con el nombre de la señorita Elena Quijano, pero que en el Hospital de San Juan de Dios se llama la Hermana María del Carmen.

La Providencia en sus inescrutables designios, no concedió hijos á ese matrimonio modelo, sin duda para que tuvieran más mérito las constantes

obras de caridad y misericordia en las cuales empleaban su tiempo y dinero: tenían pues derecho á esperar de sus semejantes sentimientos de respeto y gratitud, y por lo mismo vivían tranquilos en su casa, muy ajenos de lo que les iba á suceder.

El 9 de Abril de 1851 después de las 5 de la mañana, llamaron á la puerta de la casa del señor Caicedo: el sirviente Hilario, preguntó dentro del zaguán ¿quién va? La policía, le contestaron desde afuera. Dió parte á su señor acerca de lo que ocurría y éste le ordenó que abriera é introdujera á los que golpeaban y les rogara que le permitieran un momento, mientras se levantaba y vestía.

Abierta la puerta, se avalanzaron sobre Hilario, entraron al zaguán volviendo á cerrar el portón y se distribuyeron por las habitaciones: al señor Caicedo y su esposa los sorprendieron en el lecho y al primero le arrojó el zapatero Escolástico Martínez, que era de la cuadrilla, una puñada de cal en los ojos é inmediatamente lo arrancaron de los brazos de la señora para conducirlo á otra pieza. A Hilario y tres sirvientas, los separaron y retuvieron en piezas distintas, obligando á la cocinera á que entregara al llamado Jacobo Chacón, lo necesario para que éste les preparara las respectivas comidas que pensaban consumir en esa casa.

Si el sistema empleado por los ladrones con la señora Fuenmayor, fue el de la más refinada burla é hipocrecía, en los atentados que nos ocupan pusieron en práctica las más odiosas crueldades é infamias imaginables.

Ofrecieron á sus indefensas víctimas, el almuerzo preparado por Chacón: felizmente recha-

zaron la invitación, librándose así de inevitable muerte á causa del veneno puesto en los alimentos.

No satisfechos con el dinero y halajas que encontraron en los muebles, dieron tormento al señor Caicedo, quien no podía ver á causa de la irritación producida en los ojos por la cal que le echaron, para que les dijera en donde tenía más valores, y ya estaban á punto de asesinarlo, cuando los bandidos oyeron la señal de alarma convenida entre ellos y sus cómplices de afuera: en el acto salieron de aquella morada, llevándose más de doce mil pesos en dinero y alhajas, y entre otras cosas, un *trabuco de bronce* con el nombre del señor de la casa saqueada.

El señor Caicedo tenía la invariable costumbre de ir todos los días después de oír misa, á la casa de su anciana madre: pasada la hora en la cual hacía esa visita sin tener ésta lugar, se inquietó la señora, y con aquella especie de intuición que no engaña al corazón de una madre, dijo á una de sus hijas que fueran á ver qué novedad grave había sucedido á su hijo, porque sólo alguna desgracia podría impedir tan piadosa costumbre: á esa solicitud maternal debió la vida don Andrés y probablemente los demás miembros de su hogar.

La persona enviada, llegó á la casa y golpe en la puerta de la calle; pero los de adentro le contestaron que el señor Caicedo y su señora se habían ido á pasear al campo: observó por entre el ojo de la cerradura y vió que las piezas de la casa estaban abiertas y á varios hombres paseándose por los c rredores.

A ese tiempo llegó don Fernando Caicedo, primo de don Andrés, sorprendido de no haberlo visto en ese día como tenía de costumbre; y no quedándole duda acerca de las fundadas sospechas que tenía de que en esa morada pasaba algo extraordinario, se dirigió hacia el Palacio Presidencial en solicitud de fuerza armada, y la otra persona fue á dar aviso á la madre del señor Caicedo, de lo ocurrido; pero no bien se hubieron retirado, cuando salieron los bandidos en partidas, hacia la iglesia del Carmen, cruzando por distintas direcciones. Uno de ellos entró á la botillería situada debajo de la casa que hoy pertenece á la familia Herrera, en la esquina que da frente á dicha iglesia, donde tomó *mistela* que no pagó porque dijo que no llevaba dinero, por lo cual suplicó á la ventera quele guardara en prenda, un *trabuco de bronce* que dejó sobre un poyo cubierto con la estera que allí había.

Momentos después llegó á la tienda el artesane marido de la botillera y le refirió la noticia del asalto y saqueo hecho en ese dia en la casa del señor Caicedo: la mujer á su turno le contó lo ocurrido con el de la mistela, mostrándole la prenda que había dejado. No les quedó duda de que se las habían con alguno de los actores del asalto é inmediatamente dieron parte á la policía: se abrigaba la esperanza de que el desconocido volviera por el trabuco ó enviara por él.

La autoridad procedió en esa vez con laudable actividad y acierto: situó convenientemente hombres armados, previa precaución de vestirlos con trajes de gentes del pueblo, á fin de no llamar la atención en esas entonces solitarias calles é hizo

que el artesano se ocultara en su tienda por lo que pudiera ocurrir, dándole instrucciones precisas acerca del modo de proceder.

A las cuatro de la tarde se presentó en la botillería un joven vestido de ruana y alpargatas, bien parecido; preguntó por la *patroncita* y al salir ésta á la puerta le dijo que iba de parte del *niño Ramón Mendoza* por un *chismecito* que le había dejado empeñado debajo de la estera del poyo. La mujer le contestó en el tono más natural del mundo, que era muy cierto lo que le decía, pero que como no tenía el gusto de conocerlo, no podía entregarle la *escopeta*: que le dijera al *niño Ramón*, que ojalá fuera por eso antes de la noche, porque su marido era muy celoso y le pegaría si llegaba á saber que había recibido la visita de un hombre. El mensajero se despidió para ir á dar el recado á su patrón.

Más de ocho horas mortales permanecieron los bandidos en la casa del señor Caicedo, entregados á brutales é infames excesos: una vez separadas las víctimas de aquellos miserables, no les quedó ni aun el recurso de quejarse, porque les amarraron pañuelos en la boca á fin de que no gritaran. A don Andrés lo tenian atado, á medio vestir, oyendo los sarcasmos y burlas con que los ladrones se divertían en atormentar á su digna esposa y á los domésticos, y lo que era peor, colocado en la terrible alternativa de temer por su vida y por la de todas las personas que formaban su hogar amenazado de irreparable catástrofe. En el mismo instante en el cual iban á consumar el sacrificio de tan digno caballero, sintieron sus verdugos la señal de alarma.

Las primeras personas que entraron después de que se fueron los ladrones, encontraron á los desgraciados moradores de esa casa en la más deplorable situación, pero al menos supieron que todos vivían: el señor Caicedo tuvo que hacer sin fruto, un viaje á Europa con el objeto de recuperar la salud perdida con motivo de la cal que le echaron en los ojos. La señora Quijano tenía gran aprecio por el anillo de brillantes que le regaló su esposo antes de su matrimonio y todas las noches, antes de acostarse, lo ponía sobre una cómoda, cubierto con una vitela en la cual estaba representada Nuestra Señora de los Dolores: no tocaron los ladrones aquella prenda.

Hasta entonces, la compañía de salteadores que de algún tiempo atrás tenía alarmada á Santafé, se había contentado con la bolsa de los saqueados; pero como el "delito engendra al delito," ya empezaban á exigir la bolsa, la vida y el honor.

La indignación quo se apoderó de los habitantes de la ciudad habría podido resolverse con la ley de Lynch, si en esa época se hubiera tenido noticia de ella; pero en ese día nefasto, contrajo el bandido Ignacio Rodríguez esponsales con la muerte, los cuales debía elevar pronto á la categoría de matrimonio sobre el cadalso, digno altar para semejante vándalo.

A las siete de la noche llegó nuestro hombre á la botillería: saludó con esquisita urbanidad y suplicó á la ventera que le sirviera dulce y bizcochos: los despachó tranquilamente y preguntó cuánto debía por lo que acababa de tomar y por *el trago de mistela* que le había fiado en esa tarde.

A *real* y *medio* ascendía la cuenta, para pagar la cual, sacó una rica bolsa de seda verde llena de dinero, la que extendió sobre el mostrador y, mientras sacaba las monedas, dijo que le alcanzaran su prenda: en el mismo instante salió de detrás de la estantería el artesano con el *trabuco* y aparecieron en la puerta cuatro policías armados con carabinas, todos apuntando á la cara del bandido. Este trató de atacarlos puñal en mano, pero comprendiendo la inutilidad de toda resistencia, se resignó á dejarse apresar.

Los policías dieron parte de que habían aprehendido al *niño* Ramón Mendoza con el trabuco del señor Caicedo: se equivocaban,—la presa tenía un valor inmenso. Ignacio Rodríguez, el terrible jefe de ladrones en cuadrilla, había caído en poder de la justicia, que en esa vez se hizo sentir á la altura de su sagrado ministerio.

VII

ASESINATO DE MANUEL FERRO.

La situación de Santafé durante la temporada de los crímenes cometidos por la compañía de ladrones, en los años de 1850 y 1851, debe llamarse sin exageración, del terror, y sólo se puede comparar á las épocas en las cuales se exhibieron en todo su elemento, Robespierre en Francia y Morillo entre nosotros.

Cada casa de la ciudad se convirtió en fortaleza y se adoptó la costumbre de los monjes del monasterio de San Sabas en la Palestina—las puertas de la calle no se abrían sino después de las siete de la mañana, previa precaución de asomarse antes á los balcones y ventanas á fin de cerciorarse de que no había peligro inmediato de ladrones; las habitaciones estaban provistas de campanas que se comunicaban con las casas vecinas, y durante la noche se oían por todas partes, las detonaciones de armas de fuego que disparaban para auyentar á los salteadores. El paso de un ratón, el traquido

de un mueble ó el accidente más insignificante, producía entonces el pánico y alarma consiguientes á la excitación nerviosa en la cual se vivía. El primer cuidado al levantarse, era darse mútuas felicitaciones por haber pasado la noche sin novedad, y enviar los criados á casa de los parientes, con el objeto de informarse de cómo habían amanecido, ni más ni menos que si se estuviera bajo el flajelo de mortal epidemia.

Felizmente para aquella angustiada sociedad, se relajó entre los socios de la terrible compañía, el único lazo de unión que deja vivir en paz á los que se dedican á tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Si en todo tiempo y lugar es necesaria é indispensable la ley de la equidad y honradez, entre los ladrones, es punto capital y el *sine qua non* de su existencia, la escrupulosa fidelidad en el reparto de los dividendos que corresponden á cada socio.

Hasta que se cometió el robo de los veinte mil pesos en la tienda de Alcina, todo marchó viento en popa entre aquellos bribones; pero al verse en posesión de aquella gran cantidad de dinero, los tentó el diablo quien inspiró á los jefes, el para ellos buen deseo de especular con sus socios activos, mermándoles el haber de lo que *legítimamente* les correspondía, como ganancia en las hasta entonces felices aventuras. ¡Extraña propiedad tiene el oro! Es metal que no se oxida y por antítesis es el más poderoso elemento de corrupción.

Á Manuel Ferro, el astuto herrerito que embaucó y adormeció al desconfiado español; el que hizo con admirable habilidad y precisión las llaves que corrieron como por encanto las inextricables

guardas de las cerraduras, dejando así abierta la puerta que encerraba aquel *dorado* del cual se apoderaron, se le consideró para los efectos del reparto, como á socio honorario, y únicamente le dieron diez onzas de oro, con el pretexto de que no se halló en el lugar de la acción. Ferro recibió lo que le dieron, sin duda siguiendo el aforismo que dice—del lobo un pelo—pero para sus adentros resolvió entablar juicio por lesión enorme ante su Capitán, amenazándolos con que los denunciaría á la justicia, si perdía la instancia.

En una tarde de los últimos días del mes de Abril de 1851 (el 24), platicaban cuatro hombres vestidos como la gente del pueblo, en la esquina Sur del entonces Molino del Cubo—hoy puente de Santander—al frente de una chichería situada debajo de la casa que pertenece al doctor Emilio Macías Escobar: el asunto del cual se ocupaban debía ser de grande importancia para esos sujetos, puesto que acentuaban sus palabras con ademanes ora enérgicos, ora afables. La ventera conocía á tres de ellos porque eran los molineros del molino inmediato, y constantemente se proveían en su tienda de los comestibles y demás artículos que daba á la venta.

Entrada la noche, llegó otro personaje vestido de bayetón, sombrero de fieltro y barita en la mano, y al aproximarse á los expresados disputadores, lo saludaron con señales de respeto y estimación, llamándolo *doctor*: éste tomó parte en el asunto del cual se ocupaban los que parecían sus inferiores y de vez en cuando se le oían las palabras—*arreglo*, *Manuelito*, *pacíficamente en mi casa*. Al fin pareció que había terminado toda diferencia

entre aquellos individuos, puesto que todos, menos el *doctor*, entraron á la chichería, tomaron del licor amarillo y pidieron un vaso de chicha para el *doctor*, al cual se lo sirvieron afuera sobre un plato de loza: terminadas las libaciones, se encaminaron hacia el Oriente, hasta la esquina de *Cara de perro* para de allí dirigirse hacia el Sur, después de que se les separó el último personaje, hasta llegar á la esquina de la antigua cajita del agua, cinco cuadras arriba de la plaza de Bolívar, hoy calle 10.ª

Allí en la esquina Noreste, había otra chichería cerca de la cual volvieron aquellos hombres á continuar la discusión del asunto que los preocupaba, entrando alguno de ellos repetidas veces á la tienda con el objeto de proveerse de licor y copas para distribuír á sus compañeros: la conferencia se animaba cada vez más y al fin volvieron á deshacer el camino hecho, hasta llegar al frente de la puerta de la casa que habitaba el doctor José Raimundo Russi, situada hacia la mitad de la cuadra, hoy carrera 2.ª, comprendida entre las calles 10.ª y 11.ª Allí tomó la discusión el carácter de animada disputa en la cual compelían, tres de ellos, al que llamaban Manuelito ó Ferro, para que entrara á la casa; pero á la resistencia obstinada que éste oponía, se sucedió un confuso é instantáneo tumulto del cual salió un grito de angustia pidiendo socorro, añadiendo: *me asesina el doctor Russi y los demás ladrones!*

De aquellos hombres, tres huyeron hacia el Norte; uno se entró á la casa y otro quedó tendido en el suelo inmediato á la puerta de la misma casa dando ayes prolongados y lastimeros.

Llegada á conocimiento de los jefes de la compañía la noticia de la amenaza de Ferro, se resolvió en junta general de accionistas, hacer terrible ejemplar en ese presunto traidor.

La situación empezaba á complicárseles y lo que era más grave aún, el General en jefe, el atrevido Capitán, el brazo y músculo de la compañía, había caído miserablemente por la ridícula codicia de recuperar un trabuco viejo: era de todo punto indispensable *moralizar* los diversos heterogéneos elementos puestos á su servicio, los cuales ya manifestaban tendencias á la disgregación, ó todo estaba perdido.

Primero resolvieron convidar á Ferro á tomar en Los Laches, *un piquete de papas chorreadas* á fin de envenenarlo poniendo arcénico en el queso; pero uno de los socios previno al herrero, el cual no aceptó la invitación: después acordaron proponerle un arreglo amistoso, para lo cual lo citaron á la esquina del Molino del Cubo, los molineros Nicolás Castillo, Vicente Alarcón y Gregorio Carranza. Ferro se prestó, aunque desconfiaba de sus cómplices, á concurrir á la conferencia propuesta, en la inteligencia de que sólo ellos irían á la cita. Ya hemos visto que, simulando un hecho casual, llegó el doctor Russi y tomó parte en la discusión, hasta que logró persuadir á Ferro á fin de que fueran á su casa á terminar amigablemente el asunto: éste accedió con intención de no pasar en ningún caso del dintel de la puerta, puesto que tenía la creencia de que si llegaba á entrar á esa casa no saldría vivo.

Antes de llegar á la chichería, situada en la esquina de la cajita del agua, pasaron por la casa

de Russi; pero no estaba en su plan hacer entrar á Ferro, hasta no ver si lograban llevarlo á un sitio más retirado, y sobre todo, después que lográran embriagarlo con el objeto de *suprimirlo* con más facilidad.

La presunta víctima, que podía decir—"entre qué gente estoy!"—como Cicerón, continuó el arreglo en la calle, al frente de la chichería, y cada vez que le ofrecían licor, lo tomaba en la boca para arrojarlo con disimulo por debajo de la ruana, porque conocía de cuánto eran capaces sus compañeros. Notando estos la desconfianza de Ferro; viendo que eran *las siete y media* de noche oscura y que el sitio que ellos creían solitario en absoluto, era propicio para la terminación del negocio que los preocupaba, resolvieron comprometerlo con ruegos y súplicas, á fin de que entrara á la casa del *doctor*, para evitar escándalo en la calle ó que pudieran oírlos. En consecuencia se dirigieron hacia la casa, parándose á cada paso que daban, pues á ello los obligaba el andar vacilante del herrero: al fin llegaron á la puerta y le instaron los demás á media voz, para que entrara; pero no pudiendo vencer la resistencia de aquél, lo apuñalearon sin piedad.

Creían hallarse solos en esas abandonadas y lóbregas calles, pero se engañaban: en la casa contigua vivía la señora Rafaela Escandón, la cual oyó todo.

Seguros los asesinos de que Ferro quedaba á *extremis*, se desparpajaron y se dirigieron, Castillo, Carranza y Alarcón, hacia el Molino del Cubo.

En cuanto al doctor Russi, entró á su casa y cambió el traje que llevaba por el de capa espa-

la con cuello de piel de perro y sombrero de felpa grises, y salió á la calle por la puerta *excusada*; llegó á la tienda de la señora Natividad Cheyne debajo de la casa que fué del doctor José Ignacio de Márquez, en la esquina occidental que da frente á la iglesia de la Candelaria, y pidió medio real de tabacos que no se esperó á recibir; siguió hasta la esquina de la Casa de Moneda, y de allí cruzó hacia el Norte, á fin de bajar por la calle de la Rosa Blanca.

Al pasar por el frente de la casa que ocupaba el señor Carlos Michelsen y que hoy es propiedad de la familia de don Diego Uribe, vió á un caballero, con el cual no tenía ningunas relaciones, y sin embargo lo saludó con marcada atención diciéndole—"Adiós señor doctor Wenceslao Uribe Angel"—Este le dijo al sujeto que lo acompañaba, la extrañeza que le causó aquél inesperado saludo. Pasó rozándose con los señores Domingo Cuevas, Francisco Antonio Uribe y Federico Ribas; sigió en dirección Occidente hasta la esquina de la calle de Florián y cruzó hacia el Sur, para entrar en seguida á la botica que entonces pertenecía al doctor Juan Roel, en la misma localidad de la en que hoy existe la del doctor Abraham Aparicio. Saludó al dueño de la botica, y sin más preámbulo le pregunto la hora—Van á ser las ocho—le contestó el botirio, que era hombre reposado y que en ese momen- se ocupaba en la confección de unas píldoras: Ru- le observó que el reloj de la botica estaba ade- tado, pero Roel sin dejar su oficio, le replicó , en esa misma tarde lo había arreglado. No sa- echo aún Russi con la respuesta del boticario, guntó la hora al señor don Melitón Ortiz que en

esos instantes se hallaba allí de contertulio. Este sacó del bolsillo un magnífico cronómetro, les señaló la muestra y les dijo :—" van á ser las ocho." Aun insistía Russi con la pretensión de que esos relojes estaban adelantados, cuando sonó la campanada de las ocho en la torre de la Catedral y en seguida se oyeron las bandas de cornetas y tambores que pasaban por la plaza tocando la retreta, hecho hacia el cual le llamó la atención Roel, en prueba de que su reloj marchaba bien.

Russi no replicó y permaneció de pie, dando la espalda al mostrador, sobre el cual estaba recostado.

Momentos después llegó á la misma botica una mujer jadeante, en solicitud de auxilios médicos para el *niño* Manuelito Ferro al cual habían herido.

—¿ Y quién ha podido herir á mi amigo Manuelito Ferro ?—la interpeló Russi, sin esperar á que esa mujer terminara su relato.

—El dice que los ladrones del Molino del Cubo, contestó aquélla.

—¿ Luégo habló ?—dijo Russi inconscientemente. Fatales palabras en las cuales se fijaron Roel y Ortiz.

La emisaria advirtió á Roel que apurara, porque sino, cuando fuera ya estaría muerto Ferro.

Viendo Roel que Russi no daba aparentes se ñales de inquietarse por la noticia, le dijo al últim como para llamarle la atención :

—¿ No ha oído, doctor, que esta mujer dice q los ladrones han herido á un hombre en la puer de la casa de usted ?

—¿ Y á mí qué me importa ?—le replicó R

Pero la mujer instaba con ahinco para que fueran á socorrer al herido y era preciso tomar alguna resolución. Roel parece que no era muy valiente que digamos, pero preciso es confesar que entonces había razón para tener prudencia: ¿no afrontaba un peligro desconocido yendo solo, á esas horas, en esos tiempos y por lugares casi solitarios? Al fin se desidió á proponer al doctor Russi que fueran juntos: éste vaciló al principio, pero concluyó por aceptar la invitación sin ocultar la repugnancia del paso que iba á dar.

La mujer se les adelantó, y Roel y Russi emprendieron camino sin vacilar, hasta la esquina occidental de la Plaza de Bolívar, debajo de la casa del señor Manuel Samper: llegados á ese punto, Roel tomó, como era natural, hacia el Oriente, á fin de dirigirse á la casa de Russi, que era el sitio en el cual creían se hallaba el herido; pero aquél detuvo á su compañero y se puso á demostrarle que el camino más corto para llegar al punto objetivo y también el más concurrido, era por la diagonal de la plaza, para después subir por San Bartolomé y cruzar de la Cajita del Agua, media cuadra hacia el Norte. Aun cuando tal pretensión le pareció un adefecio á Roel, se dio por convencido y siguió con Russi hasta llegar frente á la casa del doctor Rufino Cuervo, la misma que hoy está ocupada por la cervecería del señor don Mamerto Montoya: allí se encontraron con el Agente de la policía, señor don Manuel Góngora Córdoba, el cual bajaba acompañado de varios gendarmes en busca de Russi. Al reconocerlo, le intimó que pasara al centro del pelotón y le dijo sin preámbulos:—"siga usted pre-

so."—Russi obedeció después de decir: "vamos, pues,"—sin inquirir el por qué de su prisión.

Roel continuó su camino y encontró al herido, no enfrente de la casa de Russi sino en su morada, media cuadra arriba de la citada Cajita del Agua, á donde lo condujeron.

Decididamente el doctor estaba de malas en esa para él funesta noche.

Tiende una trampa para coger descuidado al que deseaba sacrificar, y la víctima descubre las tramoyas: cree que cinco puñaladas científicamente aplicadas pueden hacer instantáneamente, de un hombre, un cadáver, y resulta que ese hombre se resiste á morir hasta tanto que no haya hecho espantosas revelaciones: ejecuta movimientos estratégicos iguales á los que dirigió Federico el Grande, con el fin de probar la coartada, y establece la demostración de la ruta que recorrió el sacrificador del que debía desaparecer: escoge para entrar, la localidad que reunía mayores probabilidades de que allí no lo buscarían, y á esa misma localidad van á pedir auxilio para el que ya creía difunto: trata de fijar la hora propicia para sus planes de impunidad, y todo se conjura para hacerle ver que, á menos de milagrosa *bilocuación*, no podía hallarse á un mismo tiempo en dos lugares distintos: elige, contra la opinión de su acompañante, el camino que creía más apropósito para la realización de sus proyectos, y en esa vía cae bajo la mano de la justicia.

Para algunos, las circunstancias que dejamos apuntadas se llaman coincidencias; pero nosotros no podemos menos de reconocer en todo eso el dedo de Dios!

Al mismo tiempo que la mujer fue á solicitar auxilios á la botica del doctor Roel, otra se dirigió á la policía á dar el denuncio del crimen: allí encontró al doctor José María Maldonado Castro, que era el Jefe Político, quien en esos momentos se ocupaba en dar instrucciones al Jefe de Policía, Coronel Manuel Góngora Córdoba, para la fatiga que durante ese tiempo hacían las patrullas que recorrían la ciudad. Sin pérdida de tiempo se encaminó la autoridad al lugar indicado, enviando á la vez, una partida á las órdenes de Góngora en busca de Russi, después de haber hablado con Ferro.

Llegado que hubo á la habitación de Ferro, lo encontró rodeado de la madre, la esposa y los hijos. Al verlo el herido le dijo con enteraza: "Ah doctor Maldonado! Ya ve como me han puesto el doctor Russi y los ládrones molineros Castillo, Carranza y Alarcón: yo fuí quien le escribió el denuncio anónimo del cual usted no hizo caso."

Ocasionalmente pasó por allí el entonces Capitán y distinguido caballero don Antonio R. de Narváez, quien en vista de lo ocurrido se prestó espontáneamente á escribir las primeras diligencias é importantísimas declaraciones de Ferro.

Bajo la gravedad del juramento, después de confesado y en la persuación de que moriría infaliblemente por consecuencia de las heridas que lo tenían postrado, declaró:

Que de las cinco puñaladas mortales que recibió al frente de la casa de Russi, éste le acestó, el primero, la que tenía encima de la clavícula izquierda y le había cortado el pericardio y picado el vértice del corazón; que Castillo, Carranza y

Alarcón le dieron las otras, y que si los iban á buscar á esa hora, los encontrarían en el molino citado. Refirió minuciosamente todos los crímenes cometidos por la compañía de la cual eran jefes principales José Raimundo Russi é Ignacio Rodríguez; recomendó á la autoridad que celara á los dos Valbuenas miembros del cuerpo de policía, los cuales déjaban salir, durante la noche, á los socios que estaban presos, para que después de tomar parte en las excursiones volvieran á la prisión en cumplimiento de la palabra empeñada.

Como uno de los médicos que lo asistía manifestara la idea de que ese hombre podía estar ébrio, pues trascendía á licor, el herido manifestó que estaba en su entero y cabal juicio y que si olía á anisado, consistía en que había escupido por debajo de la ruana, el licor que le daban sus asesinos para embriagarlo, motivo por el cual tenía empapada la ropa con la chicha y aguardiente que no pudo menos de recibirles.

En fin, después de dar á la justicia todos los datos y señales conducentes al esclarecimiento de los hechos criminosos que hacía más de un año tenían á Santafé en potro de tormento, expiró á la madrugada del día siguiente, ratificándose, sin contradecirse ni una sola vez, en las cinco declaraciones que dio en el curso de la noche, la última, después de recibir el Santo Oleo, las cuales sirvieron para descubrir las tramas y la mayor parte de los bandidos.

El mismo día que murió Ferro, la policía expuso el cadáver al frente de la Casa Consistorial con el siguiente letrero fijado sobre un poste:

"La autoridad exhibe el cadáver de Manu

Ferro, con el objeto de que los buenos ciudadanos puedan dar los datos que sepan acerca de él y de los motivos que influyeron para su muerte violenta."

Uno de los que concurrieron primero á ver el muerto, fue nuestro antiguo conocido español don Juan Alcina: al reconocer allí, de cuerpo presente, á su herrerito, se le renovó la mal cerrada herida ocasionada por el robo de las mil onzas de oro, y sin poder reprimirse se dirigió al difunto y lo interpeló en el tono más airado imaginable:

—¡Ah! ¡Demonio! ¿Dónde está mi dinero? ¡Lástima que te hayan matado porque si no tendría el gusto de ahorcarte!

Los circunstantes que no estaban inmediatos á Alcina y oían los gritos del monólogo, se persuadieron de que el dolor por el fin trágico de Ferro había trastornado el juicio del que creían su amigo.

A las cinco de la tarde estaban presos la mayor parte de los jefes y socios activos de la compañía de bandidos; en cuanto á los socios *honorarios*, no cayeron entonces en poder de la justicia, gracias á la *lealtad* de los compañeros que no los denunciaron.

La autoridad siguió las indicaciones del moribundo Ferro y puso en claro todos los crímenes de la cuadrilla, lo cual fue prueba evidente de la cordura del juicio de aquel desgraciado.

La diligencia del reconocimiento del cadáver de Ferro tuvo lugar en la Jefatura Política, que era en el local que hoy ocupa la Tesorería Municipal. El muerto yacía al frente de la puerta de la pieza interior. La puerta estaba cerrada y el Jefe Político hablaba con Russi junto á ella: de repen-

te la abrió aquél y apareció Ferro tendido. Al preguntarle á Russi si conocía ese cadáver, palideció y exclamó en estilo elegiaco: "¡Oh! sí.—Este era mi amigo Manuelito Ferro.—Supiera yo quién lo sacrificó para denunciarlo á la Justicia!"

En breves días se instruyó el voluminoso sumario en el cual quedó establecida la culpabilidad de Russi, Castillo, Alarcón y Carranza por el delito de asesinato perpetrado en la persona de Ferro; de Ignacio Rodríguez, como jefe de ladrones en cuadrilla y de sus demás compañeros, entre los cuales se contaban los Valbuenas, agentes de policía.

En obsequio de la verdad, debemos decir que si no se tuvo la *plena prueba* exigida en Derecho respecto de Russi, fue tal el cúmulo de indicios, coincidencias y sospechas que recayeron sobre ese hombre, que el Jurado no pudo menos de condenarlo, como lo veremos más adelante.

Ocupados los papeles de Russi, se encontró el minucioso *Diario* que llevaba de su vida, escritas algunas partidas en cifra fácil de traducir porque todo se reducía á emplear puntos, de uno á cinco, para sustituir las respectivas vocales: allí constaban las relaciones que, de tiempo atrás, mantenía con los individuos que en esos momentos estaban enjuiciados por los delitos de asesinato y robo. Se hallaron papelitos en los cuales estaba escrito en cifra y en letra del mismo, lo siguiente: "primer año de mi vida enmendado." "Proyecto de la viuda de Ordóñez"—lo cual correspondía á una tentativa de robo que se les marró, pero cuyo incidente debemos relatar.

El señor don Joaquín Gómez Hoyos, poseedor de fortuna considerable, vivia con su familai en la

casa situada una cuadra más arriba de la Rosa Blanca, la misma que hoy es propiedad del señor Félix Ricaurte.

En una mañana de los últimos días de Febrero de 1851, se presentó en la casa del señor Gómez, un hombre de apellido Bernal, con el objeto de ofrecerle que le compondría la cañería mediante el pago de unos pocos pesos; pero que para ello sería indispensable arreglar el agua de la casa en la cual está en la actualidad establecida la imprenta de *El Orden*, media cuadra al Norte de la Moneda, perteneciente á la familia Castillo; advirtiéndole la facilidad que habría en procurarse la llave, por cuanto dicha casa estaba desocupada: don Joaquín aceptó la oferta y en consecuencia solicitó y abtuvo la susodicha llave. El supuesto fontanero dio principio á los trabajos y destapó el arco debajo del cual pasaba el caño conductor, con cuya operación quedaron comunicadas las dos casas por las respectivas huertas.

Durante el tiempo en el cual se ocupaba Bernal en los trabajos aludidos, se presentó Russi en la casa del señor Gómez con el objeto aparente de preguntar "si había fierro para vender" — eso equivalía á buscar pan fresco en alguno de los Bancos de esta ciudad.

Otra vez volvió Russi á la misma casa, y como al entrar se encontrara con una de las señoritas Gómez, ésta lo invitó para que subiera, lo cual rehusó aquél, diciéndole con las maneras insinuantes que le eran peculiares, que el objeto de su presencia allí no era otro sino el de hablar con Bernal, y sin esperar más invitaciones, se entró al interior de la casa hasta encontrar al que buscaba.

En el mismo lapso de tiempo recibió el señor Gómez, recado á nombre de la señora doña Manuela Caro de Ordóñez, la cual señora vivió en la casa hacia el Occidente, contigua á la de don Joaquín, con el fin de manifestarle, que ya que estaba componiendo la cañería de su casa, ella deseaba hacer lo mismo, para lo cual le rogaba que permitiera á Bernal se encargara de toda la obra: don Joaquín encontró muy razonables los deseos de la señora Caro, con la cual lo ligaban relaciones cordiales de amistad y en tal sentido fue la respuesta que dio al mandadero.

Sin embargo, los trabajos parece que iban más despacio de lo que se creía y al fin resolvió el señor Gómez hacer una inspección de ellos: de la cañería apenas había proyecto pero sí estaban en comunicación por las respectivas huertas, las tres casas, á virtud de agujeros practicados en las paredes con el pretexto del arreglo del agua; de manera que, con la llave de la casa desocupada de los señores Castillos, se podía llegar hasta la de la señora Caro. Alarmado el inmediatamente interesado con semejante descubrimiento, ordenó á su hijo Teófilo que pasara donde la expresada señora y le hiciera presente, que visto lo peligroso de la situación y el ningún adelanto de la obra, había resuelto despedir al obrero y hacer tapar los agujeros de las paredes, y que le expresara, al mismo tiempo, la pena que sentía al verse obligado á contrariar los deseos de la señora. Esta contestó inmediatamente el recado recibido, diciendo que lejos de haber solicitado la aquiescencia del señor Gómez, era ella l que había recibido recado de don Joaquín para qu

permitiera que por su casa se arreglara la tal cañería.

Descubierto el plan, se contentó don Joaquín con tomar sus precauciones á fin de poder dormir tranquilo: la señora de Ordóñez no se creyó segura hasta que puso de por medio el Atlántico.

Al rondar la casa de Russi, se supo que allí había habitado hasta el día nuevo de Abril de ese año, fecha en la cual tuvo lugar el asalto á la casa del señor Caicedo, *Ramón Mendoza*, alias *Vicente Pérez*, alias IGNACIO RODRIGUEZ: este hombre dejaba por donde quiera que pasaba una estela luminosa de nombres, todos ilustrados con notables hazañas: allí se encontró la capa raída que solía éste usar en algunas de sus escursiones y los diversos sombreros que llevaba en las campañas.

Al huír los bandidos de la casa del señor Caicedo, dejaron una lanza de empatar y asegurar en el asta por medio de un resorte especial; en la casa de Russi halló la autoridad el asta respectiva en la cual empataba la lanza y quedaba perfectamente ajustado el expresado resorte ó muelle.

Los médicos, doctores Andrés María Pardo, Tomás Pérez y Juan Roel, declararon bajo la gravedad del juramento, que el estado psicológico de Ferro, estaba en completa lucidez al tiempo de rendir las declaraciones. El herido suplicó al doctor Pardo que le salvara la vida como lo había hecho con un herido amigo suyo en la acción de Aratoca: Pardo le manifestó que los casos eran diversos y que tuviera la persuación de que pocas horas le quedaban de vida.

Los doctores Pardo y Jorge Vargas, hicieron á las cuatro de la tarde, en el anfiteatro, la autopsia

de Ferro y declararon que en el estómago de ese hombre, sólo habían encontrado algunos restos de sopa de arroz pero ningún rastro de licor.

Terminada la actuación establecida para esos casos, hubo necesidad de proveer el destino de Fiscal de la causa, vacante por terminación del período para el cual había sido nombrado el señor doctor Benigno Guarnizo, sujeto ilustrado é inteligente abogado, pero que por sus condiciones especiales no era el llamado á desempeñar ese delicadísimo puesto en aquellas excepcionales circunstancias.

Poco tiempo hacía que se había recibido de abogado un joven oriundo del Gigante, notable población del Sur del Tolima; sin fortuna, inteligente y que podía decir como el sabio *omnia mecum porto*— En el Colegio de San Bartolomé, donde hizo sus estudios, lo distinguieron sus compañeros con singular cariño debido á la entereza y festividad de carácter, que á primera vista lo hace aparecer como hombre áspero pero que al tratarlo, se descubre un corazón de oro envuelto en adusta apariencia.

Si alguna vez se necesitó hacer elección acertada para el desempeño de las funciones de Fiscal, fue sin disputa en aquella solemne ocasión: es verdad que el puesto estaba rodeado de peligros mediatos é inmediatos, y lo que era más grave aún, no se conocían los enemigos por cuanto era evidente que, de la compañía de bandidos, sólo se juzgaba á los socios activos, y que habían quedado por fuera los *honorarios*, los cuales tenían que hacer desesperados esfuerzos á fin de salvar á sus amigos para que no los delataran.

¡Cuán cierto es que la fortuna es calva y que el que no la coge es un tonto!

Se necesitaba un hombre de brío, de elocuencia concisa, de palabra fácil y de valor á toda prueba: quienquiera que fue el que indicó el nombre de FRANCISCO EUSTAQUIO ALVAREZ para Fiscal en esas circunstancias, prestó gran servicio á la sociedad é hizo conocer á uno de nuestros más notables abogados.

Aceptado el puesto por el doctor Alvarez, afrontó la situación sin ambajes ni contemplaciones, empeñó una lucha á muerte con aquellos malvados, hasta hacer caer sobre ellos todo el peso de la ley, como en seguida lo verémos.

VIII

JUICIO Y EJECUCION DE JOSE RAIMUNDO RUSSI Y SUS COMPAÑEROS

Hacia mediados del mes de Junio del año al cual nos referimos, se instaló el Jurado en el entonces espacioso salón de la Cámara de Representantes, situado en el centro de la Casa Consistorial: el público se mostraba ávido de conocer á los corifeos de aquella epopeya de crímenes y escándalos.

A las once de la mañana los traían al local del jurado, rodeados de numerosa escolta y esperados por un público impaciente y curioso. Solo y altivo, marchaba adelante Russi con su conocido vestido de capa española y sombrero de pelo gris; detrás iban los otros enjuiciados, vestidos con buenas ropas y ruanas, más ó menos preocupados con la situación por la cual atravesaban. Todos en el vigor de la edad, robustos y en lo general bien parecidos: Rodríguez era de mediana estatura, color amarfilado, ojos negros de fuego, dentadura de perlas, pelo negro y sedoso que servía de adorn

á una cabeza correctamente modelada, mostachos negros y crespos, bien cultivados; pie pequeño, calzado con borseguí de charol: en todo tenía el aspecto de uno de los héroes griegos descritos por Byron.

El Jurado, presidido por el respetable ciudadano don José María Triana, empezó sus tareas con la lectura del sumario, el cual se componía de varios abultados expedientes: Russi observaba un continente reposado y en apariencia, se ocupaba en la lectura de las pruebas judiciales de Bentham, pero hacía de vez en cuando apuntaciones sobre los documentos que se leían.

Rodríguez se reía cada vez que oía referir sus hazañas: al ver éste en cierta ocasión que algunos de los que asistían á las barras manifestaban hilaridad por el relato de la mayor de sus infamias, dio rienda suelta á la mal contenida risa y se frotó las manos en señal de satisfacción. Indignado el público por aquella sin igual impudencia, amenazó á Rodríguez con la horca, pero éste se levantó del banco de los acusados, y dirigiéndose á los asistentes les gritó con increíble audacia: *¡pueblo infame, yo saldré de aquí!* En esa ocasión, por fortuna para el bandido, no era posible llegar hasta él, que si nó, quién sabe si en ese día no más, hubiera terminado su peregrinación en este mundo. El Presidente del Jurado lo amenazó con hacerle poner mordaza si no guardaba silencio: Rodríguez ofreció guardar compostura, pero antes sacó un pañuelo de seda en el cual estaban estampados los retratos de los miembros de la Administración Eje-

cutiva, presidida por el General don José Hilario López; lo enseñó a los circunstantes y exclamó con insolencia: *¡véanse en este espejo!*

Terminada la lectura del sumario, pidió la palabra el Fiscal doctor Alvarez.

Empezó por hacer una breve relación del estado de la sociedad santafereña durante el reinado del crimen, que hacía más de un año la tenía atormentada. Examinó pieza por pieza cada una de las pruebas que demostraban la culpabilidad de los acusados, pero especialmente hizo hincapié en la criminalidad de Russi, favorecido por la Providencia con dotes intelectuales que puso al servicio del delito, para extraviar el criterio de esos hombres, tal vez antes honrados pero incultos, á fin de convertirlos en asesinos y ladrones.

Llamó la atención hacia las agravantes circunstancias de que Russi como Juez, había prevaricado en otra época, con el objeto de favorecer á sus cómplices, para lo cual les prestaba sus auxilios de abogado ó los amparaba con su fianza personal, como lo hizo con los bandidos que asaltaron la hacienda de Achuri, cerca de Suesca, sin que hubiera solución de continuidad en aquella cadena de delitos, que debían conducirlos, al cadalso á unos y al presidio á otros, si se quería contener la desmoralización del país y restablecer la seguridad perdida. Al concluír pidió la pena de muerte par Russi, Castillo, Carranza, Alarcón y Garzón, p el delito de asesinato perpetrado en la persona su cómplice Manuel Ferro; para Rodríguez y V buena, como jefes de ladrones en cuadrilla, y veinte años de presidio para los quince ladr restantes.

Un respetuoso silencio, de mal agüero para los enjuiciados, acogió la tremenda pero justa exigencia de aquel atrevido novel en el foro, que no medía la fuerza ni contaba el número de los adversarios.

En el banco de los acusados se sentaba un joven Garzón, más imprudente que culpable y el cual fue el único que salió absuelto: al ver el efecto producido por la acusación, le dijo á Rodríguez: *¡esto huele á polvora!*. El capitán se encogió de hombros.

Al tomar asiento el doctor Alvarez, pidió la palabra Russi y empezó su defensa por la siguiente peroración resitada en estilo ampuloso:

"Señores Jurados:

Estamos en el recinto sagrado en donde los apoderados del pueblo granadino se reunieron el presente año, para proveernos de lo que creyeron necesario á nuestro reposo: esta era su misión.

Dieron aquí mismo una ley excepcional para juzgar á ciertos individuos, cuya existencia se les pidió urgentemente. Así lo ha dicho el señor Agente Fiscal al formular su acusación. Tal ley miró atrás como la aquilia de los romanos y unció á su carro á cuantos quiso que adornasen su triunfo.

Esta ley, señores Jurados, según los hombres que la manejen, tenderá indistintamente sobre inocentes ó culpables el negro crespón de muerte ó socavará tan solamente el sepulcro del criminal. Si Cromwelles y Atilas son los aplicadores, se verá lo primero; si Titos ó Trajanos, será lo segundo.

Vais á juzgar por ladrón de cuantiosas sumas, un hombre que para presentarse ante este augus-

to Tribunal no ha tenido otro traje sino este que veis!"

Quitándose la capa se adelantó hacia los Jurados y les dijo con dignidad:

—"¡Mirad al ladrón! ¡Tiene sucios y rotos los vestidos que le sirven de abrigo! En mi casa sólo se encontró un pobre lecho para descansar, los códigos de leyes que me han de servir para defender mi inocencia, y á Napoleón que contempla la tumba del gran Federico, cuadro que conservo por el gran pensamiento que inspira."

La defensa de Russi tenía por base principal impresionar al auditorio con golpes teatrales y alusiones picantes dirigidas al Fiscal: hacía hincapié acerca del ningún valor jurídico de que carecía, según él, la declaración de Ferro y protestó, al mismo tiempo, contra la retroactividad de la ley de Jurados, por la cual se le juzgaba.

Terminó así:

"¡Juez omnipotente del cielo y de la tierra! ¡Mi Dios! bendigo mil veces vuestros decretos soberanos y adorables ¡soy inocente y he vivido con pureza siempre! hoy soy herido de muerte por hombres que no saben lo que han hecho. ¡Se me cierra, yo lo veo, el templo de la justicia, observo derribar su altar, miro que se ciegan sus fuentes, siento despedazar el fiel de su sagrada balanza!

Pues bien, si es que me quitan la vida, muero inocente, no llevo remordimiento alguno; pero sí, ¡Dios mío! ¡llamad conmigo á juicio á mis jueces de la tierra..... yo os pido justicia y misericordia..... yo los cito para ante vuestro tribunal santo, único que da perfectas garantías, á la ve que llena de consuelos el alma."

Desde que Russi dio principio á su alegato, empezó la *claque* de la *Compañía*, compuesta de los socios *honorarios* que no cayeron por entonces, á atronar el salón con ruidosos aplausos en los cuales les hacían coro los acusados desde sus bancos: de esa circunstancia procedió, sin duda, la idea confusa que se apoderó de algunos espíritus superficiales para propalar la especie de que aquel gran criminal era inocente.

Llamó á varios testigos de los que habían dado declaraciones que no le eran favorables, con el objeto de ver si amenazándolos con la justicia de ultratumba lograba que se contradijeran: perdida la esperanza por ese lado, se arrojó al suelo como poseído de ataque nervioso, ofreciendo su sangre á los que estuvieran sedientos de ella. Pero abstracción hecha de esos monólogos y pantomimas, que sólo impresionaban á los optimistas, Russi no logró desvanecer *uno solo* de los tremendos cargos que sobre él pesaban.

Los demás acusados tuvieron defensores que nada podían hacer en favor de sus clientes, porque se trataba de una causa perdida.

Hubo un incidente asaz, curioso: Alarcón manifestó que, un abogado que estaba en la barra lo había dejado sin defensa, después de que le había cogido *cuatro pesos* y una ruana; el aludido se escurrió entre el tumulto, probablemente diciendo para su capote que, *ladrón que roba á ladrón, tiene cien años de perdón.*

La impresión producida en los miembros del Jurado, desde antes de dar su fallo, era la de que, de los *veintidós hombres* que aparecían sentados en el banco de los acusados, todos, menos uno, eran

culpables de los delitos por los cuales se les juzgaba.

Sin embargo, con el propósito de poner en juego todos los medios conducentes á tranquilizarlos por el fallo que pronunciaran, oyeron una misa en la iglesia de San Ignacio, á fin de implorar la asistencia del Espíritu Santo, y fueron en comisión á la casa del señor Joaquín Gómez Hoyos, con el objeto de exigirle la ratificación de los decires que de tiempo atrás circulaban respecto al incidente del fontanero Bernal, que ya dejamos referido. Le advirtieron que, de sus palabras dependía la vida de un hombre: don Joaquín les repitió punto por punto lo ocurrido con Russi en aquella ocasión, con lo cual quedaron más persuadidos aquellos caballeros de la culpabilidad de éste.

Reunidos los Jurados para deliberar, después de terminados los debates, que duraron quince días, acordaron que, para tener más independencia, adoptarían el sistema de bolas al emitir los votos que implicaran pena de muerte: todas las cuestiones quedaron resueltas por unanimidad.

A las cinco y media de la tarde del día dos de Julio, si no estamos equivocados, abrieron las puertas del recinto dentro del cual se hallaban los jueces: el público se agolpó en confuso tropel hacia las tribunas, y en todos los semblantes se notaba el presentimiento, por no decir la certidumbre, de que se iba á presenciar algo siniestro. En efecto restablecido un silencio que dejaba oír las pulsaciones de las arterias de los circunstantes, se puso de pie el Presidente Triana y con voz grave, pero profundamente conmovida, leyó la siguiente se

tencia que escucharon todos con temerosa atención:

"Se ha cometido el delito de asesinato premeditado, en la persona de Manuel Ferro.

José Raimundo Russi, Nicolás Castillo, Gregorio Carranza y Vicente Alarcón son responsables en PRIMER GRADO.

Se ha cometido el delito de robo en cuadrilla de malhechores.

Ignacio Rodríguez, su jefe, es responsable en PRIMER GRADO."

¡Aquellos desgraciados estaban condenados á muerte! A diez y seis de sus compañeros se les sentenció á veinte años de presidio en los climas mortíferos del Istmo, de donde ninguno volvió.

Pasado el primer estupor producido por las consecuencias que entrañaban aquellas pocas palabras, se oyó el grito breve y sonoro de—*¡viva el Jurado!*—repetido en seguida por más de cuatro mil personas. ¡El pueblo confirmaba la sentencia!

Algunos días después ocurrieron al Presidente de la República los condenados á muerte, menos Russi, por medio de un memorial en el cual imploraban la gracia de la vida, y decían, entre otras cosas, que eran jóvenes y aun tenían tiempo y voluntad de corregirse y ser útiles á la patria. Negado el recurso de gracia, no quedaba otro arbitrio sino el de ejecutar la sentencia.

¡DIES IRÆ!

El quince del citado mes de Julio, á las cinco de la tarde, acompañado de otros sacerdotes, se presentó en la cárcel, que estaba situada en la misma localidad que hoy ocupa la casa del señor don

Hermógenes Durán, á pocos pasos de la esquina Noroeste del Capitolio, el doctor Fernando Mejía, con el objeto do llenar el triste deber de poner á los reos EN CAPILLA. Esta era un salón lóbrego que ocupaba toda la parte Norte de la planta alta de la cárcel, con dos ventanas que daban al corredor, guarnecidas de gruesas rejas de hierro y una puerta en el centro, todas tres angostas y colocadas debajo de umbrales que apenas tenían la altura suficiente para que un hombre de regular estatura pudiera pasar inclinando la cabeza. En el interior, hacia el Este, estaba el altar, consistente en una mesa con grada, un Crucifijo y dos velas: al extremo opuesto había un gran cuadro que representaba la imagen de Nuestra Señora del Carmen; el techo sin cielo raso, dejaba ver tosca arboladura que soportaba el tejado blanqueado con cal, lo mismo que las paredes, en las cuales se leían los recuerdos de los infortunados que habían sufrido allí su agonía! Aún recordamos la siguiente inscripción:

"*Teodoro Rivas paga con su vida el asesinato de su esposa, el 27 de Marzo de 1846.*"

Encendidas las velas del altar y colocados convenientemente los centinelas de vista que debían custodiar á los condenados hasta su última hora, el Jefe Político les notificó, que era llegado el tiempo de que se prepararan para dar cumplimiento á la sentencia que sobre ellos pesaba: todos oyeron silenciosos tan terrible notificación, y acaso, por primera vez, se dieron cuenta los reos del verdadero estado al cual los habían conducido sus crímenes. Se les quitaron los grillos como medida inútil de precaución, pues á menos de que algún angel del cielo viniera á librarlos, como aconteció á San Pe-

dro, podían aplicarse con toda propiedad las fatídicas palabras del Dante:

"*Lasciate ogni speranza, ó voi ch'entrate!*

Los sacerdotes se les acercaron y los invitaron á pasar á la capilla: todos los siguieron cabizbajos con aparente tranquilidad, pero pocos instantes después se apoderó de Russi un acceso de terror y desesperación que lo rindió en tierra y lo hacia revolcarse y dar aullidos espantosos. Castillo, Alarcón y Carranza lloraban á gritos; Rodríguez estaba sereno, y al ver la actitud de Russi, le dijo con desprecio:—*El doctor tiene miedo!*"

De acuerdo con los consejos que para tales casos dan los místicos experimentados, los sacerdotes esperaron á que pasaran esos primeros accesos de amilanamiento y pavor para dar principio á su penosa cuanto heróica tarea. Con dulzura y llorando con ellos, lograron tranquilizar á los reos hasta conducirlos al pie del altar, á fin de dar principio á sus trabajos espirituales, invocando la poderosa intercesión de la Virgen María, en su advocación de Los Dolores, por medio del rosario que rezaron de rodillas á las siete de la noche.

La autoridad eclesiástica arregló las cosas de manera que los condenados tuvieran siempre á su lado, sacerdotes competentes que, sin fatigarlos, los confortaran en tan duro trance: así fue que durante esa primera noche de agonía, en la cual ninguno durmió, se oían en ese antro de lágrimas y de tristezas infinitas, sollozos y suspiros desgarradores, producidos, ya en parte, por los primeros albores del arrepentimiento.

A las seis de la mañana del día diez y seis se celebró el sacrificio de la Misa, se les hizo tomar li-

gero desayuno y se dio principio á las confesiones. Rodríguez, sin prestar atención á las exhortaciones de los sacerdotes, se fue á sentar en el poyo de la ventana situada más distante del altar; miraba distraído hacia el patio de la cárcel y dirigía la palabra de vez en cuando al Oficial de Guardia que permanecía en el corredor.

A las nueve almorzaron alguna cosa, instados por los sacerdotes: el completo insomnio de la noche anterior y la angustiosa situación empezaba á producir en esos hombres, sanos de cuerpo, los mismos síntomas de excitación nerviosa que se notan en los moribundos: pulso acelerado é intermitente, inapetencia y sed abrasadora, mirada extraviada, lascitud en el sistema muscular y agudas neuralgias en la región estomacal.

A las once llegó la escolta del Batallón *Artillería*, que á las órdenes del entonces Capitán don Casimiro Aranza, debía ejecutarlos al día siguiente: el Oficial recibió á los reos que debía entregar cadáveres, y les manifestó lo penoso que le era el cumplimiento de tan terrible deber.

Hacia el medio día, se permitió la entrada á la capilla á los deudos y amigos de los que ya se consideraban como moribundos. Hicieron sus disposiciones testamentarias de lo poco que tenían, y Castillo consintió en que el señor don Luis García Evia tomara su retrato en daguerreotipo. Aún recordamos aquella escena conmovedora por demás.—Castillo con su hijo de siete años que lo tenía asido al cuello como en actitud de proteger á su afligido padre.

A las tres de la tarde creyeron que no debía prolongarse más esa escena, que desgarraba el

razón de todos los circunstantes y quitaba á ese desdichado un tiempo precioso: no tenemos palabras que sirvàn para dar ligera idea de lo que pasó al separar, *para siempre!* á esos dos séres. Al niño lo sacaron dando alaridos de dolor y llamando á su padre con las expresiones más tiernas; á Castillo lo tomó el doctor Pedro Antonio Vezga y lo condujo, abrazado, al pie del altar, donde logró que se fijara en el crucifijo.

Durante la comida que les llevaron sus parientes ó amigos, pudieron hacerles tomar de casi todas las viandas acompañadas con algún vino generoso: la labor de los sacerdotes había empezado á producir sus frutos y, excepción hecha de Rodríguez el cual aún no había querido confesarse, los reos se manifestaban un tanto serenos y resignados.

A las cinco de la tarde se acercó á Rodríguez el Padre Valentín Zapata, candelario, con el objeto de ver si lo reducía á que se confesara: aquél permanecía sentado en la misma ventana entretenido en jugar *tute* con una *su amiga*, la cual ni aún en esos críticos momentos lo abandonó. El religioso manifestó á ese hombre terrible, que tuviera la seguridad de que, un día después, á la misma hora en la cual estaban hablando, estaría enterrado: le suplicó con lágrimas en los ojos y en los términos más expresivos, que aprovechara las pocas horas que le quedaban de vida, implorando el auxilio del Señor San José, á fin de que le alcanzara buena muerte. El reo miró de soslayo al religioso, se sonrió con aire burlesco y repitió las palabras—*Patriarca Señor San José:* en seguida se dirigió á la amiga y le dijo con voz imperiosa: "echa cartas!"

Entrada la noche permanecieron todos en religioso recogimiento, y hasta el mismo Rodríguez, no pudo sustraerse al sentimiento melancólico que, aún en las épocas bonancibles de la vida, se apodera del espíritu en esa hora que marca el fin del día para dar principio al imperio de las tinieblas.

A las siete salió el capellán de la Veracruz, en dirección á la cárcel, conduciendo el *Crucifijo del Monte Pío*, una cruz negra en la cual está pintada la imagen de Jesús crucificado y la Dolorosa á los pies; dos faroles de hoja de lata agujereados, con las velas de los agonizantes, puestos en la extremidad de dos astas y la campana-esquilón, con la cual se anuncia todavía la muerte de los hermanos Terceros: objetos que hoy existen en la misma iglesia.

Se iba á cumplir con lo estipulado en una antiquísima fundación para imponer á los reos de muerte, la víspera de la ejecución, la mortaja que como símbolo de reconciliación con el cielo, debían vestir, la cual consistía en una túnica blanca, correa atada á la cintura y el escapulario de la Cruz de Jerusalén.

Silencio profundo reinaba en el recinto de la Capilla, apenas alumbrada con la débil luz de las dos velas encendidas en el altar, al pie del cual permanecían arrodillados los reos en tranquila meditación, cuando sonó en la puerta de la cárcel el esquilón que precedía la comitiva de la Veracruz: Russi se puso de pie y con voz solemne y reposada, dijo á los circunstantes:

—"Vamos señores á recibir al que nos ha de juzgar mañana!"

Todos se aproximaron á la puerta de la Capilla y acompañaron en seguida hasta el pie del altar, al capellán y su séquito: éste, después de hacerlos poner de rodillas y rezar el *Confiteor Deo* en alta voz y muy despacio, entregó á cada uno los objetos que le correspondían, los cuales se los pusieron después de besarlos con señales de gran veneración, en medio de los suspiros y lágrimas que se les brotaban de lo íntimo de su alma. En seguida recitó sobre ellos, las oraciones de *bien morir*, les aplicó la indulgencia plenaria y se despidió después de ofrecerles volver al *día siguiente*..... !

Apenas hubo salido el cortejo que acabamos de describir, cayó Rodríguez de rodillas al pie de un religioso franciscano y permaneció en esa posición hasta las nueve de la noche. Los lobos estaban convertidos en corderos.

Después de una sentida y patética exhortación del Padre Pedro Martínez, candelario, en la cual les aconsejaba que tuvieran plena confiaza en la infinita misericordia del Divino Jesús, muerto como ellos iban á morir en un patíbulo infame, por redimir y salvar al pecador arrepentido, los obligó con señales de la mayor ternura y compasión, secundado por los demás sacerdotes, á que se recostaran en sus lechos, á fin de que tuvieran fuerzas y ánimo para afrontar con resignación los sucesos del día siguiente. La relativa tranquilidad de espíritu que ya sentían y la tristeza mortal que los dominaba, hizo que esos hombres tan próximos al sueño eterno, durmieran en completo reposo hasta las tres de la mañana del día siguiente, término fatal de su borrascosa y criminal existencia: al

relevar los centinelas á esa hora, despertó Russi; dió un grito estentóreo y exclamó con acento de intenso dolor:

—¿Es cierto que debo morir?

Los otros compañeros, menos Rodríguez, despertaron sobresaltados; prorrumpieron en llanto y se lamentaron de la suerte que se les esperaba: Rodríguez se incorporó en la cama y continuó impasible sus conferencias con uno de los sacerdotes. Calmado Russi, se puso á escribir hasta las cinco: hubo un momento en el cual se le enredó una peluza en la pluma, pero con sorpresa de los circunstantes, la acercó á la luz de la vela é hizo desaparecer, sin temblarle las manos, el obstáculo que lo fastidiaba.

La mañana del día diez y siete se presentó serena y brillante: todo en ella convidaba á gozar del dón precioso de la vida y así debieron comprenderlo los condenados, porque hacían constantes alusiones al buen tiempo! Con el fin de quitarles todo pensamiento basado en los intereses terrenales, uno de los sacerdotes les manifestó, que si como era de esperarse, ofrecían á Dios con buena voluntad, el sacrificio de sus vidas, esa mañana, en la cual se admiraban las obras del Creador, sería el principio de un día eterno y feliz para ellos.

A las seis se celebró el sacrificio incruento del altar, al cual asistieron con marcadas señales de recogimiento; después se rezaron las oraciones adecuadas para la preparación de los que van comulgar por última vez.

A las siete llegó el Cura de la Parroquia de Catedral, conduciendo el *Pan de los fuertes* p administrárselo en calidad de Viático que los c

fortara en el próximo y tenebroso viaje de la eternidad! Todos comulgaron con el mayor fervor y unción: no se les pusieron los Santos Oleos, porque este sacramento solo se puede aplicar á los enfermos y aquellos hombres gozaban de perfecta salud.

A las ocho les introdujeron en la Capilla un delicado almuerzo, preparado por la virtuosísima matrona señora doña Dorotea Durán, esposa del Presidente, General don José Hilario López. Ninguno de los reos estaba ya en capacidad de tomar alimento; tal era el estrago producido en su organismo por la prolongada agonía de treinta y siete horas que llevaban de Capilla; sin embargo, los sacerdotes los obligaron á tomar unos sorbos de sopa y café acompañado con brandy, á fin de producir algún calor en esos cuerpos que, vivos aún, se sentían ya helados por el beso de la muerte.

Entre tanto, los ministros del Dios de las misericordias no cesaban de prodigar á esos desgraciados, todos los consuelos que les sugería el ascendrado espíritu de caridad del cual estaban poseídos, tomando ellos mismos en esa inagotable fuente, valor y serenidad, á fin de llenar en esos supremos instantes las delicadas y azarosas funciones de acompañar á los ajusticiados en sus últimos momentos.

A las diez, el Capellán de la Veracruz, con el mismo aparato con el cual se había presentado la noche anterior en la Capilla, y cumpliendo además con la oferta que les había hecho, volvía para llenar el penosísimo cuanto tremendo deber de acompañar á los reos al lugar del suplicio. Estos perma-

necían arrodillados al pie del altar y escuchaban con marcada atención las oraciones que les recitaba el Ilustrísimo señor don Antonio Herrán, entonces canónigo. Ya parecía que aquellos hombres estuvieran desprendidos de toda esperanza material y que, empapados en la sublime idea de ver y poseer á Dios en toda su inmensidad, vieran con indiferencia las miserias de este valle de lágrimas; pero no fue así: al oír el esquilón que entraba en la cárcel, estalló entre los reos, desesperado instinto de conservación, tan natural á todo ser viviente. Se arrojaron al cuello de los sacerdotes; les pedían la vida en cambio de los mayores tormentos que quisieran imponerles; gemían y ahullaban como fieras encerradas en estrecha jaula y buscaban con miradas de angustia indefinible, alguna salida por donde escapar de su espantosa situación: la sangre se les agolpó al cerebro y les produjo los síntomas precursores de fulminante apoplegía.

Fue aquel un momento de gran consternación para los sacerdotes que creyeron, perdidos sin remedio para esos hombres, el fruto de sus pacientes y asiduos trabajos. En medio de aquella inesperada confusión, logró el doctor Vezga apoderarse de Castillo y lo condujo al pie del cuadro que representaba á Nuestra Señora del Carmen: se arrodillaron juntos y con la voz sonora que caracterizaba al doctor Vezga, acompañó á Castillo á rezar el incomparable *Memorare* de San Bernardo. Todos los demás siguieron aquella oportuna inspiración y cómo por milagro, se cambió el sentimiento de espanto que los dominaba, por el de humilde resignación, luego que hubieron pedido á la Madre de Dios, amparo y conformidad en aquella tremenda situación.

A las diez y cuarto estaban los circunstantes arrodillados al pie del altar, oyendo las sentidas y conmovedoras oraciones que la Iglesia Católica prescribe para los agonizantes: el Alcaide de la cárcel los interrumpió á fin de que se revistieran de las túnicas con las cuales, según la ley, debían marchar al cadalso. Las de Russi, Castillo, Alarcón y Carranza, eran de lienzo blanco manchadas de sangre, como asesinos, con capucha del mismo color; la de Rodríguez, era de valencina negra con sambenito en vez de capucha, como jefe de malhechores en cuadrilla: Russi manifestó gran repugnancia para vestirse el infame sayal, pero el doctor Pedro Durán, que era el sacerdote escogido por aquel, para que lo acompañara al banquillo, le abrazó con ternura; derramó el torrente de lágrimas que yá lo ahogaba y le dijo con la mayor suavidad:—" Recuerde que el inocente y dulcísimo Jesús, aceptó con humildad el manto de escarnio que le pusieron sus verdugos! " Por toda respuesta, lo mismo que los otros compañeros, besó la túnica y se revistió con ella.

Aun faltaba á los reos, para terminar su agonía en la Capilla, recitar por última vez la *protestación de la fe;* ceremonia imponentísima y de excepcional importancia en aquellos solemnes momentos.

Arrodillados al pie del altar y en actitud de dolorida resignación, repetían, palabra por palabra, los cortos períodos que les recitaba el doctor Mejía: al oír Rodríguez las primeras frases de aquella sublime oración, que dicen:—Creo en Dios; espero en Dios; se puso de pie y como inspirado por sentimiento sobrenatural, exclamó con acento que

ya no tenía nada de mundano: "Sí, creo en Dios! espero en Dios..... !"

Allí perdonaron á sus enemigos y pidieron perdón á los que hubieran ofendido; manifestaron sus sentimientos de tierna gratitud hacia los sacerdotes que, como únicos amigos en el infortunio que pesaba sobre ellos, los habían consolado y asistido hasta sus últimos momentos, y concluyeron por abrazarse los reos, después de lo cual se dieron el ósculo de paz y mutuo perdón.....

Desde por la mañana, en el lado Sur del espacio del cuadro formado al efecto por hileras de soldados, aparecieron los banquillos, cada uno, al frente del respectivo cimiento de las columnas que hoy existen en el frontispicio del Capitolio, á contar por la del Occidente, en este orden:

En el centro, el de Rodríguez; hacia el Oriente de éste, el de Russi y después el de Castillo. Al Occidente de Rodríguez, el de Carranza y el último de ese lado, el de Alarcón: todos tenían en la parte superior del poste, en letras gordas y negras, la inscripción que expresaba el nombre del reo, el lugar de su nacimiento y el crimen por el cual se le ajusticiaba. Sobre el de Russi, se leía lo siguiente:

JOSE RAYMUNDO RUSSI

NATURAL DE SANTO ECCE-HOMO

sufre la pena de muerte por el delito de asesinato.

Al frente de los banquillos estaba fijada en un poste, en letras que podían leerse de lejos, la siguiente advertencia:

"El que levantare la voz ó hiciere alguna tentativa para impedir la ejecución de la justicia, se le impondrá la pena de seis años de trabajos forzados."

En los lados Oriente y Occidente de la plaza, estaban formados, desde las nueve, los batallones Artillería y Granaderos, y en el lado Norte, el escuadrón de Húsares al mando del entonces Coronel José María Melo.

Dos toques de campana en la torre de la Catedral, anunciaron al jefe de la escolta, que había llegado para los reos la hora de emprender el viaje del cual no se vuelve. Inmediatamente entraron á la capilla, provistos de lazos, los cabos que debían amarrar á los condenados: éstos, antes de levantarse del pie del altar, besaron el suelo, recibieron la última absolución en común y se entregaron á los cabos, los cuales los ataron por los lagartos sujetados hacia atrás, pero les dejaron libres los brazos para que pudiera llevar, cada uno, un Crucifijo del cual no apartaban las miradas.

Todas las campanas de las iglesias de la ciudad tocaban plegaria, para invitar á los fieles á rezar por los que iban á ajusticiar; y en todos los monasterios de las órdenes contemplativas, estaban en oración continua, implorando la clemencia del cielo en favor de aquellos desgraciados.

Precedía al fúnebre convoy, la campana que sonaba de vez en cuando, y los demás aparatos correspondientes á la "Cofradía del Monte de Piedad": en seguida iban los reos, en el mismo orden en que estaban colocados los respectivos banquillos, cada uno acompañado de su confesor y conducido por el cabo que lo llevaba amarrado;

rodeados de los otros sacerdotes que los habían acompañado durante su lenta agonía, rezando en voz baja las preces de los moribundos, y la escolta que debía ejecutar á los condenados. La pavorosa procesión marchaba al compás regular que marcaba un tambor destemplado.

Desfilaron por los corredores altos de la cárcel, en cuyo gran patio estaban formados los otros presos: éstos, profundamente impresionados con aquel imponente espectáculo, cayeron de rodillas como movidos por oculto resorte. En cuanto á los que iban á morir, caminaban lentamente y oían con asidua atención, los consuelos que les prodigaban al oído, los confesores que los acompañaban y los tenían abrazados, como hace una madre cuando quiere defender el fruto de su amor!

Al asomar los reos á la puerta de la cárcel, se oyó gran murmullo en la muchedumbre que ocupaba las avenidas del sombrío edificio, con el fin de presenciar el sangriento drama: fue menester emplear la mayor prudencia con el objeto piadoso de que no distrajeran ni llamaran la atención de esos seres, los cuales apenas tenían ya pocos instantes para prepararse á comparecer ante el Juez que posee los eternos atributos de Justicia y Misericordia! A Russi se le alcanzaron á oír las últimas advocaciones de la Letanía de la Virgen, exclamando con voz clara: *Regina Angelorum! Régina Patriarcharum.....!*

En cuanto al aspecto físico de los condenados, en todos ellos se acentuaba el fenómeno del síntoma mortal que los médicos distinguen con el nombre de *cara hipocrática.*

Al llegar el convoy á la esquina occidental del

Capitolio, vio Russi al doctor Andrés Aguilar, se dirigió hacia él con el objeto de despedirse, y al efecto le alargó la mano; pero éste retrocedió y se ocultó en medio del tumulto.

¡ Extraña coincidencia ! Diez años después, el 19 de Julio de 1861, el doctor Aguilar moría también fusilado.

Al llegar los reos al lugar del suplicio, se situaron ocho soldados al frente de cada banquillo; se leyó en alta voz la sentencia que iba á ejecutarse y se arrodillaron los condenados al pie de los respectivos confesores que los acompañaban, los cuales se sentaron en los cadalsos, abrazaron á sus penitentes y los arroparon con el manteo á fin de poderlos exhortar con más eficacia: solo Russi permaneció de pie y en esa actitud hablaba con el doctor Durán.

Pocos minutos después de sonar en el reloj de la Catedral los tres cuartos para las once, los cabos que conducían á los condenados, los separaron de los confesores: Castillo al levantarse, alzó los ojos al cielo y exclamó con amorosa expresión— "Señor..... perdóname !" Carranza, al cual acompañaba el franciscano Padre Pontón, besó el cadalso antes de ocuparlo.

Ya estaban los reos sentados en los banquillos, amarrados y vendados, esperando la muerte, menos Russi, el cual permanecía aun de pie con su confesor: le entregó unos papeles impresos, se volvió hacia el Norte y se dirigió á la muchedumbre para gritar con extentórea voz: "*¡ Pueblo, delante de Dios y de los hombres, muero inocente.....!*" dijo otras palabras que ahogó el redoble del tambor. Contrariado con este incidente, se despidió de

su confesor, se sentó y se acomodó bien en el banquillo al cual lo ataron y vendaron.

Antes de sentarse Rodríguez en el poste fatal, se quitó la rica esmeralda que llevaba montada en un anillo de oro y se la obsequió al cabo que lo conducía: en ese momento se aproximó á éste una hermosa joven, muy bien vestida y en voz baja le dirigió algunas palabras: se dijo entonces que ellas tenían por objeto encarecerle que apuntara bien á la cabeza del reo, á fin de que hubiera certeza absoluta de su muerte!

Rodríguez estiró las piernas y las cruzó con la mayor indiferencia: Castillo y Carranza estaban resignados; Alarcón parecía un cadáver.

El silencio aterrador que reinaba en esos momentos, solo era interrumpido por las preces de los agonizantes recitadas por los sacerdotes, los cuales se retiraron poco después y se colocaron detrás de la escolta.

A una señal del Capitán Aranza, una descarga cerrada atronó los ámbitos de la plaza, á la cual contestó la rechifla general de la multitud allí reunida, como para rendir homenaje á la justicia que en esa ocasión se manifestaba implacable con los criminales.

Solo Alarcón quedó inmediatamente muerto.

Siguió un fuego graneado sobre los ajusticiados, y como éstos hacían movimientos convulsivos en su terrible agonía, el pueblo gritaba: "El doctor Russi está vivo!"—"Tírenle á Rodríguez!"—Ultimamente aun vivía Carranza, quien probablemente por la posición en que quedó fuera del espaldar del banquillo, á cada tiro que recibía movía la cabeza: á este infeliz le dieron más de diez y ocho

balazos. Rodríguez recibió, entre otros, uno en la mandíbula derecha.

Los cadáveres, despedazados y chorreando sangre, quedaron expuestos en la misma posición hasta las dos de la tarde.

En el anfiteatro del Hospital de San Juan de Dios, á donde llevaron los cuerpos de los ajusticiados, se les hizo la autopsia: Russi tenía destruída al frente del externón, la columna vertebral, cuyos fragmentos quedaron incrustados en el espaldar del banquillo.

Les dieron sepultura en el cementerio circular, en el mismo orden que ocupaban en el banquillo, hacia la mitad, á la izquierda de la calle central que conduce á la capilla.

El sermón de costumbre, después de la ejecución, lo pronunció el doctor Albarsánchez, cura de la Catedral.

Pero Russi dijo un momento antes de comparecer ante el Juez *incorruptible*, que moría inocente, y aquellas palabras impresionaron aun á las personas que tenían íntima persuación de la delincuencia de aquel hombre.

En cierta ocasión referíamos aquel incidente á un ilustrado sacerdote, quien por toda respuesta nos puso en las manos, abierto, un libro que llevaba por título: "El por qué de las ceremonias de la iglesia y explicación de casos graves de conciencia." Allí leímos consignada la siguiente doctrina: *El reo que no haya sido convencido del delito que se le imputa, por medio de la prueba plena exigida en derecho,* PUEDE NEGARLO *hasta la última hora, cuando esa negativa tenga por objeto salvar la vida.* Caso en el cual se hallaba Russi, quien por los co-

nocimientos que demostró en esas materias, no es creíble que ignorara esa distinción casuística.

Hay más: Castillo, Alarcón y Carranza, compañeros de Russi en vida y en muerte, si bien es cierto que tuvieron la *lealtad* de no inculparlo, guardaron rigurosa reserva en todo lo que pudiera contribuír para establecer el hecho de la inocencia de aquel, la que al ser cierta, los habrían compelido los sacerdotes con los cuales se confesaron, bajo penas morales gravísimas á que restablecieran el crédito y salvaran la vida de aquel hombre. Ya hemos visto que todos ellos marcharon al suplicio, después de reconciliarse entre sí, sin hacer la menor alusión á la pretendida inocencia de Russi.

Hay hombres que dan que hacer hasta después de muertos, y Russi es de ese número.

En el año de 1852 se hallaba en Granada de España el señor don Andrés Caicedo Bastida, en busca de la salud perdida, con motivo de la cal que le echaron en los ojos los bandidos que asaltaron su casa. Naturalmente tuvo deseos de conocer la maravilla que en esa ciudad dejaron los árabes, conocida con el nombre de la Alhambra. Pues bien: al mostrar la boleta de entrada al palacio, se le presentó la misma persona, con el mismo metal de voz de su *antiguo conocido* Russi: todo fue ver el señor Caicedo á su nuevo *Comendador* y volver la espalda. Atónito su compañero con semejante preceder, creyó que el americano se había vuelto loco.

Llegados al hotel, manifestó don Andrés á su amigo, que la sorpresa le provenía de haberse encontrado de manos á boca, en cuerpo y alma, con un bandido al cual habían fusilado hacía más de

un año en Santafé de Bogotá, capital del Nuevo Reyno de Granada.

El asunto llegó á noticia de la autoridad, la cual sacó en limpio, que el supuesto ó imaginario Russi que tanto alarmó al señor Caicedo, no lo habían fusilado en América en el año de 1851, por la sencilla razón de que hacía más de diez años que desempeñaba las funciones de guardián del palacio de Yezid.

Sin embargo, don Andrés prefirió no conocer la Alhambra, á trueque de no volverse á encontrar con aquel hombre que le despertaba tan amargos recuerdos.

En 1872, transcurridos veintiún años después de fusilado nuestro héroe, se propaló la *chispa* de que antes de morir un sujeto en Tocaima, declaró que él había sido la persona con la cual confundió Ferro al doctor Russi y que en tal virtud, la muerte de éste fue un asesinato oficial.

A la sazón era Gobernador de Cundinamarca el señor don Julio Barriga: apenas llegó á oídos de este Magistrado la noticia aludida, dispuso que por el entonces Prefecto del Departamento de Tequendama, se levantara, de oficio, la información que pusiera en claro aquel grave asunto.

La respuesta del Prefecto no se hizo esperar: aseguraba aquella autoridad que, de las más escrupulosas investigaciones, resultaba comprobada la falsedad de semejante aserción y añadía, que aquella noticia tendría origen probable, en los desocupados paseantes del atrio de la Catedral, los cuales se complacen en componer el mundo desde aquella permanente tribuna.

Algo más para concluír. El respeto que nos liga á la religión que profesamos, nos veda presentar al público el fundamento sobre el cual se apoya nuestra concienzuda persuación de la criminalidad del desgraciado que se llamó José Raimundo Russi.

IX

LA EMPAREDADA

Pasados los últimos movimientos políticos producidos por la revolución que conmovió al país, hasta mediados del año de 1852, empezaron á llegar á Santafé, los diversos batallones formados en el Norte de la República, con reclutas, atrapados, la mayor parte, en la entonces provincia de Tunja, semillero inagotable de nuestros mejores soldados, los cuales entonces, lo mismo que Dios quiera que no haya necesidad de que suceda en la actualidad, y como indudablemente sucederá en lo futuro, se batieron con bravura y disciplina en los memorables y sangrientos campos de batalla de Garrapata, Buesaco, Anganoy, y en muchos otros agarrones más ó menos importantes, en los cuales se demostró, por la milésima vez más, que los colombianos son valientes, pero sin otro resultado práctico que el de dejar unas cuantas viudas, huérfanos y ancianos desvalidos, abandonados á su propia suerte,

puesto que las guerras solo han producido entre nosotros el imperio de la violencia y de la iniquidad en todas sus formas: si la guerra compusiera algo, Colombia sería el país más perfecto del mundo, porque aquí la hemos hecho hasta por hacer ejercicio.

Como íbamos diciendo: entre los batallones que entraban á esta ciudad para seguir después de algún descanso á sus respectivos destinos, se contaba uno en cuyo escalafón estaba inscrito el nombre de Pedro Siachoque, natural de Sutamarchán. En una tarde del mes de Agosto, pidió permiso á su cabo para que, en compañía de otro camarada, les permitiera salir á dar un paseo por la ciudad, á fin de no regresar á su tierra sin conocer las maravillas de Santafé; concedida la licencia, emprendieron marcha nuestros dos *touristas* y se dirigieron instintivamente á la parte Sureste de la población, sin duda, porque en esas localidades encontraban barrancos y despeñaderos que les reproducían el aspecto topográfico de la comarca en la cual nacieron y vivieron felices, hasta el día en que, en mala hora, se les creyó útiles para ir á atajar balas con su cuerpo por cuenta ajena.

Con la boca abierta y de asombro en asombro, andaban al acaso aquellos ex-reclutas, hasta que llegaron á inmediaciones de las paredes que servían de división, entre una casa situada en la vecindad del cuartel de Artillería y el solar en el cual se hallaban. Allí se le ocurrió á Siachoque una necesidad íntima, y sin esperar á que su compañero le dijera como don Quijote á Sancho—*Retírate tres ó cuatro allá!*—dio principio á su asunto, *quam tábula rasa.*

En lo mejor del cuento estaba el soldado, cuando sintió un ruido particular, semejante al que producen los roedores al tratar de abrir tronera en los muros; alzó la vista con el objeto de conocer la causa de lo que ocurría, pero sin decir palabra y con los calzones á dos manos, se retiró despavorido exclamando con voz entrecortada—San Jerónimo! Ave María Purísima! Jesús me ampare y me favorezca! Al oír el compañero de Siachoque las invocaciones de éste, sin comprender el motivo de tanto miedo, lo imitó y aun superó en sus expresiones de espanto, hasta situarse á prudente distancia: repuestos en algo del incomprensible pánico que los dominaba, preguntó el camarada á Siachoque, un "¿qué es?" que valía un reino.

—Un alma en pena que me ha asustado!

—Donde?

—En aquella *ahojada: mirala!*

El camarada debía ser hombre práctico en asuntos de exorcismos, porque inmediatamente se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—De parte de Dios ó del diablo, *decinos* qué *querés!*

Sin obtener contestación de la supuesta alma en pena y sin ánimo para acercarse á la *ahojada*, resolvieron ir al cuartel y dar parte de lo que les había sucedido. Volvieron acompañados del cabo y de otros soldados, aunque nada adelantaron aquellos hijos de Marte, porque si bien estaban acostumbrados á hacer frente á los enemigos tangibles ó corporales, no se creían con fuerzas para acometer á las almas del Purgatorio ó á los vestiglos, cosas enteramente iguales para aquellas gentes sencillas.

Enviaron por otro refuerzo, el cual llegó al mando de un eficial experimentado, provisto de armas y municiones suficientes, por cuanto ya empezaban á creer que se trataba de algún nuevo *pronunciamiento*.

Ocupado el campo sobre el cual se iban á emprender las operaciones bélicas y asegurádose en primer lugar honrosa retirada, envió nuestro impertérrito oficial una guerrilla de avanzada hacia el agujero que en esos momentos jugaba el papel de la *Esfinge* de Tebas.

Los soldados se aproximaban serenos hasta situarse a dos ó tres metros de distancia de la pared enigmática, pero al llegar allí se detenían como si estuvieran clavados en el suelo y se animaban, cuando más, á estirar el cuello á fin de ver si así lograban distinguir el objeto que les tenía embargadas todas sus facultades y les producía al mismo tiempo un pánico inexplicable.

Extraño fenómeno tenía lugar en aquella localidad: los mismos hombres que, en Garrapata (primera) resistieron el choque de terrible caballería lanzada al combate por los intrépidos José Vargas París (el Mocho), Vicente Ibáñez y Domingo Caicedo; los que bajo las órdenes del bizarro General Manuel María Franco en las breñas inespugnables de Pasto, vencieron en Buesaco y Anganoy á las huestes aguerridas que seguían á los ir signes guerreros Julio Arboleda y Jacinto Córdoba los mismos, en la capital de la República, no s atrevían á afrontar el *peligro* imaginario de ace carse al pequeño agujero que encerraba el mister incomprensible.

Al fin se dio aviso al Alcalde, diciéndole que por entre una *ahojada* de la casa en cuestión, se distinguía, *á no dejar duda*, la mano de un muerto, la cual hacía señas como convidando a que se le acercaran: nuestro hombre civil que no tenía miedo á la muerte, tal vez por no haberla visto de cerca como los militares, se aproximó al punto indicado y vio distintamente una mano descarnada, apergaminada y con evidentes señales de que el cuerpo al cual pertenecía, debía hallarse en terrible angustia.

No faltó quien le diera el consejo de que, á ejemplo de lo que hicieron los vecinos de Tulúa, los cuales para introducir una viga *tiranta* en la iglesia, derribaron la fachada, se procediera a destruír esa parte de la casa: en previsión de que el asunto que los preocupaba se relacionara con algún posible hecho criminoso, el Alcalde hizo rodear la casa y se introdujo á la misma, bien acompañado, por lo que pudiera suceder.

Se llamó á la puerta, pero no contestaban: visto lo cual por el Alcalde gritó:—*la autoridad*— y añadió que si no abrían inmediatamente echaría la puerta abajo; la intimación hizo su efecto, y en consecuencia, oyeron los que golpeaban un prolongado *¿quién es?* recitado en voz chillona y en un diapasón que revelaba el mal humor de la persona que contestaba. Al fin, después de otro *¿quién es?* se abrió la puerta de la calle y se presentó á la vista de los que entraban, una mujer que entraría cuarenta años de edad, pálida, sumamente delgada, de mediana estatura, aprisionado el cabe- por un pañuelo de seda amarrado en la cabeza,

vestida con traje de lanilla color de café, zapatos de cuero y medias blancas, zarcillos de oro y pedrería, pendientes de dos enormes orejas, y una gargantilla de cuentas de oro que terminaba en un medallón colgado al cuello. Todo fue encontrarse nuestros hombres al frente de aquella figura y estrecharse unos contra otros en actitud defensiva, como si tuvieran que habérselas con alguna fiera. El Alcalde, que por lo visto sabía *donde le apretaba el zapato*, le dijo al oído al oficial:

Si esta bruja no pertenece á la raza felina, yo no entiendo de Historia Natural.

Después del saludo que aquella no contestó, le preguntó el Alcalde quién vivía allí.

—Yo, respondió la mujer.

—¿ Y quién es yó ? replicó aquél.

—Trinidad Forero, dijo aquélla.

El Alcalde expuso sin rodeos á la Trinidad el motivo que los llevaba á esa casa, para lo cual esperaba que se sirviera permitirles practicar un reconocimiento.

—Aquí no hay nada que ver ni que rondar y yo estoy en mi casa, dijo aquella arpía; no permito que entren sino sobre mi cadáver.

Ante semejante exabrupta negativa, no había término medio : se la amenazó con proceder á viva fuerza si se oponía al mandato de la autoridad, visto lo cual amainó la dueña de casa, diciéndole que hicieran lo que se les antojara, pero que ella iba para que no la ultrajaran. Por de contado q no se le dejó salir, y antes bien, se le hizo presen que debía acompañarlos en la exploración que tentaban hacer.

La casa se componía de un angosto zaguán que conducía á un corredor, á la derecha del cual se encontraba la puerta que daba entrada á una salita que recibía la luz por una ventana del lado de la calle, con lienzos en lugar de cristales y fuertes cerrojos para seguridad de la moradora; á la izquierda de la sala, al entrar, había otra puerta de bastidores forrados en tela de percal rosada, por la cual se entraba á una alcoba estrecha y oscura.

El mueblaje de la casa se resentía de mal gusto y gran desaseo, como es de uso y costumbre entre nuestras gentes de *medio pelo*, notándose con extrañeza la completa ausencia de imágenes ú otros objetos que dieran fe de los sentimientos piadosos de aquella mujer.

Al frente del corredor principal existía otro edificio en el cual estaban las tres piezas de ordenanza en aquellas casitas de más que problemática moralidad, á saber: el comedor, la despensa y la cocina. Otra particularidad notaron los nuevos huéspedes de esa casa: la Trinidad vivía sola.

Habiendo entrado á la sala, la dueña de casa no invitó á sus visitantes para que tomaran asiento; lejos de eso, permaneció en pie con aire amenazador y dejaba comprender, con toda la posible grosería, el enfado que le rebosaba: terminada la inspección de la sala, era claro que tenían que continuarla en la alcoba contigua, por cuanto en esa dirección se hallaba el solar al cual correspondía la *ahojada silítica;* pero al dirigirse el Alcalde hacia dicha pieza, la Trinidad se plantó en la mitad de la puerta, tomó un palo de escoba en una mano y unas grandes tijeras en la otra, y le manifestó categóri-

camente, que el primero que intentara introducirse en su alcoba encontraría allí su tumba!

Más asombrados que temerosos por aquella baladronada, los asistentes contemplaban á esa mujer que tenía en esos momentos el aspecto de todos los pecados capitales reunidos; al fin no era posible que tantos hombres juntos y armados, retrocedieran ante la ira de aquellas faldas, y resolvieron, *coute que coute*, entrar á la pieza prohibida. Se ayalazaron sobre ella y la sujetaron, no sin tener antes que soportar rasguños y mordizcos de aquella que ya parecía endemoniada; amén del tropel de injurias y blasfemias inauditas que les vociferaba, echando espumarajos de rabia y despecho, y dirigiendo miradas de espantoso odio hacia la cama de colgadura de muselina arrimada á la pared: allí debía encontrarse la solución del enigma.

Asegurada aquella furia, se procedió á retirar la cama de junto á la pared, con lo cual quedó en descubierto el hueco murado sin blanquear de una puerta: no se oía en ese lugar ningún ruido que indicara la existencia de un ser viviente, pero como tenían ya la evidencia de que esa parte de la casa correspondía á la pared exterior en la cual se hallaba la *ahojada* misteriosa, se hicieron llevar barras, con el fin de derruír la pared, de adentro hacia fuera y de arriba para abajo, á efecto de no causar daño al objeto que estuviera en la parte interior.

Al golpe del primer barrazo se produjo un ruido sonoro, lo cual indicaba que la pared era hueca en esa parte: al segundo golpe se desprendió un adobe que al caer dejó ver con la luz que entraba por la *ahojada* de la parte exterior, que los exploradores se hallaban al frente de un vacío en

parte de la pared, tapado en citara por ambos lados; al mismo tiempo se esparció en aquella estrecha álcoba una fetidez insoportable.

No había duda posible: estaban al frente de una fosa en la cual debía yacer algún cadáver en descomposición, y en tal virtud se ataron un pañuelo en la cara con el objeto de precaverse contra los gases pestilentes que los asfixiaban.

No bien hubieron derruído lo suficiente para observar lo que existiera en el fondo de aquella cavidad, vieron—¡qué horror!—una momia medio envuelta en asqueroso sudario que reposaba sobre un lecho de estiercol y de millares de gusanos blancos que pululaban por todas partes; lo más horrible de aquel repugnante espectáculo era, que *eso* que tenía aun alguna forma semejante á la raza humana, hacía débiles movimientos con las manos en actitud deprecatoria, implorando compasión y dirigiendo á todos las miradas más lastimosas y tiernas, de cuyos ojos apagados pero expresivos brotaban gruesas lágrimas!

Ya no había lugar á vacilación—aquella debía ser la víctima de esa nueva Megera, la cual, imitando a su modelo, anhelaba porque aquel ser humano no muriera para hacer más larga la duración de los tormentos con los cuales afligía con inaudita crueldad á aquel desdichado cuanto indefenso ser.

Entre tanto, la Trinidad lanzaba hacia aquel lugar miradas espantosas, dejando comprender el odio más feroz contra aquella su indudable víctima, al mismo tiempo que no ocultaba la satisfacción que experimentaba al verla reducida a semejante estado de repugnante deformidad.

Hay acciones en la vida, que para llevarlas á

buen término, se necesita poseer gran sentimiento de abnegación, estoicismo y, más que todo, caridad ardiente: tal era el caso de que nos ocupamos. Se trataba nada ménos que de recoger y sacar de entre aquella sepultura improvisada, un *cuerpo vivo* en perfecta putrefacción y, por consiguiente, sin parte sana por dónde asirlo: la sola idea de tener que abrazarse con aquella momia, les hacía erizar los cabellos á los circunstantes.

Pero pasaba el tiempo y era preciso tomar alguna determinación: los soldados oponían gran resistencia á prestar ese servicio humanitario, no por mala voluntad, sino por la invencible repugnancia que los dominaba. Al fin se les ocurrió salir á la calle á buscar á la primera *aguadora* que pasara, con el objeto de obligarla, *por bien ó por mal*, á que los sacara del apuro. No fue difícil hallar á la que buscaban, pues á pocos instantes pasó por allí una de aquellas *mujercitas*, vestida de harapos, con su *múcura* colgada á la espalda dentro de una red ó *cargador* y, poco más ó menos, tan asquerosa como la misma momia: se le propuso el negocio *de por buenas*, mediante un buen *golpe de chicha*,—tentación alhagadora para aquella clase del pueblo, y aceptada sin vacilar por la *aguadora*, la cual dijo que no era *recelosa*, y si no, que lo digera su amo Perico al cual le cortaba el sebo *olisoso*, antes de derretirlo para hacer las velas chorreadas y el jabón de la tierra.

Satisfechos con el hallazgo, volvieron á la alcoba, en donde después de santiguarse una cuantas veces y encomendarse otras tantas Nuestra Señora de Chiquinquirá, la *aguadora* acercó resueltamente al hueco de la pared, reco-

lo que allí encontró y lo puso, sin pensar en lo que hacía, sobre la cama de la Trinidad. Esta lanzó un rugido parecido al del jaguar cuando se le escapa la presa que ya cree asegurada para saciar su voraz apetito.

La impresión producida en las personas que presenciaron aquella escena, debió ser igual á la que experimentaron los fariseos al ver salir resucitado á Lázaro, ya fétido, de su tumba; pero aquí, en presencia de aquel sér indefenso, reducido á la más espantosa situación, alternaban confundidos los sentimientos de horror compasivo por la víctima y de indignación contra sus crueles é inhumanos verdugos. Hubo necesidad de recogerla en una parihuela, á fin de que el cuerpo no se les disgregara entre las manos al tratar de conducirlo al Hospital, con el objeto de ver si se podía devolverle el habla á fin de que revelara las causas y el nombre de los autores de aquel crimen inaudito. En cuanto á la presunta autora de él, se la condujo al divorcio, mientras se instruía el correspondiente sumario. La Forero se encastilló al principio en despreciativo silencio, y se daba las ínfulas de acusadora en vez de las de acusada.

Si en alguna ocasión se manifestó interés en nuestra sociedad por la conservación de la vida de una persona, fue, sin duda, aquella en la cual se ansiaban conocer las peripecias de aquel espantoso drama. Los doctores Antonio Vargas Reyes é Ignacio Antorveza, se disputaron la labor de restablecer, como al fin lo lograron, en lo posible, las fuerzas vitales de aquella infeliz víctima de los más furiosos CELOS. Empezaron por coserle la boca, la ual la tenía cortada de *oreja á oreja*, á fin de que

reduciéndosela á su proporción natural, pudiera articular palabras ó hacerse entender, pues no daba señales de que supiera escribir ó leer. Conseguido ese primer buen resultado, *La Emparedada*, nombre con el cual se le conoció, hizo la siguiente exposición bajo la gravedad del juramento, y lo que fue más espantoso aún, confirmada por la fría confesión de su cruel perseguidora.

La madrina de *La Emparedada* la concertó como sirvienta en casa de Trinidad Forero, mujer de carácter arrebatado y de pasiones violentas. Poco después de vivir con aquella mujer, empezó á tratarla con dureza y á maltratarla aun cuando no le daba el menor motivo. En una ocasión, la envió su señora á un mandado por los Laches, en busca de una lavandera; pero el verdadero objeto era el de alejarla de la casa á fin de preparar la inicua venganza que meditaba contra ella, porque un señor *que la visitaba*, y cuyo nombre ignoraba la muchacha, le dijo á la Forero, que tenía una criadita muy bonita con la cual se iba á casar.

Entrada la noche volvió del mandado y sin decirle nada su señora, le ató las manos atrás y los pies, y le amarró un pañuelo en la boca después de introdulirle una piedra para que no pudiera gritar. En esa posición la dejó toda la noche h sta el amanecer del día siguiente en que empezó á arrancarle el cabello, en cuya operación duró casi todo el día sin darle ningún alimento. Por la noche le puso un emplasto en la cabeza, que le produjo ardor insoportable y al fin le formó una llaga desde la nuca hasta los ojos, pues también l arrancó la cejas y pestañas.

Al segundo día se sentía agotada aquella mártir, después de pasar dos días sin comer ni beber, y como ya no tenía fuerzas ni podía quejarse, la Trinidad, consecuente con su infernal proyecto de atormentar á la que creía su rival, le suministró un posillo de agua fétida y *un bocado de mogolla*.

Cuando aquella nueva Medea creyó que la muchacha tendría más alientos para sufrir, se puso á sacarle uno á uno, todos los dientes y muelas, y para ello se sirvió de unas tenazas de las que usan los zapateros. No satisfecha aún aquella infame furia con lo hecho, aplanchó á la infeliz con planchas calientes, todas las articulaciones, las costillas y la columna vertebral; y como si aun no fuera suficiente, le cortó las orejas y le prolongó la boca hasta los oídos.

Terminada aquella tarea, de cuyos resultados debió de horrorizarse el mismo demonio, la Trinidad encendió dos velas al lado de su víctima, le puso un espejo al frente y le dijo con acento de espantosa satisfacción: ya no se casará *aquel* con la criadita bonita! En seguida arrastró á la muchacha hasta el hueco de una alacena que había en la pared y, personalmente con la mayor calma, emparedó á la que según ella no debía contarse más en el número de los vivientes.

Pero no era con el objeto de matarla ó hacerla morir, que la Forero había emparedado á esa muchacha; no, era para gozarse en verla sufrir por la *ahojada* que dejó hacia el lado del solar de la casa, y al mismo tiempo darle en cantidades exiguas, cada tres días, el alimento indispensable para que aquel cuerpo no dejara escapar el soplo de vida que lo animaba.

¡Ya puede figurarse el lector los tormentos y angustias sin cuento que sufriría aquella pobre niña, hija del pueblo, abandonada de los hombres y sin otra perspectiva que la muerte lenta, la cual, para mal suyo, tardaba en llegar!

Tres meses mortales habían pasado para aquella desdichada, teniendo por único consuelo los sarcasmos de su cruel perseguidora ó los golpes que la Forero daba en el tabique, cerca del cual había colocado la cama, para gozarse en los débiles quejidos que el frío, el hambre y el dolor arrancaban á su aborrecida supuesta rival. Sin la casual llegada de los soldados al pie de la *ahojada*, ¡sólo Dios sabe cuánto tiempo habría durado aquel espantoso suplicio!

Repuesta algún tanto *La Emparedada*, llegó el momento de poner frente á frente la víctima y su victimaria; aquel fue un acto interesantísimo: *La Emparedada* sobrecogida de terror y espanto, suplicaba que no la dejaran atormentar más de su señá Trinidad: ésta se cruzó de brazos; recogió el pañolón en el cual estaba envuelta de atrás hacia adelante, fijó una mirada indefinible sobre su víctima, la contempló en silencio y hablando consigo mismo dejó escapar estas palabras:—¡Así está bien!

En la declaración indagatoria, expuso aquella Jezabel santafereña, que odiaba de muerte á esa muchacha, porque ella era la causa de que se le hubiera *desbaratado* el matrimonio que hacia mucho tiempo tenía proyectado, por lo cual había ocurrido al para ella, sencillo expediente, de desfigurarla primero, y después esconderla en donde s muriera *poco á poco* sin hacer escándalo ni llam la atención.

Si en todas ocasiones causan funestos efectos el arrebato de los celos, en una mujer como la que nos ocupa, pasada de los treinta y nueve años, que es la edad que más temen las solteras deseosas de casarse, sin educación ni principios religiosos, se desarrolla esa pasión que produce monstruosas alteraciones en las facultades intelectuales y les hace aparecer como buenos y lícitos, todos los actos que tiendan á anonadar el objeto que los causa con razón ó sin ella, y les pervierte el sentido moral hasta conducirlas á los mayores excesos de crueldad, de los cuales no será el primero ni el último de los ejemplos, el caso presente.

Convicta y confesa de los delitos de tentativa de homicidio y maltratos personales en máximo grado, el Jurado sentenció á Trinidad Forero á sufrir la pena de diez años de encierro en la reclusión de Guaduas, en donde murió algún tiempo después á consecuencia de una fiebre maligna. Su víctima, reducida á completa invalidez y á absoluta miseria, se hacía conducir sentada en una silleta implorando la caridad pública en Santafé, á fin de procurarse la subsistencia. ! Por altos juicios de Dios, sobrevivió algunos años á su cruel perseguidora !

X

ENVENENAMIENTO Y ROBO HECHO AL PRESBÍTERO DOCTOR RUDESINDO LÓPEZ, CURA DE SANTA BÁRBARA

Tras de prolongada labor espiritual y material en diferentes curatos de la Arquidiócesis, sufriendo en unos la inclemencia del frío y en otros los ardores del Senegal, logró el presbítero doctor Rudesindo López, después de pasar por concienzudo examen en las *oposiciones* convocadas al efecto, que el curato en propiedad de la parroquia de Santa Bárbara se les discerniera, en parte, como un premio y lugar de relativo descanso por sus antiguos y meritorios servicios prestados en la carrera eclesiástica por más de medio siglo de sacrificios y privaciones.

Para aquellos que no se toman la pena de profundizar el sentido de las palabras, un curato es el punto culminante al cual puede aspirar el sacerdote aficionado al reposo y a la buena vida material: generalmente se cree que para el deser-

ño de las funciones de párroco, basta saber leer latín y poseer una buena mula para atender á las confesiones fuera de la población. Pero bien se conoce que no saben *de la misa la media* los que tal piensan; y si no, veamos muy por encima lo que pasa en aquel supuesto lecho de rosas.

Después de siete años de asiduos estudios en el Seminario, logra un joven recibir las órdenes sagradas y quedar así en aptitud de irse por esos mundos de Dios, á cumplir su misión de ser el doctor de las gentes; pero ese joven que ha cultivado su inteligencia nutriéndola con las sublimes doctrinas que le prescriben el amor á sus semejantes y la completa abnegación de si mismo, carece de la necesaria é indispensable experiencia para ir á evanjelizar en lejanas y miserables poblaciones, sumidas de ordinario en los vicios más groseros. Sin embargo, nada arredra á nuestro inexperto levita porque cuenta con la infalible promesa de aquel que dijo:—"Yo os envío como ovejas en medio de los lobos, y no penseis en lo que habeis de hablar, porque oportunamente se os dará lo que habeis de decir."

La llegada de un nuevo cura á los pueblos, se considera siempre como un acontecimiento notable para sus moradores, por mil razones: para unos es gran fortuna salir del *monigote* que los tenía fastidiados porque les predicaba todos los domingos el respeto á la propiedad, la fidelidad conyugal, la obligación de adorar á Dios, y exigía la reforma de costumbres. Otros creen que con la salida del cura viejo y la venida del nuevo, pueden continuar sin escrúpulo, la vida de escándalo que llevan, por

cuanto el párroco que llega, no conoce como el que se va, las llagas que los devoran.

Pero tiene otra faz nada envidiable la vida de un cura: no puede decir á ninguna hora del día ó de la noche:—este instante me pertenece.—¡Cuántas veces agobiado por la ruda fatiga del día y cuando aun no ha podido cumplir con la imprescindible obligación de rezar el Oficio divino, debe posponer hasta las más exigentes necesidades de la vida por acudir, tarde de la noche, al lecho de algún moribundo y consolar á la desolada familia! Y esto sin que las más de las veces, ni aun siquiera se lo agradezcan, ya que no les proporcione enemigos irreconciliables por las ambiciones bastardas que desvaneció su oportuna presencia.

Cuando ya el cura conoce á sus feligreses y empieza á recoger el fruto de sus constantes vigilias, principian los *gamonales* perjudicados con la moralidad del pueblo, á trabajar con celo infernal á fin de que les cambien al párroco que con sus *doctrinas intolerantes y alusiones personales en sus predicaciones* tiene divididas las familias ó cosa parecida. La autoridad eclesiástica, con el deseo de aplacar los ánimos y de restablecer la buena armonía, se ve obligada muchas veces á su pesar, á prestar oídos á las *reclamaciones y representaciones* que le llegan por millares, aunque el vecindario quejoso no pase de cien almas, y cambia el cura, enviándoles otro, el cual tiene que recorrer la misma *vía dolorosa*. Esta es, á no dudarlo, la razón por la cual los párrocos juegan el mismo papel de las fichas de ajedrez

Ultimamente, después de que un sacerdote ha medido á palmos el extenso territorio de la

quidiócesis, lidiando á la gente más insoportable del mundo, y de haber perdido hasta la cultura en sus maneras por el constante trato con la parte ruda y vulgar de nuestras poblaciones, empiezan á acercarlo á los centros de civilización, y algunos llegan hasta ocupar un asiento en el Capítulo Metropolitano ó á regir alguna de las importantes parroquias de esta ciudad.

Tales fueron los antecedentes del doctor López, los cuales debieron hacerla esperar, que después de pasar su vida consagrada al bien de sus semejantes, terminaría en paz su venerable ancianidad; sin embargo, no fue ese el resultado final de aquel digno sacerdote, sin duda para que se cumpliera aquel aforismo vulgar que dice: *El hombre propone, Dios dispone y el indio lo descompone.*

A mediados del año de 1853, aún permanecía el doctor López al frente de la parroquia de Santa Bárbara, estimado de sus feligreses y consagrado en absoluto al desempeño de las delicadas funciones anexas al cargo de cura de almas; pero lo que hacía más notable á ese sacerdote, era el buen gusto y esplendor con los cuales presentaba las funciones religiosas, no obstante la ingrata construcción y pobreza del templo puesto á su cuidado.

Inútil decir que todo el vecindario del barrio propendía gustoso á la celebración de las fiestas que iniciaba el doctor López; pero ningún vecino tenía el cura que fuera tan solícito en todo lo que tuviera relación con la buena marcha de los asuntos de la iglesia, lo mismo que por lo que se relacionara hasta con los menores detalles concernientes á su persona, como el doctor Manuel Prieto su íntimo amigo y consejero; el que lo acompañaba,

llegado el caso, de dia ó de noche á las confesiones lejanas; el anfitrión obligado de su mesa, el que se encargaba como un *alter ego* de distribuír las invitaciones para la construcción de los altares y arcos en las procesiones de la octava, y en una palabra, el tutor y curador amoroso de aquel anciano crédulo y sencillo por demás.

Era el difunto doctor Prieto, que en paz descanse, un hombre obeso, por lo cual lo llamaban *El tonel*; de treinta y cinco años de edad, bajo de cuerpo, indio mestizo, espécimen-tipo de la malicia y marrullas de las dos razas que representaba, abogado gárrulo, pero tinterillo formidable; falsificador inimitable de firmas, hasta tal punto que ni el mismo propietario podía distinguir el fraude, compadre de todo el populacho del barrio, de carácter aparentemente franco, pero con más dobleces que un hongo, gran negociante de caballos resabiados ó inútiles, los cuales hacía pasar como modelos de la estirpe, merced á los artificios que empleaba con maravillosa destreza, para engañar hasta á los mejores veterinarios; en una palabra—no tenía el diablo por donde desecharlo.

Era de ver al doctor Prieto alardear de fervoroso observante en las fiestas religiosas de su parroquia, pero muy especialmente en la misa mayor del *primer domingo*; el primero que se acercaba á tomar el agua bendita al tiempo del *asperges*, cogía afanoso el *estandarte* para tomar la van guardia en la procesión que recorría el templo con duciendo al Santísimo, hasta colocarlo en el tabe náculo. Si había sermón, tenía buen cuidado situarse al frente del púlpito, a fin de que su *ta Rudesindo*, nombre con el cual llamaba al doc

López, lo viera sirviendo de edificación y buen ejemplo á los demás feligreses.

El doctor López vivía en la casa alta y baja situada al Sur de la iglesia de Santa Bárbara, y su servidumbre se componía de su fiel cocinera Pascuala, del pastuso Chaves casado con María, la hija de la cocinera, y de una muchacha sirvienta; tenía fama de ser hombre acaudalado en onzas de oro y *plata labrada*, como comprobante de lo cual bastaba entrar en la casa para ver y palpar las vajillas y otros servicios que de dicho metal se veían por todas partes.

En una de tantas ocasiones que se le ofrecieron á Prieto para el buen éxito de su premeditado plan, escogió el día de la fiesta de la Patrona del barrio, con el objeto de tomar su asiento predilecto junto á un *distinguido caballero*, el cual por su porte y talante, lo mismo que en las cultas maneras que lo distinguían, dejaba adivinar, al primer golpe de vista, la sangre azul que le corría por las venas. Después de la misa pasaron estos sujetos á la casa del doctor López; al entrar éste á la sala donde lo esperaban, le salió Prieto al encuentro y con el tono más natural del mundo, presentó al *caballero*, con la siguiente introducción:

—Taita Rudesindo: tengo el gusto de presentarle á mi mejor amigo y compañero, el señor don *Pacho Morales*, al cual he invitado á almorzar en compañía de los vecinos.

—Sea muy bien venido el señor don Pacho: están ustedes en su casa—contestó el pobre cura gritando á Pascuala para que apurara con el almuerzo porque eran las once de la mañana y él estaba en ayunas.

El doctor López, con la benevolencia que lo caracterizaba, acababa de abrigar en el seno, no una, sino dos víboras que debían devorarlo.

Entre las familias más notables de Santafé, se contaba sin disputa la de Morales, vástago de antigua y noble alcurnia española, poseedora de cuantiosos bienes de fortuna; adornados sus miembros con dotes intelectuales nada comunes y hasta favorecidos por la suerte con un personal distinguido y de costumbres fastuosas; en una palabra, si hubo alguna familia que pudiera llamarse favorecida de la suerte, fue, á no dudarlo, aquella que hoy recordamos.

El hijo consentido de aquella casa, y que como tal debía tener por divisa el lema de—*nobleza obliga*—recibió esmerada educación é hizo con lucimiento los estudios de Derecho hasta recibirse de abogado de la República. Todo le pronosticaba el porvenir más brillante, para lo cual solo tenía que seguir la ruta que le trazaron sus ilustres antepasados; pero la fatalidad contrarió esos antecedentes para hacer del hijo mimado de aquella desgraciada familia, el tormento de esta ciudad y la ruina de los suyos.

Era *Pacho Morales* lo que se llama un hombre esbelto: de alta estatura, color blanco-rosado, ojos garzos, cabellos y barba rubios ligeramente crespos, manos y pies perfectos, de fisonomía franca y comunicativa, pulcro y elegante en el vestir, de un aticismo en el modo de hablar que encantaba á todos los que lo escuchaban. Entraba á todas partes para divertir á las gentes con sus innúmero chistes y crónicas, inventados ó ciertos, genero hasto rayar en pródigo, lloraba con el triste, re

con el alegre y se hacia propios los asuntos prósperos ó adversos de aquellas personas de las cuales se decía amigo. ¡ Contrista la idea de que tan bellas y raras condiciones personales, tuvieran por único objeto la realización de planes siniestro, puestos al servicio del crimen !

Desde el día en el cual tuvo lugar la presentación del *mejor amigo y compañero* de Prieto al doctor López, empezaron á menudear las visitas de aquéllos, en tales términos, que se les veía á todas horas en la casa del cura, viniendo así á constituirse en una cuasi-familia que arreglaba y disponía lo relativo á las operaciones domésticas de la casa parroquial; en una palabra, lograron poseer la plena confianza de aquel sacerdote, hasta el extremo de que Pascuala se les pusiera celosa, á causa de la influencia perdida en la casa y acerca de lo cual no dejaba de echarle sus indirectas á su *amo cura*; éste la tranquilizaba diciéndole que sus amigos le manifestaban tal adhesión y cariño, que él no podía resistir á la inclinación de aprecio que sentía hacia esos caballeros, los cuales posponían sus propios intereses y atenciones, para dedicarse á servirle tan desinteresadamente, que podía decir con toda propiedad que le adivinaban los pensamientos.

El tiempo pasaba entre tanto y al doctor López le sucedía lo que á todos los mortales—por cada veinticuatro horas que recorría la aguja del reloj, debía aumentar un día más á la fecha en que nació, y un día menos al término fijado para salir de este mundo. Así debió comprenderlo, y como era dueño de cuantiosas riquezas, creyó prudente arreglar sus cosas á fin de hacer algunos legados destinados á obras de beneficencia y caridad y dejar

asegurada la suerte de las personas de su servidumbre, las cuales lo habían acompañado durante largos años, dándole muestras de verdadero cariño.

En una de tantas visitas que le hacían al doctor López los que él creía sus sinceros amigos, los llamó á su cuarto de estudio y con la mejor buena fe, les comunicó sus proyectos de testamento; aquellos se dirigieron una mirada significativa y sin desconcertarse en lo más mínimo, le aprobaron en absoluto su laudable intención, y al efecto, ambos *Abogados* le ofrecieron ayudarle, oficiosamente, para que llevara á cabo tan justa como acertada resolución, y convinieron en que no pasaría la semana en la cual estaban sin que ese asunto quedara terminado; así lo dijo el doctor López al pastuso Chaves, á quien le profesaba especial cariño.

Dos días faltaban aún de la fatal semana, en la cual debía aquel anciano desprenderse de los bienes perecederos.

El doctor López se levantó un día temprano según su costumbre, y como tenía que decir misa cantada á las ocho de la mañana, no tomó desayuno; á las nueve entró á la casa cural y pidió el almuerzo á Pascuala. Esta, con la acuciosidad y veneración que profesaba á su antiguo amo, se apresuró á servirlo, y al efectó, le presentó un plato de *ajiaco con pollo*, recomendándoselo como obra maestra del arte culinario.

Consumida la sopa y prodigados los mayores elogios á Pascuala, continuó el Cura su almuerzo; mas antes de tomar el chocolate final, sintió un ligero retortijón que lo hizo desistir por esa vez de aquella su bebida fovorita; encendió el cigarro de costumbre, pero otro retortijón más fuerte lo oblig

á levanterse, diciendo á su cocinera que lo preparara alguna agua aromática que le precaviera del mal de estómago que lo amenazaba. Aún no había llegado Pascuala á la cocina, cuando oyó un alarido del doctor López; corrió á ver la causa de ese grito de dolor, y vio á su amo estirado en un sofá de la sala, con los ojos volteados, echando espuma por la boca, con las manos crispadas y sin poder articular palabra.

Angustiada la buena mujer con la inesperada situación de su señor, gritó á su hija y envió inmediatamente á dar aviso al doctor Prieto y á la casa de don José Rodrigo Borda, situada al extremo Sur de la cuadra en la cual está edificada la iglesia de Santa Bárbara. Pocos momentos después se presentó el último en la casa cural con el objeto de ver en qué podía servir á su vecino y amigo, y allí supo con sorpresa, que el doctor López había muerto á consecuencia de un *cólico miserere*, y que con el objeto de evitar la descomposición del cadáver, iban á proceder á su embalsamamiento..... !

Admirado el señor Borda de la precipitación con la cual pensaban hacer la autopsia de una persona que pocos momentos antes había muerto repentinamente, manifestó con cierta vehemencia muy justificable, que al menos debían esperar á que se enfriara el cuerpo del cura para abrirlo; oído lo cual por Morales y Prieto, quienes estaban ya en la pieza en que yacía el doctor López, salieron al corredor é interpelaron bruscamente al señor Borda, y le manifestaron que él nada tenía que hacer en esa casa y que además ellos sabían lo que estaban haciendo. Don José se retiró escandalizado de lo que pasaba, y así lo hizo com-

prender á los numerosos vecinos y amigos del párroco, que acudían azorados en solicitud de la triste nueva que ya circulaba por todo el barrio.

Entre tanto Morales y Prieto, acompañados del médico Ramón Morales, hermano de Pacho, se encerraron y embalsamaron el cadáver del doctor López y no abrieron la puerta de la sala, hasta que no lo hubieron colocado convenientemente revestido con el traje sacerdotal de *rúbrica* para esos casos.

La noticia del ataque, muerte y embalsamiento del Cura de Santa Bárbara, se esparció en breve tiempo por la ciudad, produciendo en el ánimo de todos, la penosa impresión de que en esa muerte había entrado el delito como principal factor, y ya se sabe que *vox populi vox Dei*.

Circulaban los más siniestros rumores respecto de los acusiosos y precipitados amortajadores de aquel sacerdote, con el cual no los ligaba otro lazo sino el de fingida amistad. Se decía que una persona había visto por el agujero de la cerradura de la puerta, que el doctor López levantó una mano al sentir el bisturí con el cual le cortaban los cartílagos del pecho, y se aseguraba, como un hecho cierto, que la muerte del párroco tenía por causa eficiente el envenenamiento, con el objeto de apoderarse de sus cuantiosos tesoros.

Llegada la noche sacó todo su juego el doctor Prieto: en su condición de JUEZ DEL CIRCUITO, y en guarda de los intereses del difunto intestado, despidió de la casa á todas las personas que constituían la antigua servidumbre, cerró las puertas de la misma y se quedó en unión de su amigo Pacho acompañando á su querido taita Rudesindo.

No faltó quien viera á aquel inicuo Juez, "para manchar de la justicia el ara," como dijo en ocasión solemne el inmortal Arboleda, hacer varias salidas durante la noche, acompañado de otras personas, llevando abultados objetos que dejaban en la casa de Prieto, situada una cuadra hacia el Occidente de la iglesia de Santa Bárbara.

Al día siguiente y mientras tenían lugar las exequias del doctor López, llegaron aquellos rumores á oídos del doctor Nicolás Escobar Zerda, Gobernador de Bogotá, y de su Secretario doctor Ramón Gómez. Sin pérdida de tiempo comisionó dicho magistrado á los doctores Ricardo N. Cheyne y Willian Dudley á fin de que hicieran la autopsia del cadáver del Cura, para lo cual debían apoderarse del cuerpo, tan luégo como terminara el servicio fúnebre.

Trasladados de nuevo á su casa los despojos mortales del doctor López por la policía, procedieron los médicos aludidos á verificar su examen, del cual resultaron comprobados los hechos siguientes:

Tenía cosida con seda la caja del cuerpo, desde la unión del externón con las clavículas, hasta la parte inferior del estómago, con el objéto de cerrar la herida practicada al hacerle la primitiva autopsia; las vísceras y los intestinos presentaban señales evidentes de habérseles extraído y vuelto á colocar en su lugar; pero los intestinos ofrecían dos fenómenos que no podían explicarse satisfactoriamente aquellos distinguidos profesores: tenían ulceraciones semejantes á las que produce la disentería cancerosa, y su contextura correspondía los de un joven. Ahora bien: el cadáver que te-

nían de presente, daba señales de anterior robusta salud y de haber vivido cerca de ochenta años...!

Respecto á las sospechas de la muerte causada por envenenamiento, no encontraron rastro alguno por el cual pudieran aseverar que se hubiera cometido ese delito, ni podrían hacerlo hasta tanto que no se desvanecieran las dudas que abrigaban acerca de la identidad de los intestinos.

Al día siguiente, al celebrar la misa otro sacerdote en el altar de San Roque en la iglesia de Santa Bárbara, percibió tan horrible fetidez, que apenas pudo concluir para retirarse accidentado de aquel lugar. Ya en la sacristía, indicó al sacristán la inconveniencia que producía el envenenar á los ratones, los cuales al morir en las cuevas infestaban todo. Momentos después acudió uno de los acólitos al mismo altar, con el objeto de arreglarlo y apagar las velas; pero como sintiera la misma fetidez, se le ocurrió instintivamente levantar la estera del lado de la Epístola: por poco se cae muerto! Pasado el primer estupor, notó que los ladrillos daban señales de próxima removida—allí debía hallarse la causa del mal olor.

Noticiosa la autoridad de aquel nuevo incidente, procedió á investigar su causa. Alzados los ladrillos y retirada la poca tierra de debajo, apareció una olla de barro á medio tapar, en la cual estaban unos intestinos en completa descomposición é impregnados con gran cantidad de arsénico pulverisado. Se habían descubierto con toda certeza los verdaderos intestinos del infortunado doctor López, pero en tales condiciones, que la ciencia no podía decir su última palabra, por cuanto la precaución de saturarlos con el mismo corrosivo con el que

probablemente lo envenenaron, hacía imposible demostrar la comprobación médico-legal del crimen.

Estaba pues establecida la certidumbre de que la muerte del Cura no era un hecho natural, aunque no se tenían las pruebas legales de aquel atentado; y, parodiando á los criminalistas que sostienen que para descubrir al criminal, debe averiguarse á quien aprovecha el crimen, Prieto, *como Juez*, declaró sindicados en el delito de robo de los intereses de su taita Rudesindo, á las mismas personas que éste quería favorecer, á los cuales dejaba en la miseria la muerte repentina de aquel sacerdote. ¡No podía ir más lejos la iniquidad!

Al doctor López lo echaron á la fosa y ya solo se acordaban de él, Pascuala y el pastuso Chaves, al cual lo mantenían preso como al presunto reo de la desaparición de los objetos de plata de su difunto benefactor, y los que en conciencia le pertenecían. Algunos días después se presentó el joven Antonio Morales, hermano y pupilo de Pacho, en la tienda de mercería del señor Justo Alvarez, situada debajo de la casa que existía en el mismo lugar sobre el cual se reconstruyó la casa del señor don Miguel Gutiérrez Nieto, en el lado Norte de la Plaza de Bolívar, y le ofreció en venta un candelero y una salvilla de plata que valían VEINTICUATRO PESOS.

Alvarez examinó aquellas piezas y leyó grabado en el lado inverso de cada una de ellas, estos dos nombres: "Fernando Caicedo y Flórez," "Rudesindo López." Tuvo la suficiente prudencia para entretener al joven Morales, hasta que llegaron algunas personas á fin de que presenciaran el contrato, celebrado el cual, dio el respectivo de-

nuncio al Gobernador. ¡Estaban descubiertos los ladrones del doctor López...!

Del sumario que se instruyó, resultaron convictos del delito de robo al Cura de Santa Bárbara, Pacho Morales y Manuel Prieto. Estos tuvieron la precaución de fugarse con tiempo, pero fueron aprehendidos en Ibagué y conducidos á esta ciudad para su juzgamiento y castigo.

Dictado el auto de proceder, apelaron los acusados para ante el Tribunal Superior. Confirmado aquél, tuvo lugar el juicio por jurados en el antiguo local del Congreso, en las Galerías.

El doctor Juan Antonio Pardo defendió á los jóvenes Antonio y Manuel Morales, logrando su absolución, fundado en la poderosísima causal de que sus defendidos veían en su hermano mayor á un segundo padre, al cual debían obediencia y además, no estaba probado que ellos hubieran puesto los pies en la casa del Cura.

El doctor Ignacio Ospina U. demostró, en un brillante alegato, la inocencia del pastuso Chaves, el cual no tenía por qué ser el ladrón de sí mismo, puesto que era el heredero legítimo del doctor López.

La defensa que se hizo Pacho Morales, fue todo un acontecimiento : empezó por decir los nombres de las personas que según él, debían hallarse en el banco de los acusados para responder por los delitos que les imputaba. Si veía á algún conocido en la barra, lo interpelaba ó lo insultaba ; últimamente pidió que comparecieran ante el jurado, Pascuala, los doctores Escobar Zerda y Ramór Gómez.

Al ver á la primera, pidió Morales al Presidente del jurado que le tomara juramento, haciéndole la advertencia de que si se perjuraba se iría á presidio.

La vieja iba muy prevenida y, contra lo que nadie esperaba, dejó confundido á Morales. No queremos privar al lector de aquellos interesantes diálogos en los cuales la cocinera hacía sin interrupción la señal de la cruz y echaba bendiciones á su interlocutor :

—Pascualita ! ¿es cierto que tú me viste en la puerta de la casa del señor doctor don Rudesindo López, que en paz descance ?

—Me remito á lo que tengo dicho en la Gobernación.

—Pascuala ! ¿ qué vestido tenía yo ?

—Me remito á lo que tengo dicho en la Gobernación.

—Pascualona de Barrabás ! ¿ Cuándo me vistes ?

—Me remito á lo que tengo dicho en la Gobernación.

Llegó su turno al doctor Gómez.

Dime Sapo ! ¿ por qué querías perder á los Morales ?

—Yo no he querido perder á nadie.

—¿ Por qué te alegrastes, Sapo hediondo, cuando supistes que me llamaban á juicio ?

—Porque todo buen ciudadano debe alegrarse de que se descubran los criminales y se les castigue.

En la barra estaba el anciano presbítero doctor Francisco de Paula Benjumea, uno de aquellos pobres de espíritu á los cuales se les tiene prome-

tido el reino de los cielos, y que en época anterior había sido explotado por Morales quien lo llevó á vivir á su casa, hasta que lo redujo á la miseria para botarlo en seguida. Al oír el sencillo doctor lo que decían respecto del cura de Santa Bárbara, exclamó con la mayor candidez :— *¡ Ahora conozco que don Pachito me quería puesto que no me embalsamó !*

El jurado de Prieto tuvo lugar algún tiempo después, porque se esperaba obtener la prueba plena del envenenamiento del doctor López, lo cual estaba en la conciencia de todos.

Los dos protagonistas de aquel crimen, fueron condenados á doce años de presidio, con el aplauso de toda la sociedad.

Algún tiempo después estalló la revolución de Melo, y el señor don Justo Briceño, Gobernador de la entonces provincia do Tequendama, creyó más conveniente armar al presidio acantonado en La Mesa, en defensa de la Constitución, ofreciendo indulto al que se condujera bien, antes que correr la eventualidad de que se fugaran los presos : tal fue el motivo por el que volvió Pacho Morales á esta ciudad.

El 4 de Diciembre de 1854, al ver Morales perdida la causa en la que fincaba las esperanzas de mejorar su triste situación, salió á buscar la muerte hasta encontrarla en la esquina Oriental de la cuadra del puente del Telégrafo : una bala le destrozó el brazo derecho, le entró por debajo del homoplato y le salió por el frente de la garganta. Su cuerpo, cuya lengua devoraron los perros, quedó insepulto en el mismo sitio en que murió, hasta que el caritativo caballero don Mariano Calvo, el

amigo íntimo del Arzobispo Mosquera, respecto del cual se ofreció Morales, en mala hora, para ser su verdugo, cumplió con la obra de misericordia de dar á aquel desgraciado cristiana sepultura, acompañado en tan piadosa acción por el General don Ramón Espina y por el doctor Benjumea quien le dijo la misa de *Requiem* en la iglesia de San Juan de Dios.

Prieto continuó sufriendo su condena en el presidio, bajo la dirección de don Lino Peña. En una tentativa de evación hecha por los presos, se averiguó que aquel hombre inquieto era el principal promotor del complot, en castigo del cual le aplicaron furibunda paliza que le ocasionó la fiebre violenta que lo mató.

Diez y ocho meses después de la muerte del doctor López, ya habían comparecido sus victimarios ante el tremendo Tribunal de Dios.

XI

ROBO SACRÍLEGO PERPETRADO EN LA IGLESIA DE LA CAPUCHINA

Entre las fiestas religiosas que con más pompa y aparato se celebraban en Santafé, lo mismo que sucede en la actualidad en Bogotá, se contaban las conocidas vulgarmente con el nombre de *Cuarenta Horas*, durante las cuales permanece expuesta á la adoración de los fieles, la Hostia Santa é inmaculada por excelencia.

Para el católico creyente nada hay más grande ni digno de adoración en todo el orbe, como el sacramento inefable de la Eucaristía, por cuanto su fe le enseña que él contiene en sí, el mismo cuerpo y la misma sangre del Divino Jesús, nacido de la Virgen sin mancilla, y sacrificado en holocausto á Dios Creador, como única víctima digna y suficiente para aplacarlo y reconciliar así, al hombre decaído, con Aquel que le hizo el inestimable beneficio de la vida, con derecho á la inmortalidad.

La devoción á ese misterio de amor y caridad

se ha señalado siempre entre nosotros por actos materiales de abnegación y desprendimiento notables; y á esas causas se debe la erección en esta ciudad, del bello templo que con el nombre de Capilla del Sagrario, hizo construír á su costa el noble caballero don Gabriel Gómez de Sandoval, descendiente de los muy ilustres condes de Lerma en España.

Antiguamente funcionaba el cura de la parroquia de la Catedral, en la iglesia del mismo nombre, lo que daba lugar á constantes interrupciones en los diversos actos religiosos, consiguientes á las imprescindibles ceremonias que se celebran en las iglesias metropolitanas.

En una ocasión, al sacar la Majestad para llevarla como viático á un moribundo, observó Sandoval con dolor, que los paramentos y demás enseres de los cuales se hacía uso, no correspondían en manera alguna al altísimo objeto al que se les destinaba; y lo que era más grave aún, tenían lugar actos de irreverencia incompatibles con el culto, por la confusión que producía el ejercicio de diversas funciones religiosas á un mismo tiempo, en la misma iglesia.

Para remediar aquel mal y al mismo tiempo hacer acto público de fervoroso adorador de Jesucristo en la Eucaristía, Gómez de Sandoval hizo voto solemne en el año de 1659 de construír un templo en el cual se diera culto espléndido al Rey de los cielos y tierra, y en donde se conservara perpetuamente, la Hostia ó Viático que debía llevarse, á los que por cualquier causa estuvieran próximos á emprender el viaje que, más ó menos tarde, todos debemos llevar á cabo. Al efecto, ven-

dió cuanto tenía para emplearlo en la construcción de la iglesia, que hoy es una de nuestras joyas más preciadas; y si bien es cierto que no tuvo el gusto de verla concluída, al menos dejó arreglados al morir, los asuntos concernientes á su terminación; de manera que ésta pudo dedicarse solemnemente en el año de 1700.

Entre las notables curiosidades que posee este santuario, se cuenta el altar de carey, marfil y maderas preciosas, reconstruído por el artista bogotano don Rafael Franco, con los restos de los materiales pue se salvaron del terremoto ocurrido en el año de 1827. También ha venido á ser esa capilla, el museo en donde se exhibe la mejor colección de las pinturas que produjo el genio del pintor santafereño Gregorio Vásquez Ceballos.

*

El Capitán don José Taléns y su esposa la señora doña Luisa Arguindey, vivían tranquilamente, á fines del año de 1598, en su casa, situada en el Parque de Santander y la cual existe tal como era entonces, con ligeras modificaciones, y pertenece hoy al señor don Diego Suárez Fortoul.

Aquellos eran los buenos tiempos de la colonia, ya por la paz octaviana que se disfrutaba en esa época, ya porque aun rendían pingües ganancias los restos de *las encomiendas de indios*, cuyos productos no tenían otro destino sino era el de caer en algún cofre, para esperar allí tranquilamente la salida de la primera carabana que, con destino á Cartagena de Indias, se encargara de llevarlos, y aprovechar allá la oportunidad que se ofrecie-

para remitirlos en alguno de los galeones que regresaban á la madre patria, cuando lo permitieran los piratas ingleses que á la sazón infestaban los mares.

En una de esas noches santafereñas, más negras que un tintero de escribano, en las que todos los moradores se encerraban en sus casas con el objeto de rezar el rosario temprano á fin de tomar con tiempo la merienda y poder hacer la digestión que les permitiera acostarse á dormir, sin riesgo de una apoplegía, se introdujeron varios hombres enmascarados en la casa del Capitán, al quien encontraron dormido tranquilamente en su lecho. Previos los procedimientos usuales en tales casos, los asaltantes manifestaron á Taléns, la nenesidad que los obligaba á dar ese paso, pidiéndole una cosa, y ofreciéndole dos, á saber:

Le pedían diez y seis mil patacones que necesitaban para cumplir con un compromiso sagrado, y le ofrecían matarlo, si llegaba á revelar el nombre de los enmascarados, en el caso de que los llegara á conocer, y devolverle el dinero que le pedían, tan luégo como mejoraran las malas circunstancias que los obligaban á adoptar aquel sistema.

Vencido Taléns, pero no convencido, reflexionó que nada podía hacer de provecho en defensa de sus *doblones*, los que por desgracia suya, estaban al alcance de los *peticionarios*, por cuanto éstos le indicaron que conocían el sitio en donde los guardaba; además era preciso tranquilizar á doña Luisa, que ya tenía el alma en los dientes por el terror que le infundían los enmascarados.

Haciendo como dicen, de *tripas corazón*, y dando sentido adiós á sus escudos, los entregó el Capitán á aquellos recaudadores de nueva especie, diciéndoles que si eran caballeros como se decían, esperaba que le devolvieran ese dinero; pero que tuvieran entendido que si no cumplían la palabra empeñada, no sería él, sino Jesucristo el defraudado, por cuanto esa suma la destinaba para invertirla en una Custodia y una lámpara para la iglesia de nuestra Señora de las Nieves. Los asaltantes eran, á no dudarlo, *hombres de bien*, puesto que el día menos pensado y sin saber cómo, devolvieron su oro al Capitán con intereses vencidos, con lo cual cumplió la solemne promesa hecha por él y su digna esposa en aquellos momentos de angustia.

Aun se conserva en dicha iglesia la famosa Custodia de oro maciso y piedras preciosas, estimada en cuarenta mil pesos, como una prueba tangible de la piedad de Taléns.

Para recordar el suceso que dejamos referido, Taléns se hizo retratar con su esposa en un cuadro al óleo que se encuentra en la sacristía de la iglesia citada, en el que están representados los dos esposos en actitud de adorar el Sacramento de la Eucaristía, colocado en la Custodia que regalaron, con la siguiente inscripción al pié:

"EL CAP. D. JOSEPH TALENS Y DOÑA LUISA DE ARGUINDEY DIERON A ESTA SANTA IGLESIA LA CUSTODIA Y LAMPARA: RUEGUEN A DIOS POR ELLOS."

En la parte inferior del cuadro se lee la siguiente décima, la que prueba que la piedad de

Capitán y de su esposa, no estaba en relación con el favor que les dispensaban las musas :

"Viendo el fin de tantos curas
Es cosa muy importante
Llevar la luz por delante
Para no toparse á oscuras ;
Pues de las grades locuras
Que puede haber escondida,
Es tener siempre encendida
La lámpara para el reposo
Que cuando venga el esposo
La tope bien encendida."

*

Pocas serían las personas que no conocieron en Santafé á Joaquina Rodríguez, la *heladera*. Vivía en una tienda situada al Oriente del huerto, que entonces se llamaban *jardín* del Observatorio, cuyo edificio tenía *arrendado*, no para observar las estrellas, porque nunca tuvo pretensión de cultivar la ciencia de Urania, sino simplemente con el objeto de dedicar el edificio para depositar, en la planta baja, el GRANIZO que recogía en el invierno, y poderlo conservar el mayor tiempo posible, á fin de dar más duración á la industria que le daba para vivir, amén de las razonables ganancias que le producía cada granizal.

Aquí sí que caben bien aquellas lacónicas palabras de Tomás de Kempis : *Sic transit gloria mundi !* porque nunca pudieron figurarse los sabios Celestino Mutis y Francisco José de Caldas, que se iban á *quemar las pestañas* á fin de escoger el sitio más adecuado, al efecto de edificar el Obser-

vatorio mejor situado en el mundo, para que algún día se dedicara el fruto de sus desvelos, al prosaico destino de guardar el producto del fenómeno físico respecto del cual, la ciencia no ha dicho aún su última palabra.

Aquella mujer de la clase media, tenía una hija que se llamaba Narcisa, y las dos poseían el secreto de hacer los *helados*, con tal primor, como no los preparan ni en el café Tortoni en París ó en Nápoles. La madre era de carácter agrio y regañón, en contraposición al de la hija que era muy amable y reposado; pero las dos eran el verdadero tipo de la mujer aseada, hacendosa y de piedad sincera: vivían reprendiendo á los cachacos que se dedicaban á inquietarles las bellas y robustas aldeanas que se procuraban en los campos, para ocuparlas en las fáenas consiguientes á la heladería y exquisita repostería que daban á la venta.

Con la muerte de aquellas, se perdió el secreto que poseían para preparar los deliciosos sorbetes que deleitaban el apetito de los bogotanos, tan aficionados á las golosinas.

De tiempo atrás empleaban, madre é hija, la mayor parte de sus ahorros en fomentar la fiesta de las *Cuarenta Horas* que se celebra en la Catedral durante los tres primeros días del año. Cuando el negocio de los helados les produjo relativa riqueza, compraron una tienda situada al frente de la puerta falsa de dicha iglesia y allí tenían especial cuidado de mantener aseada la calle contigua al templo que encerraba el Misterio de la Eucaristía, al que profesaban la más tierna devoción; para lo cual arrojaban aguasal sobre el empedrado, á fin de que no naciera yerba. Además contribuí— on

ocho pesos mensuales, para ayudar á pagar èl salario del que conduce el *quitasol* en las Administraciones.

Como era natural, la madre emprendió la primera, el viaje á las moradas eternas; pero ambas dejaron asegurados, en lo posible, los recursos de que disponían á fin de que después de muertas, no se dejara de hacer la fiesta de su predilección.

Allá habrán recibido el ciento por uno, ofrecido por Aquel que no falta á su palabra.

Pasando de los hechos concretos á los abstractos, haremos notar que esta ciudad se ha distinguido en todas épocas, por el acendrado amor de sus moradores al gran Misterio, que es sin disputa la piedra angular del Catolicismo: basta observar en los templos los tabernáculos, para admirar los riquísimos velos con los que se oculta á la vista de los fieles, el Copón que contiene las Formas consagradas, bordados con oro y pedrería y ofrecidos como primicias de nuestras vírgenes, las cuales siguen en esto, el ejemplo de las doncellas de Israel, cuando preparaban y tejían el purísimo lino destinado al servicio de Jehová.

*

A las seis de la mañana del día 18 de Junio 1858, dieron principio, en la bella iglesia de la puchina, al Triduo de Cuarenta Horas, establecido desde el tiempo en que los Padres Capuchinos an en el anexo convento de Misiones fundado los mismos. La iglesia parecía un ascua de por la profusión de luces con que estaba iluada, y el adorno de las flores era hecho con

tal abundancia y buen gusto, como solo se ve en Bogotá. Durante todo el día fue muy visitada la iglesia, no solo por los vecinos, sino también por los feligreses de los otros barrios, atraídos por la fama de la excelencia de la fiesta. Por la noche predicó el doctor don Manuel Fernández Saavedra, uno de los oradores sagrados más notables de la América española.

Después del sermón entonaron los sacerdotes al pie del Santísimo, revestidos con ricos ornamentos, el *Pange lingua*, himno magnífico en el fondo y en la forma, compuesto por Santo Tomás de Aquino, llamado "El Angélico" con tanta propiedad.

Si hay algo verdaderamente imponente en las ceremonias de la Iglesia, es ésta en la que los Levitas de la Nueva Ley, confiesan en cántico sublime la divinidad de Jesucristo transustanciado en el Sacramento, ante el cual se postran acompañados del pueblo fiel.

Bastarán pocas palabras para dar ligera idea de la sublimidad de aquella producción del ingenio humano.

Se refiere en la vida del Santo que, satisfecho el Salvador por los términos en que lo había descrito, le dijo estas palabras: "has hablado bien de mí, Tomás—pídeme una gracia.—"

"A Vos mismo!" exclamó el sobrino de Emperador Barba-Roja con pasmosa prontitud ¡Imposible hablar menos y pedir más!

Terminado el servicio religioso á las siete de la noche, empezaron á salir los fieles, satisfechos de la fiesta y deseosos de continuarla en los dos días siguientes. El sacristán y sus ayudantes tomar

el manojo de llaves de la iglesia y repicaban con ellas á fin de notificar á los concurrentes la necesidad de que desocuparan el templo para cerrarlo.

Cuando aquellos creyeren que no quedaban otras personas, cerrarón las puertas, teniendo cuidado de que la lámpara que ardía al frente del Santísimo, estuviera bien provista de aceite á fin de que no se extinguiera la única luz que quedaba durante la noche.

No bien hubieron cerrado la puerta de la iglesia, cuando de debajo de uno de los altares de las naves, salieron dos hombres que parecían sombras; subió uno de ellos al altar, y sin trepidar, alzó con una mano la punta del velo, y con la otra, tomó la Custodia y la puso sobre el ara; en seguida descendió y apartó la Custodia que le hacía estorbo para abrir el Sagrario donde estaba el Copón lleno de Hostias consagradas; sacó la de la Custodia y la puso sobre el altar; destapó en seguida el Copón y desparramó sobre el mantel, las formas que contenía; desprendió la cruz de oro y esmeraldas que coronaba la Custodia, y se la metió en uno de los bolsillos del vestido y entregó las alhajas sagradas al compañero, el cual las colocó debajo del mismo altar que les había servido para ocultarse.

Reunidos de nuevo aquellos vampiros, emprendieron otra requisa para buscar más objetos de valor, y lograron encontrar en la Sacristía varios vasos sagrados, los que corrieron la misma suerte de la Custodia y el Copón; tomaron algunas sombras y las extendieron debajo del altar que servía de guarida, con el objeto de arreglarse lecho provisional para dormir el resto de la

noche con alguna comodidad, y al pasar incidentalmente por el frente del Tabernáculo que acababan de profanar, hicieron profunda genuflexión!

El lunes 14, antes de dar principio á la continuación de las *Cuarenta Horas*, pidió la Comunión una señora; pero al abrir el Tabernáculo para dársela, halló el sacerdote las formas consagradas esparcidas sobre los corporales, y vio que faltaba el Copón grande, otro pequeño, una Patena y el vaso de plata que servía de Purificador. Alarmado aquel con el descubrimiento que acababa de hacer, dio aviso al Cura de la parroquia, que era el doctor Agustín Vásquez, quien ocurrió instintivamente al Tabernáculo, con el objeto de ver si la Custodia estaba en su lugar; pero ese recinto sagrado estaba vacío!

Sin saber lo que hacía y poseído de verdadero pánico por lo que comenzaba á maliciar, se postró de rodillas y con voz ahogada por entrecortados sollozos, exclamó alzando los brazos al cielo: *¡ Piedad Señor para tu pueblo!*

Los asistentes que no estaban aún al corriente de lo ocurrido, creyeron que la exclamación del sacerdote, tenía por causa algún peligro físico inminente, como un temblor ó cosa parecida, por lo que, y sin reflexionar en lo que hacían, empezaron á salir corriendo de la iglesia, visto lo cual por el Sacristán les gritó desesperado—¡ No, señores, no corran sino ayúdenme á buscar la Custodia que no parece!—

Sin lugar á la menor duda, el templo habí sido durante la noche anterior, el escenario escogido por los malvados, para consumar la más abominable profanación.

Las personas que en esos momentos se encontraban en la iglesia, se dieron con verdadero frenesí á buscar por todas partes, removiendo todo, sin dejar resquicio que no urgaran, ni objeto que no movieran. Después de algún tiempo se oyó el grito de una mujer que exclamó—lo encontré!

En efecto, al buscar debajo de los altares, se llegó aquella al que habían escogido los ladrones para esconderse. Allí hallaron el Copón, el que conservaba partículas de las Formas consagradas, una Patena y un Purificador, pero nada más. En el momento se aglomeró en ese punto la gente que había en la iglesia, cayendo todos de rodillas, por cuanto á ningún católico se le oculta el prodigio, de que en la Hostia inmaculada, lo mismo que en cada partícula de ella, existe real y verdaderamente el mismo Jesucristo.

Conducido al altar aquel vaso sagrado con su precioso contenido, esperaba á los circunstantes otro espectáculo aun más doloroso: encontraron, esparcidas sobre el altar mayor, los restos de las Hostias que los bandidos dejaron abandonadas en ese sitio, pero con evidentes señales de que las habían devorado las ratas!

Aquel fue un instante conmovedor: todos lloraban y gritaban implorando perdón de la Majestad ultrajada, y pedían castigo para los sacrílegos delincuentes.

El Ilustrísimo señor Arzobispo Herrán acababa de decir la misa en la capilla de su palacio, cuando fueron á darle aviso del inaudito escándalo cometido en la noche anterior. Aquel piadoso Pastor cayó accidentado al tener conocimiento de la profanación, y vuelto en sí, lo primero que hizo fue

dictar y promulgar solemnemente el decreto por el cual declaraba EXCOMULGADOS VITANDOS á los que directa ó indirectamente hubieran tomado parte en aquel robo sacrílego, y conminaba con penas análogas á todos aquellos que siendo conocedores de alguno ó algunos de los incidentes de aquel crímen, no lo denunciaran á la autoridad.

Ya puede figurarse el lector la impresión que se produciría en todas las clases sociales de esta ciudad con la espantosa noticia, la que se esparció con la velocidad de una centella: de todas partes ocurrían las gentes hacia la iglesia profanada y una vez allí, rezaban alguna breve oración, á fin de aplacar la ira del cielo, para salir en seguida decididos á emprender las investigaciones conducentes al descubrimiento de los culpables.

La preocupación general era la de saber el paradero de la Hostia que estaba en la Custodia, por cuanto había derecho á esperar, aun mayores sacrilegios por parte de los bandidos, habida consideración á las circunstancias que acompañaron la comisión del delito. Puede decirse, sin exagerar, que el tema obligado de la conversación de todos los habitantes de esta ciudad, en ese día y en los siguientes, no fue otro sino el asunto que nos ocupa y que jamás tuvo la autoridad mayores auxiliares para descubrir y castigar á los criminales, como en esa ocasión, en la que un pueblo entero se sentía herido en fibra tan sensible como es el sentimiento religioso ofendido en lo más sagrado: no había duda acerca de la posibilidad de descubrir á los autores de tan incalificable delito.

Hacia el medio día, vio Esteban Trigos, *El Negro*, que hoy vive demente en el Asilo, á una

mujer que ofreció en venta, al platero Ciriaco Baquero, el *viril* de oro en el que se fija la Hostia: el platero retuvo esa alhaja que debía hacer parte de la Custodia robada.

Trigos se fue detrás de la mujer para ver donde entraba y dar parte á la policía.

En efecto, la vendedora llegó á la orilla del río San Francisco, comprendido entre el puente del mismo nombre y el de Gutiérrez, y se entró á una de las casas altas situadas al Sur de dicho río. Trigos voló á dar parte al señor J. Tadeo Mateus, que á la sazón era Jefe de la Policía, el cual mandó á su segundo el señor Rafael Castro, quien acompañado de Trigos, subió á la sala de dicha casa.

Allí se encontraron con la mujer que vendía el *viril*, y con Carlota Mogollón, señora de la casa, la cual, sabedora del objeto de la visita que le hacía la autoridad, entregó la Custodia robada, faltándole la cruz y algunas piezas pequeñas, manifestando que ignoraba la procedencia de esa alhaja, pero que la había llevado á su casa Justiniano Rodríguez, pariente de *Camilo Rodríguez*, antiguo compañero de Russi é hijo de Concepción Fernández.

Aquellas dos mujeres no se dieron cuenta al principio de la gravedad de los cargos que pesaban sobre ellas, y en especial la Mogollón, hacía gala de sentimientos contrarios á toda idea religiosa; pero cuando supieron el modo y términos empleados para hacerse á la Custodia, y sobre todo la excomunión que las arropaba, iban perdiendo el juicio por el espanto que les produjo el conocimiento de su verdadera situación. Además, todo fue hacer

se trascendental la noticia de la captura de las dos presuntas reos del escandaloso cuanto sacrílego atentado, y estallar una terrible y popular tempestad contra aquellas desgraciadas, á las cuales costó gran trabajo conducir sanas y salvas á la prisión, porque el pueblo, representado en esos momentos por los diferentes elementos sociales, exigía que las lapidaran sin esperar al esclarecimiento de los hechos.

En esa ocasión pudimos apreciar en todo su valor la importancia de las creencias religiosas: tanto la Mogollón como la mujer que ofrecía en venta el *viril*, suplicaban á gritos que no las mataran, hasta que les levantaran la excomunión lanzada contra ellas!

El mismo día se presentó á la autoridad el Padre franciscano Juan N. García, con el objeto de entregar la cruz y los otros accesorios de la Custodia, los que se los había regalado Justiniano Rodríguez á la señora Concepción Hernández; pero que, sabedora ésta del origen de dichas prendas, se había apresurado á devolverlas por su conducto, encareciéndole guardara el secreto, á lo cual no se creía obligado, con tanta mayor razón cuanto que el denuncio no caía bajo el sigilo de la confesión.

Noticioso el caritativo Arzobispo Herrán del estado al que estaban reducidas aquellas dos mujeres, dispuso que se levantaran las informaciones del caso, á efecto de que se les alzara el terrible anatema, después de las procesiones decretadas y de otras ceremonias que debían tener lugar como público desagravio al Santísimo.

El 15 del mismo mes de Junio, á las cuatro de la tarde, estaban colmadas las calles de la ciudad

en el trayecto comprendido de la Catedral á la iglesia de la Capuchina, entre la primera Calle Real y la de San Juan de Dios, hasta llegar á la plazuela de San Victorino, y de allí, á la iglesia profanada.

Todas las campanas de las iglesias de la ciudad tocaban arrebato, y el pueblo, sin distinción de clases sociales, permanecía de rodillas, el mayor número con cirios encendidos. El Arzobispo, acompañado del clero secular y regular; de los altos Magistrados y del Ejército, llevaba la Majestad con la posible pompa y solemnidad, para volverla á colocar en el Sagrario de donde la habían quitado por medio de un crimen. Las puertas y balcones de las casas por donde pasaba la procesión estaban lujosamente decorados, y todos á porfía tributaban á la Hostia del Cordero sin mancha, los homenajes más conmovedores y sinceros, como una protesta viva contra la infame profanación.

Al llegar la procesión triunfal á la Capuchina, las demostraciones de amor y veneración al Santísimo, salieron de lo común para tomar el carácter de verdadera apoteosis; pero el fervoroso entusiasmo subió de punto cuando el Pontífice, profundamente conmovido, colocó la Majestad en el Sagrario profanado, la incensó por tres veces y en seguida le dirigió una patética y sentida plegaria en favor de su pueblo fiel; suplicándole que en esos solemnes momentos no se acordara de su justicia sino de su gran misericordia!

Olvidando los concurrentes el sitio en que se hallaban, manifestaban el contento que los dominaba, dando gritos de júbilo y abrazándose unos á

otros, felicitándose por la reparación solemne que acababa de darse á la Majestad ultrajada.

En los días 16 y 17 siguientes, se repitió la misma ceremonia para ir en masa la población, á hacer actos de adoración y desagravio al Sacramento de la Eucaristía, en el mismo lugar en el que había sido ofendido. Durante esos tres días celebraron la misa en la Capuchina todos los sacerdotes que á la sazón se hallaban en esta ciudad.

El día 22 era la fecha designada para proceder á levantar la excomunión á Carlota Mogollón y á Simona Caballero, que fue la mujer que ofreció en venta el *viril*.

Desde temprano empezó á llenarse la Catedral con las personas ansiosas de presenciar esa ceremonia desconocida para aquella generación. El pueblo ocupaba la plaza, y entre las mujeres se notaba gran sentimiento de hostilidad respecto de aquellas infelices, como lo demostraba el hecho de llevar guijarros en las mantillas para lapidarlas en primera oportunidad. Sin la severa intimación del Arzobispo, las excomulgadas no habrían salido vivas de aquella pueblada.

A las nueve y media de la mañana llegó el Arzobispo á la Catedral, vestido con capa caudal y precedido del crucero, del báculo y acompañado por todo el clero regular y secular, con estolas y sobrepellices. Al llegar la comitiva á la puerta mayor del templo, tomó asiento el Prelado, y después lo revistieron con amito, estola, capa pluvial morada y mitra sencilla.

Momentos después se oyó en la plaza un gran tumulto acompañado de vociferaciones y amenazas terribles: era la furia del pueblo que se despertaba

en toda su intensidad á la vista de las penadas, las cuales iban custodiadas por medio batallón de soldados, en previsión de algún ataque. Al fin, después de mil empellones y puñetazos de los espectadores para quedar situados en primera línea, con el objeto de no perder ningún detalle de tan extraordinario espectáculo, llegaron las dos mujeres á los pies del Prelado.

Se les quitaron las mantillas y demás prendas del vestido, de la cintura para arriba, hasta dejarlas en camisa; allí de rodillas y con la cabeza descubierta, pidieron humildemente la absolución, derramando copiosas lágrimas. En seguida el Prelado les exigió previamente, bajo la gravedad del juramento, la obediencia á los mandatos de la Iglesia.

Acto continuo el Arzobispo recitó el Salmo *Miserere*, azotando suavemente con una vara sobre las espaldas de las penitentes, al recitar cada versículo: después se rezó el Salmo *Deus misereatur nostri*, terminado el cual, arrojó la vara el Prelado, y poniéndose de pie con mitra, tomó á las absueltas por las manos derechas y alzando los ojos al cielo, exclamó lleno de la santa unción que le era peculiar.

"Yo os reduzco al gremio de la Santa Madre Iglesia y á la unión y comunicación de toda la cristiandad, de las cuales habíais sido separadas por la sentencia de excomunión, y os restituyo á la participación de los Sacramentos de la Iglesia, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén."

El silencio glacial que en aquellos momentos reinaba en la plaza, fue interrumpido por otro pro-

longado amén, repetido por más de veinte mil personas que presenciaban con temeroso recogimiento tan imponente acto.

Terminada aquella pavorosa al par que consoladora ceremonia, el señor Herrán dirigió á las reconciliadas algunas palabras de consuelo, haciéndoles presente que á virtud del perdón que les había otorgado á nombre del Dios que habían ofendido, yá no sería ineficaz para ellas el cruento sacrificio del Calvario.

En seguida volvieron á conducir á las culpables á la prisión, pero ya el pueblo había cambiado los sentimientos de odio y de venganza que abrigaba respecto de aquéllas, por los de compasión y caridad.

No debemos inculpar al pueblo de esta ciudad por las manifestaciones que hizo en contra de esas desdichadas, habida consideración á que el crimen por el cual se las perseguía, hirió en lo más vivo y sensible el sentimiento católico de sus moradores. En épocas anteriores habrían terminado aquellas su existencia en una hoguera.

El 6 de Septiembre tuvo lugar en la misma iglesia, la absolución eclesiástica de los procesados Bernal y Rodríguez, con un ceremonial igual al descrito anteriormente.

Del sumario respectivo resultaron responsables de aquel robo sácrílego, Francisco Bernal, como autor principal, y Justiniano Rodríguez como auxiliador.

En la vista fiscal encontramos los notabl conceptos emitidos en aquella solemne ocasión p el distinguido caballero don Leopoldo Arias V gas, quien desempeñaba las delicadas funciones

Fiscal y las cuales reproducimos como una prueba de los elevados sentimientos de aquel amigo que ya duerme el sueño eterno.....

"Señor Juez:

El catorce de Junio del año que transcurre se sintió en la población de Bogotá grande alarma, porque en la noche anterior se había cometido uno de aquellos hechos raros en su especie que, arrastrando consigo el mayor escándalo, tienden á herir los más sagrados sentimientos del hombre.

La iglesia de San Victorino había sido el lugar del atentado. La Custodia había sido quitada del Sagrario, las formas consagradas habían sido arrojadas por el suelo, los vasos y demás objetos del culto se hallaron esparcidos por el templo, y el autor de este hecho se había llevado consigo la Custodia de la iglesia.

Y en efecto, ¿qué se podía esperar del autor de un hecho semejante? El bandido que en la soledad de la noche desgarra el corazón de su víctima, sin testigos en el mundo, tiembla al sentir sobre sí la mirada de Dios: tal vez al pasar por cerca del templo, se estremece al considerar que aquel testigo mudo aguarda el día de castigar; pero el que pone la atrevida mano para profanar la relión que le enseñaron sus padres, ese no teme ni á la ley ni á la conciencia."

El Jurado, compuesto de los señores José María Portocarrero, Narciso González L., Juvenal Castro, Francisco Bayón y Joaquín Gutiérrez de Celis, condenó á sufrir la pena de presidio, durante cinco años, á Bernal, y de dos, á Rodríguez, decla-

rando absueltas á Carleta Mogollón y Simona Caballero.

El escándalo producido por tan desgraciado suceso atormentó por mucho tiempo á las personas piadosas, por cuanto consideraron ese acontecimiento como un presagio funesto para esta ciudad.

XII

EL BANDIDO JUAN ROJAS RODRIGUEZ

Asunto muy debatido ha sido entre los criminalistas de los países civilizados, la responsabilidad que deba exigirse á los delincuentes por las infracciones que cometen, y preciso es confesar, que aun falta mucho para establecer, de una manera precisa, todas las causas agravantes ó atenuantes que puedan ocurrir en la ejecución de un hecho punible.

Es cierto que los legisladores establecen reglas generales para aplicar el castigo que deba imponerse por la violación de la ley escrita, pero poco ó nada se encuentra en los Códigos de procedimiento criminal que tenga en cuenta el medio en el cual vivió el individuo que, por causas independientes de su voluntad, y muchas veces sin advertir en ello, toma la resbaladiza pendiente que lo conduce poco á poco á la honda sima de los más espantosos crímenes.

Aceptamos sin vacilar el hecho de que las manifestaciones de la ley natural, consignadas en los divinos preceptos del Decálogo, bastan y sobran para trazar al hombre que las conoce, las nociones exactas del deber; pero también se nos permitirá sentar la premisa de que para practicarlas, hay necesidad de conocerlas; y si á la ignorancia de tales preceptos, se añade una constitución defectuosa en el organismo y constantes ejemplos perniciosos, cuya influencia está científicamente demostrada, es natural que el hombre que se encuentre supeditado por tales causas, tome por bueno y corriente lo que es detestable á todas luces.

Estamos muy distantes de aceptar la doctrina de la irresponsabilidad absoluta en determinados casos concretos, pero sentamos el principio general de que la sociedad es á veces injusta, al exigir estrecha cuenta al ignorante que adopto como norma de sus acciones, los actos malos que vio ejecutar á los que debían ó podían trazarle la senda del bien.

Bastarán unas ligeras reflexiones ó ejemplos que estén al alcance de todos, para que se vean las razones en las cuales apoyamos nuestra manera de pensar en tan espinoso asunto.

La masa de nuestro pueblo es de agricultores ó labriegos, lo que quiere decir que nace y se desarrolla en completa ignorancia, por la sencilla razón de vivir bajo la dependencia de patrones poco escrupulosos en materia de probidad, y lo que es aún más triste, sin nociones de estimación personal. Muy pocos son los dueños de grandes haciendas que se preocupan por la instrucción religiosa de sus dependientes, y lo que es aún más grav

escandalizan á esas gentes sencillas, mofándose de las pocas prácticas piadosas que ha logrado inculcarles el Párroco.

Entremos en una de tantas cabañas miserables, que sirven de mezquino abrigo á la familia arrendataria: los niños á medio cubrir con mugrientos harapos, ocupan la misma posición que la de los hambrientos perros con los cuales se rozan de continuo. Saben que tienen madre porque con ella viven, pero ignoran lo que quiere decir la palabra padre; pues por lo general, no es el matrimonio el antecedente al que deben su existencia, y ya se sabe cual es el comienzo de la vida para aquellos que tienen la desgracia de llamarse *hijos naturales*.

Cuando esos niños ignorantes tienen fuerzas para soportar algún trabajo, los emplean como ayudantes de los ordeñadores, y allí reciben la primera lección objetiva de ejecutar la estafa impunemente. Si la leche de las vacas no rindió lo suficiente para llenar la medida estipulada, se les hace sacar agua de la zanja inmediata, y mediante esa industria, el patrón cumple *religiosamente* con la contrata.

Ya más crecidos, toman esos niños el nombre de *chinos*, y entonces se les ocupa en el pastoreo del ganado, cuya ciencia consiste en que los animales pasten en el predio vecino.

Alcanza el *chino* la edad de diez años, y desde entonces lo llaman *muchacho*; ya sabe que los mandados dentro y fuera de la hacienda y la recogida de los animales, debe hacerla montado en alguno de los caballos que pagan pastaje, los que se conocen por los nombres de los respectivos dueños. Si alguna res se ahoga, ó muere á causa de la pes-

to, aprende á despreciarla y hacerla cocina, con el objeto de darla á la venta en el primer mercado que tenga lugar.

Hasta los quince años, aquel *muchacho* viene á ser el sirviente de los sirvientes de la hacienda; recibe el tratamiento más brutal por parte de todos los jayanes, que se creen con derecho perfecto para considerarlo como de condición inferior al burro que carga la leña. Si se teme que brinque el caballo en que alguien va á montar, lo echan de carnada para que, en el caso de que se realice la previsión, sea él el desnucado ó estrellado, y si de esas bárbaras experiencias sale airoso, lo dedican al oficio de *amanzador*, y en el caso probable de que el potro bravío lo arroje al suelo y le rompa los huesos, el patrón se preocupa únicamente de que por aquel accidente no se resabie el potro.

Al fin llega para el *muchacho* el paso á la pubertad, tan peligroso para los jóvenes, en cuya época se desarrollan las pasiones con toda su fuerza. En esa lucha abierta entre el espíritu y la materia, naturalmente lleva la ventaja el más fuerte; pero como el *muchacho* ni aun sospecha que tiene alma racional, porque nadie se lo ha hecho comprender, y únicamente han cultivado en él la fuerza física, queda vencida, de hecho, la parte más noble del hombre, la cual, en lo sucesivo solo le servirá para dar vida y pábulo á los vicios más groseros.

Desde entonces queda ese joven entregado á sí mismo, sin otro criterio moral para dirigir sus acciones, que los actos profundamente maliciosos á los cuales lo acostumbraron, desde que tuvo uso razón, si es que alguna vez la tuvo.

Entre tanto, el patrón sabe que tendrá en lo sucesivo quien se exponga por él en los casos frecuentes de contiendas personales, que provoca con admirable desenfado, porque ya encontró el que, llegado el caso, *sacará las castañas del fuego;* y si de la riña que aquel estimuló y otro mantuvo, resulta que debe intervenir la justicia, lo despacha con la recua de mulas que envía en cada semana á las tierras calientes, con el objeto de llevar á vender la harina y papas averiadas y traer en retorno la miél con la cual mantienen su chichería, la *niña Emperatriz y otras princesas*, que son el tormento de la infeliz esposa del patrón. Porsupuesto que antes le entrega, bien entramojados, los perros de la hacienda para que se los venda á los crédulos calentanos que ignoran la condición de los animalitos, los que toman el trote con direccón á su casa tan luégo como los sueltan.

Cuando nuestro novel jayán rebosa en fuerzas y en astucias, tan bestiales como cínicas, pasa á ser el *timebunt* de la comarca y el hechizo de las pletóricas campesinas de carne y hueso, para las cuales el requiebro más almibarado, es el que va envuelto en asqueroso aliento producido por el nauseabundo licor servido en *totuma Timaná.*

Desde entonces toma otra faz el mancebo, y en lo sucesivo viene á ser el confidente obligado de su patrón, el cual lo hace partícipe de las picardihuelas amorosas que lo asedian; del modo de manejar la *romana de la hacienda* en las compras y ventas que haga; de los remedios secretos que disimulan las enfermedades de las bestias, á fin de venderlas como sanas; por último, lo pone al corriente, pero en provecho propio, en el manejo de la *cabra*, nom-

bre con el cual designan los tahures á los dados falsos, y en todos los modos y maneras de *ganár dinero* por medio de vivezas, que es el nombre que dan los *orejones* á esas verdaderas estafas y latrocinios.

Así marchan las cosas hasta que en hora menguada para aquel, cree que sin tomar la venia de su patrón, puede cortejar con buenos fines á una aldeanita de quince años, rolliza y fresca como una manzana. Empieza por aprender á *puntear* en el tiple, para poder hacer acto de *trovador* en compañía del sacristán del pueblo, hombre versado en los planes y ejecuciones de las campañas amorosas. Desde entonces empieza el enamorado rústico á ostentar ante su dama las fuerzas físicas que posee, capaces de rivalizar con ellas al mismo Sansón. Escoge el potro más cerril de la dehesa, para pasar cual furioso huracán por el frente de la venta donde sirve su amada; acepta todos los envites que le hacen en el juego del bolo, y en caso de duda ó disputa, acerca del éxito de alguna parada, deside como árbitro inapelable, sin que nadie se atreva á contradecir su soberana decisión, apoyada en dos robustos puños que donde pegan *no nace pelo!* Arma camorra porque alguien á quien brindó un trago de aguardiente, no pudo ó no quiso aceptarle y, en una palabra, se la pasa *escupiendo por el colmillo ó tendiendo la capa,* como hacen los andaluces, para ver quien se atreve á pisársela y suscitarle pendencia.

Pero el diablo que no duerme, hace que nuestro vulgar Adonis, resulte sin saber cómo ni cuándo, rival temible del señor Alcalde del pueblo y del patrón, los cuales, en sus altos designios, ya reputaban á la presunta novia como parte integran-

de su rebaño, y empiezan á caer en la cuenta de que aquel mancebo les inquieta las zagalas de la vecindad, y que además frecuenta las casas de juego establecidas por ellos; se reúnen en consejo y acuerdan despacharlo para la capital en la primera cosechada de reclutas que les pida el Gobierno, con lo cual matan, como se dice, *doz pájaros con una piedra.*—Salen del *vago*, que con las prácticas de lo que ellos le enseñaron, no los deja dormir tranquilos, y dan prueba palpable de acatamiento y celo por las buenas costumbres.....

Desde que la propiedad de las haciendas en la sabana de Bogotá empezó á pasar á manos de hombres cultos, se verificó notable cambio en los usos y procedimientos establecidos de tiempo inmemorial por nuestros campesinos, á los cuales, sin duda, por compararlos con los asnos, se les llamaba *Orejones.* Nada mejor podemos hacer para describirlos sino es reproducir la siguiente cuarteta que, como epitafio para uno de ellos que murió en *Ontivón*, como decían, compuso el satírico poeta Germán Gutiérrez de Piñéres:

"¿Piensas viajero que bajo esta loza
Reposa humana carne, humano hueso?
Pues te engañas, encuentras otra cosa,
Habas, chicha y ají, turmas y queso!"

Tales fueron los antecedentes del temible bandido que se llamó JUAN ROJAS Y RODRIGUEZ.

A mediados del año de 1840, recibió el Alcalde de Cota un oficio del Gobernador de Bogotá, en el que le ordenaba el pronto envío de los reclutas que correspondían á ese pueblo, con el fin de levan-

tar y organizar el ejército que debía hacer frente á la revolución que ya *estaba encima*.

Aun no había terminado el Alcalde la lectura de la nota, y ya tenía entre ceja y ceja al mozo *vago y mal entretenido* que se llamaba Juan Rojas, el cual tendría en ese entonces unos diez y ocho años de edad.

El domingo siguiente al día en que llegó la requisitoria que ya conocemos, salía Juan Rojas de la iglesia, después de misa mayor, acompañado de una muchacha bonita y humilde, como son nuestras campesinas. Por el trato que se daba aquella pareja se echaba de ver que aun no eran casados, pero que poco tardarían en unirse con el lazo de Himeneo. Todo parecía sonreír á esos alegres aldeanos, y el mozo invitaba á la muchacha para ir con los padres de su prometida á tomar licor en la venta inmediata, cuando rodeó á Juan una patrulla que estaba oculta en la alcaldía y lo obligó á seguir á la cárcel. Allí encontró otros gañanes que ya estaban como él, destinados para el sacrificio de Bellona, ó como se repite todos los días desde que lo dijo Napoleón, para *carne de cañón*.

Una vez lleno el cupo de reclutas que correspondía al pueblo, cerraron la puerta de la cárcel y pusieron los celadores necesarios, á fin de que no se escaparan los *pájaros*, especialmente Juan, al que reputaban de *mayor cuantía*.

Al día siguiente se presentó el Alcalde muy de mañana en la pieza del despacho y entregó al conductor de aquellos desgraciados, el oficio ó partida de registro en que constaba el nombre y apellido de cada uno de los remitidos, y tantos lazos cuantos eran aquéllos, á fin de que los amarra-

ra convenientemente para evitar su fuga, previa advertencia á los hombres que componían la escolta, de que responderían solidaria y mancomunadamente de los presos que les entregaba.

Aunque el conductor y sus compañeros no sabían Jurisprudencia ni eran legistas, sí comprendieron que en el caso de que alguno de los reclutas se les escapara, ellos *pagarían el pato*, para evitar lo cual, les ataron los brazos con nudo de *puerco* y formaron un *rosario* de hombres, á distancias apenas suficientes para que pudieran marchar á su negro destino!

Juan alcanzó á divisar á lo lejos á su prometida que lloraba al verlo salir del pueblo, atado como si fuera malhechor insigne; los ojos se le nublaron al pobre mozo y por primera vez en su vida, sintió en su pecho el infierno de los celos. Dirigió á su amada un grito de angustiado adiós y juró en su corazón tomar algún día estrecha cuenta á los autores de la ruina de sus esperanzas!

Aquel voto del sencillo labriego debía cumplirlo, no muy tarde, con extremada latitud, él mismo, transformado en terrible bandido.

Llegados nuestros hombres al cuartel, los dejaron libres los tres primeros días, término dentro del cual se agotan las lágrimas y se ahogan los suspiros de los infelices aldeanos condenados al servicio militar. Pasado ese tiempo se les acercó el cabo, y por medio de algunos varazos aplicados entre *chanza y mecha*, los obligó á tomar el *rancho* que antes no quisieron probar, les recortó los sombreros, les atusó el pelo y les plantó el gorro de cuartel y la estrecha chaqueta, quedando así convertidos en soldados, listos para empezar el oficio de

matar ó hacerse matar en defensa de sus conciudadanos.

Poco tiempo después de los sucesos que dejamos relatados, se batía Juan en las batallas que en aquella época ensangrentaron los campos de *Los Arboles*, *Huilquipamba* y *La Chanca*. Notable debió ser su comportamiento como hombre de valor en aquellas acciones, puesto que en la última de ellas lo ascendieron á cabo, no obstante que no sabía leer.

Pacificado el país, volvió Rojas á Santafé con el batallón número 5.° al cual pertenecía, y como no tenía decisión por la milicia, obtuvo su licencia absoluta, y sin esperar el arreglo y pago de *sus ajustes*, se encaminó directamente hacia el pueblo de Cota, al que llegó el día siguiente después de su salida de la capital.

Cuatro años hacía que, apenas púber, lo habían sacado de su tierra *á la voluntad de un lazo*, dejando allí abandonado todo lo que tenía en el mundo —su prometida, el tiple y el rejo de enlazar.— Volvía hecho hombre, desconocido por la espesa barba, sin más haberes que un morral usado, bordón de guayacán y algunos reales en el bolsillo.

A la caída de la tarde llegaba Juan á las primeras casas de la población. Entró á la venta en la que servía su novia y preguntó por ella: la dijeron que hacía mucho tiempo que se había ido para Ambalema en compañía de un arriero, y que desde entonces no se había vuelto á oír hablar de ellos. Averiguó por el Alcalde que lo hizo reclutar y por su antiguo patrón: el primero había muerto y el último vendió la hacienda para irse á radicar en Santafé, con el objeto de educar los hijos y aten

der al pleito que le *metieron* sobre unos terrenos de indígenas que se apropió. ¡Nadie lo conocía!

Buscó trabajo, pero no se atrevían á ocuparlo, porque en los campos, el adjetivo *licenciado* es sinónimo del galeote libre. Los vecinos del pueblo lo miraban con curiosidad, los labriegos con asombro pero todos con desconfianza. Con dificultad encontró dónde le dieran alojamiento para pasar la noche.

Por la primera vez de su vida entró Rojas dentro de sí mismo y se puso á reflexionar acerca de su excepcional condición: recordó los sufrimientos de su niñez, la dureza de los hombres con los cuales había pasado su juventud, los bárbaros y despiadados castigos que todos le imponían por las ligeras travesuras de muchacho, y más que todo, la falta de probidad de su patrón, al cual le sirvió con abnegación y desinterés, para obtener por recompensa, el completo abandono é indiferencia de aquél, cuando lo vio sacar amarrado para hacerlo soldado.

Hay momentos en la vida del hombre, en los que parece que el espíritu del mal le sugiere, con poderosa é invencible influencia, los pensamientos y resoluciones más fantásticos y tenebrosos.

Rojas se hallaba en uno de esos críticos momentos de paroxismo, en los cuales predomina de ordinario la idea del mal: clavados los ojos en el suelo que pisaba y lanzando en derredor suyo miradas torvas y sombrías, se hizo esta tremenda y satánica reflexión:—por cada limosna que he dado, he ganado un enemigo, y por las malas acciones que he ejeculado, nada me ha sucedido; luego ésta es la ruta que debo seguir!

Aun no había terminado Juan su monólogo, cuando se le acercó un hombre de fisonomía franca y simpática, vestido desentemente como los hombres del pueblo acomodado, y sin más preámbulos, le propuso que lo acompañara á vender unos caballos que pensaba llevar al Cantón de Cáqueza.

—¿Con quién hablo? preguntó Rojas.

—Con Fruto Quiroga, acepta?

—¿Cuánto paga?

—Dos reales diarios y el *comistraje*.

—Convenido!

Entre un tentador hábil y otro dispuesto á dejarse tentar, no es difícil el mutuo acuerdo.

Cerrado el trato, llevó Quiroga á Rojas á su casa situada lejos de Cota, le proporcionó abundante comida, trago y lecho apropiado para dormir á sus anchas. Antes de acostarse llamó Quiroga al nuevo concertado y le dijo que le ayudara á *arrebiatar* las bestias que debían conducir *muy á la madrugada*, para pasar temprano por el páramo.

Terminados los preparativos de marcha, los dos expedicionarios se acostaron, y antes de que el *lucero de la mañana* asomara en el horizonte, ya estaban levantados y desayunados; montaron en buenos caballos y emprendieron camino á galope largo, llevando cada uno cuatro caballos de diestro.

Apenas hubo la claridad suficiente, observó Juan que los cuadrúpedos estaban señalados con fierros distintos y que trascendía á leguas su inequívoca procedencia: Quiroga debió comprender el pensamiento de su compañero, puesto que se aventuró á decirle antes que aquél lo interpelara—"no todo lo que uno tiene ha de ser comprado" Rojas le pare-

ció bueno el aforismo, como lo demostraba la sonrisa burlona que le asomó á los labios: aquellos dos hombres se habían comprendido admirablemente sin necesidad de explicarse, de manera que podía decirse que *Dios los crió y el Diablo los juntó!*

Si en todo tiempo y lugar es admisible aquello de que *comer y rascar todo es empezar*, en la vía del delito aquel refran vulgar tiene una evidencia matemática.

Al poco tiempo de los sucesos que dejamos narrados, no se oía ni se hablaba en la Sabana de otra cosa, sino de la cuadrilla de salteadores, que á órdenes de Quiroga y Rojas, tenían en jaque á los dueños de haciendas. En una ocasión la suerte les fue adversa y los aprehendieron en Ambalema, á donde fueron á vender una partida de mulas cargadas con los cueros de las reses que habían degollado *sin previa compra* de unas y otras. Se les comprobó el delito de abigeato y los condenaron á presidio.

Cumplida la sondena volvieron á ejercer su antigua profesión, pero *corregidos y aumentados* en los sistemas que empleaban, merced á los notables adelantos que hicieron en la universidad de los criminales, conocida con el nombre de PRESIDIO.

Empezaron por separarse y distribuirse el teatro de sus respectivas hazañas: Rojas eligió para sí la parte de la Sabana comprendida dentro del río Funza, desde el paso de la Balsa en la Conejera, hasta Puente Grande; de allí por el camino Real hasta Cuatro-esquinas; de este punto, línea recta al Occidente, hasta la cuchilla de la cordillera; por el filo de ésta, hasta el punto conocido con el nombre de El Tabiazo; y de aquí, al citado paso de la Balsa, punto de partida. Es decir que los pue-

blos de Cota, Tenjo Tabio y Funza le quedaron dentro de su jurisdicción!

Volvió Juan á ejercer su profesión en tan dilatada comarca, empezando por ponerle fuego á una casa con el objeto de robarse una muchacha. Perseguido por la autoridad á consecuencia de estos dos crímenes, fue aprehendido y juzgado. Pudo evadir la pena por el delito de rapto, á virtud de una astucia bien original de su defensor, quien hizo á los jurados el siguiente argumento:

"Para robar una cosa ó persona, es de todo punto indispensable cojerla ó tomarla; pero es así que está probado que mi defendido iba á caballo montado en la silla, y la muchacha sobre las ancas, llevaba asido á Rojas; *ergo*, si hubo algo robado debió ser éste y no aquélla!"

La chicana pegó respecto de la muchacha; pero por la quema de la casa, lo condenaron á cinco años de presidio.

Juan tenía además otras cuentas pendientes con la Justicia.

Antes de *robárselo* la muchacha aquella, tenía sentados sus reales en esta ciudad, y rara era la noche en que no saqueaba algún almacén.

Los señores Campuzanos tenían uno de mercancías en la calle del Colegio de Nuestra Señora del Rosario; al abrirlo por la mañana, encontraron perforada la puerta, mediante la quemadura producida por los combustibles encerrados en una olla de barro y aplicada á una de las batientes; este aparato tan sencillo como alevoso lo llamaban *ventosa*.

En tres mil pesos se estimaba el valor de las mercancías robadas, pero no se sabía quienes fue

ran los autores de ese nuevo crimen; para descubrirlo, la autoridad ofreció quinientos pesos de recompensa.

Sabedor el Juez don Felipe S. Orjuela, por el denuncio que le dio una mujer, de que Rojas se reunía con sus socios en una tienda situada arriba de la calle de las Véjares, acudió allá por la noche con una escolta; pero cuando ya creía cojida tan codiciada presa, salieron los bandidos en tropel distribuyendo portentosos garrotazos á diestra y siniestra, uno de los cuales se encontró con la cabeza de nuestro amigo Orjuela, que lo puso á pique de no contarse más entre el número de los vivos.

Después se supo que Juan dormía en un ranchito abajo del Cementerio, y como el cebo de los quinientos pesos continuaba puesto en el anzuelo, se ofrecieron los guardas del estanco de aguardiente á ganar la prima ó morir en la demanda.

En una mañana se dirigían nuestros cazadores por el camino que baja de la iglesia de Las Nieves, en dirección á unos ranchos miserables; allí debía estar durmiendo Rojas, pero advertido á tiempo, salió huyendo con dos compañeros, tomando cada uno de ellos distinta dirección. Detrás de cada bandido siguió un guarda: Juan tomó la vía que conduce á la hacienda del Salitre. Los guardas los perseguían, pero como les tomaron bastante delantera, se desanimaron dos de ellos, y solo uno continuó la persecución.

Rojas era un hombre corpulento y fornido; el que lo seguía era de constitución nerviosa, pequeño y de apariencia raquítica; así lo creyó el bandido, puesto que, fatigado de tanto correr, y advir-

tiendo que su perseguidor iba solo, resolvió esperarlo y librar su suerte á la punta del *cabiblanco*. El guarda se le acercó y le intimó rendición; por toda respuesta Rojas le tiró una puñalada que, felizmente para aquél, lo hirió en la espalda sobre el hemoplato en cuyo hueso se dobló la punta del cuchillo, que no fue más de provecho.

Aguantando el herido más golpes de puñal, que no le penetraba por la falta de punta, acometió á garrotazos al bandido, hasta que lo obligó á que le presentara unidos los dos dedos pulgares de las manos, los que le ató fuertemente con uno de los ataderos de las alpargatas, y así lo retuvo hasta que llegaron los otros guardas que, como Sancho en la aventura de los leones, se contentaron con ver desde lejos la pelea.

Asegurado Rojas en un calabozo de la cárcel, recibió la visita de los señores Campuzanos, con el objeto de arrancarle el secreto del paradero de los efectos robados. Después de recíprocos regateos, ajustaron el trato por trescientos pesos que recibió y contó el bribón á su entera satisfacción, comprometiéndose á decirles el lugar á donde habían llevado las mercancías; recogió el dinero dentro de una mochila que, despuésde cerrarla con nudos seguros y especiales, guardó debajo de la almohada de la cama.

—Vayan ustedes á un rancho situado del lado de acá, en la orilla del río, frente á la Quinta de Bolívar, les dijo Rojas: en el patío hay una gran piedra debajo de la cual guardaron las mercancías. Inmediatamente se trasladaron los interesados al sitio indicado por Juan; las señales de la casa y la

piedra eran exactas, pero no hallaron rastro de lo robado.

Volvieron á la cárcel, y reconvinieron á Rojas por el engaño; más éste les dijo que era que no habían buscado bien y que si lo llevaban, él les indicaría el punto preciso. Al efecto, lo aseguraron, y el día siguiente lo condujeron á la orilla del mismo río, al frente de dicha Quinta, donde había una cueva artificial :—entren, dijo Juan á las personas que lo acompañaban, aquí guardaron las ropas.

—Entre usted le dijo el Juez Orjuela, y saque los objetos que guardaron.

—*Eso sí que no*, respondió el pillo: yo me comprometí á decir donde habían guardado las cosas pero no donde están. Si quieren entren, que el *que algo quiere algo le ha de costar!*

Convencidos de la nueva felonía de Rojas, la volvieron á conducir al calabozo.

—¿ Y los trescientos pesos ?

El *día del Juicio por la tarde* se sabrá su paradero ! En esa vez pudo decirse con toda propiedad que á los señores Campuzanos les *llovió sobre mojado !*

En el presidio de Chagres se hallaba Rojas en el año de 1863, de donde lo sacó el indulto espedido en mala hora, por la Convención de Rionegro. Sin pérdida de tiempo volvió Juan á la Sabana; y como en esa época debió creer que yá tenía suficientemente ilustrado el apellido de Rojas, lo cambió por el de Rodríguez.

La vista del mar ; el trato con gentes de diversas razas y condiciones, y más que todo, la experiencia que se adquiere en las relaciones con los

famosas criminales, habían hecho de Juan, lo que se llama un bandido de primer orden.

A su paso por Facatativá, combinó su plan de vida para lo futuro, é imitando á Satanás, del cual dicen, que se sube á los montes más altos para inspeccionar la tierra, Rodríguez se trepó á la colina del *Cercado del Zipa*, desde donde divisó la parte de la Sabana que demora al Occidente de Funza, cubierta de alta maleza, á propósito para la realización de sus proyectos.

Allá podría dedicarse tranquilamente á la continuación de su antiguo oficio, llevando vida nómade, sin sujeción á Rey ni Roque que lo inquietara, eligiendo unos pocos compañeros, bien escogidos, entre los muchos que se hallaban en *disponibilidad* á virtud del nunca para él bien ponderado indulto.

No tuvo que esperar mucho, porque en el primer mercado encontró más número de antiguos camaradas, que los que necesitaba. En breves palabras expuso su plan á sus viejos amigos, el que consistía en internarse en las malezas ó bosques que cubrían en esa época, la casi totalidad de la parte de la Sabana comprendida entre el lado occidental de la cordillera, Cota, Suba, Tenjo, Fabio y Subachoque; es decir, una superficie de seis leguas cuadradas en cuyas verdaderas montañas, no había otros habitantes sino venados, conejos, zorros y ganado salvaje; rodeado de magníficas haciendas que lo proveerían de todo lo que pudiera apetecer; servido y custodiado por los labriegos á quienes haría partícipes de las utilidades de la empresa —en una palabra— pensaba hacer

de aquellos campos yermos, una verdadera Arcadia.

Llegado que hubieron al territorio escogido, se persuadieron los bandidos de la profunda sabiduría de Rodríguez al adoptar aquella parte de la Sabana para escenario de las fechorías que debían ejecutar. Empezaron por hacer *aberturas* entre el monte, y construír en sitios apartados entre sí, chozas de *vara en tierra* para pasar la noche, teniendo cuidado de no dormir dos seguidas en el mismo rancho, á fin de que en el caso improbable pero posible de una sorpresa, no los pillaran.

Pero esos solitarios en lo que menos pensaban era en llevar vida de anacoretas: esta dificultad la resolvieron con admirable facilidad. Necesitaban compañeras que les sirvieran de *señoras de casa*, y como preveían que no encontrarían damas que voluntariamente quisieran decidirse á correr los azares consiguientes á la profesión, determinaron poner en vigor el lema de, *por la razón ó la fuerza*, en cuyo último caso se robarían las muchachas que moraran al alcance de sus garras.

Como hombre experimentado, Rodríguez les dio el prudente concejo de que cada vez que llegara el caso de atrapar á la que desearan, tuvieran cuidado de llevarla en ancas del caballo, á fin de que si los llegaban á descubrir, como le sucedió á él en otra ocasión, no feran ellas, sino ellos los robados.

No pasaron muchos días después de establecidos aquellos bandoleros en el territorio escogido para ejercer sus depredaciones, sin que en toda aquella desgraciada comarca, se sintieran los estragos que causaban: las madres temblaban por sus hijas; los hacendados quedaron de hecho, conver-

tidos en simples administradores de sus semovientes, los cuales reputaba Rodríguez como propios; nadie se atrevía á trasitar, ni aun durante el día, por las inmediaciones de esos bosques, y ni la autoridad se consideraba fuerte para perseguirlos.

Durante esa época de zozobra é inseguridad, fue cuando don Miguel Camacho Quevedo compró la hacienda de La Cantera, ubicada en jurisdicción de Cora, precisamente en las inmediaciones de aquel teatro de crímenes sin cuento.

Todos los amigos del señor Camacho le impresionaron el negocio, haciéndole saber el avispero en que se había metido; pero aquel no era hombre que se dejaba intimidar por nadie ni por nada, y su carácter resuelto y enérgico, lo provocaba á afrontar los peligros para tener el capricho de vencerlos.

Era don Miguel de pequeña estatura, de constitución nerviosa y musculación de acero, de ojo azul claro cuya mirada era irresistible, de nariz aguileña, cabello y mostacho castaños, en una palabra, era pequeño de cuerpo pero de alma grande.

En el desgraciado combate librado el 21 de Mayo de 1854 en la ciudad de Zipaquirá, entre los Constitucionales y las fuerzas de Melo, acompañaba al General Franco, como Ayudante elegido por éste; la sangre que brotó del balazo que rompió el cráneo á su Jefe, le salpicó el rostro; lo recogió piadosamente para colocarlo en el alar de una casa, en medio de aquel diluvio de balas, una de las cuales mató el caballo que montaba. Furioso por la muerte de su General y desafiando á los cobardes que tiraban escondidos, se retiró hacia el cerro. E

mismo no se explicaba cómo había salido ileso de aquella hecatombe!

Entre las muchachas robadas por Rodríguez, se encontraba la hija de una arrendataria del señor Camacho. Durante una excursión de los bandidos, logró fugarse aquella desgraciada y volver á la hacienda. Sabedor Rodríguez del paradero de su favorita, se presentó una noche en la casa de la muchacha y exigió á la madre que se la entregara; ésta, como era natural, se denegó: una tia de la muchacha oyó el altercado y voló á dar aviso á su amo Miguel. Enfurecido Rodríguez al verla partir, le gritó que avisara al muñeco Camacho, que donde lo encontrara lo *volvería candelero*; es decir que le daría de puñaladas.

Al saber don Miguel que Rodríguez tenía la audacia de provocarlo, se le sublevó la sangre de caballero, y sin reflexionar en la gravedad del peligro que iba á afrontar, tomó un revolvers que calzaba cinco cápsulas y armó á un compañero, que se creía con ánimo para seguirlo, con un puñal y una pistola.

Envió adelante á la india, con el objeto de que le indicara el sitio donde estuviera el bandido, y se pusieron en marcha después de echarse encima la ruana que debía preservarlo del frío y de la muerte!

Serían las ocho de una noche estrellada, fría y silenciosa; la vía que conduce de Funza á Tenjo, pasa por la entrada de la hacienda de La Cantera, y al Sur de ésta, parte otro camino en dirección Oriente, por el sitio llamado Las Huertas; pero esos caminos de suyo fragosos y poco á propósito, aun para andar á caballo, porque eran de piso terroso, sin obra de arte que los aplanara, estaban

llenos de veredas formadas por el trajn de las bestias durante el invierno; además, la faja de terreno que constituía el camino real, quedaba en un nivel mucho más hondo que el de los predios contiguos.

En una ondulación del terreno, existía un barranco rodeado de maleza, dividido en dos, por el camino que lo atravesaba; al llegar la india á ese punto, y por instintiva medida de precaución, desvió por detrás del soto, hasta pasar de aquel sitio que ella consideraba como peligroso, por la facilidad que presentaba para ocultarse allí los bandidos. La astucia y malicia ingénitas á la raza indígena, contribuyeron en esa vez para salvar la vida del señor Camacho.

No se equivocó la india: al pasar como una sombra por detrás del barranco, distinguió á un hombre que estaba en asecho y oculto entre la maleza. Apresuró el paso á fin de que no la descubrieran, y cuando estuvo fuera del alcance inmediato de los que estuvieran allí, gritó con toda la fuerza de su garganta—*Cuidado mi amo Miguel que aquí está Juan Rodríguez!*

Un fogonazo seguido de estruendosa detonación en aquellas solitarias encrucijadas, turbó el silencio solemne de esa comarca; el proyectil pasó silvando por en medio de don Miguel y su compañero, al cual le faltó el ánimo cuando más lo necesitaba y huyó dejando empeñado á su amigo, al frente de un enemigo que, llegado el caso, no le daría cuartel.

¡Qué espectáculo el que presentarían aquellos dos hombres, frente á frente, en el silencio profundo de una noche ecuatorial, apenas alum-

brados por el resplandor de las estrellas y por los intermitentes relámpagos boreales, sin más testigo que una pobre india cuya escasa inteligencia, la tenía embargada el terror en esos solemnes momentos!

El valor del que defiende su vida y su derecho, lidiando con el valor del que nos los quiere arrebatar; pero ambos representados en esos supremos instantes, por dos apuestos paladines, dignos de inmortal leyenda, cada uno en su respectiva esfera.

Sin decirse una sola palabra y en ademán del que va á jugar la vida al azar de las armas, con serena resolución, se avanzó Rodríguez hacia don Miguel que lo esperaba á pie firme. Allí empezó el bandido un ataque á puñal, el que brillaba con las ráfagas siniestras que le comunicaba la pálida luz de los astros; el señor Camacho se defendía presentándole la ruana al agresor y disparando en retirada su revólvers.

Al disparo de la cuarta cápsula, Rodríguez dejó caer el puñal: la bala lo hirió en el brazo derecho, sin romperle el hueso; luégo sacó con celeridad una lanza que llevaba de repuesto en la cintura, soltó espantosa blasfemia y se avalanzó, rugiendo de rabia, sobre su adversario.

A don Miguel no le quedaba más defensa que una sola cápsula en su revólvers; de ese último pedazo de plomo dependía su existencia, y así lo comprendió, puesto que continuó retrocediendo sin disparar y resuelto á no hacerlo, hasta tanto que no tuviera evidencia de acertar; pero en los afanes del combate, había olvidado la configuración del terreno, y al dar otro paso hacia atrás,

tropezó con el barranco y cayó de espaldas contra él.

El bandido creyó seguro su triunfo, y alzó la mano armada con la lanza para hundirla en el pecho de don Miguel, al mismo tiempo que éste disparó el último tiro de que podía disponer y se asió á Rodríguez á fin de terminar tan singular duelo, luchando hasta morir ó vencer!

Abrazado el señor Camacho estrechamente al bandido, dominó con gran esfuerzo las violentas sacudidas que daba éste con insano furor; sobre su cara posaba la de Rodríguez, y el aliento impuro de aquel malvado, humedecía la frente del que lo tenía enlazado con sus músculos de acero. Dejó aquel escapar algunos roncos é inarticulados suspiros, parecidos al estertor de la agonía; hizo algunos movimientos convulsivos, exhaló hondo y prolongado suspiro y se desmadejó en los brazos de su adversario. Don Miguel sintió la impresión de un líquido caliente que le humedecía el cuerpo, y creyendo que sería la sangre propia la que motivaba aquella sensación, hizo un esfuerzo supremo para arrojar á un lado al bandido que lo agobiaba con su peso; éste se escurrió y cayó al suelo produciendo un sonido seco y lúgubre. La última bala del señor Camacho le había atravesado el corazón: Juan Rodríguez era cadáver!

¡Cosas bien extrañas suceden, aun á los hombres más audaces!

El señor Camacho, que en leal y desigual combate acababa de dar muerte á Rodríguez, se llenó de horror al verlo tendido á sus pies, exánime, y

como Loth, huyó de ese sitio maldito sin mirar atrás!

Al día siguiente don Miguel se presentó á la justicia para responder por aquel suceso: instruído el correspondiente sumario, se declaró sin lugar á formación de causa contra aquel que, exponiendo su existencia, libró esas comarcas de tan infame bandido.

El trabajo inteligente de los agricultores ha trasformado esos parajes, antes incultos y tenebrosos, en esplendidas dehesas.

XIII

ASALTO Á LA HACIENDA DE LA HERRERA

En pocas comarcas ha derramado la Providencia con tanta prodigalidad sus beneficios en favo del hombre, como en el pedazo de tierra que se llama la Sabana de Bogotá.

Atravesada de Norte á Sur por el manso y cenagoso Funza, el cual recoge los diversos tributarios que aumentan el caudal de sus aguas, dejando todos á su paso, el depósito de limo fecundante que mantiene en perenne actividad la prodigiosa fuerza productora de su fértil suelo; bajo la influencia de un clima suave é igual, libre de los fríos y de los calores de la zona templada, y exenta de animales dañinos ó venenosos; rodeada como inexpugnable fortaleza, por altas y azuladas montañas que le renuevan amorosas las brisas del purísimo ambiente que da la vida á sus moradores, protegida por razón de su altura sobre el nivel del mar, contra las asoladoras é implacables epidemias que dejan en otras partes una estela pavorosa de muerte y desolación; y lo que aun es mejor,

habitada por una raza de carácter apacible, sin aspiraciones, humilde y sencilla, apegada al suelo en que nace, vive y muere, amalgamada con la savia de sus conquistadores á los cuales recuerda con veneración, sin acordarse de las inútiles crueldades empleadas para sojuzgarla.

Como consecuencia precisa de las favorables condiciones peculiares á la Sabana, el cultivo de su suelo y las demás empresas agrícolas á las cuales se la dedica, presenta extraordinarias facilidades para administrar las distintas secciones que la componen.

Antaño se veían en las cercanías de todos los pueblos do la altiplanicie, agrupaciones de indígenas que vivían en el pedacito de tierra que, con la denominación de *resguardos*, les apropiaron las leyes de Indias y las de la antigua Colombia, con prohibición de enajenarlas. En ellos mantenían los animales que les servían para conducir á los centros de consumo los cereales y demás atículos que cultivaban, y las ovejas que les proporcionaban la lana para vestirse; eran propietarios y por consiguiente tenían cariño por el rancho y la *estancia* en la cual vieron la luz, pasaron sus primeros años y conocieron á sus antepasados.

El aspecto de los resguardos era bellísimo en los tiempos de labores y vendimia, por la diversidad de sementeras á las cuales dedicaban las estancias, las que se distinguían de las de las haciendas, por el conjunto heterogéneo de toda clase de artículos sembrados y cosechados simultáneamente.

El tipo de una estancia era común á las demás, pues ya se sabe la inclinación imitadora que domina á la raza de los aborígenes: un cercado ó

vallado formado con *arbolécos*, cerezos, cirrizos sauces, curúbos y zarzas; en el centro la casita cubierta con paja de trigo, angosto corredor al frente y estrecha puerta de entrada á las habitaciones sin ventana ó muy diminuta en el caso de haberla; por mobiliario, una macisa mesa y barbacoas para sentarse ó acostarse; el zarzo del techo que servía de troje para los cereales y de guarda-ropa de la familia; en las paredes sin blanquear, las imágenes de los santos de su devoción, pero en primer lugar las de Nuestra Señora de Chiquinquirá, San Roque, Nuestra Señora del Carmen en actitud de sacar almas del Purgatorio, y algunas vitelas monstruosas; en un rincón los zurrones de cuero para guardar la miel y sobre ellos, el *sillón* ó montura de la dueña de casa. Al frente de ésta, una cocinita estrecha y ahumada que ostentaba sin embargo la limpia piedra de moler el *piste*, elemento indispensable para hacer la *mazamorra*. En cuanto á bajilla, ésta se componía de platos y cucharas de palo, totumas, tazas de barro ordinario y *pánese de contar*: solían tener alguno que otro plato ó escudilla de loza, pero estas fincas permanecían guardadas sobre una tabla asegurada á las paredes por medio de estacas, para el caso solemne de visita del amo cura ó del patrón de la hacienda vecina.

No faltaban brazos para la agricultura, porque los gañanes tenían hogar fijo en donde se les podía encontrar, y éstos no se veían obligados á frecuentar las tabernas para proporcionarse el sustento diario, pues les era más fácil y económico alimentarse con lo que les llevaban de su propia casa.

Pero llegó un día, feliz para los codiciosos de poseer buenas tierras á bajo precio, en el que se

dijo que era una tiranía intolerable prohibir á los *ciudadanos* la venta de su propiedad, y se dió la ley que permitió y permite lo enajenación de los *resguardos*.

No nos meteremos á discutir el mérito intrínseco de tal libertad; pero siguiendo el criterio del Evangelio que dice—por sus frutos los conoceréis—haremos notar que, desde entonces data el estado de miseria al cual quedaron reducidos los que vendieron su patrimonio por mucho menos que el *plato de lentejas*, y la emigración de los jornaleros en busca del bienestar perdido y de condiciones más propicias para ganar la vida.

Es cierto que la industria ha dado la mano á la agricultura, para sacarla airosa en los complicados trabajos del laboreo de las tierras y cultivo de los cereales, proporcionándole las máquinas con las cuales supera en mucho el servicio que le pudieran prestar las fuerzas humanas que escasean en progresión alarmante, pero en cambio ha desaparecido el encanto y alegre bullicio que reinaba en los campos durante los tiempos de la ciega y trilla del trigo y otros granos, cuando aún no se había implantado entre nosotros el sistema de maquinas segadoras y trilladoras, en reemplazo de nuestros indios.

Cuando empezaban á dorarse las espigas del trigo, se despachaba al mayordomo de la hacienda para que fuera á buscar *segadores* en los pueblos de Suesca, Sesquilé, Chocontá y en las demás agrupaciones de indígenas: por intermedio del Alcalde y de éste con los *capitanes*, se contrataban los que se necesitaban, y desde entonces empezaba una especie de emigración del Nórte al Sur de la

Sabana, llevando los jornaleros á sus familias y enseres de cocina.

Los hombres segaban, y las mujeres y los muchachos hacian los pequeños gavillos y los reunian convenientemente, para que de allí los tomaran los encargados de conducirlos en carro, á la montonera, en donde iban haciendo los *montones* ó *grandes gavillos* de forma cónica, para preservar el grano contra las inclemencias del tiempo.

Terminados los trabajos del día, se recogían los jornaleros á las enramadas donde los esperaban las esposas con las familias y la cena; allí era de verlos mascar á dos carrillos y triturar entre sus magníficas dentaduras, las habas y maiz tostados, parlando como loros y arrojándose unos á otros á la cara, al hablar, los fragmentos de lo que comían ó bebían. Al fin, el cansancio de la jornada y más que todo, el medio real de *chicha fuerte* que se metían entre pecho y espalda, los dejaba mancornados, en la actitud en la cual los cogía Morfeo, roncando como leones ruguientes, hasta que los despertaba el canto del gallo á la madrugada, para volver alegres al trabajo.

Si se trataba de la trilla, esta labor tomaba el aspecto de verdadera fiesta campestre. Desde antes de *rayar el alba* se dividían los labriegos en cuadrillas: unos iban á recoger las yeguas con cuyos cascos desgranaban el trigo; otros desbarataban los montones y echaban los gavillos á la éra ó circo formado con estantillos y rejos, dentro del cual hacían dar vueltas á escape y en confuso tropel, á las hembras con sus respectivas crías, cayendo aqui para levantar allá, perseguidas por el

muchachos arriero, armado de zurriago y animándolas con alegres gritos y endechas pastoriles.

Separado el trigo del tamo y de la raspa, empezaba la tarea de *traspalar* y aventar el grano, á fin de dejarlo listo para entrojarlo; si rendía la parva, el patrón manifestaba su contento obsequiando á los trabajadores con sendos tragos de *la buena*, y éstos, á su turno, se deshacían en felicitaciones al amo, diciéndole, entre otras cosas, que Dios se lo dejara gozar y que *por el trigo somos cristianos*.

Era tal el cariño que los indios tenían al trigo, que agujereaban la copa del sombrero para que por allí se les llenara del precioso grano al aventarlo, por lo cual tenían un empleado en la parva, sin otro oficio que escudriñar el sombrero á los rateros.

Nada hay más propio para despertar la verbosidad de los indios, como ponerlos á media *chispa* ó *alumbrada*, con algunas libaciones de la chicha—que es su licor predilecto—Y como en las faenas que dejamos bosquejadas, es donde ellos se ponen en capacidad de estimar—á su modo—las cualidades requeridas para ser buenas esposas, es allí donde puede estudiarse esa faz especialísima de tan humilde raza. A este respecto, es bien curioso el sistema adoptado por éstos para escoger la compañera que debe, no diremos compartir, sino soportar todas las cargas del matrimonio, sin ninguna de sus ventajas.

No hay duda de que la belleza es relativa, y que en consecuencia, lo que á unos parece bonito, es feo para otros. Siguiendo esta regla, el indio escoge para compañera á la india más robusta y for-

nida; pero sobre todo, la que él cree que puede trabajar por los dos. Es en las faenas agrícolas donde los aborígenes se deciden á tomar estado, observando atentamente á la aldeana que siega con más rapidez, la que recoge más gavillos, la que escobilla mejor el trigo, la que, llegado el caso, le pide la mancera del arado para presentar certamen de fuerza y pujanza en el manejo de tan pesado instrumento.

Es probable que el indio vea con desdén á las mujeres bien parecidas, entre otras razones, para no tomarse el trabajo de celarlas, si se tienen en cuenta las condiciones de estoicismo y suprema indiferencia que, con respecto á los sucesos más notables, son peculiares á la raza.

Los asuntos matrimoniales los arreglan con suma facilidad; después de la siega en la que se trataron, viene la trilla para comprometerse y *amañarse;* y en la repetición de la siega, se aparecen los esposos con su respectiva prole, pues es muy raro el caso de que un indio falte á la palabra empeñada á una mujer—eso sí—entienden y practican literalmente al revés el consejo, porque no es más que consejo, aquello de *compañera os doy y no sierva!*

Pero descendiendo al fin de las nebulosas, á las cuales nos hemos encumbrado, diremos que el *desideratum* de los habitantes de esta altiplanicie, es tener en Bogotá casa para vivir, con tiendas para alquilar y hacienda en la Sabana que los haga ricos con pocas fatigas, y les proporcione, al mismo tiempo, un lugar ameno y de recreo para llevar las familias en las temporadas de verano.

Si hay en la Sabana algún panorama que merezca el nombre de magnífico, es sin disputa el que ofrece á la vista del espectador, el valle encerrado entre el cerro de Serrezuela y las colinas adyacentes, al Oriente; el boquerón de la cordillera conocido con el nombre de Boca del Monte de La Mesa, al Occidente; la cuchilla de la cordillera, al Norte, y las serranías de Fute, al Sur.

Reclinada sobre la falda occidental del precioso cerro de Serrezuela, está edificada la antigua casa de la hacienda de La Herrera, que domina el bellísimo y espacioso lago, alimentado por las aguas de los ríos Bojacá y Serrezuela, en donde abundan el exquisito pescado capitán, los sustanciosos cangrejos, y millares de aves acuáticas que viven retozando entre los juncales y malezas que visten las dirversas islas que se levantan de su seno, las cuales semejan ramilletes flotantes, que parece que lleven en sí el germen de la vida, puesto que en esos sitios moran confundidos, como si fuesen individuos de un mismo género, especie y familia, las tórtolas, chirlosvirlos, caicas, gallinetas, garzas, correlonas, chorlitos, ñuervos, guacos, grullones, conejos, curies y armadillos, sin contar los diferentes patos de emigración, que en cantidades innúmeras, se posan confiados en aquellas tentadoras linfas, en las que los sorprende la muerte que les envía el experto cazador. Para hallar en el mundo una perspectiva superior en belleza, hay necesidad de ir á buscarla en los lagos de Garda, ó de Como, en Italia.

Apenas terminada la prolongada guerra civil que aniquiló al país durante el tiempo transcurrido de 1861 á 1863, volvió el señor [illegible]

gelista Manrique á tomar posesión de la hacienda aludida, por cuanto es cosa averiguada que, desde el primer pronunciamiento que tiene lugar, queda establecida la ley del más fuerte, pasando á ser la propiedad rural un mito que sólo lo descifra en favor propio, cualquier partida que prende banderola en el asta de una lanza, y se bautiza con el nombre pomposo de beligerante.

Para recoger los animales que por inútiles ó por cualquiera otra razón independiente de la voluntad de los guerreadores de entonces, existían abandonados, y moralizar al mismo tiempo los trabajos agrícolas después del espantoso cataclismo, se estableció en la casa citada el señor doctor Carlos Manrique, hijo de don Juan Evangelista, en unión de su virtuosa esposa la señora doña Amelia Convers; de dos hermosos niños, hijos de tan feliz matrimonio y de la servidumbre de la casa.

Los edificios que formaban la antigua casa solariega con apariencias de feudal, se componían de dos tramos: uno de construcción sólida, provisto de espaciosas piezas y corredores, con capacidad suficiente para alojar con holgura una familia numerosa, que era el ocupado por el doctor Manrique y su familia; y otro pajizo en el que se alojaban los huéspedes que solían pernoctar en la casa, el que estaba destinado para servir de troje á los productos de la hacienda y al depósito de las velas que se fabricaban en la misma, á fin de aprovechar el sebo que en esa época estaba depreciado, y procurarse al mismo tiempo, en buenas condiciones, aquel artículo de primera necesidad.

No faltará quien califique de imprudente al doctor Carlos Manrique, por el hecho de irse á vivir con su familia á una hacienda aislada, inmediata á terrenos accidentados, cruzados por varios caminos por los cuales era fácil extraviar para que se perdiera la pista, inmediatamente después de pasada una revolución que conmovió todo y estableció por lo pronto, la completa inseguridad en los campos; pero él se haría las reflexiones de que *el que no la debe no la teme*; y antes bien, como médico, prestaba sus servicios á todos los que lo ocupaban, dándoles las drogas por añadidura, con lo cual hacía lo que el sastre del Campillo que *cosía de balde y ponía la hebra*; que ninguno llamó á su puerta sin salir atendido; que el mejor empleo que daba á su dinero era el de servir á los amigos ó indiferentes que se valían de él y, en una palabra, que jamás recorrió un camino sin encontrar personas que le manifestaran cariño y estimación personal.

Tenía y no tenía razón el doctor Manrique; pero de seguro olvidaba la máxima de Luis XIII, Rey de Francia, el cual cada vez que concedía alguna gracia, exclamaba—"¡Acabo de hacer un ingrato!"

En los últimos días de Octubre del mismo año llegó á La Herrera un viajero cuyo aspecto le denunciaba como habitante de los paises cálidos. La aparición de una persona extraña en los campos causa siempre novedad en la familia, y por eso fue por lo que los moradores de la casa, acudieron al corredor desde el cual se divisa la entrada á la hacienda, ansiosos de adivinar el nombre del huésped. Al fin se acercó éste lo suficiente para ser

conocido é instantáneamente exclamaron el señor Manrique y su esposa—¡Don Bartolomé Moreno!

Era don Bartolomé natural de Sogamoso, pero podía decirse que era *llanero*, porque había pasado la mayor parte de su vida en Casanare, ya como militar á las órdenes de Cisneros, siendo aun muy joven, ya como negociante para introducir ganados del Llano á las antiguas provincias de Tunja y Tundama. Frisaba á la sazón en los sesenta abriles, pero así y todo, era hombre robusto y esforzado, despierto, hablador, con el marcado tinte de franqueza inherente á los calentanos acostumbrados á vivir afrontando toda clase de peligros y sin sujeción á nadie.

Cansado de vivir en los Llanos, venía en busca de su amigo el doctor Carlos, con el objeto de proponerle que le arrendara La Herrera: creía que á su avanzada edad debía proporcionarse un modo de vivir exento de los peligros y sobresaltos consiguientes á la manera de ser del *llanero*.

En efecto: la mejor escuela que puede ofrecerse al hombre que quiera acostumbrarse á vivir en constante alarma y en donde todo se conjura para aniquilarlo, es sin disputa la que se encuentra en la región oriental de Colombia, en las inmensas é imponentes llanuras que se extienden hasta el Atlántico, encerradas por los gigantes que se llaman Meta, Amazonas y Orinoco. Parece que celoso ese territorio de su salvaje libertad, opone al hombre que trata de civilizarlo, vallas insuperables para el logro de sus deseos: y realmente, pasarán muchos años antes que la raza humana pueda sentar domicilio tranquilo en aquel suelo inhospitalario en donde la exhuberancia de prodigiosa

vegetación, carboniza la sangre por los gases deletéreos que emanan en cantidades inmensurables.

Cinco meses de lluvias torrenciales que inundan los terrenos planos, y dejan apenas á flote las modestas colinas; y siete meses de verano abrasador, bajo un sol de fuego, es el tipo ordinario de las dos únicas estaciones que hallá imperan. Sin el menor rastro de guijarros ó de piedras, tan indispensables para la construcción de sólidos edificios y á los diversos usos domésticos; plagado el suelo de víboras como la *mapanare*, cuyo veneno mata instantáneamente; de jaguares traidores que viven asechando los miserables ranchos que prestan algún abrigo á sus moradores, de los cuales puede decirse que tienen que dormir con un solo párpado cerrado á fin de velar con el otro ojo despierto, para no ser devorados por aquéllos y por los millones de asquerosos *murciélagos* que pululan en el aire desde que el sol se oculta en el horizonte; llenos los ríos de alevosas *rayas* y de atrevidos peces *tembladores* cuyas descargas eléctricas postran al ser animal que tocan; sin más mobiliario para la comodidad personal que una hamaca—*chinchorro* de *palma de moriche*—para dormir y calaveras de caimán para descansar; tomando café negro por toda bebida, clarificado por medio de un tizón sumergido entre el líquido, y alimentándose con carne sin sal y *sancochada* por el sudor del caballo y el peso del ginete, que la hace servir de sudadero de su montura; y sobre todos los inconvenientes someramente relatados, la ferocidad de los pérfidos indios *goagivos*, que *abren vivo* al desgraciado blanco que caiga en sus manos!

La guerra franca ú *oficial* había terminado en el tiempo al cual nos referimos, pero la guerra personal, y especialmente la que hacían los merodeadores de ambos partidos contra la propiedad, continuaba en toda su fuerza y vigor; éstos no se conformaban con vivir del trabajo honrado sino que se quedaron con el resabio de atrapar las cosas donde las encontraban ó de ir á tomarlas donde les conviniera; pero como el método que pensaban poner en planta presentaba para su ejecución algunas dificultades en las poblaciones, creyeron más conveniente á sus intereses, implantarlo en los campos ó haciendas.

En esa vez llegó su turno á la de La Herrera.

Don Bartolomé permanecía alojado en el departamento pajizo de la casa, formado por una sala con su respectiva alcoba; pero la mayor parte del tiempo lo pasaba en la casa grande, divirtiendo á su amigo el doctor Carlos y á su señora, con las interminables relaciones de sus aventuras guerreras, amorosas ó comerciales, pero concluía siempre con un *Delenda est Carthago*—es decir—arriéndeme la hacienda mi doctor. Este era en lo menos que pensaba y así se lo dejaba comprender al *llanero* al cual obsequiaba y atendía con la mayor galantería. En un momento dado, y como obedeciendo á un presentimiento irresistible, al mismo tiempo que cedía á la inclinación de regalar algo, tomó un trabuco antiguo que tenía cargado hasta la boca y, presentándolo á su huésped, le dijo—acépteme esta finquita que usted como buen militar y *llanero* debe saber manejar á maravilla!

¡La Providencia se vale á veces de los medios más lejanos ó indirectos cuando quiere salvar ó

castigar! Si se pide una prueba de nuestra aserción, bastará fijarse en el hecho aparentemente casual de venir don Bartolomé desde lejanas tierras, en solicitud del predio cuyos moradores debía salvar con el arma que éstos á su vez ponían en sus manos por un acto de generosidad.

A las once de la noche del 8 de Noviembre de 1863 ladró con violencia la perra *Zulema*, compañera de los dos niños que entonces hacían las delicias del doctor Manrique y de su digna esposa. Todo fue oírla Moreno y comprender, como hombre experimentado, que esos ladridos expresaban un peligro inminente. Salió al corredor y se encontró de manos á boca con varios individuos de aspecto poco tranquilizador.

—¿Qué es lo que quieren? les preguntó.

—Somos gente del Gobierno y venimos á rondar la casa.

—Aguarden que voy á encender vela.

Convencido el *llanero* de que se trataba de un ataque á la casa, empezó por el principio: sacó de sus baúles las mechilas que tenía con dinero y las escondió entre la malva que crecía en el solar contiguo á la alcoba; se aprovechó para salir de la falta de un balaustre de la ventana; entregó la vela encendida á un *chino* que lo acompañaba, tomó el histórico trabuco y se colocó en asecho en la ventana, para *despachar* al primer asaltante que se presentara, lo que sucedió en realidad. Uno de los bandoleros vio á don Bartolomé y le tendió el rifle, pero éste se anticipó disparando su trabuco, con cuya detonación se apagó la vela y quedó sumido en completa oscuridad.

Al ruido de los disparos se despertó la esposa del doctor Manrique. Aun no había abierto sus labios para llamar, cuando entró á la alcoba la cocinera, poseída de terror, diciendo á su señora que había ladrones. El señor Manrique saltó presuroso del lecho é inconscientemente iba á encender luz, pero por fortuna cayó en la cuenta de que en esos casos es mas conveniente permanecer á oscuras.

Pero las tinieblas no debían agradar á los bandidos puesto que, previamente, y guiados por Cayetano Correa, quien conocía los usos y costumbres de la casa, é iba esa noche á pagar como villano, la deuda de gratitud que lo atormentaba día y noche respecto de su patrón Manrique, el cual lo salvó días antes de una fulminante pulmonía, se apoderaron de las velas que estaban colgadas en los corredores de la casa pajiza, y las encendieron y colocaron convenientemente, á fin de ver bien lo que hacían.

Así las cosas, pusieron sitio formal á las casas de la hacienda, rompieron los fuegos sobre todas las puertas y ventanas de los edificios, y gritaban al doctor Manrique para que les entregara diez mil pesos de rescate por él y su familia, ó de lo contrario los matarían sin misericordia !

El enemigo con que tenían que medirse en desigual pelea, se componía de veinte bandidos capitaneados por el terrible cuadrillero Jacinto Romero, armados de magníficos rifles y provistos de abundantes municiones. Los de adentro contaban con una escopeta de dos cañones sin medios para reponer la carga después de dispararla ; con un padre de familia impotente para defender su hogar ; con tres sirvientas medio muertas de miedo ; con dos

niños en sus cunas y con una madre que veía seriamente comprometido lo que tenía de más caro en la vida: el esposo y los hijos!

El lector se imaginará á la familia Manrique dominada por abrumador pánico, dispuesta á dejarse sacrificar como corderos ó á implorar piedad de sus desalmados agresores, porque les era imposible pagar el rescate exigido. No vacilamos en asegurar que si hubieran tenido el dinero, se habrían desprendido de él con buena voluntad, en cambio de tranquilizar á la angustiada familia; pero no lo había y era preciso dominar la situación á todo trance, ó estaban perdidos irremisiblemente.

Tal vez en otras circunstancias no desplegaría el doctor Manrique el valor y serenidad á que debió su salvación y la de su familia en aquella noche ominosa; y decimos tal vez porque no sabemos que haya hecho gala en alguna otra ocasión de ser inclinado á travesuras bélicas; pero lo que fué entonces, mereció el calificativo de valiente.

Y no podía ser de otro modo: nuestro doctor creía tener por compañera á una matrona de carácter dulce, consagrada á la educación de sus hijos, uno de los cuales debía llegar á ser algún día gloria científica del país; en una palabra, sabía que su esposa era como la generalidad de las colombianas, el centro y calor del hogar doméstico al que embalsaman con su ambiente de relevantes virtudes y sincera piedad, sin rival en el mundo! Pero ignoraba que el cielo lo tenía unido á una mujer que en Sagunto y Numancia no habría pasado desapercibida.

Nada hemos visto tan sublime é imponente como el sentimiento de la maternidad herido en el fruto de su amor; y si á esa causa se añade la circunstancia de hallase de por medio la suerte de un esposo idolatrado, oh! entonces esa madre y esposa prescinde de la débil envoltura de su sexo para transformarse en una heroína, capaz de llegar á donde no alcanzó ningún hombre. En este caso se hallaba la señora de Manrique.

Don Carlos intentó salir por una puerta excusada, pero se lo impidió Correa que estaba allí de centinela: quedaron pues en la casa el doctor Manrique con su escopeta, su valerosa consorte, dos niños en sus cunas y tres sirvientas, sosteniendo un asalto á sangre y fuego.

La señora de Manrique, en su condición de madre cristiana, dió principio á su heroica defensa dirigiéndose á tientas y en ademán resuelto hacia una imagen de la Virgen de las Mercedes, de cuya advocación era muy devota; allí se postró de rodillas y pidió á la madre del Redentor, con absoluta confianza, la vida de los suyos, y le ofreció en cambio, consagrarle la criatura que próximamente debía ver la luz.

¡Era una madre en suprema angustia, qué acudía á otra madre poseedora del poder supremo!

Algo inexplicable que le infundiera valor, debió sentir aquélla, porque se levantó serena y altiva; se dirigió á su esposo y le dijo con un acento de voz que revelaba la mayor resolución y tranquilidad de espíritu: opongamos la astucia á la fuerza y ganemos tiempo hasta que amanezca. La Virgen peleará por nosotros!

Entonces principió entre esos padres de familia la escena más cómica imaginable, como para evidenciar que los extremos se tocan: el señor Manrique daba voces de mando iguales á las que daría Ricaurte en San Mateo, y su valerosa consorte serraba, alternativamente, con estrépito, una caja, á fin de hacer creer á los bandidos que se les hacía fuego de adentro. Hubo un instante en el cual se aproximó á una de las puertas uno de los asaltantes. El señor Manrique no tenía qué hacer para matarlo sino disparar á quemarropa, pero debemos decir en honor suyo, que pudo más en él la repugnancia de quitar la vida á un hombre, aun en propia defensa, que la consideración del peligro que tanto él como todos los suyos, estaban afrontando casi inermes, después de dos horas de furioso ataque.

En medio del fragor del combate se acordarón de don Bartolomé, y juzgaron que lo habrían asesinado, porque no daba señales de estar en la casa; afortunadamente no fue así.

Después de que el *llanero* disparó su trabuco, alcanzó á ver caer uno de los ladrones; pero como no tenía medio de reponer la carga del arma, aprovechó el momento en el cual quedó á oscuras, para romper por entre los bandidos, jugando así *el todo por el todo* á fin de ir á las habitaciones cercanas en busca de auxilio. Tan feliz inspiración se vio coronada de éxito completo, porque llegó jadeante á la vecina venta de *El Alto*, en la cual encontró alojados á los vivanderos que iban al mercado de La Mesa. Sabedores éstos de lo que pasaba en La Herrera, se prestaron gustosos para ir á salvar á la familia asaltada; mas apenas oyeron los

disparos de los bandidos, se acobardó la mayor parte y sólo unos pocos siguieron á don Bartolomé.

Llegados á inmediaciones del campo de batalla, desplegó su táctica *el llanero*, la cual consistió en dar voces de mando en la suposición de que tenía bajo sus órdenes un ejército compuesto de infantería y caballería. Los ladrones cayeron en el garlito y empezaron á retirarse en buen orden, pero haciendo fuego sobre la casa.

Despejado el campo, entró el bravo *llanero* á la casa, pavoneándose del triunfo y diciendo á la señora de Manrique, que, trémula de emoción, tenía en su regazo á sus dos asustados hijos:

—Mi señora, muchas veces me encontré con el tigre frente á frente en los llanos y no sentí miedo; pero en esta noche sí hubo un momento en el que parecía azogado..... ! ¿Ya ve que le conviene arrendarme la hacienda?

La señora de Manrique se hacía lenguas alabando la misericordia de la Reina de los cielos que los había salvado á todos de muerte segura. En efecto: fue una circunstancia digna de notarse que los bandidos atacaron por las puertas que presentaban sólidos obstáculos, sin que se les ocurriera hacerlo por aquellas en que habría bastado ligero esfuerzo para abrirlas; además, ninguno de los de la casa estaba herido, no obstante el gran número de balazos que habían dirigido los asaltantes: en la cabecera de la cama de uno de los niños se halló incrustada una bala de á onza.

Muy de mañana partió el señor Manrique para Bogotá, con el objeto de poner en conocimiento de la autoridad el ataque en que estuvo á punto de sucumbir con toda su familia. Al llegar á Fontibón,

notó un *guando* que conducían varios hombres: supuso que sería algún enfermo que se hacía llevar en busca de recursos médicos, pero después supo que aquél no era otro sino el bandido que derribó *el llanero* al disparar el trabuco, al que descubrieron en una tienda cerca del antiguo Molino del Cubo.

Poca cosa hizo la autoridad para castigar á los culpables de aquel crimen, probablemente porque en esa época se aseguró que en una riña que tuvieron las Virtudes Cardinales, la Fortaleza quedó coja manca la Templanza, ciega la Prudencia y la Justicia *tuerta*.

Mejor lo hicieron los vecinos de Pandi, la tierra natal del facineroso Romero. Este logró *transponerse* al Tolima, en donde continuó sus depredaciones con buen éxito, hasta que cometió otro asesinato por el que lo aprehendieron y remitieron con dirección á la capital; pero al pasarlo por aquel pueblo, sus compatriotas resolvieron *lynchar-lo*, de lo cual resultó un bandido menos y un demonio más!

En fin de fines, don Bartolomé se salió con la suya, entre otras razones, porque el señor Manrique resolvió desprenderse de la hacienda de La Herrera, de la que aún conserva amargos recuerdos. Allí hizo muy buenos reales el infatigable *llanero*.

Poco tiempo después de los sucesos que dejamos narrados, la señora de Manrique dio á luz una hermosa niña á la que se le puso el nombre de María Mercedes, para cumplir lo promesa hecha en hora solemne!

No hay duda de que en el cielo debe regir también el derecho de propiedad, puesto que la Virgen reclamó el angel que le pertenecía, antes de que probara el acíbar que ofrece el mundo á los mortales: María Mercedes voló al cielo dejando á sus solícitos padres sumidos en el dolor, pero resignados por el cumplimiento de lo pactado.....!

———

VI

EL HOGAR DOMESTICO

I

REFIEREN las crónicas antiguas, que al embarcarse un misionero en el puerto de Cartagena de Indias para regresar á España, se quitó las sandalias y las golpeó una contra otra, exclamando con júbilo: "¡de la América ni el polvo!" Y ciertamente, que al considerar las fatigas y trabajos que sufrieron los conquistadores y los primeros colonos que vinieron al nuevo mundo, donde solo encontraron poblaciones ignorantes y embrutecidas por la más grosera idolatría; sin industria para procurarse los indispensables objetos para la comodidad y bienestar material; alimentándose con sustancias desconocidas, de las

cuales hay muchas que llenan, pero no nutren; abrigándose con telas hechas á mano, en las que campeaba lo tosco con la imperfección, y sobre estos inconvenientes, el espíritu de revuelta, que sentó su imperio aún antes de que Colón hubiera puesto el pie en las tierras descubiertas, bastaría en cierto modo, á justificar la amarga ironía que encierran las palabras que bien podrían interpretarse como una maldición.

Leyendo la historia de los diversos pueblos que habitan en nuestro globo, hemos podido observar que no solo en cada nación, sino también en las ciudades y aldeas, se notan ciertos hechos característicos que vienen á ser como el tipo especial conque se les distingue, todos de mayor ó menor importancia, pero que bastan para formarse idea completa del carácter é inclinaciones de cada parcialidad. Así, por ejemplo, en los tiempos modernos, es casi una verdad demostrada que Francia es la patria del extranjero; Inglaterra, la tierra del *confort*, de la miseria y de la opulencia; Italia, la cuna del arte; Alemania, el país de la filosofía que todo lo escudriña; Suiza, el refugio de los perseguidos; España, el pueblo más celoso de su independencia; Rusia, el poderoso baluarte del despotismo; Holanda, el emblema de la tenacidad incontrastable para defenderse contra el Océano que quiere devorarla; y Bélgica, la colmena obrera que lucha por resolver el problema de su existencia. Y si pasamos á los Estados Unidos, encontramos el pueblo más activo y emprendedor que se haya conocido desde la creación del hombre.

No discutiremos más el cansado tema de si España cumplió, bien ó mal, con los deberes que

le impuso la conquista de medio mundo, sin que esto nos impida confesar que la madre patria nos dió lo que tenía, y que en materia de actos de fuerza y poder para asegurar lo que creía sus derechos como nación conquistadora, no se mostró cruel con los aborígenes, en comparación de las atrocidades sistemáticas llevadas á cabo por los ingleses, donde quiera que asentaron su domicilio.

Pero si el atraso relativo de la metrópoli no le permitió ponernos al nivel de otras colonias más adelantadas, en cambio nos hizo la magnífica regalía de enseñarnos á vivir la vida de familia, como si se hubiera tenido el presentimiento de presentarnos una compensación por la agitada y tormentosa existencia, que hemos llevado las partes del todo que se llama América española.

Si pasamos revista á las diversas nacionalidades que existen desde México hasta la Patagonia, hallaremos en todas ellas que la familia, tal como está constituida, es el principal factor en nuestro modo de ser social; pero en las agrupaciones fundadas en el corazón de los Andes ó en sus altiplanicies, como Bogotá, á mas de docientas leguas del mar, sin caminos para transitar por los despeñaderos que la separan del mundo civilizado y tan próxima al vacío admosférico, que podría decirse sin hipérbole, que vivimos en otro planeta; en el Bogotá de hoy, lo mismo que en el Santafé de marras, tiene excepcional importancia el hogar doméstico, con la notabilísima circunstancia de que *en ningún otro punto del globo* reune las condiciones y encantos que le son peculiares entre nosotros, y

eso que se ha hecho todo lo posible por *afrancesarnos ó yankizarnos.*

Es cierto que en los nuevos usos introducidos en nuestra sociedad, muchos de los cuales han producido ya pésimos frutos en el pais de su invención, se han cambiado algunas costumbres con detrimento del hogar, que siempre ha sido en este país un completo dechado de virtud, sencillez y cordialidad. Y esto se explica de suyo: desde que se desprende una pareja de las respectivas ramas del árbol frondoso de sus familias, para hacer casa aparte, empieza la formación del nuevo nido que las esposas colombianas con intelijente perseverancia, convierten en verdadero alcazar de felicidad, arbitrándose si no tienen fortuna, para hacer de las cosas de poco valor, objetos de gusto y comodidad; transformando un ajuar pobre en mobiliario elegante, y llevando á cabo los milagros de que sólo su acendrado cariño y desprendimiento son capaces.

Si se trata de la crianza de los hijos, nuestras esposas se sienten engreidas de amamantarlos, y no hay consideración que sea capaz de reducirlas, para que cedan ese sublime deber á mercenarias nodrizas. Entre nosotros sí se cumple el precepto de que el regazo de la madre sea la cátedra sagrada en la cual aprende el niño á pronunciar el nombre de Dios y los principales rudimentos de la religión que debe profésar; y hasta que llegue el tiempo de que empiecen á recibir la educación por manos extrañas, vé en sus padres los representantes de la Providencia, que le proporcionan en la esfera de sus facultades, el sustento diario, el vestido que los abriga, los juguetes que los distraen,

el paseo que los alegra, y sobre todas estas materialidades, el profundo amor y cariño que á todas horas les prodigan, sin que se agote esa fuente de ternura, de tal modo, que pudiera decirse que ese atributo lo trasmite la Divinidad á los padres de familia, como un reflejo de su infinita bondad hacia sus criaturas.

Ya crecidos los hijos, van los varones al colegio; pero las niñas por lo regular, no se apartan de la madre, quien les enseña la vida práctica y hacendosa del hogar, donde aprenden, en vista del ejemplo que es el mejor maestro, todo el cúmulo de quehaceres domésticos, que hacen aptas á las colombianas para emprender el camino incierto de la vida, con la mirada fija en el cielo que las inspira, y consagradas en absoluto, al cumplimiento de los deberes consiguientes al puesto en que las coloque su buena ó mala fortuna.

De la peculiar educación que recibimos los suramericanos, ha resultado un conjunto de costumbres y usos, totalmente diferentes de los que distinguen á los europeos y norteamericanos: aprendemos nociones generales en ciencias y artes, pero son muy raros los que se dedican á determinadas especialidades, y este modo de ser se refleja en todos nuestros actos. Citaremos como ejemplos conducentes, el hecho de que, hasta hace poco tiempo, cada tienda ó almacén de comercio, era un conjunto ó muestrario heterogéneo de mercancías: con frecuencia vemos á los médicos, encargados de la composición de caminos; á los abogados, entregados á la agricultura; á los ingenieros, enseñando literatura, y á los artesanos, seguir la carrera de las armas.

El mismo fenómeno se nota en el hogar doméstico: la señora de la casa se creería humillada si ella no atendiera personalmente en el arreglo y aseo de las habitaciones; en el vestido de la familia; en la práctica de los deberes religiosos; en la dirección de todo lo concerniente á los asuntos culinarios, de manera que manda hacer los potages, fundada en que ella los sabe preparar—en una palabra—en el hogar doméstico, nuestras matronas ejercitan, con entera libertad y como soberanas absolutas, las admirables dotes que hacen de ellas las primeras madres, esposas y amigas. Por lo general no son muy letradas aunque sí gustan de la lectura; tienen marcada inclinación al chiste incisivo y de doble sentido; no son competentes para la *teneduría de libros* ni las lucubraciones científicas; se inclinan á la política militante por tener el gusto de ayudar á los hombres en sus tareas guerreras, pero lloran al saber que el *amigo enemigo* murió cumpliendo su deber; son piadosas y tienen marcada predilección por todo lo que se relacione con asuntos religiosos, sobresaliendo en la devoción que profesan con especialísimo afecto á la Madre del Redentor; temen más al ridículo que al infierno; son apasionadas por el cultivo de las flores; ajenas al juego; les encanta ejercitar la lengua, al mismo tiempo que ocupan las manos en la confección de bordados y en tejer preciosos encajes para su uso personal; tienen facilidad para la música y gran disposición para la pintura, á la que no se dedican con la constancia que debieran; no son calculadoras en asuntos de matrimonio, y es muy rara la que contrae enlace que tenga por objetivo el dinero.

No es menos notable el aspecto físico de las

bogotanas: por lo regular son de mediana estatura, de pie y mano pequeños, con abundante y rizada cabellera color castaño, tez morena y carnes mórbidas, ojos vivos y rasgados; de andar garboso, pero sin el movimiento cadencioso que se observa en las mujeres de las tierras calientes, por el hábito que tienen de salir á la calle envueltas en la tradicional mantilla que las favorece, como la sombra en el cuadro, para hacer resaltar la figura. Al ver un grupo de muchachas reunidas en nuestros salones, se creería presenciar alguna fiesta en la alta sociedad de las más cultas ciudades europeas; pero al contemplarlas en las fiestas ó paseos con que se divierten en las pequeñas poblaciones donde salen á veranear, se las podría tomar por las pastoras del Guadiela ó de la Arcadia, de que tanto nos hablan los poetas.

Todavía se considera en Bogotá como una bendición del cielo, la fecundidad de la madre cristiana, que se complace en presentar á sus hijas con el mayor adorno posible, contentándose ella con vestirse la modesta saya ó traje oscuro; pero esparciendo en torno suyo miradas de satisfacción y orgullo, al verse reproducida en cada una de sus hijas, y como repitiendo las célebres palabras de Camila, madre de los Gracos, cuando alguien la reconvino porque no usaba alhajas, y ella le contestó mostrándole sus primorosos hijos: ¡ *estas son mis mejores joyas!*

La abnegación de las colombianas llega, si es necesario, hasta el heroísmo: Policarpa Salaberrieta y Antonia Santos prefirieron honrosa muerte, antes que delatar ó descubrir los secretos que les confiaran los patriotas. La hija del pueblo sigue

al esposo ó al amante que le arrebata nuestras contiendas civiles, marcha á la vanguardia del ejército cargando el morral, los útiles de cocina y el fruto de su amor; y cuando llega el soldado al campamento, ya le tiene preparada la comida para restaurar las fuerzas, reservando para ella los restos de lo que buscó con solícito afán; en el combate toma puesto detrás de su amado, y si se lo hieren ó matan, coge el fusil que aquél no puede manejar y se convierte en terrible leona que defiende ó venga á sus cachorros! Subamos más alto y veremos que en la mayor parte de los matrimonios en que el marido carece de fortuna ó tiene que ir á buscarla en climas deletéreos, va acompañado de la joven esposa, quien olvidando las comodidades y regalo de que gozó en la casa paterna, se somete gustosa y resignada á las mayores privaciones, á trueque de contribuír en algo á la formación del nuevo hogar y á labrarse un porvenir que los ponga al abrigo de la miseria. No hace muchos años que una interesante y joven pareja, abandonó á Bogotá para ir á fundar el cafetal que los hizo ricos: para recordar la generosa acción de aquella noble dama, el afortunado cuanto feliz esposo, le regaló un valioso aderezo de diamantes que imitaban la fragante y álbea flor del precioso arbusto. Conocimos otra incomparable esposa, que cual solícita madre, atendió con especial ternura y consagración á su marido, atacado de espantosa lepra, hasta que la muerte puso fin á tanta desdicha. Seríamos interminables si pretendiéramos presentar ejemplos en abono de lo que dejamos consignado.

La separación ó secuestro de esta altiplanicie respecto de las nacionas más civilizadas, y proba-

blemente, la falta de conocimiento de los usos y costumbres de otros pueblos, debió influír para que en Santafé se viviera como en familia, sin preocuparse de lo que pasaba en otras partes, al mismo tiempo que se creía á pie juntillas, que este rincón del mundo ocupaba el mismo rango de la tierra prometida de los hebreos. Ignoramos el aforismo que tuvieran los santafereños para expresar su modo de pensar á este respecto; pero sí sabemos que los quiteños, cuya ciudad tiene bastante analogía con Santafé, decían con patriótico orgullo: *de Quito al cielo y de allá un agujerito para ver á Quito!*

La absoluta ausencia de cafés, clubs ú otras asociaciones que en el día tienen el carácter de forzosa rennión para los jóvenes, influía poderosamente para que éstos no hallaran honesta distracción y pasatiempo, sino en el cultivo de relaciones de familia, en las que lucían su ingenio, aguzaban el entendimiento para salir avantes en sus legítimas aspiraciones, y más que todo, estaban al abrigo de las costumbres licenciosas que los hacen retraer de nuestros salones, y les impone la inexorable ley de girar contra el porvenir, en *letras de cambio á treinta años vistas*, cuyo plazo se cumple cuando ya no hay lugar á protesta. ¡Ojalá nos entiendan los que se dignen leernos!

Pero antes de entrar de lleno en las reminiscencias de la buena y patriarcal vida de los santafereños, no está por demas que hagamos notar dos hechos curiosos, que tal vez hayan contribuído en mucho, para la paz y concordia de las familias: queremos hablar de las causas eficientes de discordia y tormento de los casados, á saber: las *suegras las dueñas*. De las últimas se expresa el inmortal

Cervantes, en términos tales, que de ellas á una legión de demonios hay poca diferencia; y de las primeras hemos leído, también en muchos libros escritos en prosa y en verso, que son unos basiliscos ó abortos del infierno á quienes Dios permite en el mundo para que en vida no mas paguen los malaventurados qué tienen la desgracia de llamarse sus yernos ó entenadas, los pecados de mayor cuantía que hayan cometido ó llegaran á cometer. Y aquí cabe bien, para que no se nos tache de exajerados, repetir la conocida cuanto espiritual cuarteta que dice:

"Yace aquí un mal matrimonio,
Dos cuñados, suegra y yerno,
No falta sino el demonio
Para estar junto al infierno!"

Cabal.....!

Pero por la gran misericordia de Dios, las dueñas son artículos desconocidos entre nosotros: es verdad que para reemplazarlas en el oficio de *terceras* (no de la orden de los Mínimos), queda por ahí aun, una que otra beata rezagada, que llevan su alcurnia hasta topar con el tipo raizal de las que usaban sombrero cónico con pluma de *pisco*, *mantellina* vergonzante, saya estrecha y corta que les dejaba mostrar el pié y parte de la pantorrilla, calzadas con zapato de cordoban y media de hilo blanco, pendiente de la cintura el enorme rosario que terminaba en gruesa cruz, los brazos desnudos, el cigarro en la boca, y el gran *ridículo* ó garniel en el que cargaban los objetos que vendían, y les daban entrada franca á las casas en las cuales iban á ejercer su *caritativa misión*.

¿Quien puede poner en duda que tambien hubo, hay y habrá suegras en Santafé y Bogotá? Afortunadamente los de por acá, no son del mismo calibre de las de por allá, ó mejor dicho, lo corriente y usual en esta parte de la América, es que las madres de los cónyuges vengan á ser en todo, como una segunda madre que les sirve, consiente y atiende en cuantos caprichos se les ocurren á los pimpollos, y lo que aun es mas extraordinario y alcanza las proporciones del portento, las suegras de por acá inclinan la balanza, en todo caso, al lado del yerno, por que dicen que la propia experiencia así se lo enseñó.....! De vez en cuando resulta algún suegrón ó vestiglo que hace el tormento de propios y extraños, pero bien se comprende que *una golondrina no hace verano:* y para que no se crea que somos parciales en el asunto que nos ocupa, ó que se nos diga que *cada cual habla de la feria como le fué en ella*, añadiremos que, no sabemos si fue fortuna ó desgracia, que no tuvieramos suegra, por lo que diremos como el gran Gonzalón —"En la duda abstente!"

Se comprende que las gratas impresiones recibidas por los hijos en el hogar doméstico, influyan poderosamente para que, yá hechos hombres, dirijan sus miradas hácia la morada en que vieron la primera luz, y que al doblar la colina que les hace perder de vista la casa paterna, los persiga el melancólico recuerdo del bien perdido, y sólo anhelen por la pronta vuelta á los sitios que fueron mudos, pero expresivos compañeros y testigos de sus juegos y travesuras infantiles; nada tiene pues de raro, que los que viven sus primeros años como envueltos en el perfume misterioso y suave que as-

piramos en el seno de la familia, guarden con cuidadoso esmero las costumbres que aprendieron de sus mayores, y se amolden é identifiquen con ellas, hasta producir el tipo que, como el *raizal* santafereño, es el modelo de los que prefieren el rincon donde nacieron, á todas las maravillas y comodidades de que pudieran disfrutar en tierra extranjera.

Es probable que de ahí proviene la marcada propensión al aislamiento que se observa en los habitantes de los paises trasandinos, sin que sean capaces para combatirla, los pocos goces y adelantos materiales que, á fuerza de perseverancia y en alas de progresistas empresarios, han trepado hasta nosotros: así se explica que el beneficio de los alumbrados por medio del gas y de la electricidad, sólo sirven en Bogotá para hacer ver sus calles desiertas durante la noche, y que sus bellísimos parques no sean frecuentados, como debieran serlo, por numeroso y renovado concurso de niños y señoras, por que todos hallamos en el hogar doméstico, aquello á que tenemos propensión—pax y sociego—sea cual fuere nuestra situación pecuniaria, pues otra de las condiciones que distinguen el bogotano ó santafereño, es una particular indiferencia, que bien podría calificarse de egoismo, por todo aquello que no tenga marcado interés individual.

No tenemos el propósito de hacer la apología incondicional de las costumbres de antaño, porque bien se nos alcanza que no todo era perfecto y consiguientemente inmutable; pero sí creemos con sinceridad, que los cambios operados no son equivalentes á los usos y costumbres posteragdos.

II

La preferente ocupación de los bogotanos, queda reducida á desempeñar un destino público, ó á permanecer doce horas del día detrás del mostrador, *esperando á quien no ha quedado de venir*. A las seis de la tarde se dirigen al atrio de la Catedral y allí, en grupos más ó menos numerosos, se pasean de extremo á extremo, hasta las siete ú ocho de la noche, en que van á *refrescar* á uno de tantos establecimientos que se reconocen con nombres pomposos, pero de todos los cuales puede decirse que "el hábito no hace al monje." Allí continúan la controversia ó discusión que los preocupaba durante el paseo en el atrio, toman trago, si á ello son aficionados, fuman cigarrillo, hojean algún periódico, juegan billar hasta las once ó doce, y se marchan para sus moradas, conversando en voz alta de los sucesos que les llaman la atención, y probablemente se acuestan para levantarse al día siguiente, á fin de continuar los oficios del día anterior y en los que de seguro se ocuparán en el posterior. Si esto no es algo más que prosaico, no entendemos de la misa la media.

las setenta y dos razones y media, de las cuales la media no más, vale tanto ó más que las setenta y dos restantes.

Interesante y por demás animada era la escena que ofrecía el hogar en Santafé, cuando llegaba el caso de proveerse de géneros y confeccionar los trajes para los moradores femeninos de la casa: la madre, acompañada de las hijas en compacto regimiento, recorrían las antiguas tres *Calles reales*, que era donde entonces estaban situadas las tiendas de los comerciantes, pues el aristocrático y elegante almacén, no cuenta mas de cuarenta años de existencia entre nosotros. Entraban en todas las localidades, hacían revolver las mercancías para escoger las que fueran de su gusto, regateaban en todos los términos, modos y maneras, hasta que al fin, vencido el apechugado comerciante, se daba por convencido en el precio que las impertinentes compradoras fijaban á los géneros ú otros objetos que *apartaban* para llevar á sus casas, en donde tenía lugar el último debate sobre la belleza, calidad y valor de lo que en realidad querían comprar; y en el caso frecuente de que no se resolvieran á tomar los artículos que habían sido el motivo de tantos sudores y alegatos, devolvían á su dueño las mercancías *desfloradas*, que en el lenguaje mercantil significaba, desempacadas y ajadas, en cuyo caso, tenía que resignarse el tendero á recibirlas y colocarlas de nuevo en los estantes, hasta que se presentara mejor coyuntura.

Una vez comprados los géneros, se daba aviso á las amigas para que fueran á emitir su opinión franca y sin ambajes, sobre la conveniencia de tal ó cual tela para determinada persona: cu-

rioso y encantador es el cuadro que ofrece una reunión de muchachas, eligiendo el modo de vestirse, y discutiendo acerca del pro y el contra de esa cuestión que es, sin duda, la que más las preocupa, después de la salvación de su alma, cuando se acuerdan de que sí la tienen! Todas hablan y contestan á un mismo tiempo; las morenas, se deciden por el color amarillo; las rubias, por el azul; las pálidas, por el negro; las sonrosadas, por el blanco; las altas, por traje de cuadros para parecer medianas; las pequeñas, por telas rayadas para que se vean altas; las de mediana estatura, por el descote para hacer lucir sus bellas formas; y así discurren, echándose unas á otras indirectas de Pero Grullo, alusivas al traje que vestían cuando las vió cierto galán por primera vez; á la flor que otro les regaló en el baile último; á las *sátiras* que les hecho el Cura de San Cárlos en la misa de ocho por que iban al teatro en la Cuaresma; á la trasnochada que pasaron en la casa de la madre enferma de una amiga; á la belleza de los últimos versos del poeta que está de moda; á la política que trae inquietos á los hombres, y hasta á las sirvientas que tratan de imitarlas en su maneras.

En lo mejor de la discusión, y cuando el ama de la casa sospechaba que las interlocutoras tendrían la lengua seca de tanto chiarlar y gritar, las apaciguaba, les hacia servir *ondas*, las que en esos buenos tiempos consistían en pocillos de plata bruñida, llenos de bien batido chocolate, servidos en plato del mismo metal, con exquisitas *arandelas*, es decir, colaciones y queso de *estera* que al caer en el caliente líquido, se convierte en hilos apetitosos que se sacan envueltos en el

pan, para satisfacer el gusto del afortunado paladar al cual se les destina. Terminado el chocolate, llegaba su turno al nunca bien ponderado *manjar blanco*, dulce de brevas, jalea de guayabas ó cualquier otro de los especiales estimulantes que poseemos, para quedar en aptitud de envasarse un tonel de agua, la que según opinión de las sociedades de temperantes, es el mejor vino. Entonces se habría considerado como una profanación escandalosa, el que una muchacha fumara el vulgar cuanto inconveniente cigarrillo, porque se creía y aun lo creemos, que en la boca de una joven no sabe otro olor que el de las flores.

Terminada la tumultuosa exposición de principios relativos á las reglas que debían observarse en el complicado y difícil arte de vestirse con elegancia una mujer, se procedía incontinenti á la ejecución del plan acordado. Allegadas las tijeras de la casa y los demás enseres necesarios para el corte de las telas y las medidas del cuerpo, ale aban á los indiscretos que pudieran observarlas por el agujero de la cerradura ó por algún resquicio de la puerta que cerraban, dando dos vueltas á la llave. Al verlas, se creería que se tratara de complicado plan de campaña confiado á expertos capitanes: extendidas por el suelo las vistosas telas y listo el instrumento cortante para dar la carga de tajos y reveses, se apresuraban á quitarse los trajes superficiales á fin de quedar espeditas en las operaciones de mensura y aparejo consiguientes á la tarea. Dejamos al lector la descripción de aquel Ginesco santafereño, compuesto de muchachas preciosas, medio envueltas como las antiguas vestales en ropas blancas, ó semejándose á Minerva con el talle aprisionado en el corcet, que cual nívea co-

raza, hace resaltar las delicadas formas sin dejar ver otra cosa de lo que la más exigente rigidez permitiría, y sin lastimar el casto pudor de las traviesas y risueñas diosas de ese Olimpo. El ruido más insignificante, como el traquido de un mueble ó un golpe dado en la puerta de la casa en la calle, era un *sálvese quien pueda!* que producía aturdidora gritería y confusión en las actoras de aquella escena íntima de familia; cada cual se echaba encima el traje que encontraba á mano sin cuidarse de si era el suyo; huían á esconderse en los rincones de la pieza, ó se agazapaban debajo de los muebles, como avecillas sorprendidas por el gavilán en medio de sus fantásticos y sónoros retozos. Estrañas condiciones tiene el poder de la costumbre: una señorita contendría primero en dejarse quemar viva, antes que presentarse únicamente vestida con la ropa sobre la cual se pone el traje de gala, que la quita la naturalidad y elegancia en los ademanes y apostura clásica que tanto seduce y se admira en el antiguo modo de vestirse las damas romanas. Y no se nos tilde de retrógados en estas materias, porque bastaría que vistiéramos hoy á la muchacha más bonita, con un traje de ahora treinta ó cuarenta años, ó de la época moderna que se quiera, para que se nos diera la razón en lo que dejámos dicho; y eso sin haciéndoles gracia de las *tupe-faux*, crinolinas, *puffs* de distintas dimensiones, y los extravagantes *quitrinas* que añadían un apéndice, cuyo calificativo no queremos expresar; pero sí diremos que no parecía sinó que cada dama llevaba, como nuestras indias, un mochacho ahorcajadas en la cintura.

III

Apacible, y hasta cierto punto monótona, era la vida de los santafereños en la ciudad; pero en el hogar era muy animada y divertida: las mujeres lo mismo que en la actualidad, eran madrugadoras: iban á los templos, donde permanecían hasta hora de almuerzo; y como en esas épocas así como ahora, el trabajo espiritual se veía, como en natural, obligadas, no diremos á abstenerse de que sería un imposible físico, sino á ser parcas en la palabra: salían y vuelvan en tropel á la puerta de las iglesias, con el abanico con que salen á espantar al que se está ahogando en un pozo. Esa viene á ser como la válvula de seguridad, para que no se les pudran en el cuerpo los millones de pensamientos que agolpaban en aquel tiempo que permanecen aparentemente silenciosas, y no hagan explosión como caldera que encierra más vapor del que puede contener. Ese es un momento propicio para poder apreciar el grado de cultura é inteligencia de los que salen de la iglesia, mejor dicho, es el *intelectómetro* que nos dirá sin engañarnos, la clasificación que á cada fiel corresponda.

¿Véis esa masa de personas que se quedan pa-
das en las puertas, charlando *á topa tolondra*,
a apercibirse de que impiden la salida de los
más, que también tienen derecho para irse á
nde bien les parezca? Pues las tales no tienen
s dedos de frente, y si después de muertos les
ierran el cráneo para hacer estudios anatómicos,
lleva buen chasco el que haga la disección, por
e de seguro no les hallarían sesos para llenar
cabeza de un chorlito. ¿Y qué diremos de las
ntes que en el vestir parecen educadas, pero
e van á las iglesias á revolver el estómago á
s que tienen la desgracia de ponérseles cerca,
n las salivas y esputos de gran calibre que lan-
an con estrépito, probablemente para que los asis-
ntes no pierdan esa lección objetiva de balística,
ue haría honor á los más hábiles artilleros?
n este asunto ¡oh dolor! Bogotá no se queda
rás de Santafé.

Despachados después de almuerzo los hom-
res de la casa, empezaba la madre de familia las
areas consiguientes al aprendisaje de las niñas
n los ramos de costura, bordados, flores de mano,
uitarra y canto; pues el piano era mueble pecu-
ar á los más favorecidos de la suerte; leían el
ño cristiano y recibían las visitas de las personas
calidad, quienes se entretenían dando lecciones
tales en las diversas materias que sabían, ame-
izándolas con historias y anécdotas divertidas,
y que hacía que esas horas de labor intelectual y
aterial, se consideraran como la parte del tiempo
s jor aprovechado. Rufino Cuervo, José Ignacio
e Márquez, José Eusebio Caro, Juan Antonio
Marroquín, Mariano Ospina, Luis Barak, Alejan-

dro Osorio, Eusebio Canabal, Lino de Pombo, Ignacio Gutiérrez, Rafael E. Santander, Mariano Calvo, Nicolás Tanco y muchos otros distinguidos patricios, contribuyeron en gran parte al cultivo y desarrollo del frondosísimo árbol del hogar doméstico, que dió los opimos frutos de las matronas cristianas que hoy presenta Bogotá con legítimo orgullo, y cuyas virtudes dan completa garantía de que las generaciones futuras serán dignas sucesoras de sus abolengos.

Constantemente hemos oído reprochar á los suramericanos, el desprecio que hacen del tiempo y que trabajan menos de lo que debieran: talvez haya justicia en el cargo, aunque á decir verdad, siempre hemos observado que, hasta no hace muchos años, se notaba gran preocupación en nuestra raza, por el deseo de dar preferencia á las ocupaciones literarias con perjuicio de los intereses materiales. No necesitamos demostrar las tendencias espirituales de los pueblos de origen latino, que muchas veces sacrifican sus verdaderos intereses, á cambio de establecer un principio ó doctrina por errónea ó inconveniente que á ella sea. Así fué como la Francia perdió, hace un siglo, sus mejores posesiones de Ultramar, y como nosotros aceptámos y pusimos en planta, las doctrinas más absurdas en asuntos políticos, económicos y religiosos. Además, las facilidades que ofrecía el país para ganar la vida, ó la poca ambición de los santafereños de acumular grandes riquezas, producían el resultado tangible de que en esta ciudad no había ninguno que mereciera el calificativo de rico; teníamos gente acomodada, pero muy pocos eran los que se imponían el deber, como sucede en

la actualidad, de no sentarse á tomar el almuerzo sin tener asegurada una ganancia para vivir durante un mes por lo menos.

Consecuentes con lo que dejámos expuesto, los santafereños no trabajaban por lo regular, más de ocho horas diarias en los negocios de comercio, y cinco los empleados públicos —no tomamos en cuenta los jornaleros y artesanos, quienes si trabajaban de seis á seis, *salvo yerro ú omisión.*— Y como una costumbre engendra otra, de ahí se derivó probablemente la práctica de *los golondrinos*, con cuyo nombre se designaba á los *cachacos* que á las cinco de la tarde, á imitación de lo que hacen las aves que les servían de modelo, se repartían en grupos por la ciudad para pasar revista á las muchachas, que eran puntualísimas en asomarse á los balcones y ventanas de sus casas desde dicha hora, á fin de presenciar el desfile de los galanes y contestarles el saludo *oficial*; conversar á gritos, de manera que todo el mundo se impusiera de lo que hablaban; darse cita para el próximo baile ó paseo y, en una palabra, decir y hacer todo aquello que cae bajo el dominio de la buena educación y que podía llevarse á término en aquellos sitios, que entonces se creía que servían para asomarse á ellos, las bonitas y las feas, las jóvenes y las viejas, y que en la reformada Bogotá ya no se usan sino para dar luz á las piezas de la casa y pagar contribución en razón de su número. Esta costumbre española que aun subsiste en nuestras ciudades del litoral, daba constante animación á las entonces desiertas calles, al mismo tiempo que se ofrecía diaria exhibición de nuestras bellísimas y espirituales mujeres, sin perjuicio de ninguno y en beneficio de muchos.

Era costumbre invariable de los santaferaños, que entre las seis y la siete de la noche se rezara el rosario, presidido por el padre ó la madre de familia, en los oratorios en los cuales lucía toda la corte celestial representada en efigies quiteñas y en cuadros ó estampas; no somos los únicos en reconocer, en esta práctica piadosa, la poesía y encanto que encierra, ver á todos los moradores del hogar cristiano reunirse después de terminadas las labores del día, para dar gracias al dispensador do todo bien por los beneficios recibidos, é implorar la intercesión de la que en todos los actos de su vida mortal fué el correctísimo modelo que, cual luciente estrella en noche oscura, enseñó á la mujer la ruta que debía seguir en el penoso camino de la vida. Abrigamos á este respecto la más profunda convicción de que, al especialísimo culto que profesan nuestras mujeres á todo lo que redunde en honor de la Virgen inmaculada, se debe que el tipo moral que las distingue sea acabado modelo de abnegación, desinterés y pureza de costumbres; y á quien quiera que tenga la desgracia de no opinar como nosotros, podemos arrojarle á la cara el lema de las armas de la Gran Bretaña. "HONI SOIT QUI MAL Y PENSE."

El rezo del rosario se terminaba con variadas y amenas oraciones, cada una de las cuales era específico para evitar un mal ó alcanzar un bien; si era la madre de familia la que hacía cabeza, solía echar uno que otro *solecismo* ó *barbarismo* al recitar las antífonas en el latín macarrónico en que las aprendió; si era llegado el caso de leer alguna novena ó enseñar á las sirvientas la doctrina cristiana, esa era la ocación de que las niñas dieran

pruebas de los adelantos que hubieran hecho en la lectura y en el catecismo. En tiempo del Gobierno colonial se rezaba *un padre nuestro y ave María por nuestro católico Monarca*! Ni eran menos originales los desengaños que llevaban las niñas cuando emprendían la ruda tarea de meter en los estrechos cerebros de las embrutecidas sirvientas, las primeras nociones de la doctrina. En cierta ocasión en que se acercaba la cuaresma, quiso un padre de familia conocer los adelantos que en esa materia hubiesen alcanzado las mujeres de su servidumbre; y al efecto preguntó con gravedad á una india que lo miraba boquiabierta:

—¿Cuantos Dioses hay?

—Siete, mi amo.

¡Cómo siete!

—Mire mi amo: Dios Padre, uno; Dios hijo, dos; Dios Espíritu Santo, tres; Tres personas distintas, seis y un Dios verdadero, siete!

En otra ocasión cuando había negras esclavas, la más anciana, que enseñaba en la casa de sus amos los misterios de la fe, preguntó con énfasis á una negrita si había visto nacer á Jesucristo; y al oír la respuesta categóricamente afirmativa de ésta, la reprendió con aspereza diciéndole con santa indignación, en la media lengua que les es propia á los negros:

No lo ví yo que nací primero que vó y lo vería la gran puerca!

El delicioso chocolate ó el cacao de harina, que es un brevaje detestable, era el principal elemento en la colación de los Santafereños: el café apenas se usaba como artículo de lujo para des-

pués de las grandes comidas; y en cuanto al té, lo reputaban como insípida bebida, buena para el paladar de los ingleses; pero así tenía que ser, porque el modo de preparar las dos bebidas que en el día constituyen dos ramos importantísimos de comercio en el mundo, era hervir en una marmita ú olleta el polvo carbonizado del uno y las hojas del otro: fácil es adivinar lo que resultaría de tan absurdo procedimiento.

Algunos tenían la costumbre de cenar para dormir, y al efecto, no tenían escrúpulo ni remordimiento de conciencia para rellenarse con un gran plato de *ajiaco*, arroz con pollo asado, y por fin y remate, un vaso de chicha para conciliar el sueño, del que á veces no volvían ni volverán hasta el fin del mundo. Probablemente esta era la causa de que en aquellos tiempos, la apoplegía entrara por mucho en la estadística de mortalidad

Despues del rosario merendaban en familia, á fin de que las muchachas de la casa tuvieran tiempo de darse una ligera mano ó reparo en su tocado, para ir á pasar algunas horas de recreo en casa de alguna amiga ó bien para recibir las visitas de los galanes, que desde las ocho empezaban á llegar: allí, en esas reuniones íntimas de familia, donde no se observaban las tiránicas reglas de afectada etiqueta y cortesanía, que por lo regular sólo sirven para encubrir la hipocresía y mala crianza de muchos, reinaban como soberanas la buena educación y cultura en las maneras, amenizadas con la confianza y llaneza en el trato social, de donde resultaba que los jóvenes llegaban á tratar con decorosa intimidad, bajo las miradas protectoras de sus

padres y hermanos, á la señorita que podía llegar á ser su compañera en la vida.

Reunidos en la sala de la casa, que en la época á la cual nos referimos, no se destinaba para salon de museo de objetos vetustos, las mas de las veces de muy dudoso buen gusto y valor real, empezaba la diversión por referirse mutuamente la crónica del día, la que á decir verdad no pecaba por carta de más: si alguno de los visitantes refería algo de lo que había leído en los rarísimos periódicos que venían de ultramar, se quedaban lelos y si les daba cuenta de los nuevos descubrimientos de entonces, tales como la facilidad de encender fuego con los fósforos en vez del *nolí*, *la piedra de chispa y el eslabón ó la pajuela*, corría peligro de que lo creyeran mentiroso ó cuando menos majadero! En seguida se divertían con los *juegos de prendas*, pasatiempo casi desconocido ogaño: todos ellos consistían en la ocupación forzada ó repetida de acciones físicas o mentales, de manera que á la más ligera falta en la tarea, se incurría en una penitencia de inapelable ejecución; y como en tales juegos era materialmente imposible dejar de perder, todos salían penados y en la pena estaba la diversión. En el de *apurar la letra*, se solían oír gazapos formidables, cuando eran la C. ó la P. las letras que entraban en danza En la *péndula de reloj*, pasaban mil trabajos las mujeres especialmente si el movimiento de la péndula debía imitarse con los pies, por que si el *figurante* los alzaba demasiado, las damas quedaban fuera de combate antes que mostrar lo que no debieran.

Los perdidosos depositaban alguna prenda en manos de la persona de mayor respeto, para rescatar la cual, debían cumplir la penitencia impuesta por el antecesor en el castigo: había algunos castigos muy codiciados—por ejemplo—*accionar por mano ajena*—Figuraos queridísimo lector que os ponéis á charlar, *salga lo que salgare*, al mismo tiempo que una linda y traviesa criatura de diez y seis años para arriba, se os aproxima á la espalda hasta haceros sentir un aliento embalsamado, y que por medio de un cuasi abrazo ó cosa que mucho se le parece, os coloca las manos sobre vuestro pecho, os retuerse el mostacho con sus deditos de rosa, y hasta os limpia la boca con el pañuelo, con las demás mímicas que acostumbran hacerse cuando se perora, y me direis si habrias deseado vivir en aquella edad *de oro ó dorada*.

Pero como en la variedad está el placer, dejaban los juegos de prendas para gozar de los dulcísimos efluvios con que los deleitaban las canciones acompañadas con la guitarra ó piano, donde lo había. Entre las damas tuvo gran boga la del *Cementerio*, en tono de *dó* y en majestuoso compás mayor, cantada en estilo elejiaco, con una vocecilla de falsete sin abrir bien la boca, porque creían falta de pudor el que se les vieran los dientes y las muelas, muy al revés de lo que hoy pasa, que no parece sino que la cantante va á dar mordizcos al auditorio.—Decididamente, no sabían cantar las santafereñas.—Y como sería un reato de conciencia privar á las presentes y futuras generaciones de la literatura fósil de sus antepasados, les reproducimos á continuación algo de la endecha que hizo derra-

mar muchas lágrimas y exhalar muchos suspiros á nuestros abuelos:

"Visitando un recinto sagrado
De las sombras tranquila mansión,
Vi una cruz y una lápida negra
Y un sepulcro con esta inscripción:
Aquí yace el mortal más dichoso,
El amante más tierno y más fiel.
Quien tuviere un objeto tan caro
Y lo pierda, perezca con él!"

Todavía tenemos presente á un guapo Capitán de infantería, que era asiduo visitante nocturno, para lo cual entregaba al subalterno la guardia puesta á su cuidado cuando estaba de facción, y se presentaba con uniforme de parada: tenía fama de ser inspirado trovador y cantaba, como de propia hechura, la canción de *El Pirata*, acompañado con la guitarra que tañía con primor, después de requerir la espada y desatascarse los bronquios para que le saliera sin tropiezos la melíflua voz.

Amenizaban también la visita con algunas piezas de baile y lecturas de romances líricos, á los que siempre hubo afición entre los santafereños: posteriormente llegó la moda de hacer danzar las mesas, lo que les proporcionaba la ocasión de estarse tranquilos horas enteras, prendidos de la mesa de centro y oprimiéndose *unos y otras*, ó viceversa los dedos pulgares y meñiques, hasta que el fluído magnético que todos soltaban sobre el mueble, lo pusiera en movimiento, es decir, hasta que el más vivo de la concurrencia se aburría de tanto quietismo y alentara á los demás para que, tácitamente, se

acordaran en impulsar la mesa en cualquier sentido, hecho que produ'a gran algazara entre los ejecutantes, y candoroso espanto en los ancianos y sirvientes de la casa, según podía colegirse de las exclamaciones: *¡Ave María purísima! ¡Jesús nos asista! ¡San Jerónimo!* que soltaban como si estuvieran ya en las garras de Satanás.

El magnetismo fue otra moda importada à Bogotá por el Capitán de artillería, Ramón Antigüedad; como la ciencia era fácil de aprender y ofrecía aliciente para que dos enamorados se manosearan y miraran á su gusto, hasta que uno de los dos se declarara vencido y *se durmiera*, caso en que debía contestar á las preguntas que le hacían sobre las cosas pasadas, presentes y futuras, hizo progresos entre nosotros, aun cuando no pasaron más allá sus especulaciones, lo mismo que sucede en la actualidad con las doctrinas espíritas, por la sencilla razón de que la tendencia que existe en esta tierra á ridiculizar lo ridiculizable, da al traste con todo lo que sea vulnerable por ese lado, de todo lo cual se vengan los partidarios de esas prácticas, repitiendo el final de la parábola del Evangelio que termina con las palabras "muchos son los llamados y pocos los escogidos."

De gran voga y prestigio gozaron también dos libritos de modesta apariencia y contenido insulso —nos referimos al ORACULO ó LIBRO DE LOS DESTINOS y al LENGUAJE DE LAS FLORES.— En abono del primero se leía en su prólogo, que el General Bonaparte lo encontró en Egipto, y que al consultarlo le predijo, no sólo el brillante destino que le tenía reservado la suerte, sinó también el fin desastroso de la insensata campaña que, siendo

Napoleón I, emprendió contra el coloso moscovita. Como todo lo que dice relación con la antigua nigromancia y astrología, el texto se compone de preguntas y respuestas vagas, que cada cual puede interpretar en el sentido que le dicte la preocupación de ánimo en que se halle y el mayor ó menor grado de candorosa credulidad del que interroga. Todas las cuestiones propuestas están en relación con un variado surtido de figuras cabalísticas, astronómicas y de los signos del Zodíaco dibujados sobre una carta; de manera que colocando la punta de un dedo sobre alguna de dichas figuras situadas al frente de la pregunta hecha, se halla la respuesta en el libro, en la parte correspondiente á la figura señalada. La declaración de amor, la propuesta de matrimonio, las empresas mercantiles, los viajes, el "*sí* ó el *nó* de las niñas," la elección de estado, incluso el eclesiástico y hasta las elecciones! todo, todo estaba subordinado á las respuestas del Oráculo, sin acordarse para nada del Catecismo del Padre Astete, en el capítulo en que trata del amor de Dios, contra quien peca "el que cree en agüeros, ó usa de hechicerías ó cosas superticiosas." Pero con todo, no tenemos noticia de que este libro, de suyo inocente, turbara las timoratas conciencias de los santafereños y bogotanos, que siempre se preciaron de ser cristianos viejos.

El "Lenguaje de las flores, de las frutas y hasta de las raíces," aún alcanza entre algún rezagado *dandy* ó safo de barrio, el honor de figurar en las bibliotecas de nuestra apasionada juventud. En los buenos tiempos pasados, ese librito tenía más importancia que la que tiene el breviario para los clérigos.

Comprendemos que entre los pueblos que hablan idioma pobre, se eche mano de otros medios distintos del sonido articulado ó de la palabra escrita como un auxilio, para que el hombre exprese su manera de pensar; pero entre nosotros, que charlamos hasta por los poros y hablamos la rica lengua que ilustró Cervantes, no podemos explicarnos el hecho asaz curioso, de confiar á objetos inanimados, el cuidado de trasmitir nuestros más recónditos secretos, á riesgo evidente de que ellos sean conocidos de terceros extraños al asunto ó personas interesadas, á no ser que se nos arguya que por el mismo hecho de ser muda la cosa intermediaria, llena mejor su misión por aquello de que el silencio es más elocuente. Y como todas las cosas en esta vida tienen su lado bueno, el lenguaje de las flores se prestaba las más de las veces para decir lo que se deseaba, dejando en todo caso ancha puerta para la retirada, en caso de mal éxito en la empresa acometida: así por ejemplo, cuando un limpio de bolsillo acometía á la acaudalada solterona y fea, le enviaba un ramillete de espigas de Alpiste y Reseda de jardín, atadas con cinta de color rojo y amarillo, lo que significaba: "Tengo sed de oro, vuestras cualidades exceden á vuestras perfecciones, vos sois mi salvación." Si la jamona paraba el embite, enviaba una flor de Colombia al *desinteresado* pretendiente. Si el solterón empedernido se asustaba al mirarse en el espejo que, también en silencio le recordaba la inconcusa sentencia que dice: *hermano de morir tenemos* que se repiten diariamente los trapenses, deseaba tener á la postre una esposa que lo cuidara y le diera jarabe para la

tos de la madrugada, enviaba á la que podía, una flor de algodón, fucia escarlata, jazmín amarillo y flor de durazno, atadas con cintas de color violeta y encarnado, cuya traducción libre era: "Pasaron mis bellos días, he perdido el reposo, estoy desengañado y os quiero por esposa;" si la futura Hermana de la Caridad *in partibus* aceptaba la propuesta, remitía una flor de iris que equivalía á *Noticias placenteras.*

La negativa por parte de la solicitada, lo mismo que sucede hoy y sucederá hasta el fin de los tiempos, se hacía simplemente por medio de una calabaza en flor ó en fruta, que para el efecto es lo mismo, y todos lo entienden sin necesidad de vocabulario; y tan así es que, sabemos de un extranjero que solicitaba á una bella señorita, de la cual barruntaba que no lo aceptaba únicamente porque vió á un dependiente de la casa que compró unas cuantas calabazas en el mercado, y en el acto supuso que esa acción, de suyo inocente, era una indirecta que le dirigían; tal era el horror que le inspiraba esa fruta, que se produce espontáneamente en nuestros muladares.

Los reclutas en cuitas amorosas presentaban un durazno á la niña de su predilección y salían corriendo á esperar las consecuencias de ese acto que significaba *declaración de amor*; una pera que recibiera el *cachifo* en cambio de su valentía, lo ponía más orgulloso que Alejandro cuando rompió el *nudo gordiano*, porque esta fruta se traducía por un *yo te amo!*

Una manzana al derecho se daba al rival preferido, y al revés cuando se quería romper con el amante.

Basta lo expuesto para que el lector juzgue de la suspicacia y juicios temerarios que produciríau estas costumbres, que acusaban frivolidad y falta de ocupación en los que de continuo se dedicaban al estudio y práctica de tales fruslerías.

IV

El nacimiento y bautizo de un hijo, la primera comunión de los niños ya crecidos y el matrimonio de las muchachas, se han considerado en todo el mundo cristiano, como acontecimientos cuya memoria merece perpetuarse por medio de festejos más ó menos rumbosos, según los recursos de que puedan disponer los padres de familia; y la razón nos parece obvia: entre las grandiosas promesas que hizo Dios al patriarca Abraham en premio de su ilimitada obediencia y fidelidad, figura en primer término, la de hacerlo padre de una descendencia que se multiplicaría como las arenas del mar. Es, pues, un signo evidente de la bendición del cielo, el nacimiento del sér á quien contribuímos á dar la vida, en cumplimiento de las leyes misteriosas impuestas por el Creador á sus criaturas, en virtud de las cuales quiso el Omnipotente como asociarse á la materia para conservar y multiplicar su obra más perfecta é inmortal.

Después de que los niños se hallan en edad de empezar á vislumbrar los arcanos de la vida, y vislumbran como en hipótesis las luchas que tendrán que sostener durante la peregrinación de su existencia, que ellos no pueden aún comprender que es finita, necesitan, lo mismo que los antiguos gladiadores, aprestarse para la lucha que ya prevén, pero que no saben cuando llegará el tiempo de afrontarla. Esa es la época designada para producir en el ánimo de los adolescentes una impresión de profundo temor y confianza, sentimientos aparentemente contradictorios que les quedan grabados irrevocablemente mientras haya animación en el pecho que les da cabida: ese fenómeno se produce todos los días como resultado de los actos solemnes de recibir los niños por primera vez el augusto Sacramento del Altar, y en hacer la ratificación de la fe, que otros garantizaron por ellos al tiempo de bautizarlos, de que creerían y practicarían como hijos de padres cristianos.

Siempre hemos abrigado la persuación de que el paso más grave, decisivo y aventurado de la vida, es el acto del matrimonio, especialmente para una mujer, y mucho más para una muchacha de menos de veintiún años. No hay duda que la fuerza del sexo débil está en su misma debilidad física, porque en cuanto á su modo de ser intelectual, posee cualidades y preeminencias á las cuales no puede aspirar el hombre; pero en cambio tienen por lo general más corazón que cabeza; aunque no falta quien sostenga que el corazón de las mujeres sólo tiene por objeto llenar las funciones mecánicas de dar impulso á la sangre y odiar á los que más las quieren: pero

dejando á ellas que hagan la dilucidación de tales filosofías, diremos con la franqueza que nos es propia, que nada es más fácil que sorprender á una muchacha y á veces hasta una vieja, cuando el hombre se reviste de los sentimientos elevados que encontramos más ó menos desarrollados en las hijas de Eva; y como las *pobrecillas* son á veces demasiado crédulas, y como *todo exceso es vicioso*, los resultados de semejante proceder no pueden menos de ser funestos, especialmente para la que en hora menguada dió fe á las mentidas y falaces promesas del hipócrita que cuando menos le ofreció que *no la haría desgraciada*: por esto creemos que no sólo al que sacrifica brutalmente á una crédula, sino también al que saca una niña mimada de sus padres, y de quien era el encanto, para darle inicuo trato con el derecho que cree que le da el título de marido, se le debe aplicar lo que dijo un distinguido vate:

"Que el que engaña á una mujer,
O en el mundo no hay justicia
O la infamia es para él."

Matrimonios hemos presenciado, en los cuales la policía debió intervenir con el santo y plausible objeto de salvar á dos temerarios, que pretendían algo parecido á arrojarse en un lago de pez hirviendo y plomo derretido, con la esperanza de no achicharrarse. En otras ocasiones, afortunadamente raras, nos ha parecido ver en la novia, la víctima coronada de flores conducida al altar pagano, para ser inmolada en holocausto á los crueles dioses!

Ya oigo replicarnos que el que no arriesga no pasa el mar, y que de cobardes nada hay escrito; pero siempre nos atreveríamos á indicar la prudente costumbre de aplazar las estrepitosas manifestaciones, que se hacen hoy al tiempo en que los novios reciben la bendición nupcial, para cuando se tengan pruebas palpables de que el nuevo hogar navega en las tranquilas ondas de la paz doméstica, y de que seguirá las huellas de los que en esta tierra fundaron la tradicción de que el matrimonio cristiano, es el lábaro santo que saca avante á los esposos en el penoso camino de la vida.

Sea de ello lo que fuere, es costumbre antiquísima festejar y festejarse con motivo de la *colocación* de una hija ! como ahora se usa decir. En el viejo mundo es más que difícil el que una muchacha se case si nó lleva dote, y han mercantilizado el matrimonio en tales términos, que sólo se preocupan de la parte metálica, llevando la previsión hasta fijar de antemano la estadística de la sucesión. Entre nosotros hay, á no dudarlo, matrimonios desgraciados; pero como hemos dicho antes, todos, ricos y pobres, se casan por inclinación, de donde proviene, á no dudarlo, que nos haya tocado en la lotería que se juega en este pícaro mundo, el mejor lote ó sea nuestro hogar doméstico.

Poco tenemos que referir en estas reminiscencias de lo que presenciamos en los matrimonios que se celebran en Bogotá: todos vemos establecida la costumbre importada de otros países más ricos y adelantados que el nuestro, de hacer inconsiderada ostentación de ficticia opulencia en la

que figura, en primer término, la profusión de ramilletes monstruos, adornados con costosas cintas, los cuales quedan de hecho convertidos en basura el día que sigue á la boda; de manera que el primer cuidado de los desposados, es deshacerse de aquel estorbo antes que les desarrolle en la nueva casa la fiebre palúdica. La invitación á un matrimonio envuelve el fuerte gravamen del regalo que debe enviarse desde la víspera, de modo que al entrar el concurso á la casa de la desposada, se vean expuestos á la crítica curiosa de los asistentes, los obsequios recibidos; y como ninguno quiere ser menos pue otro, sobre todo en asuntos de vanidad, es unánime la tendencia de sobrepujar á los demás, cueste lo que costare y venga de donde viniere. Acaso se nos observe que ese es un beneficio neto para los novios, pero no es así; en primer lugar, los recién casados miran tales regalos como el símbolo de un contrato bilateral cuyas obligaciones deben cumplir, cuando menos lo piensen, ó les imponga un verdadero sacrificio su retribución; y en segundo lugar, la mayor parte de los regalos consisten en objetos de puro lujo y superogación, que en los más de los casos no tienen otro destino que llenar las mesas.

¡Cuánto mas filantrópico fuera que los obsequiantes hicieran una *vaca* para comprar una casita á la nueva pareja, que le asegurase albergue para el porvenir! Y si á los regalitos añadimos el costo de los trajes y adornos competentes para las invitadas, más el alquiler del coche descubierto y otras zaranjajas, tendremos por cociente el que hayamos llegado al extremo de que se reciba una invitación á matrimonio, con mas angustia y terror que una orden de secuestro de bienes. ¡Que los

acaudalados tiren el dinero que les sobra en estas extravagancias, se comprende; pero que los que apenas son acomodados ó pobres, que son los más en Bogotá, quieran igualarse á los primeros, es el colmo de la insensatez!

El tipo de la celebración del matrimonio entre los santafereños, eran *las bodas de Camacho*. Si los padres de la desposada tenían hacienda en la Sabana, ese era el lugar escogido para celebrar el acto de la vida en que más deben implorarse las bendiciones del cielo. Se invitaba á los allegados de la familia, los que asistían lisa y llanamente, entre otras razones, para dar consuelo á la desolada madre de la desposada, por la pena que siempre les desgarra el corazón al desprenderse de esa parte de su sér, que crió y educó con tantos cuidados, para que un extraño que llegó el último, venga á ser el vendimiador de la planta que no sembró ni cultivó. El que más no podía, se casaba en la iglesia de su parroquia, donde afluían las mujeres del barrio, á las que se *les volvía la boca agua*: á las viejas, recordando sus mosedades, y á las muchachas, deseando que no pasara el año sin hallar marido; pero en esos buenos y baratos tiempos se celebraban más matrimonios que en la actualidad, como en otra ocasión lo hicimos notar, porque las facilidades para ganar la vida y los hábitos de economía bien entendida, son, después de los contrayentes, el fundamento sobre el cual se apoya el matrimonio

En Santafé no conocieron la gran fiesta de familia que hoy acostumbran hacer en Bogotá con motivo de la primera comunion de los niños: todo quedaba reducido á prepararlos en sus respec-

tivas casas para aquel importante acto, y á que el cura de la Parroquia les entregara una cedulita en la cual constaba que habían cumplido con el precepto.

A la señora doña Amalia de Mosquera de Herrán y á sus dignas hijas las señoritas Adelaida y Mariana, se debe la iniciativa de que la fiesta que con tal objeto se hace, alcance las proporciones de un gran ocontecimiento entre las familias; y no es únicamente esto lo que la culta capital tiene, que agradecer á las señoritas Herrán, que heredaron la energía de su abuelo materno, el General Mosquera, la abnegación y desinterés de su ilustre padre el General Herrán, la caridad de su tío el Arzobispo Herrán, el espíritu evangélico de su tío el Arzobispo Mosquera y la entereza de alma de su admirable madre, á quien todos reconocemos la superioridad que la distingue. Cuando la fortuna se mostró esquiva con ellas, se consagraron á la educación de las señoritas, á las que formaron á su imágen y semejanza, como puede palparse en cualesquiera de las muchas y distinguidas discípulas que instruyeron entre nosotros y de quienes abrigamos la persuación, de que leerán con agrado las precedentes líneas que se escapan á nuestra pluma, como un acto espontáneo de justicia respecto de aquellas que, en todo tiempo, han sido para nosotros el vivo ejemplo de buenas acciones que imitar, y cuya amistad, que estimamos tanto como á nosotros mismos, tenemos esperanza de cultivar allá donde nada perece!

Conmovedor é imponente es el espectáculo que ofrecen esos niños que acuden á la iglesia acompa-

ñados de todo el personal de la casa: los varones llevan una cinta blanca atada al brazo derecho y las niñas van vestidas de blanco, cubiertas con un velo de gasa trasparente. Todos llevan cirios adornados de flores blancas, como símbolo de la pureza que en esos momentos se les trasluce hasta en sus mas insignificantes movimientos. Al entrar en el templo resuenan los cánticos sagrados en alabanza de aquel que dijo: "Dejad á los niños que vengan á mí por que de ellos es el reino de los cielos!" Postrados al pie del altar adornado con exquisito gusto y profusión de flores y luces, permanecen como absortos en la contemplación de tan solemne acto. Al fin llega el momento de acercarse á recibir al deseado de sus corazones, y en medio del humo del incienso que los envuelve, de los misterios del santuario que los embelesan y de las armonías que les causan arrobamiento, se acercan á la mesa de los ángeles, pálidos y tembloro-sos como los botones de rosa pudorosa cuando los entreabre el sol de la mañana; y al sentir las inexplicables sensaciones, que experimentan cuando reciben el Pan del Cielo, quedan como anonadados por la dulcísima emocion que se desborda de sus velados ojos, como fuente fecundante de lágrimas purísimas, que los ángeles recogerán en vasos de predilección para presentarlas en el trono del Altísimo, como holocausto propiciatorio para esos niños cuyos corazones se le han entregado sin reserva; para sus familias á quienes deben el ser y para la patria en que nacieron. ¡Cuántas veces hemos visto que algunos padres y hermanos de los niños se vean comprometidos á acompañarlos en ese acto piadoso, al cual hacía mucho tiempo que no se acercaban!

Después de la misa les dirige la palabra el sacerdote que los preparó y dió la comunión; y terminada la fiesta en la iglesia, los llevan á tomar suntuoso almuerzo, en el cual se reparten mutamente diferentes objetos en recuerdo de la primera festividad en que figuraron como actores principales, y cuya memoria tendrá gran influencia en todos los actos de su vida, la que en esos momentos aún no saben que estará sembrada de abrojos. y que sus heridas no tendrán otra fuente de salud, sino el sentimiento religioso.

Terminadas las tareas escolares de los muchachos, se daba principio á la obligada salida al campo ó á las poblaciones de tierra caliente, con el objeto de que crecieran y aprendieran á nadar, cuyo acto es algo menos que imposible en Bogotá.

Si hasta ahora hemos considerado á las matronas santafereñas regentando cátedra en su carácter de castellana en su castillo urbano, vamos á verlas ejerciendo *urbis et orbis*, su complicado magisterio de Jefe de Estado Mayor General y Castrametación, en todo lo que sea conducente al mantenimiento, forraje, equipo y bagajes del numeroso personal que debía viajar.

Mucho tienen que agradecer los bogotanos á los empresarios que les proporcionan medios de locomoción, aunque apenas se extienda su beneficio á una parte de la altiplanicie. En la actualidad se disfruta del ferrocarril de Occidente; se construye el del Norte, que ya presta servicio hasta Chapinero; hay una tranvía que bien ó mal, sirve para conducir pasajeros y carga, en una parte de la ciudad y hasta una legua hacia el Norte;

se puede viajar en coche en verano, desde Cibatá hasta cerca de Chocontá, y por otras veredas que llevan el título pomposo de *camino* real; y hasta funciona con alguna regularidad, una lancha de vapor entre Puente grande y las inmediaciones de Zipaquirá. Existen pues, elementos relativamente cómodos aunque caros, para facilitar la mobilización de las familias que salen á veranear; pero de estas comodidades que pudieran llamarse lujo para viajar, no gozaron los santafereños y ni aun siquiera llegaron á maliciar su futura existencia.

La magistral pluma de Don José Manuel Groot, describió con admirable realismo el viaje á Ubaque: nosotros emprenderemos camino por vía opuesta, entre otras causales, para evitar un encontron con aquella eminencia literaria que nos aplastaría por virtud de su propio peso y de nuestra reconocida insuficiencia—Iremos á Villeta.

Una vez hecha la elección del lugar indicado; se daba principio á las tareas anexas al que viajaba, por proveerse de ropa de telas delgadas y artículos de bucólica, en cuyo número figuraban en primera línea, las pastillas de chocolate, los bocadillos de guayaba, el *bizcocho calao* y demas comestibles, en cantidad suficiente para alimentar una numerosa familia durante el tiempo que durara *la mudada de temperamento*; pues es bueno que se tenga presente, que antaño era cuasi desconocido en nuestras pequeñas poblaciones, el servicio de fondas, hoteles ó cosa parecida, y que en consecuencia, era de imperiosa necesidad, que el viajero llevara todo, desde la sal hasta el agua, en materia de víveres, y los enseres y demas menaje

para procurarse lo estrictamente necesario, en cuanto á comodidad personal.

Era la plaza de mercado el lugar de provision de bagajes: encontraban allí vivanderos con quienes se conseguían las mulas, á razón de doce reales por cada una, desde Santafe hasta Villeta, después de que habían prestado el servicio de cargar víveres, siendo de cargo del mulero la alimentación de los bagajes durante el viaje, y el salario de los arrieros. Con facilidad se conseguía casa, la que era de *bahareque* y *palmicha*, sin cielos rasos ni enladrillados, y por lo regular se componía de un cuerpo de edificio con salita que servía de comedor durante el día y de alcoba por la noche; de dos alcobas laterales y estrechas; al interior un patio en el que había árboles y algunas flores, y una cocina con fogón formado por piedras que se amoldaban á las ollas que sostenían, y cuyo combustible era, y aun es la leña que acaba de cortarse en el monte. En cuanto al mobiliario, solían tener poyos de adobe para sentarse; estacas en las paredes para colgar la ropa, y en algunas llevaban el lujo hasta ponerles arañas de carrizo y candilejas de lo mismo; y como el dueño de la casa no vivía en ella ó no tenía el hábito del aseo, la preparada para recibir á los forasteros, era un completo receptáculo de insectos entre los que figuraban los chinches, pitos, arañas, alacranes y demás congéneres de tan variada colección, suficiente para colmar las exigencias del más desaforado naturalista.

Obtenida la casa, aseguradas las bestias y preparado el fiambre, se entraba en la faena de conseguir monturas y aperos para ensillar las

mulas ; pero como la familia era del orden pedestre ó lo que es lo mismo, no tenía costumbre de montar, carecía de todo para suplir lo cual, se distribuía, como en tiempo de revolución, comparto de monturas entre los amigos y relacionados. Y como no era posible que cada hijo de vecino tuviera talabartería en su casa, salían del compromiso enviando lo que podían, de donde resultaba que los aperos y demás tremotiles de la familia viajera, eran el conjunto mas heterogéneo imaginable, de objetos que no volvían nunca á poder de su legítimo dueño, por la sencilla razón de que era punto algo menos que imposible, adivinar entre tanta gurupera, cinchas, frenos, sudaderos, jáquimas y monturas, quiénes eran sus dueños después de que habían prestado el servicio: de ahí debió deribarse el consejo que dice, que hay tres cosas que no deben prestarse por que se pierden : *la mujer, la montura y el reloj.*

Empacado el equipaje y metida en él la ropa de las sirvientas, á fin de que las muy ladinas no se arrepintieran de ir á tierra caliente, á la cual son refractarias, llegaba el día deseado de emprender marcha á divertirse á sus anchas, para salir á conocer nuevos horizontes, dejando atrás á la aburridora ciudad, de la que salían sin volver á mirarla. La hora fijada para la marcha, era la de las seis de la mañana, á fin de llegar con luz á Facatativá, que era la dormida obligada, cuando no había dificultades en el viaje ; pero después de que alzaban á Santos en la Catedral, se aparecían los arrieros con las bestias, porque hasta esa hora pareció la mula ó mulas que se salieron del potrero. Este primer contratiempo, del cual

se imponía el vecindario, por la permanencia en el balcón de los futuros viajeros, apostrofando y maldiciendo de los arrieros, y del intempestivo y no presupuesto almuerzo, del que no podía ya prescindirse sin exponerse á comprometer el éxito de la jornada, constituían el primer goce del suspirado paseo.

Las muchachas viajeras se habían forjado la ilusión de que las vieran salir en briosos y hermosos corceles, sobre los cuales lucirían sus elegantes trajes de montar, como entonces se llamaban; cuál sería su cruel desengaño al ver la esqueletada brigada de animales presentados, entre los que era raro el que tuviera completas las orejas ó no le faltara un ojo, pero cuyos espinazos eran una sóla y asquerosa llaga, desde la *cruz hasta la fecha*, como suele decirse. Y era sobre esas meditabundas cabalgaduras, con el labio caído de puro tristes y hambrientas, que debían atravesar la ciudad al emprender camino; seguidas de las sirvientas encaramadas sobre desvencijados *sillones* del tiempo de los Encomenderos, ó en cualquier fuste viejo, llevando debajo el tendido de la cama y pendiente del arzón, los objetos recogidos á última hora y que se olvidaron ó no cupieron en las cargas del equipaje, con la mirada en la cola del bagaje á fin de no desvanecerse con el movimiento de éste, siguiendo el consejo que les dio una conocida y experimentada aplanchadora en achaque de viajes á tierra caliente; mezcladas con los peones que montados ahorcajadas sobre cuadrúpedo enjalmado, conducían, por delante los niños envueltos en sábanas y sentados sobre las almohadas, en las cuales debían reclinar la cabeza en la posada; prece-

didas del cargamento de petacas, baúles y almofrej sobre el cual hacían las funciones de cencerros las basinillas de fierro al golpearse contra la olleta de cobre para hacer el chocolate, y cuyo *molinillo* se introducía, indistintamente, en una ú otra vasija, obedeciendo á las sacudidas que le imprimía el movimiento de la mula; y por último oyendo en las calles que alborotaban con aquel tren el grito de *se acabó la guerra!* lanzado por donde quiera que había *chinos* que vieran ese pelotón informe, compuesto de cuanto Dios crió, y avanzando lentamente sin más ruído que el constante vapuleo acompañado del consiguiente *arre* y *chupar* de los impacientes ginetes, ansiosos de salir de aquella que bien podía llamarse vergüenza pública. A retaguardia de aquello que parecía desfile de carnaval, iban, el *pater familias* gravemente reposado en su acémila, debajo de colosal sombrero enfundado, cubierto con gran ruana pastusa forrada en bayeta roja, metido dentro de estrechos *zamarros* de piel de tigre, calzadas las espuelas de plata, y ocupando la silla chocontana cubierta con el tradicional pellón rojo, como defensa contra las duras corazas de la montura, y provisto del encauchado que debía protegerlo de las aguas lluvias, llegado el caso; y la matrona de la familia, sentada con apostura regia sobre el gran sillón tapizado con paño color de grana y cantoneras de plata que soportaba una hacanea, para dirigir la cual, llevaba nuestra reverenda amazona las riendas del freno, cuyo cabezal estaba recamado de conchitas blancas y guarniciones de plata.

La carabana marchaba sin novedad hasta la

primer venta que encontrara en el camino; pero al aproximarse á esos sitios de arribo obligado de los arrieros, era de todo punto imposible impedir que las resabiadas cabalgaduras se allegaran de rondón á la enramada que se destina en las posadas para guarecerse de la intemperie. Si la suerte favorecía á los viajeros, llegaban bien entrada la noche á la posada de Facatativá, donde comían mal y dormían peor; pues entre los ratones que pululaban, las pulgas que hormigueaban, el ladrar de los perros y el estropeo del camino, no quedaba resquicio por donde cupiera el alivio del sueño.

Muy de mañana continuaban su marcha, no sin lamentarse de la mala situación corporal en que se hallaban, y deseando el imposible de ir sentados sobre las niñas de los ojos, más bien que en la posición que les producía el quebranto, no obstante que en la noche anterior habían agotado la provisión de velas de sebo.

Al llegar al Alto del Roble y contemplar la peligrosa escalera de caracol por donde debían bajar aquellos raizales, quienes era la primera vez que salían de la Sabana, se les juntaba el cielo con la tierra, y si estuviera en su mano, de seguro que se volvieran para su casa; pero la cosa no tenía remedio y era imprescindible seguir adelante, después de santiguarse y agarrarse bien de la *baticola* como prenda de seguridad para no dar un volatín por encima de las orejas de las bestias.

El Patio de las Brujas era otro mal paso que había después del Aserradero, y consistía en un piélago de lodo amarillo, sombreado por bosque tupi- [illegible] podía salir sino con auxilio extra-

ño, el que allí se atollaba; fue precisamente en esa localidad donde tuvo lugar la siguiente anécdota:

En el año de 1853 se publicó en la *Gaceta Oficial* un informe, en el que se aseguraba que el camino de Bogotá á Honda, estaba en perfecto buen estado, merced á las reparaciones hechas por el respetable Cuerpo de Ingenieros encargado de componerlo. En esa época corría el negociado de caminos á cargo de la Secretaría de Hacienda, hábilmente desempeñada por don José María Plata, quien hizo un viaje por esos lados en compañía del doctor Vicente Lombana, de carácter burlón y sarcástico. Al llegar al Patio de las Brujas caminaba adelante el doctor Plata buscando por donde pasar, y como no encontrara vado, le preguntó al doctor Lombana su parecer, á lo cual contestó éste con el aticismo que lo caracterizaba: *échese por donde dice la Gaceta!*

Llegaba su turno á la cuesta del Salitre, que era un gredal negruzco en el que se quedaban prendidas las cabalgaduras lo mismo que las moscas en la miel espesa: ese lugar se hizo célebre porque allí quedó pegado con mula y todo, Monseñor Lorenzo Barilli, Nuncio del Papa, en el año de 1857 á su regreso á Roma.

Si la mala estrella de los caminantes hacía que les cayera uno de aquellos aguaceros como sólo se usan en nuestra tierra, no tenían otro remedio sino dejarlo caer y encargar al cuerpo el cuidado de secar la ropa, pues era muy raro hallar un rancho donde guarecerse,

No haremos cuenta de las montadas, desmontadas, caídas, levantadas y demás contratiempos

anexos á los viajes que se emprenden entre nosotros con numerosa familia; sólo diremos que si no se presentaban más graves inconvenientes, llegaban los veraneadores á la población á la caída de la tarde, sofocados por el calor y sedientos como si vinieran del desierto de Sahara, porque á los santafereños, lo mismo que á los bogotanos, les hacía mucha impresión el calor la primera vez que se aventuraban á bajar de su nido de águila, en el que sólo imperan los cierzos del Cruz-verde.

El atrasado y deseado equipaje, que esos instantes tenía excepcionalísima importancia, llegaba bien entrada la noche, si era que llegaba; y mientras tanto permanecían los afligidos viajeros recostados en lo que podían; pues ya hemos dicho que en la habitación destinada para que se desmontaran y pasaran la temporada, faltaba hasta lo más indispensable para la comodidad de la familia. Entre reniegos, maldiciones y un diluvio de vizcaínos, entregaban las cargas los arrieros, y mucho era si se dignaban, por compasión, destripar el almofrej y desliar las petacas para que se proveyeran los forasteros de lecho en qué tenderse, y del chocolate, panacea universal, para entretener el hambre hasta el día siguiente en el que amanecían los malaventurados paseantes con aspecto de lazarinos, porque á costa de su sangre habían saciado la voracidad de las implacables plagas de que estaba atestada la casa. A nadie conocían en el pueblo ni tenían á quién volver los ojos; al acometer no más la tarea de barrer los aposentos, encontraban alacranes donde quiera ó indicios claros de que sin gran cuidado y prevención, sería más que probable una desgracia ocasionada por la mordedu-

ra de algún animal venenoso. El negociado de la cocina tomaba las proporciones de catástrofe doméstica: la cocinera se resistía á cocinar en el suelo con leña verde, y las sirvientas exigían su pronto regreso á la Sabana, porque no se resignaban á trabajar en los oficios de acarrear agua desde el río, ni á cargar ninguna cosa, pues que apenas podían con su cuerpo.

Quedaban, pues, de hecho, convertidas en amas de llaves, encargadas del servicio doméstico, la madre y las hijas que debían atender á las necesidades de la familia, desde el arreglo de las piezas del rancho que habitaban, hasta ocuparse personalmente en los oficios de cocina, repostería y demás atenciones que reclama la marcha regular de todo hogar bien ordenado. No podía ser más penosa la situación de las que creían salir á descansar á otros climas, en los que la falta de recursos y el completo cambio de costumbres convertían el codiciado paseo en voluntario confinamiento, ó mejor dicho, en lugar de trabajos y privaciones. La vista de una cinta en el suelo ó de cualquier objeto extraño, producía el alarma consiguiente al que se experimenta ante el terrible reptil que puede matar al encontrarnos con él; el baño disminuía el aliciente apetecido, porque las amedrentadas familias veían por todas partes peligros y fieras prontas á devorarlas; no gozaban de sueño tranquilo, por la constante zozobra que las atormentaba con la idea de que los murciélagos les chuparan la sangre ó les cayeran alacranes del empajado y las picaran; cada dedo de los pies era un panal de niguas, las que, en opinión de nuestro querido amigo Diego

gozar la imponderable delicia de rascarse contra el colchón de la cama; las ronchas causadas por las picaduras de los mosquitos y zancudos les producía furiosa armonía, para satisfacer la cual, no les daban á basto las uñas de los diez dedos de las manos, y para colmo de males, les daba la *chapetonada*, ligera indisposición que sufren los habitantes de las tierras altas cuando entran en las cálidas. Las muchachas perdían sus sonrosados colores para tomar el aspecto de cloróticas, y como bebían *guarapo* sin término, comían frutas en toda ocasión, se bañaban tres veces en cada día y dormían la mayor parte de las 24 horas, pronto les sucedía lo que á cierto inglés que bebía mucho brandy y tomaba ají y otros picantes, y que, sin embargo, decía que no adivinaba el por qué de la irritación crónica que lo perseguía, pronto caían en una postración de fuerzas que hacía imperiosa su vuelta á respirar los aires nativos, á fin de recuperar la salud que perdían á paso de gigante.

Al fin llegaba el término fijado para regresar á Santafé, á donde volvían cargados de calabazos, cocuyos, pericos y toches, de los que daba cuenta en poco tiempo el gato de la casa; y como del paseo á veranear á tierra caliente sólo traían recuerdos enfadosos, pocos eran los que quedaban con ganas de repetirlo. Razón tenían los santafereños en preferir estarse quietos en sus moradas, en vez de ir á pasar trabajos y sufrir toda clase de percances en lo que antaño se llamaba ir a mudar temperamento.

VI

La villa de Villeta tuvo importancia desde su fundación, por estar situada en la mitad del camino que era indispensable recorrer para ir y venir del exterior ó puertos del Atlántico á la Capital. En sus inmediaciones se montó el primer trapiche de hierro movido por agua que se conoció en Colombia, debido al distinguido caballero inglés don Guillermo Wills, por allá en el año de 1840, en la hacienda de "Cune." Poseía un buen establecimiento de fundición de cobre, dirigido por don Timoteo Román, padre del temido Justo Román que fue el azote de esa población hasta su trágica muerte acaecida en el año de 1862. Estaba rodeada de plantaciones de caña de azúcar y pasto de guinea, siendo la principal ocupación de sus moradores, el acarreo de mercancías de importación y exportación, y el comercio de miel, azúcar y aguardiente: edificada en el centro del valle que riega el río Bituima y la Quebrada, cuyas aguas no son potables porque contiene bastante azufre y sulfato de hierro, pero en cambio son muy medicinales especialmente para curar el reumatismo y

afecciones cutáneas; con una temperatura media de 30° centigrados, morigerada por los vientos que soplan del "Aserradero" y del "Alto del Trigo," y en medio de lujosa y variada vegetación, todo lo cual contribuía á que ese fuera y aún sea buen lugar para salir a temperar los habitantes de la altiplanicie.

A principios de este siglo se estableció allí una respetable colonia de socorranos, que así llamaban entonces á los hoy oriundos del Departamento de Santander, entre los cuales sobresalía don Juan Vargas, caballero cumplido, rico emprendedor y que tenía, como Cesar y Bolívar, la propiedad de dictar tres cartas á un mismo tiempo, lo que no impedía que él se equivocara al dictar ó que los amanuenses al escribir, tomaran para sí lo que le correspondía á otro, de manera que le resultaban mostruosos adefecios, entre los que recordamos la misiva que escribió á Honda para que le enviaran por el correo *quinientas piedras grandes* para molerlas antes de que se pasara la caña: respecto de la puntuación, observaba una regla tan sencilla como fácil y la cual no comprendemos cómo no la sabe Maroquín ó se le olvidó incluírla en su tratado sobre la materia. Después de dictar el texto, paseándose, en pechos de camisa en el corredor de la casa, firmaba y ordenaba á sus atónitos escribientes que hicieran la distribución de puntos y comas para que no quedaran desaliñadas las cartas. Construyó la primera casa alta que se conoció en el lugar, al costado occidental de la plaza; el piso bajo lo reservó para sí, y el alto era el refugio que encontraban los viajeros en ese entonces inhospitalario pueblo; p

y amigo de servir al forastero, por lo cual podía decirse que su casa era de todo el mundo. El departamento destinado á los transeúntes se componía de una sala y dos alcobas laterales, con puertas á un balcón que daba hacia la plaza: en una de las alcobas había una gran cama de caoba, del estilo inglés, con sus correspondientes columnas y cielo raso, semejante á un baldaquino. En ese mueble durmieron, entre otras muchas notabilidades, el sabio Mutis, el Barón de Humboldt, los Virreyes Antonio Amar y Juan Sámano, el Libertador cuando iba á morir en Santamarta, Santander cuando lo llevaban para las bóvedas de Cartagena, el santo Arzobispo Mosquera al partir para su inicuo ostracismo en el año de 1852, don Mariano Ospina al emprender la campaña de Occidente en el año de 1861 y los Generales Mosquera y Obando cuando venían en dicho año hacia la Sabana.

En el año de 1844 se estableció en dicho pueblo la distinguida señora doña Juana Sánchez de Mouré, en busca de salud, obtenida la cual, resolvió quedarse á vivir y constituirse en una segunda Providencia para los viajeros y menesterosos del lugar. Por la muerte repentina de don Juan, hubo de rematarse la casa que perteneció á éste, viniendo á ser propiedad de la señora Sánchez. Esta nobilísima anciana no era rica, pero vivía de su trabajo, cuyos productos empleaba en mantener aseada y paramentada la iglesia, en socorrer á los pobres y en proporcionar á los forasteros lo que necesitaban, para lo cual tenía muebles de repuesto, y tantos otros objetos de reconocida utilidad, que no es fácil llevar de una parte á otra sin evidente riesgo de

lleta para ir á temperar, y no hubo quien tratara á esa matrona que no se sintiera como subyugado por la bondadosa influencia que ejercía su amable presencia, sus cultos modales y, más que todo, su conversación, que era fuente inagotable de agudezas é historias intructivas. Poseía en alto grado lo que se llama dón de gentes.

Nunca pudo resignarse con el destierro de Manuel José, que era como trataba al Arzobispo Mosquera, sobre quien tenía el ascendiente que le daba haberlo amamantado: el ilustre prelado la llamaba tía Juanita, y la obedecía como un niño en los días que permaneció en Villeta en casa de la señora Sánchez, mientras le daba algún respiro la aguda enfermedad que sufría, para continuar el camino del extranjero á donde lo lanzaban las aberraciones políticas de ese tiempo y de cuyo viaje no debía volver. En su cariño maternal llegaba hasta quitarle el breviario de las manos al ilustre enfermo, porque los médicos le habían prohibido la lectura. Al colocar al Arzobispo en el *guando* en que debían conducirlo hasta Honda, lo acomodó la señora como hace una madre con su hijo al acostarlo en la cuna, le besó la frente, en seguida se arrodilló para recibir su postrera bendición, contempló por última vez aquel rostro dulce y majestuoso, y con voz entrecortada por lo sollozos que la ahogaban, le dijo: *Manuel José, ruega mucho á Dios por los que te persiguen!*

Durante los pocos días que permaneció el General Mosquera en casa de la señora Sánchez, en el año de 1861, le presentaba aquél á los diferentes Jefes y Oficiales que entraban á hablarle; Tomás, le dijo cuando se vió á solas con él, te veo rodeado

de gentes que te amarrarán en el momento que menos lo pienses. Seis años después permitieron al General Mosquera que pernoctara en la misma casa, de paso para el Perú, á donde lo llevaban desterrado por consecuencia de la conjuración del 23 de Mayo de 1867. ¡ Ah,tía Juanita, exclamó el proscrito al verla y abrazarla: quién me hubiera dicho que se cumpliría la profecía que usted me hizo en esta misma casa!

El infortunado General José María Obando, á su paso por Villeta en el mismo año de 1861, se hospedó en la morada de la señora Sánchez, y como eran antiguos conocidos y amigos, aquél la puso al corriente de varias de las medidas que pensaban tomar al triunfar en la Capital.

—Eso será, le replicó la señora, si antes no lo matan, porque la guerra es guerra.

Ocho días después caía Obando alanceado en el tristemente célebre campo de *Tierra- negra*.

Después del 18 de Julio del año antes citado conducían á pie y siendo el escarnio de las almas viles, á don Mariano Ospina y demás compañeros de infortunio, para sepultarlos en el castillo de Bocachica. Al llegar á Villeta los metieron en el inmundo edificio que se llamaba la cárcel; y como la desgracia produce el vacío al rededor de los que son sus víctimas, nadie se atrevía á prestar el más insignificante servicio á los presos que carecían de todo; pero esta ley no tocaba con la señora Sánchez. Se presentó en la prisión y obligó al oficial de la escolta á que pemitiera que ella, tía de Tomás Mosquera, proporcionara camas y alimentos á esos distinguidos caballeros, mientras permanecieran en el lugar.

En toda la comarca era conocida la señora Sánchez con el distintivo cariñoso de *misia Juanita*, y aunque era muy querida y respetada, no le faltaba uno quo otro malqueriente de esos envidiosos que, por desgracia, se encuentran de preferencia en las poblaciones pequeñas. Sucedió, pues, que un vecino anciano le entabló pleito por una medianía que á él le tocaba mantener. Citada la señora al Juzgado, pidió su contendor, con lujo de grosería, que le nombraran curador porque yá estaba muy vieja y no sabía lo que hacía. Doña Juana sin inmutarse ni darse por notificada, contestó la andanada así: señor Juez, nombre usted al señor don Gregorio Ramírez dos tutores: uno porque lo necesita como jovencito menor de edad y otro para que le enseñe urbanidad. Ante este escopetazo salió despedido don Gregorio, desertando de la demanda.

Tal era, á grandes rasgos, el carácter de una de nuestras matronas colombianas, cuyo hogar era como asilo obligado de los forasteros que iban á Villeta por cualquier causa, y en donde se encontraban los usos y costumbres de la mejor sociedad. Allí murió la señora Sánchez en el año de 1871, después de 87 años de abnegación y sacrificio en favor de sus semejantes, llorada de todo un pueblo y admirada de cuantos la trataron: aún viven muchas personas en Bogotá, que pueden abonar nuestro dicho, y en la plaza de Villeta la esbelta ceiba que sembró aquella anciana con propia mano en el año de 1848.

VII

No es menos notable el hogar colombiano por la abnegación y desprendimiento de nuestras matronas, en lo que diga relación con los sacrificios que hayan de imponerse cuando la adversidad toca á las puertas en la forma de ruina de la fortuna ó enfermedad de algún miembro de la familia: si es lo último, todos se disputan á porfía la satisfacción de prodigar al enfermo los cuidados y atenciones que tiendan á procurarle la slud; y si la muerte viene á ser el final del drama, mirarían como una imperdonable profanación, el que manos extrañas tocaran siquiera los tristes despojos de la persona querida.

¿Qué diremos de aquellas sublimes esposas que no vacilan en dedicarse á las más rudas tareas, á trueque de ayudar á soportar el peso de la familia cuando el esposo se ve en dificultades pecuniarias, ó por cualquiera de tantos accidentes de la vida tienen que afrontar y atender, solas, á la educación y sostenimiento de los hijos, sin otro recurso que su industria y trabajo personal? ¡Cuántas matronas no podríamos citar en apoyo de nues-

tra aserción, cuyos sacrificios se vieron y se ven coronados por el completo buen éxito obtenido como en justa y merecida recompensa que se refleja en los hijos, de los cuales supieron hacer ciudadanos que honran á la patria que los vio nacer, y son el ornato de nuestra sociedad!

Y si consideramos el hogar santafereño y bogotano por el lado de la caridad y beneficencia, necesitaríamos escribir muchos volúmenes *in folium* para relatar algo de lo mucho que llevan á cabo nuestras mujeres, desde mendigar una limosna por el amor de Dios, hasta prestarse gustosas á presentarse en espectáculos públicos, siempre que el producido de aquellos actos se aplique al alivio de los desgraciados: en épocas que no queremos recordar, el culto en esta ciudad se sostenía, casi exclusivamente, con el óbolo que cada una, como hormiga arriera, depositaba en la arquilla del templo, pues yá hemos hecho notar que nuestras damas se distinguen por el sentimiento piadoso que las domina.

Antaño se cortejaba primero á la suegra, hasta sacarle la venia para pretender á una de sus hijas: ogaño han variado las cosas en términos que, en el momento menos pensado, le dice la muchacha á la madre: *esta noche pienso argollarme con mi novio*, y *laus Deo*. Así convendrá que suceda en el siglo del vapor y la electricidad; pero de todas maneras el hogar entre nosotros respira cordialidad, bienestar aun en medio de la pobreza, afecciones sinceras y consideraciones mutuas; todo lo cual ha venido á formar el rasgo especialísimo de la familia colombiana, sintetizada en la raizal, de una de cuyas cepas vino al mundo José Manuel Marroquín,

verdadero tipo santafereño, que habiendo quedado huérfano de padre y madre, fue educado por sus venerables tíos don Juan Antonio Marroquín y las santas señoras Concepción y María Josefa Marroquín y doña Teresa Moreno, su abuela, quienes cumplieron su cometido, presentándonos hecho y derecho al sobrino y nieto, del cual se puede decir que cuenta los amigos que lo estiman por los días que tiene el año, multiplicados por los trascurridos desde que nació, sabe Dios cuándo!

La deuda inmensa é inextinguible de gratitud que tenemos respecto de una familia bogotana, nos impone el deber de consignar en estas páginas, un recuerdo nacido de lo íntimo de nuestro sér, aunque no sea sino para dejar constancia de que no nos cuadra el epíteto de ingratos ú olvidadizos respecto del beneficio recibido.

Un joven recién graduado de doctor en Derecho recibió el nombramiento de defensor de pobres, cuyo destino era de obligatorio y gratuíto desempeño durante el primer año después de vestir la toga de abogado. Carecía de bienes de fortuna, pero estaba en posesión de poderosa inteligencia; tenía palabra fácil, persuasiva y arrebatada; en todo su organismo se descubría el hombre de rectitud incontrastable, al mismo tiempo que se distinguía por la suavidad de carácter y maneras cultas é insinuantes; entre las facciones de su hermosa fisonomía sobresalían dos grandes ojos garzos que miraban con la inocencia del niño, pero que ninguno que no fuera hombre de bien podía afrontarlos; en sus relaciones íntimas era más apacible que la luz crepuscular, y en el campo del honor alcanzó el nivel á que pocos llegan; como patriota, todo lo

sacrificó llegado el caso, en servicio de sus conciudadanos, y cuando, después de largos años de concienzuda labor profesional fue llamado á desempeñar altos puestos en la Magistratura, en el Congreso y en otros ramos importantes de Gobierno, el país lo conoció con el nombre de Ignacio Ospina Umaña.

Por el mismo tiempo se conocía en Bogotá una señorita de maneras distinguidas, esbelta y bella, garbosa en el andar, de hermosa y abundante cabellera color castaño claro, de mirada penetrante y serena, reposada en el hablar, y de tez blanca y sonrosada como las hijas de Castilla, de frente ancha, en la se reflejaba toda la bondad que se le desbordaba de su gran corazón!

Naturalmente sobresalía esa estrella en el cielo de nuestras damas, lo que quiere decir que las pretenciones de los jóvenes para unir su suerte á la de ella, se sucedían sin intermisión. Entre éstos figuraba nuestro abogado, quien en esa época no tenía otro haber que su grado de doctor y el más que precario recurso de lo que solían obsequiarle los pobres que defendía. Aquí pudo decirse que matrimonio y mortaja del cielo bajan: con asombro de los acaudalados pretendientes, anunció el Cura de Santa Bárbara que la señorita doña María de Jesús Camacho se uniría en matrimonio con el señor dector Ignacio Ospina Umaña, lo que advertía para que si había alguna causal que impidiera aquel acto, lo manifestaran. Uno que se creyó agraviado por la elección de la señorita Camacho, dijo con el consiguiente despecho, que iba á ver cuanto tiempo vivían los novios sin comer...

Pero si hubo alguna pareja nacida el uno para

el otro, fue la que nos ocupa; y como el cielo bendice todo enlace en que entra por principal elemento la estimación de la parte moral, llovió á manos llenas sobre el felicísimo hogar del doctor Ospina, todo lo que constituye la dicha en este mundo: numerosa y distinguida descendencia; riqueza levantada palmo á palmo mediante asiduo y concienzudo trabajo y paz doméstica inalterable.

Entre las muchas virtudes que adornaron á ese matrimonio modelo, sobresalía la de la caridad ejercida sin reserva ni tasa. Sabemos de personas caritativas que llevan muy lejos el amor al prójimo; pero ni el Decálogo ordena amar más á nuestros semejantes que á nosotros mismos, como sucedía á aquellos esposos verdaderamente cristianos.

La muerte se encargó de turbar tanta dicha. Atacado el doctor Ospina por implacable dolencia, su muerte fue el único pesar que causara á los suyos, despues de enseñarles prácticamente á morir con la inquebrantable fe en un mundo mejor. Su digna esposa, agobiada por tan rudo golpe, le sobrevivió algunos años que consagró á llorar á su sentido esposo, al socorro de los menesterosos y á mantener fresco el frondoso árbol de su hogar, de cuyo tronco han salido otros que son joyas preciadas de nuestra sociedad por la práctica de las virtudes que heredaron. Aun nos parece ver á la señora Camacho en su lecho de dolor, rodeada de sus hijos, impresa en su marmórea frente la pavorosa palidez de la muerte, implorando perdón de los que hubiera ofendido y perdonando á sus enemigos; ella, para quien la vida y el ejercicio del bien fueron sinónimos!

A ese matrimonio modelo somos deudores de

la cumplida felicidad doméstica que nos tocó en suerte: ellos, cual solícitos padres, acogieron la niña huérfana y desolada que atendieron y educaron como propia hija, hasta entregárnosla al pie del altar, intimándonos el deber de labrar su dicha, en medio del llanto que les arrancaba la separación de la que tanto amaron. A la señora Camacho la hallamos siempre solícita y amorosa en cualesquiera de las situaciones de la vida en que nos hallláramos, y cuando le manifestábamos el amor que le profesábamos, nos presentaba su frente purísima en la que imprimíamos respetuosò beso, pues la considerábamos como una segunda madre!

Tal es el tipo del buen hogar doméstico entre nosotros.

FIN DEL TOMO 1.°

INDICE

PAGINA.

Prólogo..... V

I.—Bailes..... 3

II.—Los Colegios y los Estudiantes..... 30

III.—Espectáculos Públicos..... 50

IV.—Fiestas Religiosas..... 90

V.—Crímenes Célebres..... 115

VI.—El Hogar Doméstico..... 306

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

Williamson
10/19/42